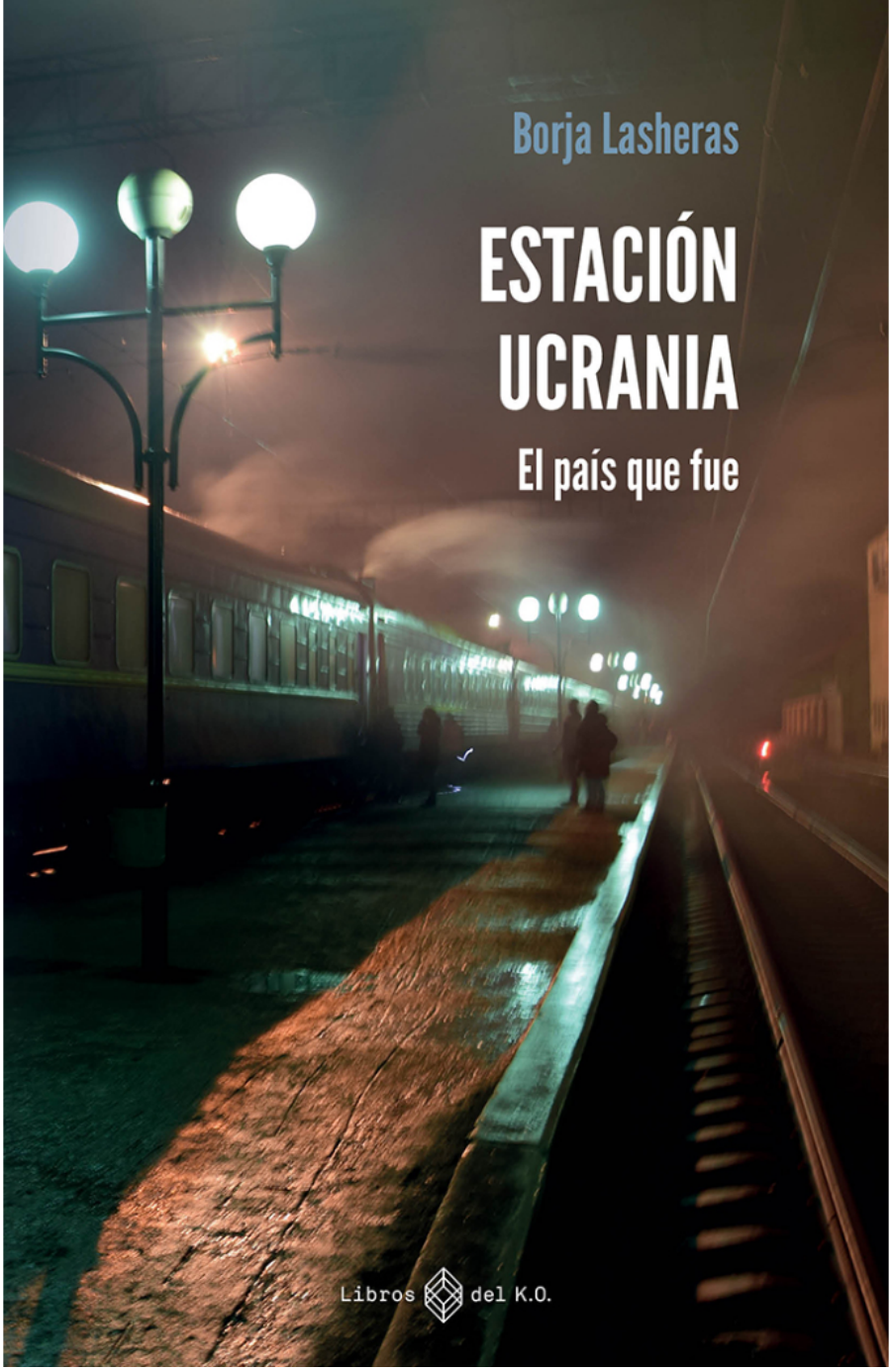
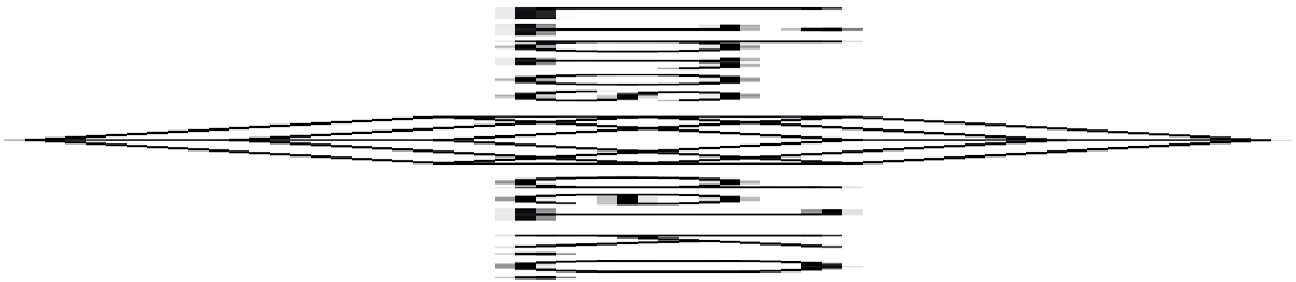

Borja Lasheras
ESTACIÓN UCRANIA
El país que fue
Libros del K.O.

Borja Lasheras

Estación ucrania

El país que fue



PRIMERA EDICIÓN: noviembre de 2022

© Borja Lasheras, 2022

© Libros del K.O., S.L.L., 2022
Calle Infanta Mercedes, 92, despacho 511
28020 - Madrid

ISBN: 978-84-19119-19-3
CÓDIGO IBIC: DNJ, 1DVUK
IMAGEN DE CUBIERTA: Borja Lasheras
MAQUETACIÓN: María O'Shea
CORRECCIÓN: Ángela Piedras y Melina Grinberg

A Nusinka y Sofía Judith.
Al pueblo ucraniano.

Viaje de ida

El área de «Llegadas» en los aeropuertos tiene algo de anticlímax. Sin el encanto romántico de las estaciones de tren, es una potencial trampa para las expectativas. Avanzas como ganado a través del control de pasaportes y la recogida de maletas, siguiendo la leyenda de «Exit». Basta que algo falle en la cadena —un retraso o confusión sobre el punto de encuentro— para que se rompa el cordón umbilical que te protege desde el avión. Perdido en esa zona gris entre el lugar de origen y el de destino, la ilusión de llegar se tambalea, mientras el flujo de personas pasa a tu lado.

Esa era mi sensación al llegar al aeropuerto Boryspil de Kyiv[1], una medianoche de principios de 2015, rodeado de carteles en cirílico que entonces no entendía (apenas lo aprendí en Bosnia) e individuos insistentes que me exigían subir a su taxi. Abotargado por el viaje, la larga conexión y la hora tardía, entraba en ese estado mental y de ánimo en el que todo funciona más lento en la cabeza. Dónde demonios está Serhiy, pensaba. Tenía su teléfono en un papel que, intuía, terminó entre los desechos de comida recogidos por la sonriente pero implacable azafata de Lufthansa.

Justo cuando me iba a rendir se me acercó un tipo enjuto, enfundado en una chupa. De rostro afilado, pero agradable, y ojos grises, musitó un cordial pero breve «Hello! I'm Serhiy!» y me estrechó tímidamente la mano; hizo ademán de que le siguiera y se perdió entre la gente. Corrí detrás, hacía mucho frío, el suelo estaba cubierto de nieve sucia, y llegamos al parking donde tenía su coche, un Lanos negro. Un amigo de Kyiv lo resume así: «una mierda de coche, pero económico; como los Volkswagen, pero sin su calidad». Tras cargar mi maleta y acomodarme en el asiento de copiloto, Serhiy arrancó y enfiló la salida del aeropuerto, trazando una larga curva por la que se accede a la autopista. A través del vaho del cristal de la ventana, se sucedían anuncios de bares y clubs de *strip*, referencias patrióticas sobre el ejército, políticos con mirada de determinación y publicidad.

Serhiy encendió la radio. Los altavoces empezaron a retumbar con pop local a todo volumen, mientras los amuletos y símbolos que colgaban del retrovisor se movían al ritmo de las vibraciones. Con esa cercanía humana que a veces se da entre desconocidos, charlamos en un chapurreo de inglés, ruso y un ucraniano que se afanó en enseñarme desde el minuto uno. Serhiy, de Donétsk, iba a echarme

una mano con la agenda y hacer de conductor e intérprete por un precio que cerramos ahí mismo. Mientras él hablaba, apartándose el flequillo que caía sobre su frente, desfilaban por mi cabeza imágenes de 2008, cuando llegué por primera vez a Ucrania para un programa de conferencias y encuentros con políticos y líderes sociales de la Revolución Naranja. Entonces intercambiaba correos electrónicos con Pim, un chico holandés que había estado en Kyiv como observador electoral. Me acordé de Artem, un simpático ruso de San Petersburgo que explicaba en los debates por qué a muchos rusos les costaba dejar «marchar» a Ucrania ahora que se había «hecho mayor». Estuvimos en pueblos donde nos recibieron niñas angelicales con flores trenzadas en el pelo y en un restaurante campestre donde los mosquitos nos devoraron. Fue todo borroso, estuve toda la semana con antibióticos, salvo recuerdos más nítidos de una cena en barco por el río Dniéper, la última noche de fiesta y las cúpulas doradas de las iglesias y monasterios de la capital.

Ahora, hacía casi un año de la Revolución del Maidán, la huida del presidente Víktor Yanukóvich, la anexión rusa de Crimea y el comienzo de la guerra en el Donbás, con su constante goteo de víctimas. La atención mediática decaía tras la firma de los acuerdos de Minsk y la aparente congelación del conflicto. Tras vivir en los Balcanes, yo volvía vacunado frente al morbo por las guerras y la adrenalina que buscan los «yonkis» de conflictos, ese perfil de extranjero que saca una foto, escribe una crónica, receta acuerdos de paz y coge un avión hacia la siguiente guerra. Por mi parte, quería conocer de cerca los vientos de cambio y aspiraciones que habían llevado a muchos a las calles, pero poco más. Llegaba sin grandes filias ni fobias.

Con la aguja del marcador casi en zona roja, el Lanos devoraba kilómetros. Serhiy parecía también perdido en sus pensamientos, aunque de cuando en cuando sonreía en mi dirección y comentaba algo. Empecé a caer en un estado de duermevela, la cabeza apoyada en el cristal helado. Entreveía bosques y llanuras nevadas, gasolineras 24/7, restaurantes de carretera y algún coche parado en la cuneta, rodeado por agentes de policía linterna en mano y envueltos en abrigos fosforitos. Parecían astronautas. Solo en esos momentos Serhiy reducía la velocidad y daba un respiro al motor. Al rato, una gran señal con los colores azul y amarillo de la bandera ucraniana nos dio la bienvenida a «Kyiv». Sacudí la cabeza para quitarme el sopor.

Miles de puntos de luz brillaban a nuestro alrededor, revelando las formas de los edificios y rascacielos aledaños, y se unían con focos intermitentes en la capa púrpura de nubes y contaminación lumínica sobre nuestras cabezas. La nieve emitía un destello azulado que confería un aspecto irreal a la ciudad. Me recordó al Los Ángeles

futurista de la película *Blade Runner*. Estábamos en la orilla izquierda del río Dniéper. Veía bloques de apartamentos del estilo habitual en esta parte de Europa, junto a una mezcla caótica de McDonalds y otras cadenas de comida, centros comerciales, puestos ambulantes y luces de neón. Un tranvía circulaba medio vacío, su traqueteo rompiendo el silencio de la noche. Le dejamos atrás para cruzar el Dniéper (Dnipró en ucraniano) por el puente de Paton (del ingeniero soviético Evgeny Paton, que lo diseñó), que separa ambos márgenes. Gran parte de la superficie del agua estaba aún helada. Al otro lado, se divisaban las cúpulas doradas y, en lo alto de una colina, la estatua de la Madre Patria —en su nombre soviético— o «Baba», como la llaman los ucranianos. Esta esfinge de hierro de 108 metros de altura nos daba la bienvenida al corazón de Kyiv; su espada y escudo alzados en dirección este como advertencia frente a posibles enemigos.

Entramos en la avenida de Jreshchatyk, que atraviesa el centro. Serhiy circulaba ya a velocidad normal y el semáforo nos detuvo junto a la plaza de la Independencia. La protegía otra figura femenina, Berehynia, diosa de la madre tierra, representada en bronce en lo alto de una columna. Escenario de tantas imágenes históricas hacía poco, la plaza mundialmente conocida como del Maidán estaba desierta y en silencio. Se veían obituarios a soldados fallecidos, muchos jóvenes. La voz de Serhiy me sacó de mis pensamientos. El coche estaba parado y en la acera aguardaba una figura embozada en una bufanda. Era Matthias, mi viejo amigo alemán del periodo en Albania. Antes de bajar, en un último esfuerzo mental de repasar que no me dejaba nada, miré distraído la tarjeta de embarque del vuelo de ida y la guardé en el bolsillo. Qué poco sabía entonces que, en efecto, el viaje era de ida y que había venido para quedarme.

[1] Si bien en España todavía se usa mayormente la denominación rusa y también soviética de la capital de Ucrania (Kiev), Kyiv (algo así como Keyiv) es su nombre oficial, crecientemente aceptado en medios internacionales y algunos españoles, así como ámbitos sociales y culturales. Sin entrar en debates para lingüistas, otras ciudades y topónimos en el texto también adoptan la terminología al uso en Ucrania, a veces mencionando la rusa (como Járkiv/Járkov) u otros nombres en el pasado (como Lemberg o Lwów para Lviv), según su interés específico. No sigo tampoco una regla estricta.

ERRANTE

Lesya

Vestida de negro, con bordados tradicionales ucranianos, el pelo recogido, la frente despejada y el rostro de rasgos suaves, Larysa transmite dignidad y fuerza, a pesar de la fragilidad física que marcó su vida. Ya de niña padecía de tuberculosis. Aunque es joven en la imagen, su mirada y expresión son muy sobrias, tristes casi, o a lo mejor es el efecto del retrato en blanco y negro. Pero si uno la contempla un rato y utiliza el *zoom* del teclado, entrevé una sonrisa que asoma a sus labios y que, sin llegar a cuajar, dulcifica esta imagen tomada a finales de la década de 1880. Entonces, Larysa, de apellido Kósach, una adolescente que escribía sus primeras poesías en ucraniano, adoptó su pseudónimo de Lesya Ukrainka (Lesya «la Ucraniana»). Rusia había prohibido las publicaciones en esta lengua, conocida despectivamente en estamentos imperiales como «dialecto *malorossysky*» o «pequeño-ruso». Ucrania era la «Pequeña Rusia». Moscú la veía como la «región de campesinos bulliciosos que hablaban un dialecto del ruso y que había que vigilar[2]». En un periodo convulso, marcado por los levantamientos polacos, la lengua y la cultura ucranianas se empezaban a ver como amenazas para la unidad del imperio y de la nación. «No hubo, hay ni puede haber una lengua pequeño-rusa especial», afirmó el ministro de Interior Petr Valuev, promotor de la prohibición. Las obras en ucraniano se publicaban en la región de Galitzia, al oeste, bajo control de otro imperio, el austriaco de los Habsburgo, algo más liberal en materia de nacionalidades, y luego llegaban clandestinamente a Kyiv y a otras ciudades.

Por su débil condición física, Lesya recibió gran parte de su instrucción en casa. Creció en un entorno de muy alto nivel cultural, rodeada de artistas, académicos y escritores. Su madre, Olena Pchilka (pseudónimo de Olha Kósach), fue una poetisa feminista en su época, filántropa y miembro de la Academia de Ciencias ucraniana. Su tío, Myjailo Drahománov, famoso pensador político y uno de los fundadores de Kyiv Hromada (Comunidad de Kyiv), organización clandestina para la promoción de la cultura ucraniana. Ambos tuvieron mucha influencia en la vocación literaria y el pensamiento político de Lesya. Víctima de las medidas antiucranianas del Gobierno ruso, Drahománov fue expulsado de la Universidad de Kyiv y continuó

con sus actividades en el exilio, donde viró al socialismo, marcando la orientación progresista de esa vertiente del naciente movimiento nacional ucraniano. El zarismo también condenó al exilio a la tía de Lesya, Olena: a ella dedicó Lesya su primera poesía, «Nadiya» («esperanza»).

Con su hermano Myjailo, Lesya impulsó Pleyada, una organización que se reunía de forma clandestina para fomentar la literatura nacional. En las fotos conservadas en su casa en Kyiv, Lesya abraza a Myjailo, quien parece su ángel protector. Políglota, desde edad temprana tradujo obras clásicas, algo que la fascinaba. Fue inconformista toda su vida, tanto con la enfermedad que la postraba y la obligaba a curas en el extranjero como con su entorno. Frustrada ante la apatía política de la sociedad, tenía algo de Cassandra, personaje de uno de sus poemas más famosos, en el que compara Ucrania con la Troya perdida. A principios del siglo XX, jóvenes ucranófilos como ella pasaron de pedir la autonomía cultural y política a reivindicar la independencia. El compromiso social de Lesya la hizo abrazar el marxismo y tradujo al ucraniano el *Manifiesto comunista*. La policía la arrestó brevemente y la mantuvo vigilada. Su vieja compañera, la tuberculosis, se la llevó a sus cuarenta y dos años en un balneario de Georgia.

Un siglo después conocí a otra Lesya en la plaza de la Independencia de Kyiv. Carmen, amiga de Barcelona, me había recomendado contactar a esta periodista «muy joven, muy representativa de su generación; la conocí en mayo pasado, me entrevistó para la revista *The Ukrainian Week* y nos volvimos a ver cuando vino a Barcelona». Así que la llamé y quedamos enfrente del monumento a los fundadores vikingos de la ciudad, los hermanos Kyi, Scheck, Khoryiv y Lybid, según la tradición. Ya no estaba cubierto de banderas, envuelto en el humo y llamas de los últimos días de la Revolución. Lesya hablaba por el móvil cuando llegué. El pelo castaño, casi rojo, le caía largo sobre una chaqueta de cuero negro, vaqueros y katiuskas azules. Mochila al hombro y cuaderno de notas en mano, era la imagen viva de la Lesya del retrato en los billetes de doscientas hryvnias. Rozaba la treintena, aunque aparentaba menos.

Tomando un café de puesto callejero, paseamos por la plaza y sus aledaños llenos de banderas, tributos a los caídos en la guerra, músicos callejeros, ciudadanos dando el discurso de turno megáfono en mano, puestos de *souvenirs* patrióticos, quincalla soviética y otras curiosidades, como papel de váter con la imagen de Putin. Individuos disfrazados de mascotas atosigaban a transeúntes y turistas, mientras otros ofrecían fotos con palomas blancas y halcones adiestrados.

Lesya viene de Sambir, una pequeña ciudad del oeste, en el *oblast* (provincia) de Lviv (Leópolis, en castellano). Su madre, Olena, es

médico en Rudky, un pueblo a cuarenta kilómetros de Sambir, adonde va y viene todos los días en *marshrutka* —líneas privadas de viejos minibuses que muchos ucranianos usan constantemente—. Petró, el padre de Lesya, fue oficial de inteligencia en el ejército soviético. También sirvió en ese ejército Valentyn, abuelo de Lesya: primero luchó contra los alemanes y luego, alistado en las unidades del NKVD (el primer KGB), contra los últimos focos de la UPA —*Ukrayins'ka Povstans'ka Armiya* o Ejército Insurgente Ucraniano en los Cárpatos—. Su abuela Sofía, reclutada en 1941, con apenas diecisiete años, fue más tarde administrativa en el KGB. Anna, la otra abuela de Lesya y madre de Olena, que trabajó en una fábrica de Sambir, prohibía a toda la familia hablar de política en casa porque «las paredes tienen oídos». Petró rompía esa norma hablando con sarcasmo del sistema al que servía, pero que en el fondo despreciaba.

Lesya pasó la infancia en Siberia, en el distrito de Yamalia-Nenetsia, donde se encontraba la prisión de alta seguridad en Labytnangi. Habían destinado a su padre allí. Es la misma cárcel donde décadas después estuvo Oleg Sentsov, cineasta de Crimea y Premio Sájarov de la UE a la Libertad de Conciencia. Lesya no guarda casi recuerdos de Siberia, salvo quizá el aullido de los lobos por las noches y el deprimente estado de los indígenas locales, ahogados en alcohol, tal y como describe el polaco Jacek Hugo-Bader en *El delirio blanco*: «naciones enteras beben hasta morir y desaparecen de la faz de la tierra», cuenta un chamán en alguna parte de Siberia oriental. Hubo un motín en la prisión y varios muertos. Los problemas de Petró con el alcohol empeoraron. Llegó su segunda hija, Oleksandra, pero él quería un varón. La familia regresó a Sambir a principios de los noventa, cuando Ucrania se independizó de una agónica URSS, y Petró se retiró del servicio militar.

Al terminar el colegio, Lesya se fue a Kyiv, a estudiar Filología en la universidad. Al principio, la capital se le hizo extraña. Un día de noviembre de 2004, con diecinueve años, escuchaba la radio a escondidas en clase, con auriculares: daban noticias sobre las protestas contra la victoria de Víktor Yanukóvich en las elecciones presidenciales, un proceso que la OSCE y la UE denunciaron como lleno de irregularidades. Su profesora, que la conocía bien, la animó a que fuera a las manifestaciones, si es lo que quería hacer. Lesya cogió su mochila y corrió a la plaza de la Independencia, decepcionada de que no la siguieran sus compañeros: varios de ellos se unirían pronto; otros simplemente estaban contentos de que no hubiera clase. Empezaba la Revolución Naranja, que llevó a la repetición electoral y a la victoria del proccidental Víktor Yushchenko, cuya imagen con la cara desfigurada por algún tóxico dio la vuelta al mundo.

En los años siguientes, Lesya encadenó trabajos de traductora y

azafata de eventos. El piano, que aprendió a tocar de niña, le ayudó a sobrellevar los problemas familiares. Cantaba en festivales, conciertos del instituto y luego de la universidad. En Kyiv estuvo en varias bandas, alguna de las cuales llegó a sonar en la radio, pero llegaron problemas con las cuerdas vocales y malas experiencias con compañeros. Poco a poco, la música quedó relegada a un segundo plano: la vertiginosa política ucraniana cada vez le absorbía más energía. Además, había que llegar a fin de mes en la capital y contribuir a pagar las facturas familiares en Sambir.

[2] Barro, A., *Una historia de Rus: crónica de la guerra en el este de Ucrania*, Ediciones LHG, 2020.

Cool kids de Kyiv

I'm up for a real hard time,
now you've changed your mind,
knew I'd see the day.
«Go on, have it any way.
Just enough», you say,
«I'm all yours to take».
(Bob Moses, «All I want»)

La chapa oxidada, casi escondida en un pasadizo junto a la avenida Jreshchatyk, parece una puerta de servicio o una salida de basuras. Encontramos el timbre y al cabo de unos instantes se abre desde dentro con una manivela giratoria de cámara frigorífica. La luz ilumina el vano, de algún punto más abajo llegan música, risas y conversaciones. Un hombre calvo vestido de negro, tras echarnos un vistazo, hace las preguntas de rigor y nos deja pasar. Las escaleras conducen a una cámara subterránea de paredes de ladrillo y arcos, de donde cuelgan barras fluorescentes. En el centro de la estancia, varios camareros de chaleco y pajarita atienden en una barra rectangular a los clientes que se agolpan a su alrededor. Dos chicas, cada una con una pierna en la silla de la otra, nos dirigen una fugaz mirada entre curiosa e indiferente. Con su estilo *bob cut*, parecen vedettes del Berlín de los años veinte. Un hombre con una americana varias tallas más pequeña intenta llamar su atención. El precio medio de las bebidas supera las 250 hryvnias, cifras que muchos ucranianos no pueden permitirse. El «Loggerhead», como se llama el bar, se inspira en el estilo de los locales semiclandestinos de EE. UU. que emergieron durante la Ley Seca. Más tarde nos dirigimos al Club 44, donde llegamos cuando una banda de blues termina su actuación. El ambiente es más desenfadado, menos sofisticado. La barra está cubierta de hileras de velas con la cera fundida cayendo a los lados de vasos y botellas. La estantería de bebidas parece interminable. Sokol, mi amigo albano, quiere que toquemos, pero yo dudo. Sube, agarra la eléctrica e interpreta con la banda «Another Brick in the Wall», de Pink Floyd, con la misma soltura que en Tirana.

Terminamos la noche en un club de la margen derecha del Dniéper, adonde nos lleva el Uber de Matthias. Nos reciben bocanadas de humo artificial y música tecno, varias plantas abarrotadas, espacios reservados con cortinas, gogós bailando en trance en un halo de luces láser. Victoria me pregunta irónica, pero sin acidez, si ya sé decir «*krasivaya djevushka*» (chica bonita en ruso). Trabaja de profesora de

niños y acaba de regresar de un año viviendo en Nueva York. Amanece fuera pero el local no da signos de vaciarse.

Kyiv vive un momento de especial efervescencia que recuerda —sí, exagerando— un poco al Berlín tras la caída del Muro. El ambiente de hedonismo que se respira tiene su reflejo en una gran explosión creativa y también en la frenética vida nocturna. La guerra y la agitada política nacional centran las conversaciones en el círculo político de la capital (donde casi todos se conocen y hay contactos constantes entre una activa sociedad civil, figuras gubernamentales y diplomáticos), y saturan la polarizada escena mediática en canales de TV, casi todos aún propiedad de oligarcas o sus empresas pantalla, o en el Facebook que los ucranianos usan masivamente. Pero fuera de estos ámbitos, a pie de calle, lejos del frente, la vida discurre con casi total normalidad. A veces la guerra parece una realidad ajena, como si todo eso sucediera en otro país y no estuviera muriendo gente a cientos de kilómetros de aquí. Este contraste es más agudo de noche, y la de Kyiv es una dimensión paralela con sus códigos y normas no escritas. Sus locales de marcha, que ya me parecieron llamativos en mi visita tras la Revolución Naranja, viven un boom desde 2014 y, aunque la crisis pasa factura y algunos desaparecen, la escena se reinventa constantemente, como el resto del país. A veces, la noche constituye además un entorno útil para interactuar con algunos de los protagonistas de la escena política y social, o simplemente para sentarse en un rincón a tomar notas y observar.

Una particular tribu nocturna emerge en torno a *raves*, antros tecno o fiestas secretas. Llamémosles los «cool kids» de Kyiv, Járkiv u Odesa (Odessa, en ruso): chicos y chicas estilizados, a menudo vestidos a la última moda pop, en general urbanitas rusificados de alto nivel educativo, con recursos y cultura internacional (un globalismo de redes sociales repletas de fotos de capitales a las que tienen acceso), aunque las vibraciones nocturnas de la ciudad son lo que de verdad les entusiasma. Una tribu de hípsters, DJs, profesionales de las nuevas empresas tecnológicas locales, emprendedores y trabajadores online, estudiantes que han logrado vestirse a la última con ropa de segunda y pocas hryvnias, artistas de todo pelaje o simplemente hijos o hijas de alguien que nunca queda claro quién es. Esta tribu incluye miembros originarios de otros países de este grandísimo espacio de Europa del Este que, décadas después del final de la URSS y para frustración de muchos aquí, aún suele llamarse postsoviético: así, hay bielorrusos y georgianos ucranizados, moscovitas y petersburgueses, armenios, algún moldavo que prefiere Kyiv a Chisinau, etc. Se les unen jóvenes de capitales UE, conectados con la escena de música electrónica.

Estos antros y clubs de los cool kids los frecuentan también figuras de la nueva escena política ucraniana y profesionales de una

emergente clase media que tiende a hablar más ucraniano que ruso, aunque, como aquellos, alterna ambos idiomas sin problema; periodistas locales y extranjeros; «internacionales», es decir, miembros de alguna de las misiones multilaterales y diplomáticas que han desembarcado en el país; cortesanos varios, y ese perfil de aventurero que te encuentras en países en guerra y que siempre tiene mucho que contar, sobre todo de noche y con copas, aunque uno no siempre tenga ganas de escuchar. También se dejan ver en los recovecos de los locales de lujo, junto a las élites más adineradas, otros políticos, oligarcas, figuras del submundo criminal, y mujeres atractivas en busca de dinero.

Los cool kids son más bien apáticos políticamente, la guerra les cae lejos. No tienen exposición personal ni suelen mostrar, por lo menos de forma abierta, interés en el conflicto. Algunos ucranianos piensan: se pueden permitir ignorar la guerra gracias al esfuerzo y vidas de otros ucranianos.

En tren

El aire fresco que entra por la puerta del compartimento mitiga algo el calor sofocante del vagón. Los rayos de sol de media tarde atraviesan el sucio cristal de la ventana y caen sobre las páginas de mi libro. Leo a sabiendas de que, en pocas horas, tras regatear un rato de luz de la cabecera de la litera, se impondrá el toque de queda no escrito que de noche impera en estos trenes y por el cual los pasajeros procuran dormirse pronto. Por la megafonía de la majestuosa estación central de Kyiv anuncian nuestra salida y nuevas llegadas. Con suerte, no vendrá nadie más. Pero enseguida irrumpe en el compartimento una pareja: él, en pantalón corto y chanclas, suda profusamente a través de una camiseta que realza la barriga. Cerveza en mano, da algunos tumbos en busca de su sitio, pisándome un par de veces en el intento, mientras procuro mantener la atención en el libro. Ella, joven de pelo oscuro, le regaña. Él termina sentándose delante de mí y el espacio es estrecho, de modo que nuestras rodillas se rozan todo el rato. Se queda dormido al salir el tren, la cabeza reclinada junto a la puerta, sus dedos apenas agarrando el cuello de la botella. Ella le coge la mano y sonríe divertida.

Al anochecer, tras otra parada, entra un individuo robusto de barba rojiza. Coge su litera encima de la mía y organiza las sábanas que, junto con la almohada y una toallita, forman parte del lote de cada viajero. Al comprobar que soy extranjero, arranca a charlar animadamente. Víktor nació en Rusia y es «polaco-ucraniano». Ha trabajado en los Urales, en talleres de coches y otros oficios de mecánica. Ahora vive en este país y viaja a Lviv, al oeste, destino de nuestro tren. La política no tarda en asomar. Los ucranianos hablan de ella con bastante naturalidad y son abiertos a expresar sus opiniones, que suelen reflejar escepticismo y frustración con el Gobierno, las autoridades en general y los oligarcas. Otros tantos ciudadanos procuran vivir al margen, indiferentes, o por lo menos es lo que aparentan.

Víktor critica al presidente Petró Poroshenko y al Gobierno: les acusa de corrupción y se pregunta cómo es posible que el presidente siga teniendo negocios en Rusia, a pesar de la guerra. A Poroshenko, oligarca superviviente de los convulsos cambios políticos del país y uno de sus hombres más ricos, le llaman popularmente el Rey

Chocolate, pues es propietario, entre otras cosas, de la marca de chocolate Roshen, con presencia en Ucrania y Rusia. En las siguientes elecciones, Víktor votará a Yulia Tymoshenko, que se hizo famosa durante la Revolución Naranja por arengar a los manifestantes. Con su pelo rubio trenzado, algunos la comparan con la princesa Leia de *La guerra de las galaxias*. Especialmente desde el Maidán, las referencias a grandes épicas del cine como *La guerra de las galaxias*, *El señor de los anillos* o *Harry Potter* son comunes en la jerga política, a menudo plagadas de referencias irónicas o satíricas: el régimen de Yanukóvich (o el de Putin) era Mordor, la policía (o los rusos), orcos; Putin, Voldemort. Otros dicen que los rulos de Tymoshenko son una decisión de imagen para emular a la venerada Ukrainka. Víktor reconoce que la antigua primera ministra podría estar «manchada», dados sus vínculos con el conglomerado de intereses y poderes fácticos, que aquí suelen llamar *sistema*, y con otros del clan de la ciudad de Dniprópetrovsk (hoy Dnipró), de donde viene. Este sistema cleptocrático lastra o frena las reformas que intentan impulsar nuevas figuras políticas dentro y fuera del Gobierno. Para Víktor, Tymoshenko podría cambiar cosas, justo porque no es del todo trigo limpio. Un formidable ejercicio de pragmatismo cínico.

Lesya acompaña la conversación con su voz tranquila, sin expresar nunca lo que piensa de forma taxativa. La otra mujer alterna libro y móvil, con miradas a su pareja, quien se revuelve en sueños y deja caer el casco de cerveza, que rueda sonoramente hasta algún punto de debajo de nuestro banco. Se despierta, busca la botella, pide disculpas, me da palmadas afables. La conversación con Víktor muere; Lesya va a su compartimento y yo subo a mi litera. El aire acondicionado ya está en marcha, lo que hace más soportable el calor. En las horas siguientes, me despierto con el traqueteo del tren que devora kilómetros, ronquidos y la voz de la *providnytsia* por el pasillo, avisando de la siguiente estación importante.

La red ferroviaria (603 628 kilómetros cuadrados) está gestionada por la compañía pública Ukr Zaliznytsia. Como ocurre con muchas de las estructuras heredadas de la época soviética, el sistema es muy deficitario. Los trenes de mercancías deberían tener rentabilidad, pero los oligarcas que usan este servicio para transportar acero o carbón siguen pagando tarifas por debajo del precio de mercado. La red de transporte de pasajeros está, en cualquier caso, inmersa en un proceso de renovación, que incluye alta velocidad, con nuevos trayectos como el que pronto me llevará al Donbás. La búsqueda de rentabilidad exige subir los precios, lo que se traduce en costes sociales. Un billete de segunda o tercera para el trayecto Kyiv-Lviv (el tren nocturno en el que vamos tiene una duración media de diez horas) cuesta ahora entre 250 y 600 hryvnias, el equivalente a 10-15 euros; precios irrisorios en

gran parte de la UE, pero significativos para muchos ucranianos.

A menudo pintados en el azul y amarillo de la bandera nacional, activos desde hace décadas, con sus interiores de madera contrachapada, pasillos alfombrados y cortinas de colores, estos trenes ucranianos son otra imagen emblemática del país. Tienen la sencillez y el encanto romántico que en nuestro imaginario se asocia a películas sobre Europa del Este y la guerra fría. El *provydnik* o la *providnytsia* —una mezcla de revisores y azafatas que trabajan en turnos de dos para trenes de larga distancia—, de uniforme y gorra, parcos en palabras más allá de sus avisos de rigor, traen las sábanas, devuelven los billetes a los pasajeros, que cada vez más los llevan en sus móviles, e informan de las estaciones. Durante la noche, velan en un cubículo al extremo del vagón, con mesita, litera y una pequeña televisión, siempre encendida. Por pocas hryvnias, traen té o café en tazas de cristal y asas de hierro, y galletas sencillas de marcas irreconocibles, pero que siempre saben bien, como las María de toda la vida.

Sambir

Cada generación ucraniana sabe que tiene que superar su propia tragedia histórica. Si ayer fueron las hambrunas soviéticas y la Segunda Guerra Mundial, hoy son Crimea y el Donbás.

Vira camina errática por las calles de Sambir. A ratos habla sola, mientras sortea con pasos cortos los obstáculos del pavimento irregular cubierto de nieve y hielo. Estamos a principios de enero, bajo cero. La brisa matutina corta los labios. Al cruzarse con nosotros, Vira levanta la vista, esboza una sonrisa y un saludo. Su nombre (Vera, en ruso) significa «fe», aunque ella no es creyente. Tiene un pleito con el Estado, al que reclama desde hace años la pensión de su difunto padre, Iván, jefe local de la NKVD tras la Segunda Guerra Mundial. Rechaza la que la corresponde como exfuncionaria de una de las anquilosadas instituciones militares de la etapa anterior: casi cien euros al mes, que no está mal en Ucrania.

El padre de Vira era un ruso ucraniano del Donbás. Ser *enkavedé* (miembro del NKVD, Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos) otorgaba el respeto derivado del miedo, y también estatus y privilegios. Vira es una de tantas personas cuyo esquema existencial se congeló al desaparecer la Unión Soviética. Como no pagaba las facturas, cortaron el gas y la electricidad de su casa. Familias del barrio, posiblemente a algunas de las cuales su padre aterrorizó en su día, cocinan a veces para ella y le dan dinero. También lo hace Olena, madre de Lesya, dándole algunas hryvnias, aunque ella misma pase apuros. A sus sesenta y cinco años, tras treinta de trabajo como médico, a Olena le correspondería una pensión mensual de unos setenta euros, así que retrasa la jubilación. Su hospital en Rudky podría ser incluido en uno de los procesos de restructuración en marcha, lo que conduciría a su cierre o traslado, y el despido o jubilación anticipada de parte del personal.

Restructuraciones de este tipo son una de las consecuencias de los programas de modernización que forman parte del paquete de condiciones para recibir la ayuda financiera del FMI y otros organismos. Ucrania depende de asistencia internacional para su estabilidad macroeconómica, muy dañada por la guerra y la subsiguiente crisis (el producto interior bruto cayó un 6.6 % en 2014). La otra cara de esta condicionalidad y de las reformas en el sector energético que impulsan las autoridades pos-Maidán es que también han subido las facturas del gas y la electricidad. Las medidas se justifican para adaptar al mercado a sectores tradicionalmente

subvencionados y plagados de corrupción como la energía, reducir la dependencia de Rusia y lograr la asistencia del FMI. Pero en un país sin casi políticas de redistribución, los costes sociales de estos procesos, muchos de cuyos resultados tienden a materializarse más a medio plazo, son dramáticos. Han aprobado subsidios para familias con menos recursos, pero no siempre está claro cómo se distribuyen. Olena enfrenta la situación con entereza, pero, como a muchos, le pesa la inquietud por la guerra, el rumbo del país y el futuro.

Sambir (en su día, Sambor, en polaco) es una pequeña ciudad en el margen izquierdo del río Dniéster, que nace cerca de aquí como poco más que un riachuelo donde en verano la gente se baña y en cuyas riberas hacen barbacoas de *shashlik* (brocheta de carne asada). A setenta kilómetros de Lviv y similar distancia con Polonia, Sambir fue un núcleo relevante para rutas comerciales que atravesaban esta parte de Europa, atrayendo a una población diversa. Como el *oblast* de Lviv, al que pertenece, Sambir formó parte sucesivamente del Reino de Polonia; tras la partición de este, del Imperio de los Habsburgo, con Sambir integrado en la región de Galitzia[3], y de la efímera República Popular de Ucrania Occidental (ZUNR, por su acrónimo ucraniano). Proclamado en Lviv en 1918, este proto-Estado ucraniano afirmó su soberanía sobre esta región, Transcarpatia y Bucovina, pero fueron derrotados por los polacos en 1919. Sambir volvió a la soberanía polaca y, en 1939, en virtud del protocolo secreto del pacto Molotov-Ribbentrop de Stalin con Hitler, pasó a formar parte de la URSS. Firmado el 23 de agosto de ese año, el pacto de no agresión entre Hitler y Stalin era de agresión contra Europa central y oriental, repartiéndosela en dicho protocolo secreto[4]. El 1 de septiembre la Wehrmacht invadía Polonia por el oeste y el 17 el ejército soviético lo hacía desde el este, anexionando esta región.

Del antiguo esplendor de Sambir dan testimonio edificios públicos y villas señoriales con fachadas aún coloridas, balaustradas, grandes balcones y jardines. Las paredes desconchadas y las ventanas tapiadas contribuyen a cierta sensación de decadencia y abandono. Una de estas casas cerca de la plaza Rinok albergó una *prosvita* de escritores en la que el famoso Iván Frankó leyó su poema «Moisés», de 1905. A los seis años, en su primer concierto, Lesya cantó ahí «Molytva za Ukrayinu» (Oración para Ucrania), un himno espiritual patriótico de finales del siglo XIX. Las *prosvitas* eran organizaciones culturales y educativas que, con el incipiente movimiento nacional ucraniano, emergieron en la segunda mitad del siglo XIX. Durante el comunismo, algunas de estas casas, que habían pertenecido a la *intelligentsia* polaca y ucraniana, se expropiaron y repartieron entre trabajadores de fábricas, profesores, médicos y sus familias; los enkavedés, funcionarios de los servicios de seguridad y altos dignatarios del

Partido recibían los apartamentos más lujosos del centro. Otras casas se reutilizaron para servicios públicos como hospitales o guarderías. También albergaron a enkavedés y a esas masas de funcionarios soviéticos con ejércitos de papeles, en un sistema en el que la reglamentación absoluta de la vida era un fin en sí mismo. En uno de estos edificios trabajó Vira hasta su jubilación. Otros testimonios del Sambir pasado son los carteles en polaco y alemán que, semiborrados por el tiempo, anuncian restaurantes o cafeterías. Estas capas históricas se entremezclan con edificios más modernos, y en los barrios de las afueras, pequeñas casas de una o dos plantas, muchas veces con tejados de chapa metálica, y huertos, fuente de subsistencia en algunos hogares.

Han aparecido nuevas iglesias de la confesión grecocatólica, mayoritaria en este *oblast*, y relevante en parte del oeste. La reputación de esta confesión sigue siendo notable por su papel en la resistencia contra la URSS —que la reprimió duramente, ilegalizándola desde 1946 hasta 1989, cuando Gorbachov la rehabilitó — y por su apoyo a la causa nacional. Los ucranianos son bastante religiosos —en una encuesta reciente un 76 % se definía como creyente (con casi un 69 % de cristianos ortodoxos)— aunque la Constitución establece la separación Iglesia-Estado. El debate sobre modernidad y secularización avanza a un ritmo exasperantemente lento para quienes argumentan que los recursos destinados a la Iglesia bien se podrían dedicar a fines distintos al alimento de la fe. Pero especialmente en esta región, en *oblasts* como Lviv e Ivano-Frankivsk, es aún habitual ver a los hombres quitarse la gorra y a mujeres de todas las edades santiguarse cuando pasamos en *marshrutka* junto a una iglesia.

Sofía, la abuela de Lesya por parte de padre, odiaba a los curas, y no solo por la propaganda soviética. Durante la guerra civil rusa (1918-1922), un cura delató al primer marido de su madre, cercano a los bolcheviques, cuando se escondía debajo de un puente de las tropas blancas de Antón Denikin[5]: le ejecutaron. También dejó alguna vez entrever que otro sacerdote abusó de su madre, pero nunca habló realmente de ello.

En Sambir, y en toda Ucrania, hay tanto por hacer que al político que manda arreglar una acera o una carretera se le perdonan otras corruptelas. «Pueden ser corruptos, pero por lo menos han hecho algunas cosas buenas para la comunidad». Hay un término, *prodazhnist* (*prodazhnost*, en ruso), que hace referencia a la capacidad del sistema para corromper desde el nivel más alto hasta el más bajo de la Administración, a la maleabilidad colectiva, por así decirlo. Otro relevante es *proizvol* (en ruso), con relación a la arbitrariedad del poder, tiranía y ausencia de todo derecho. Los niveles de *prodazhnist*

pueden ser altos, pero es el abuso y la impunidad, *proizvol*, lo que puede descabalgar a algunos gobernantes, como recordó tarde Yanukóvich.

Cojo un taxi para ir a un pueblo cerca de la frontera con Polonia, aún en el distrito de Sambir. Vasyl, el taxista, es un individuo enorme, tosco, de redonda cabeza rapada, rostro afable y ojillos pícaros, rondará los treinta y pico. Cuenta que la policía le ha confiscado provisionalmente su tractor como parte de una causa judicial por recoger gravilla de forma ilegal en la orilla del río. Está indignado.

—Me denunció un vecino. ¡Si él hace lo mismo!… Bueno, ofrecí dinero a la pareja de policías que vino a confiscar el tractor. ¿Cuánto? Unos cien dólares a cada uno. Pero los rechazaron y encima me amenazaron con añadir el cargo de intento de soborno. ¡Solo quieren dinero de los grandes y poderosos! No sé cuál es el problema, la verdad: siempre hemos hecho las cosas así y hago favores al resto del pueblo —resopla Vasyl, antes de santiguarse concienzudamente al pasar junto a una iglesia.

[3] Esta región comprendía tradicionalmente una parte occidental, con Cracovia en el centro, y una oriental, muy pluriétnica, poblada principalmente por polacos, ucranianos y judíos, además de minorías, con Lviv (Lwów, en polaco) en su eje.

[4] Conforme a este protocolo, Alemania y la URSS dividían gran parte de Europa en esferas de influencia —término expresamente usado en el texto—, en concreto: Polonia (partida entre ambos), países bálticos, Finlandia y Rumanía (Besarabia).

[5] General ruso del Ejército Blanco (en esencia, nacionalistas monárquicos rusos).

Deportados

Aunque los Ciudadanos son unánimes en desear quedarse aquí, pienso que eso será imposible —dijo el representante del Consejo de Ministros a una delegación de ucranianos defendiendo sus derechos en Varsovia, en julio de 1945—. Habiendo alcanzado un entendimiento con la Unión Soviética para establecer una frontera etnográfica, tenemos una tendencia a ser un estado nacional, no un estado de nacionalidades[6].

La nieve caía sobre la estatua de una mujer en la estación de tren de Sambir cuando llegamos hace un par de días. La cabeza cubierta y expresión desesperada, protegiéndose del frío, camina sobre unas vías de tren; unos niños asoman entre sus ropas.

El monumento representa las deportaciones. Muchos habitantes de Sambir provienen de estos intercambios forzosos de poblaciones («repatriaciones», en el lenguaje orwelliano al uso) de 1944-1946, acordados entre comunistas polacos y la URSS. El primer paso fue la destrucción de fronteras por Stalin, que reaplicó por la fuerza el reparto de territorios de su pacto con Hitler. Así, además de los bálticos y el noreste de Rumanía, volvía a su control la parte de Polonia al este de la línea Molotov-Ribbentrop y que reincorporó a la Bielorrusia y Ucrania soviéticas. Polonia perdió así un 47 % de su territorio antes de la guerra, incluyendo todo Volyn (o Volhynia) y gran parte de Galitzia (hoy Ucrania oeste). Que en tiempos de paz Stalin aplicara lo acordado con Hitler pocos años antes fue un giro de guion, rubricado en la conferencia de Yalta, que los polacos vieron como una puñalada de sus aliados occidentales. Éstos «sí estaban de acuerdo en dos cosas: castigar a Alemania (incluida la deportación de millones de alemanes del este de Europa) y extender Polonia al oeste (en la conferencia de Potsdam [1945], Polonia ganó territorio al oeste, hasta la línea del Oder-Neisse, absorbiendo territorio que había sido alemán). Probablemente, en todo esto hubo bastante ignorancia occidental sobre las fronteras y los países afectados… La única línea roja que los occidentales mantuvieron fue el rechazo a la anexión de los bálticos, que no reconocieron», me cuenta el historiador Timothy Snyder.

Stalin quería que Polonia y Ucrania fueran territorios étnicamente homogéneos, en línea con su política implantada en otras partes de la URSS, como Cáucaso o Crimea. Millones de alemanes —los que no habían huido del Ejército Rojo— fueron deportados de Polonia (y Checoslovaquia). A su vez, los soviéticos deportaron a Polonia a unos 780 000 polacos habitantes de Galitzia y Volyn[7], y los comunistas

polacos a unos 483 000 ucranianos del sudeste de Polonia a la Ucrania soviética.

De nariz redonda, pelo blanco tan corto que parece calvo, rostro amable y complexión robusta, como sus grandes manos y uñas dañadas por el trabajo, Yaroslav es jovial y campechano, a veces cabezota cuando se discute sobre política. Cojeando, me conduce a un salón en penumbra, con viejos muebles y fotos en blanco y negro. En un mapa señala la región del este de Polonia de donde proviene su familia, de los *lemko*, un grupo étnico de los Cárpatos orientales que se extiende en torno a Eslovaquia, Ucrania y Polonia. Sus padres fueron deportados de allí. Él nació cerca de Sambir.

También deportaron de Polonia a Myjailo y Anna, los padres de Olena y abuelos de Lesya. Eran de Posada Rybotyze, un pueblo entonces de mayoría ucraniana. Myjailo luchó en el ejército polaco en septiembre de 1939, antes de su derrota por la pinza de ataque de alemanes por el oeste y soviéticos por el este. Un pelotón alemán lo iba a fusilar junto con otros prisioneros: se libró porque un oficial detuvo la ejecución para enviarles de trabajo forzoso a Alemania. Pasó años en una granja, donde le trataron bien e incluso le ofrecieron quedarse cuando ya estaba claro que la guerra iba a terminar pronto. Él prefirió volver a su hogar, donde le esperaba Anna. Cuando regresó a Posada Rybotyze, a fines de 1944, los soviéticos controlaban el pueblo. Un polaco quiso ejecutarle. En la propaganda soviética, prisioneros de guerra y trabajadores forzados llevados a Alemania eran sospechosos y potenciales traidores. Según el historiador Antony Beevor, esa propaganda trasladaba la idea de que habrían «consentido tácitamente porque no se habían suicidado o sumado a los partisanos». Guiados en buena medida por esta lógica paranoica, soldados del Ejército Rojo, además de a alemanas, violaron a rusas, ucranianas y bielorrusas liberadas del trabajo forzoso. En esta región pesaba además el enfrentamiento fratricida entre ucranianos y polacos, una guerra dentro de la guerra. Pero la suerte iba a sonreír otra vez a Myjailo, y un oficial le salvó en el último minuto, cancelando la ejecución.

Anna y él se casaron, pero la paz para ellos no iba a llegar aún: en 1946 las autoridades anunciaron la deportación de los ucranianos de su pueblo. Les dieron unas horas para recoger sus pertenencias, luego les trasladaron a un centro de detención, y de ahí a Ucrania. Los polacos quemaban estos pueblos para prevenir el retorno de los ucranianos, y también lo hacía la UPA, que quería evitar que fueran repoblados por polacos. Al cruzar las aguas heladas del río San (Sián, en ucraniano), Anna pasó tanto frío que algo en su cuerpo se dañó. No pudo tener hijos hasta la década de los cincuenta, ya en Sambir; su primera hija, Nusinka, vivió un día.

Iván, el padre de Vira, trataba con desprecio a los deportados que llegaban. La represión continuó y cientos de miles de ucranianos, muchos de esta región del oeste, fueron enviados a Siberia. Medio escondida entre árboles se yergue solitaria la casa del enkavedé, ahora cerrada. De apariencia más acomodada que otras a su alrededor, con sus muros grises, cortinas corridas y rodeada por una verja de alambre, tiene algo lúgubre. Contrasta con otras casas del vecindario, de las que entran y salen niños gritando y jugando, seguidos por el perro de turno, al que, como a gatos y otros animales domésticos, atropellan de vez en cuando los coches que circulan a toda velocidad por la carretera recientemente arreglada.

[6] Snyder, T., *The Reconstruction of Nations (Poland, Ukraine, Lithuania, Belarus 1569-1999)*, Yale University Press, 2003.

[7] También fueron deportados polacos de la Bielorrusia y Lituania soviéticas, junto con un número indeterminado de judíos de la URSS (100 000, conforme el historiador Timothy Snyder).

La casa de la calle Iván Frankó

No lejos de esa avenida, en la calle Iván Frankó hay una casa de fachada grisácea por el desgaste del tiempo, con una torre cónica en un extremo y tejado de chapa. Desprende una elegancia sencilla, que las señales de deterioro no logran desdibujar del todo. La primera vez que la vi, en el mismo paseo donde nos cruzamos a Vira, la nieve cubría los árboles desnudos a su alrededor, el jardín y la barandilla oxidada de la veranda. El interior estaba vacío, salvo por la estructura de una vieja estufa de azulejos y una cama. En la mesilla, un dibujo de Jesucristo en acuarela, velas, cerillas y una foto en blanco y negro de Lesya de niña, con el pelo corto. Yaroslav trabajaba en el jardín, donde empezaba a asomar la hierba bajo la nieve, y yo le ayudaba a cargar cosas en su moto. Lesya miraba desde la ventana, gorro calado y mirada perdida, su imagen difusa a contraluz.

Tras el regreso de Siberia a principios de los noventa, la familia vivió en esta estancia. Trajeron a la abuela Sofía de Cherkasy, en el centro del país, donde el matrimonio vivió antes de nacer Lesya. Petró se puso a dar clases de inglés, y ganó cierta reputación local por su habilidad con los idiomas y como profesor. El excelente inglés de Lesya lo aprendió de su padre. También se le daba bien la pintura; suyo es el retrato del Cristo en la mesilla. Cuando su padre acompañaba a Lesya a clases de natación en la cercana ciudad de Drujóvich, él se quedaba bebiendo por ahí, mientras ella intentaba sumergirse y contener la respiración sin que le entrara agua en la nariz, al ritmo de los gritos del instructor. Una vez atropellaron a Petró cuando deambulaba borracho; se llevó además varias palizas y robos. En una ocasión en que las mujeres estaban en el jardín, bebió un desinfectante que había confundido con vodka y le ingresaron de urgencia para lavarle el estómago. Lo primero que hizo al salir fue pedirle a su mujer dinero para cerveza. Noches de gritos y escándalos de borrachera y delirio, cuyos ecos acompañaban a Lesya en su camino a la escuela, y luego al instituto.

Olena terminó separándose y se llevó a sus hijas a la casa de la abuela Anna, en otra parte de Sambir. Al cabo de un tiempo, también se fue a vivir con ellas Sofía, la abuela paterna, cuyos problemas de movilidad le impidieron quedarse cuidando a su hijo alcohólico. La convivencia entre las abuelas no era fácil, siempre había motivos para

discutir, ya fuera sobre cómo llevar la casa o cómo gobernar el país. Con el tiempo, eso sí, las ideas de Sofía cambiaron un poco: si en los ochenta se quejaba a las autoridades de Cherkasy y al KGB, su antiguo empleador, de no ser «suficientemente vigilantes» porque había recibido en su buzón folletos de grupos clandestinos partidarios de la independencia; en los noventa, sin embargo, cuando esta se hizo realidad, Sofía interpelaba a las vecinas críticas con la situación en el nuevo Estado: «si no os gusta esto, ¡podéis iros a Rusia!».

Las ideas de Anna, por otro lado, fueron desapareciendo por demencia senil. Se le olvidaba qué había comido, sentía hambre todo el tiempo y le quitaba comida a Sofía.

Algún tiempo después, Olena se casó con Yaroslav, aunque siguió cuidando de su exmarido cuando este aparecía deshecho. También lo hacía Lesya. Una vez vino de Kyiv para verle y cocinar algo para él; al abrir la puerta, Petró la confundió con una compañera de borrachera. Cuando finalmente la reconoció, se echó a llorar y le pidió perdón. Un juez terminó declarándole «incapaz de autonomía» y ordenó su ingreso en un hospital para tratamientos contra el alcoholismo y enfermedades mentales, donde cada cierto tiempo le visita Lesya.

Cárpatos

—¿Eres tú? ¿Has venido como un vampiro para chupar mi sangre? Ven, ¡sácala toda! (Desnuda su pecho) Ven, toma una nueva vida de mi sangre. Debes (hacerlo), porque yo he tomado la tuya (Lukash).
—No, querido corazón. Me diste un alma como el cuchillo afilado da a una rama de sauce una voz tierna (Mavka).
«Lisova pisnia» («Canción del bosque»), de Lesya Ukrainkas.

Es verano y llegamos en tren a Ivano-Frankivsk, capital del *oblast* del mismo nombre, en honor al escritor Iván Frankó. Esta ciudad del oeste se llamó en su día Stanislau o Stanyslaviv, y también estuvo bajo el dominio de los Habsburgo. Más allá de su apariencia de tranquila capital de provincias bajo la sombra de los Cárpatos, Ivano-Frankivsk es un centro cultural de cierta entidad. Aquí floreció el fenómeno Stanislau, un movimiento de escritores y artistas como Yuri Andrujóvich, Taras Prochasko o Halyna Petrosanyak que en los ochenta y noventa, con el colapso de la URSS y la liberación de corsés del oficialismo soviético, contribuyeron al impulso de la literatura moderna en Ucrania, a menudo inconformista e irreverente, con gran sentido del humor, alejada del dramatismo anterior. Se les conoce también como los Bubabú —burlesco, *balahan* (algo así como barullo) y bufonada— por un carnavalesco grupo literario con ese nombre fundado en el Lviv de los ochenta por Andrujóvich, Víktor Neborak y Oleksander Irvanets.

Estos días Ivano-Frankivsk recobra importancia con el progresivo acercamiento de una UE a pocos kilómetros, aunque aún tan lejana. «Europa» se hace más tangible con la reciente y ansiada liberalización de visados de corta estancia para los ucranianos y un Acuerdo de Asociación que impulsa la convergencia con la UE e incluye un componente comercial, creando una zona de libre comercio con acceso al mercado único europeo. Se espera que el acuerdo entre por fin en vigor después del verano, aunque los retrasos del proceso han creado incertidumbre y frustración. Muchos habitantes de esta región ya viven una integración europea en miniatura, pues van a trabajar a Polonia, que concentra en torno al 40 % de la emigración laboral ucraniana (Rusia, un 25 %). Tras sus pasos van trabajadores de otros *oblasts*, incluido del este afectado por la guerra. Con unos cinco millones de sus ciudadanos trabajando en el exterior, las remesas constituyen hoy en torno a un 11 % del PIB ucraniano, y parte de ese dinero está detrás del impulso económico a esta zona, en sectores como el mercado inmobiliario. Un reverso de tales flujos de personas

es la escasez de mano de obra en un momento de cierto despegue económico tras la crisis de 2014.

Después de otra noche entre trenes y, como aún queda rato para que salga la *marshrutka* de turno, vamos a tomar un café al Urban Space 100, cerca del Ayuntamiento, por recomendación de Nadia Parfán, joven directora de cine que he conocido hace poco en un festival de Mallorca y que nació en esta ciudad. El Urban Space es un espacio social y ciudadano que dedica en torno al 80 % de los ingresos a proyectos de desarrollo local (por ejemplo, infraestructura para bicicletas); la propiedad del establecimiento es colectiva, a partir de una inversión individual de unas mil hryvnias. Esta iniciativa ha tenido eco y se abren locales similares en Kyiv y otras ciudades. La clientela es joven: típicos perfiles de individuos absorbidos por sus ordenadores y tabletas, o el ocasional libro impreso. De internet dependen muchos sueños económicos del futuro (Ucrania quiere convertirse en un centro para empresas y emprendedores tecnológicos que disfrutan del régimen fiscal, o de una fiscalidad laxa) y las batallas políticas virtuales. La red es además campo central de la llamada guerra híbrida: en Kyiv pocos días antes saltan alertas de ciberataque. El *ransomware* NotPetya, atribuido a Rusia, afecta al metro, al aeropuerto, a ministerios, bancos y empresas, y se extiende a otros países.

La *marshrutka*, atiborrada de cuerpos, sale por fin de Ivano-Frankivsk, y al poco volamos por carreteras rurales, rumbo a los Cárpatos a través de un mar verde y amarillo de árboles frutales y flores en ebullición. No es el paisaje de nieve, vegetación muerta y placas de hielo del pasado invierno, cuando el sol salía muy pocas horas y la gente se animaba a ir a la *kolyba* («taberna local»). En una de esas *kolybas* conozco a Giorgi, un rudo francotirador georgiano que combate del lado ucraniano. Me enseña fotos suyas en Afganistán. Giorgi cuenta en la mesa, sin adornos, cómo murió su padre en un ataque ruso a su pueblo cerca de Abjasia. Eleva la voz para dar largos brindis en ruso, mezclados con *shashlik* recién salido de las brasas, entre elogios al amor (y serias reconvenciones sobre relaciones prematrimoniales), los vascos del Cáucaso y la libertad de este país. El conductor levanta una nube de polvo en cada curva de la carretera. Subo el volumen del iPod, donde suena «Hotel California», de los Eagles. Lesya, una mano sobre la mochila y la otra en el reposacabezas de enfrente para amortiguar los vaivenes del vehículo, sonríe divertida. Aunque procuro meterme en el clímax de la canción y el solo del final, prevalece la sensación de calor, humanidad y agobio. Más tarde, bosques y colinas, y entre las cortinillas y los iconos que cubren la luna del vehículo, aparecen las montañas.

Los Cárpatos: películas de tecnicolor de pequeño. Quiero decir,

collados con luces preternaturales en montañas escarpadas siempre en penumbra, donde los lobos aúllan y se ven barrancos por los que corre el riesgo de despeñarse el extranjero que desprecia las advertencias de los folclóricos paisanos locales. Estos beben pintas de espumosa cerveza, mientras la camarera de amplio escote pasa con la bandeja. Los Cárpatos orientales, por lo menos en las regiones colindantes de Lviv, Ivano-Frankivsk y Transcarpatia, tienen poco de eso. El paisaje de montes y pueblos desperdigados por valles y bosques, muchos repoblados, me recuerdan más bien a mi País Vasco natal. En caminos rurales hay pequeñas ermitas de madera, llenas de iconos, flores y velas encendidas en cualquier estación, invitando a los caminantes a parar y atender al espíritu, mientras que en encrucijadas de montaña se alzan cruces de hierro oxidado.

La tradición local narra historias de bandidos estilo Robin Hood, convertidos en héroes que luchan contra crueles señores feudales e invasores extranjeros. Muchas leyendas e historias son de origen pagano y se entrelazan con costumbres y ritos, también cristianos. Por ejemplo, en Navidades a veces esparcen semillas de amapola entre el ganado y por el jardín, se dice, para proteger de las brujas. El hacha que cuelga visiblemente en algunas casas sería para proteger de los espíritus del bosque. Uno de ellos es Chuhaister, de grandes poderes y benevolente, como el *basajaun* vasco. Se le representa como un hombre alto, gigante a veces, de pelo blanco y ojos azules. Se dice que fue un ser humano a quien maldijeron y convirtieron en espíritu de los bosques. Los ajos en puertas o vigas de algunas casas son bastante habituales en estas tierras, pero están ahí sobre todo para secarse, no para ahuyentar vampiros. Comer un diente de ajo en Navidad protege de bacterias y a veces se acompaña el mordisco con un rezo en memoria de generaciones anteriores, o para preservar de malos espíritus.

En estos viajes profundizo en la mitología ucraniana, un elemento de su identidad nacional. Aunque no exclusivas de los Cárpatos, las *mavkas,* representadas en canciones populares, cuadros o cuentos para niños, son hadas o ninfas de los bosques, a veces almas de chicas muertas de forma no natural —en algunos casos, porque se suicidaron ahogándose o sin bautizar—. Bellas mujeres con el pelo a menudo verde, cuyos intestinos se pueden ver en su espalda abierta. Me recuerdan a las *lamiak* de la mitología vasca, hadas con pies de pato que viven junto a los ríos. Deambulando semidesnudas por los campos, especialmente en ciertas festividades, se dice que las *mavkas* pueden atraer a jóvenes a la muerte con flores que plantan en las montañas y llevan en su pelo, o aspirar la energía de mujeres y niños. Por la fiesta de Pentecostés, celebran juegos, bailes u orgías. En su poema «Lisova pisnia» («Canción de los bosques»), que tiene lugar en

Volyn, Lesya Ukrainka recrea el amor entre una *mavka* y el joven Lukash, a pesar de las advertencias de sus amigos del bosque, como Rusalka (un espíritu de los ríos). La historia muestra algo tan real como un amor que se estropea bajo influencias externas.

Aunque cada vez se ven más turistas polacos y rusos, las malas infraestructuras siguen por ahora reduciendo esta región de los Cárpatos a una contraseña de viajeros ucranianos. Algunos lugareños sueñan con el negocio que podrían hacer con los propietarios de los 4 x 4 familiares que se dirigen a los ríos en verano y con los otros cochazos que en invierno se unen a las largas hileras en dirección a las estaciones de esquí. Se lamentan de que llueve y nieva menos que antes. Si bien crece la conciencia ecologista y la tala ilegal de árboles está prohibida, la deforestación iniciada en el periodo soviético continúa hoy por empresas madereras que operan en un clima de corrupción e impunidad. De esto también se benefician algunos habitantes locales cuando dejan de soñar con turistas lejanos.

[8] Traducción del autor.

Esos terribles cuarenta

Nuestros abuelos murieron antes de que pudieran hablar de todo esto (de la guerra mundial y sus intraguerras en Ucrania), sus motivaciones o identidades. Mucho antes de que nosotros, sus nietos, les preguntáramos (Lesya).

El viento agita las ramas de los árboles y los cables de los postes eléctricos, haciendo tintinear los adornos colgados a la entrada de las cabañas de madera. Entramos en un restaurante de comida casera donde nos ofrecen *chanakhy*, ensalada, queso, pan y zumo de manzana. La dueña regenta el local con sus hijas. No sabe cuándo pasará otra *marshrutka*. Decidimos confiar en que, por unas hryvnias, algún coche nos lleve a la parte alta de Dzembronia, una aldea en este valle de los Cárpatos. Salimos al cruce de carreteras a probar suerte, pero se ven pocos coches y casi ninguno toma el desvío que queremos.

Tras un par de vanos intentos por mi parte, confiando en que Lesya sea más convincente, me siento en las escaleras de un restaurante abandonado y abro mi libro. De fondo, el murmullo del río Dzembronia. Me encantaría mojar los pies en esas aguas heladas y aligerar el peso del viaje y de algunos pensamientos. Alterno el fragor de las explosiones y metralletas del Berlín de abril de 1945, en el libro de Beevor, con el paisaje de bosques, montes y cielo azul que se abre enfrente de mí. Pensar que una región tan serena conoció esa guerra. La voz de Lesya interrumpe mis pensamientos, me saca del Berlín destruido y me lleva a la puerta entreabierta de un viejo Lada en marcha. En su interior, huele a cuero y suena música folk. Por el retrovisor cruzo un saludo con el conductor, bigotudo, de cara enrojecida y cuerpo inmenso que de alguna manera encaja en el asiento, manejando ágilmente la palanca de cambios, mientras sortea los baches de la carretera sin asfaltar.

Dzembronia es un conjunto de casas desperdigadas en las faldas de la cordillera Crno Hora. Una tienda de comestibles funciona como centro social y de avituallamiento; a su alrededor, se apiñan puestos de miel, licor, fruta e incluso uno de café. No lejos de la cabaña donde nos alojamos se alza una pequeña iglesia de madera cuya cúpula y tejado dorados brillan con el reflejo de los rayos de sol. La cruz se recorta sobre el cielo del atardecer.

Cerca de la iglesia hay una placa oxidada en memoria de los «luchadores por la libertad de Ucrania». Su inscripción recoge una lista de trece ciudadanos de Dzembronia. Deduzco que eran integrantes de la UPA o de algún otro grupo armado nacionalista, entonces. Por estos valles y montes se ven recordatorios similares, con

flores, piedras escritas y lazos de los colores de la bandera ucraniana o a veces el rojo y negro de esa organización.

La UPA se constituyó entre 1942 y 1943 a partir de varios grupos diferentes: unidades que, tras integrar la Policía Auxiliar *(Hilfspolizei)* establecida por los nazis, desertaron y organizaron focos de resistencia en los bosques; unidades de la sección de la Organización de Nacionalistas Ucranianos de Stepán Bandera[9] (OUN-B) y milicias partisanas dispares. Quedaba lejos la alegría con la que en 1941 muchos recibieron a los alemanes como liberadores, tras las hambrunas, el Gran Terror y las ejecuciones y deportaciones soviéticas. Figuras nazis como Alfred Rosenberg, el ministro del Reich para los Territorios Ocupados del Este, eran partidarias de otorgar cierta autonomía a los ucranianos y gentes de otras nacionalidades del Este, a quienes veían como potenciales bastiones frente a Stalin. Esas sutilezas tácticas, sin embargo, no eran compatibles con la deshumanización sistemática que los nazis aplicaron a los *Untermenschen*, la «raza inferior» de los eslavos. El *Ostplan*, el proyecto nazi de colonización y explotación del este de Europa, implicaba su esclavitud. Se atribuye a Erich Koch, gobernador del *Reichskommissariat Ukraine*[10], la frase de que si viese a un ucraniano «digno de sentarse conmigo a la mesa, tendré que hacer que le disparen» —al final de la guerra, como *Gauleiter* de Prusia oriental, se vería superado por unidades ucranianas del ejército soviético—. Matanzas y otras brutalidades nazis contra la población reforzaron la UPA y la resistencia en general.

En 1943, y tras una mini-guerra fratricida con otras facciones partisanas, la OUN-B tomó el mando de la UPA[11] para luchar contra nazis y soviéticos. Conforme al ultranacionalismo de Bandera, en línea con el fascismo en boga, su objetivo era un Estado ucraniano étnicamente «limpio», sin polacos, judíos ni rusos. La derrota del proyecto estatal ucraniano frente a los polacos en el oeste en 1918-1919 y la subsiguiente partición de lo que ellos consideraban Ucrania entre varios países (Polonia, URSS, Rumanía y Hungría)[12], alimentaba una peligrosa cultura de humillación nacional. Veían a los polacos como opresores, al mismo nivel que los rusos. La OUN se inició en los treinta con actos terroristas y asesinatos contra figuras polacas moderadas y ucranianos partidarios de la cooperación con Polonia. Como resume Argemino Barro, fue «la facción terrorista del nacionalismo ucraniano de los treinta… querían provocar tensiones para encender una guerra… y luchar por la liberación de Ucrania». Su influencia fue limitada al principio; les rechazó la Iglesia grecocatólica y el nacionalismo moderado y mayoritario de la Alianza Democrática Nacional de Ucrania (*Ukrains'ke Natsional'ne Demokratychne Ob'iednannia*, UNDO), más representativo de la minoría ucraniana en

Polonia (unos cinco millones de personas en Galitzia y Volyn). La UNDO terminó propugnando autonomía y cooperación con el Estado polaco como vía para contrarrestar la marginalización y discriminación de los ucranianos de la vida pública. Pero las facciones moderadas de Varsovia perdieron peso y, a fines de los años treinta, el Gobierno incrementó la represión contra la población ucraniana, a menudo en respuesta a atentados de la OUN. Luego vinieron la Gran Depresión, el auge de ideas totalitarias, la destrucción de Polonia con la guerra y sus sucesivas ocupaciones. Previendo la restauración del Estado polaco y la llegada soviética, la OUN-B propugnó la limpieza étnica contra los polacos.

Historiadores como Snyder subrayan cómo estos grupos habían aprendido de los métodos totalitarios durante las sucesivas ocupaciones soviética y nazi: las deportaciones de polacos de Volyn, al noreste de Lviv, durante la primera ocupación soviética (1939-1941); de polacos y ucranianos después, durante la nazi y, por supuesto, la primera ola de exterminio de los judíos. Entre la primavera de 1943 y mediados de 1944, unidades de la UPA, vecinos y campesinos perpetraron masacres contra civiles polacos en Volyn y Galitzia. Se estima que mataron a cerca de cien mil personas, incluidos judíos, y expulsaron a miles. También asesinaron a ucranianos que no colaboraron o que protegían a polacos o judíos. Los polacos se unieron a partisanos soviéticos en el campo o a la policía alemana en las ciudades, y crearon unidades de autodefensa. Sus represalias mataron al menos a diez mil civiles ucranianos. La UPA y otros grupos armados de la región lucharon contra los alemanes, colaboraron con ellos y, a veces, con los insurgentes polacos de la *Armija Krajowa,* contra los soviéticos. Tales pautas de enfrentamiento, cooperación y resistencia no son diferentes a otras intraguerras, como en la Yugoslavia ocupada por los nazis.

Tras la retirada alemana en 1944, la UPA entabló una guerra partisana contra los soviéticos en esta parte de los Cárpatos y otras zonas cercanas. Llegaron a tener noventa mil efectivos. Millones de ucranianos servían en el Ejército Rojo, de modo que contra la UPA lucharon unidades como la de Valentyn (el abuelo de Lesya y padre de Petró). Hubo episodios especialmente brutales, como matanzas públicas de civiles «colaboracionistas» o «nacionalistas» —término propagandístico para todo el que luchara contra la URSS y disidentes, luego recuperado por la propaganda rusa—. Los soviéticos mataron a más de cien mil ucranianos y deportaron a otros tantos al gulag. Con la llegada de la guerra fría y el aislamiento de estos grupos tras el telón de acero, terminaron venciendo.

En Polonia, la UPA luchó contra comunistas polacos que estaban deportando a población local ucraniana, como Myjailo y Anna, los

abuelos de Lesya, y matando a miles de ucranianos y *lemkos* en el proceso. Algunas de estas masacres las lideraron oficiales del Ejército Rojo, al mando de unidades polacas. La UPA veía las deportaciones como un intento de exterminar a la nación ucraniana. Otra operación de las nuevas autoridades, Vístula (1947), deportó al resto de esa población, unas ciento cuarenta mil personas, a los nuevos territorios al oeste asignados a Polonia, buscando su asimilación. En palabras de sus artífices, Vístula buscaba terminar de una vez por todas con el «problema ucraniano» en Polonia. Para entonces, los comunistas polacos habían asumido plenamente las premisas de sus compatriotas nacionalistas. Vístula vio nuevas violaciones masivas de derechos humanos contra ucranianos, tantas que algunos historiadores lo catalogan como «ejercicio de terror». Al final de estos procesos, entre 1944 y 1947, el legado ucraniano y *lemko* en esa parte de Polonia estaba destruido y la UPA derrotada.

Mientras, en el oeste de Ucrania, el NKVD puso en marcha la Operación Oeste, que deportó a Siberia y Kazajstán a ucranianos, familias enteras incluidas, sospechosos de colaboracionismo con la UPA y de simpatías nacionalistas[13], ejecutando a miles de personas.

Snyder y otros historiadores señalan que las filas de la UPA en la Ucrania soviética o en la Polonia comunista se nutrieron entonces de nuevos voluntarios, como quizá los de la placa de Dzembronia, que no habían tomado parte en las matanzas étnicas de la primera etapa. Es esta memoria de resistencia desesperada y de lucha por la independencia la que ha construido la visión sobre la UPA y Bandera que ha perdurado en el imaginario público, sobre todo en esta región. Hay un gran desconocimiento sobre los crímenes de la UPA y la OUN-B contra polacos, judíos o ucranianos, o la colaboración inicial de la OUN-B con los nazis o sobre el propio Bandera. En 2018, una encuesta de Rating, un organismo demoscópico, mostraba que un tercio de la población tenía una visión positiva de Bandera; otro tercio, negativa. Otros, indiferencia. Stalin concitaba el mayor rechazo (60 % frente a un 21 % que le valoraba bien).

Para Volodymyr Yermolenko, un afable filósofo de Kyiv —que pasa su tiempo entre el medio independiente Hromadske, explicando pacientemente Ucrania a extranjeros como yo, y su grupo de rock—, Bandera es hoy «un símbolo posmoderno, casi vacío de realidad, como las camisetas del Che Guevara». Algunos líderes ucranianos, guiados por el oportunismo populista[14], e historiadores nacionalistas han fomentado una política identitaria y una memoria sesgada sobre Bandera y figuras similares, muy criticada dentro y fuera de Ucrania.

La sombra de la UPA sigue viva entre las generaciones que crecieron en la URSS y ha adquirido nueva vida en los discursos antiucranianos de la propaganda rusa. Pero lo cierto es que muchísimos más

ucranianos murieron luchando contra la Wehrmacht y las SS que con ellos. Gran parte de Rusia no se vio afectada por la guerra, mientras que Ucrania y Bielorrusia fueron devastadas. Snyder estima en tres millones y medio los civiles ucranianos muertos por las políticas nazis entre 1941 y 1945 (incluido en torno a un millón de judíos) y tres millones muertos luchando en el Ejército Rojo o indirectamente como consecuencia de la guerra. La misma propaganda rusa que sobredimensiona la presencia ucraniana en filas nazis (como la División Galitzia de las Waffen SS), soslaya el colaboracionismo ruso, por ejemplo, del general Vlasov y su ejército de unos ciento veinte mil hombres (los *vlasovtsy*). Difumina todo lo que cuestione la apropiación rusa de la guerra patriótica, apropiación acelerada por Putin y que relativiza el papel decisivo de ucranianos, bielorrusos y otros pueblos soviéticos en la derrota de Hitler.

El legado de la UPA también pesa en las relaciones entre Polonia y Ucrania, con ciertas tensiones latentes sobre la categorización polaca como genocidio de las masacres en Volyn. Aun así, hay notables progresos de reconciliación, a menudo impulsados por líderes sociales y religiosos. La historia es irónica: la UPA y los polacos, con sus respectivas limpiezas étnicas, contribuyeron al plan de Stalin de una Polonia y una Ucrania homogéneas en las fronteras que acordó con Hitler y que retuvo por la fuerza después. Volviendo sobre el acuerdo Molotov-Ribbentrop y su legado, en una videollamada, Snyder concluye que hay una lección clara: «El respeto de fronteras. Los acuerdos sobre territorios de otros pueblos conducen a guerra y atrocidades. La Segunda Guerra Mundial empezó con un acuerdo territorial así de Berlín con Moscú».

[9] Fundada en 1929, inicialmente por militares veteranos de las contiendas de la década anterior, la OUN se dividió en 1940 en dos facciones, la de Andriy Melnyk, relativamente más moderada, y la OUN-B liderada por Bandera.

[10] La Administración nazi de parte de Bielorrusia y la actual Ucrania central y oriental. Galitzia y otras regiones al oeste se integraron en el Gobierno general de la Polonia ocupada, otro distrito nazi, bajo el mando de Hans Frank.

[11] Originariamente, la UPA la dirigió Taras Bul'ba-Borovets, un líder partisano contrario a las acciones de limpieza étnica. Fue derrotado por la OUN-B.

[12] Por la Paz de Riga (1921) entre polacos y bolcheviques —derrotados por la alianza polaca con el Gobierno de la República Popular Ucraniana de Kyiv, bajo Symon Petliura—, Polonia absorbía Galitzia y gran parte de Volyn (región que había sido anexionada por el Imperio ruso tras la tercera partición de Polonia). El resto de Volyn quedó bajo la nueva Ucrania soviética. A la vez, reconocía la Ucrania y Bielorrusia soviéticas. Los ucranianos lo vieron como una traición polaca.

[13] Unos 182 000 ucranianos fueron deportados al gulag entre 1944 y 1946.

[14] En enero de 2010, poco antes de dejar el poder, Yushchenko firmó un decreto declarando a Bandera «héroe de Ucrania», para algunos, buscando dañar a Tymoshenko, movilizando a la población en el este a favor de Yanukóvich en plenas elecciones presidenciales. En 2015, bajo Poroshenko y como parte de un paquete de leyes denominadas de la «memoria», la Rada aprobó el reconocimiento de una larga lista de grupos que lucharon «por la independencia de Ucrania en el siglo XX», la UPA y la OUN entre ellos, incluyendo una cláusula que declaraba ilegal criticarles o insultarles, levantando polémica.

Territorio hutsul

Duras astillas de madera, humo amargo.
Haría el amor a alguien
pero no hay nadie.
Quisiera que el dios Perún[15] me enviara dos herreros
para el invierno.
Uno fundiría hierro, el otro haría el amor
a la señora de la casa
(«Surovi trisky», canción folk de los Cárpatos)[16].

Tras medio día de ruta por las laderas de Crno Hora, regresamos a Dzembronia. Fuera de la tienda de alimentación se ha juntado un corrillo que charla de forma animada. Familias comen en bancos de madera cubiertos que protegen del sol. Un niño pugna cautelosamente por acariciar la quijada a uno de los caballos de trabajo atados en la valla, que se revuelve molesto. Poniendo a punto un viejo camión militar, un hombre de torso desnudo trabaja inclinado sobre el capó abierto, mientras el resto le alcanza herramientas. De un Lada Zhyguli, con una pegatina de la UE en el cristal, sale música local a todo volumen. La letra de la canción dice que «Putin está acabado. ¡Nuestra capital no es Moscú, sino Kyiv!». El camión está listo por fin y varios congregados, ancianos entre ellos, suben a la parte trasera, mientras el motor ruge al arrancar. Salen rumbo a la montaña, seguidos de varias motos, a recoger setas y hierbas por las que sacarse un dinerillo extra.

Tras coger algunas provisiones, vamos en busca de un monasterio en la otra ladera del pueblo. Cruzamos el río por un rudimentario puente de tablas, tomando un camino pedregoso que se convierte en sendero serpenteante entre la hierba, alta y abundante. Miro receloso por dónde pongo el pie, palo en mano; un par de veranos atrás, en otro monte de por aquí, me crucé con varias culebras negras, enormes, habituales en los Cárpatos. Mi guía me dijo «no te preocupes, no son venenosas; sí lo son otras que están en los árboles», lo que no me tranquilizó mucho. El calor aún aprieta y paramos a descansar un rato a la sombra de unos abedules. El aire está cargado y húmedo.

El monasterio se yergue a media altura. Desde ahí se ve todo el pueblo y gran parte del valle. No es de piedra, sino de madera, con una planta principal y varias estancias laterales. En camiseta blanca como su melena, pantalones arremangados, segando la hierba en sandalias, Román tampoco parece un monje al uso, es decir, con hábito, tonsura, etc. Este hombre amable, que transmite sencillez, pertenece a la Iglesia grecocatólica. A través de un jardín lleno de

flores, nos lleva a una capilla decorada con santos y ángeles. En un estudio anejo, libros e iconos tallados en madera que él se dedica a pintar y donde da clases de restauración.

—¿Usted se siente solo aquí, lejos del pueblo, que ya está aislado de por sí? —le pregunto.

Román, sonriendo con paciencia, como si le hubiera preguntado algo absurdo:

—No, ¿por qué? ¡Hay mucho que hacer por aquí! Cuidar del monasterio y atender a los fieles del pueblo, que suben a menudo aquí. También aprenden a restaurar. A menudo, buscan conversación. Los inviernos son largos.

Antes de irnos, cuando le digo que mis padres son católicos, me da postales religiosas que representan, en el estilo oriental, a la Virgen, Jesucristo y varios profetas, que meto unas en mi diario, otras para señalar páginas en el libro de Beevor. Espero que puedan llegar a Donosti algún día. Cae el atardecer cuando llegamos a la aldea y me doy un baño en una poza. El agua baja helada, te quita inmediatamente el sudor y el calor del camino.

Esta región es un mosaico etnográfico con entidad propia, que recorre Ucrania, Polonia y Eslovaquia. Junto con *boykos* y *lemkos,* otro grupo de la zona son los *hutsul*. Con sus magníficos vestidos bordados y canciones polifónicas, los *hutsul* han estado tradicionalmente vinculados a la vida en los bosques y montes de los Cárpatos, como refleja la película *Sombras de los antepasados olvidados* (también conocida como *Los corceles de fuego*), de Serguéi Paradzhánov. Ambientada en esta parte del país, narra la historia de amor trágico entre Iván y Marichka, miembros de dos familias *hutsul* rivales. Una obra maestra que rompió los cánones dominantes del realismo socialista cuando se filmó en los años sesenta: abraza elementos del realismo mágico ucraniano, género que hoy vuelve a ser popular entre escritores y cineastas contemporáneos. Paradzhánov, armenio, apoyó a los disidentes ucranianos, lo que le puso en el punto de mira del mismo régimen que un día aplaudió su trabajo. Tras *El color de la granada*, para algunos su obra cumbre, dio con sus huesos en la cárcel, donde estuvo años, hasta que le liberó Brézhnev.

No lejos de Dzembronia se encuentra Kryvorivnia, un pueblo que se menciona en *Los corceles de fuego* y donde solían pasar estancias Lesya Ukrainka, Iván Frankó y otros escritores y artistas de esa generación, atraídos por las tradiciones y leyendas locales y, en general, por la cultura y folclore de los Cárpatos. Con frecuencia, idealizaban esta vida rústica que asociaban a su proyecto de una Ucrania bucólica y más igualitaria.

Frankó, uno de los escritores ucranianos más renombrados, nació cerca de Drohóbych, en el *oblast* de Lviv. Su padre fue un herrero de

origen alemán y su madre venía de la nobleza local empobrecida; Frankó quedó huérfano muy joven. Abrazó el socialismo y editó en Lviv revistas progresistas en ucraniano y un periódico obrero en polaco. Cercano a Drahománov, Frankó fue uno de los cofundadores del Partido Radical Ucraniano, que abogaba por los derechos del campesinado, la transformación socialista de Galitzia (Halychyna para los ucranianos) y su división en un distrito ucraniano al este y otro polaco al oeste. Otra de sus grandes influencias fue el pensador e historiador Myjailo Hrushchevsky[17], que enseñó en Lviv. Hrushchevsky provenía de la Ucrania del Dniéper, como se conoce a veces a la parte que estuvo bajo los Romanov —lo que no es exacto, pues Rusia también controló regiones del oeste, como Volyn.

Frankó viró al nacionalismo y cofundó en 1899 el Partido Nacional Democrático de Ucrania —luego convertido en la UNDO—. Al principio, este partido abogó por la autonomía e igualdad entre nacionalidades en una región en la que polacos y ucranianos competían cada vez más por una hegemonía, bajo la batuta de Viena.

En ocasiones, a Frankó se le llama el Cantero, debido a su famoso poema «Kamenyari» («Canteros»), en el que apela a la emancipación de los trabajadores, que luego se convertiría en referencia revolucionaria y soviética. A pesar de su prestigio, los austriacos le impidieron la docencia en la Universidad de Lviv por un informe negativo sobre sus ideas políticas. En los últimos años de su vida sufrió parálisis en sus manos y tuvo que dictar sus obras a su hijo Andriy. La Primera Guerra Mundial se llevó por delante a su familia y Frankó murió en la pobreza, en 1916, poco antes de que le nominaran al Premio Nobel de Literatura. Ciento cuatro años después conocí de casualidad a su anciana tataranieta Ivana, en una exposición en Madrid sobre el pintor Iván Marchuk. «Él [Frankó] fue alguien, yo no soy nadie», me dijo, sonriente.

En Kryvorivnya entramos en una casa donde solía pasar temporadas el Cantero. Hoy es un museo etnográfico, repleto de objetos del folclore *hutsul* y fotos en blanco y negro de la escritora, artista, fotógrafa y etnógrafa Paraska Plytka-Horytsvit. Iba a estudiar en una universidad de Alemania, pero, como tantos otros ucranianos, terminó como trabajadora forzosa para una familia de ese país, que la maltrató. Volvió a Kryvorivnya e hizo de mensajera para la UPA. En 1945, con dieciocho años, los soviéticos la deportaron a Siberia, junto con otras miles de ucranianas. En los Urales se le congelaron los pies y estuvo a punto de perderlos; caminó varios años con muletas. Pasó una década en un campo de trabajo en Kazajstán, donde se enamoró de un artista georgiano. A su regreso, su padre no aprobó esta relación y destruyó las cartas de Plytka-Horytsvit con su amado, con quien perdió todo contacto. Nunca perdonó a su padre y dejó el hogar

familiar. Tras superar el rechazo inicial que inspiraba entre los vecinos su estancia en el gulag, se dedicó a retratar las costumbres *hutsul*: un legado de unas cuatro mil fotografías que mantuvo ocultas en su mayoría. Su vida asceta y solitaria solo se veía interrumpida por las excursiones por los Cárpatos que hasta edad avanzada realizaba en compañía de jóvenes estudiantes. Murió pobre también.

En la estación de autobuses de Kryvorivnya aguarda una *marshrutka*, dirección Chernivtsí, no lejos de la frontera con Rumanía. Dejo las tres hryvnias de turno en el plato de la encargada de los baños que, absorta en su periódico, me alarga un trozo de papel. Cuando vuelvo a nuestro vehículo, el conductor charla con un pasajero sobre los años tras la Segunda Guerra Mundial.

«Los rusos declararon victoria, pero no podías hablar de los millones de muertos del Ejército Rojo», apunta, entre calada y calada a su cigarro.

«Tampoco de los desastres militares que Stalin intentó tapar. Y hubo muchos», dice su contertuliano.

Pronto cambian de tema. Nos hacemos un hueco en la parte trasera de la furgoneta y cruzo los dedos para que no vaya demasiado llena. Se suben mochileros austriacos con pinta de perdidos; consultan sin parar una Lonely Planet sobre Rumanía y se quejan de que no haya cobertura. Luego recogemos a tres campesinas rumanas ucranianas cargadas de bolsas, que logran hacerse un hueco entre nosotros. Horas después llegamos a Chernivtsí, mecidos en una nube polifónica de conversaciones en ruso, ucraniano, rumano y alemán con acento cantarín austriaco.

[15] Divinidad de la mitología eslava, dios del cielo, rayos y truenos, entre otros atributos.
[16] Traducción del autor.
[17] Hrushchevsky sería posteriormente una figura emblemática de la República Popular Ucraniana, que se declaró independiente en Kyiv en 1918.

BARDOS

Mad Max Ucrania: Serhiy Zhadan

A ver… Déjame pensar. Sí: estuvimos bien con los austriacos, peor con los rumanos y catastrófico con los soviéticos.
(Conversación en una tienda de alimentación, Chernivtsí).

Estamos en lo que fue una importante sinagoga en el centro de Chernivtsí (Chernovtsi, en ruso, o Czernowitz, en alemán), hasta que la cerraron los soviéticos en 1940 y la quemaron soldados alemanes y rumanos, aliados con Hitler. Hoy es un cine-teatro. De mayoría ucraniana, la ciudad tiene población rusa, rumana, moldava, polaca y, en menor medida hoy, judía. Situada en el suroeste, en la histórica región de Bucovina, en el pasado conoció distintos gobernantes. Bajo los Habsburgo, Chernivtsí hablaba alemán hasta bien entrado el siglo XX, y los judíos llegaron a ser mayoría. Cuando sus habitantes dicen «esto es de la etapa de Franz Josef», el emperador, significa que es bueno. Desde el siglo XX, rumanos y ucranianos chocaron aquí con sus respectivos proyectos nacionales. En el periodo de entreguerras, Chernivtsí formó parte de Rumanía; luego, tras un ultimátum de Moscú en 1940, la URSS ocupó esta zona, Bucovina Norte —además de Besarabia—[18], y los rumanos la recuperaron al año siguiente. Tras esa guerra, se reincorporó a la Ucrania soviética. El ruso es habitual en estas calles, otro factor que rompe el prisma simplista de un país partido en una mitad oeste donde solo se hablaría ucraniano y un este únicamente rusófono. Impresión común a otras ciudades ucranianas hoy, Chernivtsí respira la elegancia decadente de esplendores pasados y la vitalidad caótica de los nuevos tiempos.

Centro cultural en boga, la ciudad celebra el Festival Internacional Literario Meridian Czernowitz, evento que reúne a poetas de Ucrania, Rusia, Alemania y media Europa central. La sala está abarrotada de gente que aguarda expectante al bardo. Salen al escenario dos guitarristas, seguidos por Serhiy Zhadan, a quien Marci Shore bautizó en *The New Yorker* como «el Bardo de Ucrania Este». Estallan las ovaciones. De riguroso negro, con pantalones camperos y sudadera, el pelo rapado a los lados y rasgos afilados, agarra el micrófono y, con un potente chorro de voz, invita a los asistentes en las escaleras del vomitorio a subir al escenario y sentarse a su alrededor. Durante las dos horas siguientes, Zhadan y su banda, Zhadan i Sobaky («Zhadan y los Perros»), interpretan canciones *ska*, que son referencia musical para parte de la generación actual, y otras melodías que acompañan la poesía de Zhadan. Él canta y recita, a ratos usando programas de su ordenador. Se mueve con soltura por el escenario y crea tal atmósfera

de comunión con el público que maldigo no poder seguir todo lo que dice para ser uno más. Tras el último bis, llama a continuar la fiesta esa noche en el Contrabanda, garito en una callejuela mal iluminada, cuyo aspecto abandonado en el exterior esconde la atmósfera vibrante dentro. Allí encuentro después a Zhadan e intento mantener la conversación entre el ruido y los empujones de fans impacientes y feligreses borrachísimos. A la mañana siguiente, coincidimos en el bufet en busca de café y líquidos con los que despejar la cabeza, e intercambiamos teléfonos. Tiene entrevistas, pero me hace un hueco para charlar un rato.

Zhadan podría ser una versión de James Dean si hubiera llegado a los cuarenta, y Dave Gahan, el cantante de Depeche Mode, con quien le une gusto musical y cierto parecido físico. Es escritor traducido a una veintena de idiomas, músico y activista comprometido con la naciente democracia de su país. Es un poeta popular. Pero más allá del camaleónico personaje de videoclips y autor de letras de sátira política y social, el Zhadan que voy conociendo entre Chernivtsí, Madrid y Járkiv, donde vive, es padre, un tipo con los pies en la tierra, directo, que habla con la misma claridad con la que miran sus ojos azules. Eso y sus convicciones políticas le valieron varios golpes en 2014 en Járkiv, en los choques entre grupos pro-Maidán y anti-Maidán. En un encuentro en el barrio de las Letras en Madrid, le llegan las preguntas habituales sobre «proeuropeos» (del oeste) y «prorrusos» (del este) como factor de la guerra. Con cierta impaciencia, como alguien a quien siempre se le pregunta lo mismo y da igual lo que responda, pues terminará recibiendo la misma pregunta, dice que él es un «ucraniano del Este» y partidario de Ucrania, «como muchos de mi región». Sus palabras llenan la librería y deja que se posen entre la audiencia:

> El problema no es tanto si se es «pro-UE» o «pro-Rusia»: el problema es que muchos [ucranianos] no saben ya qué creer. Hay nostalgia del pasado y la URSS, sobre todo en la generación anterior. A menudo es algo irracional que impulsa la propaganda, como en Rusia. También hay mucho miedo a la realidad y al futuro. Por eso idealizas el pasado. Yo tengo otros recuerdos de los ochenta y la URSS: largas colas para comprar el pan, por ejemplo. No había nada.

La obra de Zhadan refleja la realidad distópica que dejan tras de sí las utopías fracasadas y esa nostalgia por el pasado de que habla. Recrea el hundido entorno posindustrial del este y del Donbás, una de las regiones expuestas durante mayor tiempo al proyecto soviético, utopía muerta pero que pervive de alguna forma. Como esos bustos de Lenin que, tras ser derribados estos años, aparecen abandonados en solares, parques o cuartos traseros de edificios públicos. Los personajes que describe con un toque muy humano, aunque crudo, suelen venir de

barrios deprimidos y ciudades en declive, o del mundo gansteril o semicriminal, hablando el lenguaje de la calle. Personajes imperfectos y cautivadores que uno encuentra en esta parte de Europa, como Herman, protagonista de su novela *Voroshilovgrad*, nombre con el que durante la URSS se conocía a Luhánsk ciudad, de donde Zhadan es originario. Como dice su tarjeta de visita, Herman es un «experto independiente» que trabaja para un político de Járkiv a través de una plataforma que blanquea dinero. Treintañero, «con un título completamente inútil, un trabajo dudoso y suficiente dinero» para el estilo de vida al que está acostumbrado, pero «demasiado tarde para nada diferente», su vida es «fantástica» hasta que de madrugada recibe una llamada de teléfono de Kocha, amigo de juventud. Su hermano Yura, que regenta una destartalada gasolinera en Voroshilovgrad, se ha «ido». Kocha le pide que vuelva para hacerse cargo del negocio.

Así que Herman viaja a Voroshilovgrad pero con la idea de volver a Járkiv lo antes posible. Katarina, pitonisa de tez oscura, tras ofrecerle bebida en un extraño autobús, le susurra que «piensas que te irás en seguida porque has olvidado todas las experiencias que tuviste allí; cuando recuerdes, descubrirás que marcharte es más difícil de lo que piensas», y Herman cae en una ensoñación. Desborda las pocas expectativas que todos tienen de él y se opone a los secuaces («los chicos del maíz») de un oligarca local del Partido Comunista que quiere controlar el negocio de las gasolineras en el Donbás, por lo que le ofrece dinero por la suya. Solo tiene a su lado a Kocha, camorrista venido a menos y que se aferra a su trabajo en la gasolinera; al bajito y bigotudo Traumatizado, exfutbolista reconvertido en mecánico entrado en carnes y mujeriego notorio, y Olga, la contable pelirroja con la que va de un lado a otro en una *scooter*.

Voroshilovgrad, con elementos del realismo mágico que impregna parte de la literatura ucraniana moderna, combinando fantasmas y visiones con la cruda realidad, es casi una mezcla de *Mad Max* y *Trainspotting*. Herman tiene algo del policía Max Rockatansky de la primera, en un territorio sin ley pero con normas, y algo del heroinómano Renton de la segunda, que vive el placer del momento. La historia es un tributo a la épica discreta de los que deciden quedarse, con todo en contra, pero absurda para el gánster Marlén Vladenóvich, frustrado por no haber podido comprar a Herman. En un tren en vía muerta, la cara salpicada de sangre de una oveja a la que, tras varios amagos de un esbirro, intenta matar a tiros para desayunar, Vladenóvich recrimina a Herman que no tienen «una mierda» a la que agarrarse.

Leí *Voroshilovgrad* años después de ese invierno en el que aterricé en el aeropuerto de Boryspil. Con Ucrania puede suceder como a Herman: pasan los días y las estaciones, y cada vez cuesta más

marcharse. Sin idealismos, hay cosas que vuelven a tener sentido en este espacio entre los Cárpatos y las estepas, donde colisionan utopías y distopías, a veces de forma dramática, como el conflicto que engulliría a Voroshilovgrad/Luhánsk tras publicarse la novela. Quizás son los Kochas, Traumatizados y Olgas en *scooter* y sin sujetador, o el mismo Zhadan. O quizá porque, como le sucede a Herman, el futuro puede estar en reconciliarse con el pasado que uno ha querido dejar atrás.

[18] Los soviéticos ocuparon también la región de Besarabia, que se reparte entre Moldavia y la actual Ucrania.

Elektrychky

I got no need for open roads
'cos all I own fits on my back
I see the world from rusted trains
Though I always know I won't be back
(«Ghost towns», Radical Face)

Los *elektropotiah*, conocidos como *elektrychky*, son trenes de cercanías que cubren trayectos de unos cien kilómetros, usados por pensionistas, estudiantes y todos aquellos para quienes incluso las *marshrutkas* son demasiado caras: *babúsi* («señoras» o *bábushki*, en ruso) envueltas en gruesos abrigos, parejas y familias jóvenes entreteniendo a sus niños, o trabajadores de regreso a casa. Una anciana acurrucada en el asiento cabecea a ratos; su rostro lleno de arrugas como una manzana marchita asoma debajo de un enorme gorro rojo de piel. Me recuerda a mis *amonas* del norte de Navarra. Sonríe cuando le pido permiso para una foto. Junto a ella, una mujer joven, en vaqueros y botas altas, apenas levanta la cabeza de su tableta. El abrigo de piel rojo que lleva hace juego con el gorro de la señora. El frío se cuela por las ventanas y puertas mal cerradas del vagón, que golpetean cada poco; por lo menos, el aire amortigua los olores que llegan del baño. El ruido es por momentos ensordecedor; a las vibraciones metálicas y el constante traqueteo se unen conversaciones y sonidos de aplicaciones móviles. Varios entonan canciones de la Navidad ortodoxa que se celebrará en pocos días, y se les unen otras voces.

Durante la Unión Soviética, los *elektrychky* se producían en los países bálticos, pero, tras la desintegración del imperio, los nuevos Estados empezaron a producir sus propios *elektrychky* con vistas a satisfacer necesidades nacionales. La principal planta productora en Ucrania estaba en Luhánsk, en el Donbás, a cargo de Luhánskteplovoz, una de tantas compañías privatizadas en los noventa. En este opaco proceso, el nuevo Estado repartió sus acciones entre los ciudadanos. Petró, el padre de Lesya, adquirió algunas, que puso a nombre de sus hijas. Los incipientes oligarcas compraron rápidamente muchas de esas acciones. Lesya dice que iban de puerta en puerta, ofreciendo cien, trescientas o quinientas hryvnias por ellas; mucha gente las vendía, pues no entendían el potencial valor de «esos papeles incomprensibles». Años después, una sentencia declaró ilegal el proceso de privatización de Luhánskteplovoz y la compañía quedó en tierra de nadie. Con la guerra del Donbás, sus instalaciones terminaron en manos de la «República Popular de Luhánsk».

Hoy, estos trenes en mal estado solo dan pérdidas, pero funcionan con regularidad y siguen siendo de gran utilidad pública. En *Algo va mal*, escrito poco antes de morir en 2010, el historiador Tony Judt apela a proteger los trenes como servicio social para el que no se debería solo aplicar criterios de coste y beneficio, propios del sector privado. Un servicio que alguien —Estado o municipalidad— debería procurar a pensionistas en pueblos aislados o en las comunidades más pequeñas. Para él, los trenes eran síntoma y símbolo de la sociedad como aspiración compartida frente a la «visión individualista y *zeitgeist* de nuestra era *Wireless*».

El vagón está ahora en silencio. Judt tenía razón, pienso. Fuera se pone el sol y a través de las ventanas sucias se suceden, borrosos, postes eléctricos, bosques y campos nevados.

Lev el hippie

La barba es tan larga como las greñas blancas y rojizas que le caen por los hombros. Bajo sus pobladas cejas negras, ojos grises asoman por unas cuencas hundidas. De nariz poderosa como su frente, y pocas arrugas para sus sesenta y pico años, Lev Skop se parece a Anthony Hopkins, en sus interpretaciones melenudas de los últimos años, y a los profetas cristianos que miran desde las pinturas a nuestro alrededor. También puedes imaginarle cogiendo un tablón para surfear, si no fuera porque es principios de enero y todo está cubierto de nieve. Creo que Lev, que se autodefine como «miembro del movimiento *hippie*», mientras sonríe juntando dos dedos a lo punk cuando le saco fotos, haría exactamente eso: irse a remar en pelotas al nacimiento del río Prut en los Cárpatos, aquí cerca, ya fuera invierno o verano.

Estamos en su taller-vivienda de Drohóbych. Lev pinta iconos, santos y ángeles. A menudo lo hace sobre viejas placas y tablones de iglesias como la de San Jorge, a pocos metros de aquí y en cuya restauración trabaja. Invaden la estancia tablas, lienzos y marcos amontonados de formas inverosímiles, a los que se unen botes de pintura, pinceles y otros utensilios, además de flores y unas guitarras que cuelgan de la pared, en mal estado. Un fuerte olor a pintura y a tabaco impregna la estancia. En un rincón tiene un ordenador fijo, con el teclado cubierto de polvo y salpicado de pintura que, de alguna forma, responde a su tacto cuando, ofreciendo bombones con una mano, con la otra busca en YouTube canciones de Crna Dobra: es el grupo *heavy* de uno de sus hijos, en el que él a veces toca el bajo, por lo que veo, en estilo libre. Prolífico no solo en arte, Lev tiene cuatro hijos y otros tantos nietos. Tetiana, su segunda esposa, una mujer afable y sonriente, se sienta en el sofá-catre donde él duerme cuando trabaja aquí y brindamos juntos por la Navidad.

Lev me pregunta acerca de cómo vemos a Ucrania en España y la guerra, y sobre la propaganda rusa; dice que la UE y la OTAN deberían admitir a Ucrania como miembro. Su entusiasmo es contagioso, sonríe y hace bromas, pero por momentos su rostro adquiere cierta abstracción y entonces parece mimetizarse con los de los santos de grandes ojos que nos rodean. Su padre fue uno de los «repatriados» de Polonia tras la Segunda Guerra Mundial, su madre

era de Sambir. En una de las redadas en pueblos sospechosos de colaborar con la UPA o con otros grupos nacionalistas, su abuelo alertó de la llegada de la NKVD, y a parte de su familia le dio tiempo a huir a los bosques por temor a represalias. A él le mataron y arrastraron su cuerpo por el pueblo; lo hacían para ver si alguien mostraba afecto y capturar así a más sospechosos. Lev pinta también imágenes religiosas para los soldados en el frente del Donbás y se dedica a la enseñanza de arte. Antes de marcharnos, le compro una talla de madera con un juvenil arcángel Miguel de capa roja, sonrisa risueña y espada en alto.

Un tiempo después me entero de la muerte repentina de uno de sus hijos, Petró, que había seguido a su padre en el oficio de pintura y restauración, y trabajaba en el Museo de Historia Religiosa de Lviv. A esta mala noticia le sigue otra sobre el cáncer cerebral de Tetiana. Mucha gente en Facebook se vuelca en señales de apoyo e incluso organizan una campaña de *crowdfunding* para financiar su operación en Alemania, aunque no hay muchas esperanzas. Pienso en Lev solo en ese taller, rodeado de ángeles y santos inmortales de madera, cuya mirada protectora, un tanto triste, te sigue a todas partes. Como la de ese arcángel Miguel que vigila en una habitación de Madrid.

Café Charlotte

Una noche en Kyiv, Lesya me llevó al Café Charlotte para escuchar un concierto de jazz. Entre rondas de vino, escribimos nuestra conversación en un mantel de papel, ella añadiendo algunos garabatos y dibujos, para los que tiene cierto talento. Primero vino la broma sobre el hecho de que, al brindar, ella no me había mirado a los ojos y le conté esa estupidez sobre los siete años de mal sexo. La conversación en el mantel fue algo así:

—You will not have good sex until you are 57 (yo)

—I SURE WILL (ella)

—Well, not only depends on you, you know… Maybe I COULD HELP? (yo)

—Maybe , but not tonight (ella)

—Does this include a kiss? (yo)

—Somewhere in the dark, not in public (ella)

—Deal (yo)

—You're easy to persuade (ella)

Llovía al salir a la calle y no teníamos paraguas. Al cabo de unos metros, nuestras manos se encontraron, después trastabillamos medio abrazados y nos besamos. Pasamos el resto de la noche sin rumbo fijo, entrando a ratos en algún local abierto para guarecernos de la lluvia, hasta que nos encontró la plaza de la Independencia, ya de mañana.

A la noche siguiente, me escapé pronto de una cena de trabajo. Era medianoche cuando llegué a la plaza donde habíamos quedado. No entró en detalles de dónde me llevaba, «un sitio», musitó. Había trabajado hasta tarde y paramos a comprar comida para llevar. De Jreshschatyk nos desviamos por una calle de edificios elegantes que habían conocido días mejores. «Se les llama *stalinki*, muchos de ellos se construyeron al principio del periodo soviético, a menudo para la *nomenklatura* del Partido», me explicó Lesya. De una bocacalle entramos en un patio oscuro hasta un portal, donde, tras consultar su móvil, pulsó una clave en el telefonillo de la puerta de metal, que se abrió con un clic seco. Dentro olía a moho y humedad. Unas viejas escaleras de piedra nos llevaron hasta el segundo piso. Lesya sacó unas llaves de su mochila y entramos en un apartamento. La estancia, limpia y ordenada, estaba vacía. Las ventanas del dormitorio daban a la calle principal, cuyas luces iluminaban la habitación donde nos

acostamos. Me desperté al alba, la cabeza sobre su tripa. Hacía frío y ella tiraba de la manta para cubrirnos.

Járkiv

No solo en 2014 estábamos en un estado de angustia constante: es constante todo el tiempo (vecina de Járkiv).

Con la mandíbula colocada en el oftalmoscopio, parpadeo como pide la médico, cuyos ojos castaños escrutan los míos a través de las lentes del aparato. Joven, pelo recogido en coleta, habla algo de inglés que entremezcla con ruso. Fuera de su consulta, una cola de vecinos de Járkiv, incluidas *babúsi* a las que no parecen agobiar sus capas de ropa, a pesar del calor veraniego. Una discute sobre quién tiene el turno antes de sentarse, refunfuñando. Al entrar en el pasillo hospitalario en penumbra, los pacientes echan hryvnias en una máquina en la pared que, en vez de tabaco o preservativos, emite plásticos azules para calzarse, por higiene.

La médico prosigue su revisión, distante y profesional. Su salario, ahora en 2018, rondará los doscientos o trescientos euros mensuales. Puede que haya subido un poco con las reformas en el sector sanitario que figuras modernizadoras del actual Gobierno, como la ministra Ulyana Suprun, están logrando poner en marcha, a pesar de los intentos de sabotaje de grupos de interés opuestos a las nuevas medidas (como redes de corrupción en adjudicación estatal de medicinas, directores de algunos hospitales importantes o algunas compañías farmacéuticas nacionales). Al igual que ocurre con otras profesiones públicas, los médicos completan el sueldo con el dinero «informal» que muchos pacientes ponen encima de la mesa para ser atendidos antes, bien, o las dos cosas, o como gesto de agradecimiento. No todos los médicos lo aceptan, claro. Es una práctica extendida en Ucrania, que tiene una de las tasas de sida, tuberculosis y hepatitis C más altas de Europa. Para atender la leucemia de Petró, un primo veinteañero de Lesya, su familia hizo *crowdfunding* con el fin de pagar una operación en el extranjero. Eso le permitió vivir unos años más. Oleksandra, su hermana, pagó quinientos dólares para su primer parto, sin epidural. Los estudiantes a médicos tenían además que pagar mordidas para acceder a escuelas públicas prestigiosas, primero, y ejercer la profesión, luego. En principio, las reformas aprobadas estos últimos años han puesto fin a algunas de estas prácticas.

La hinchazón de mi párpado no es una infección grave, concluye la médico, retirando el oftalmoscopio. Escribe unas notas para recetarme una pomada y desliza una fugaz sonrisa que acompaña al papel en su

mano, a modo de despedida. Miro a Lesya con la duda de si dejar una suma encima de su escritorio y qué cifra, pero la médico ha recuperado su apariencia hierática y teclea en su ordenador. La enfermera entra con la anciana gruñona, ahora dócil, así que salimos de la consulta y volvemos a la luz del exterior. En las calles de Járkiv se respira un ambiente desinhibido. Pasan varios convoyes de coches de bodas, tocando el claxon sin parar. Por lo menos, en superficie, la guerra parece algo lejano, aunque estemos a unos cuarenta kilómetros de la frontera con Rusia por el norte y doscientos de la línea del frente y de la autoproclamada «República Popular de Donétsk». Hay rumores de que el Gobierno planea fortificar la frontera con Rusia, por si acaso, aunque el proyecto no avanza por ahora.

Járkiv (Járkov, en ruso) fue la primera capital de la Ucrania soviética hasta 1934, cuando se trasladó la capitalidad a Kyiv. El edificio Dzherprom, erigido en los años veinte, con sus torres entrelazadas, fue en su día icono mundial de modernidad e innovación soviéticas. Las grandes balaustradas de las villas de la calle Darwin remiten al esplendor del Imperio ruso de finales del siglo XIX o principios del XX: unas se mantienen en perfecto estado de conservación y sus fachadas parecen recién encaladas; otras, bajo las sombras de los árboles cercanos, están cubiertas de hierbas y adormideras que serpentean por sus paredes desconchadas de ladrillo o patios vacíos. Frente a ese Járkiv señorial y posimperial, hay otro de barrios trabajadores que recuerdan al Mánchester de Joy Division o la ría de Bilbao tras la reconversión de los ochenta. Antiguos edificios y plantas industriales se reconvierten a locales sociales y culturales, como el Urban Space 100, de Ivano-Frankisvk, o centros comerciales. Las paredes de algunas calles están cubiertas de murales de *petrykivka* —coloridos motivos ucranianos que entremezclan flores, vegetación exuberante, pájaros y otras figuras animales, a veces fantásticas— y de poemas.

Como Lviv y Kyiv, la región de Járkiv se ha convertido en un centro de servicios IT y telecomunicaciones[19]. Es un eje económico importante, el tercero del país, tras Kyiv y Dnipró, gracias a la industria militar, la agricultura y las reservas de gas natural. Esta diversificación económica permitió a Járkiv hacer frente a la crisis de 2014 mejor que el vecino Donbás, directamente afectado por la guerra. Aunque Rusia sigue siendo un socio económico relevante, el nuevo Acuerdo de Asociación con la UE abre más vías a mercados europeos. Esta tendencia a la sustitución de mercados es anterior a 2014, pero se acelera por la guerra y las tensiones con el país vecino, que además aplica sanciones y restricciones comerciales a Ucrania. No todo va bien: si Járkiv tiene una de las tasas de desempleo más bajas del país, sufre una fuga de cerebros a Varsovia, Praga u otras

capitales.

[19] Sector que, en datos de 2017, constituye en torno al 60 % de las exportaciones de servicios de esta parte del país, con EE. UU. como primer destino.

Paseando con Zhadan

Mariya, de cuatro años, me mira entre escéptica y resignada cuando derramo su refresco al abrazar a su padre en un café junto a la plaza Pushkin. Zhadan, en sudadera negra y con el pelo claro echado hacia atrás, ha cogido algo de color de verano. Solo tiene esta tarde libre y quiere enseñarnos bien la ciudad, paseando a buen ritmo con su mano entrelazada con la de Mariya. Fuera del centro, algunos barrios evocan escenarios de su *Voroshilovgrad*. Herman podría aparecer en cualquier momento, pegado al teléfono o en uno de estos tranvías, el día antes de salir en dirección este.

Zhadan revisa los últimos retoques de la adaptación de su novela al cine como *The Wild Fields* (*Dyke Pole*, en ucraniano). Le digo que en la próxima película que hagan de sus novelas me encantaría salir de secundario. Se ríe, no vendría mal algún extra diferente, añade. Habla de la actual explosión artística y de producción de películas que vive la escena nacional, con ayudas de fondos públicos por parte de órganos como la Agencia Estatal de Cine, que está contribuyendo al impulso del cine ucraniano moderno. Él está a favor de la promoción del ucraniano, lengua en la que escribe y compone, pero no le gustan algunas de las nuevas medidas del Gobierno impuestas en el mundo audiovisual, como las cuotas obligatorias de contenido en ucraniano, aunque se trate de una película sobre el Donbás, como la suya. Esas artificiales cuotas de idioma entorpecen la fluidez de sus rodajes y la credibilidad narrativa: sus personajes alternan con naturalidad entre ruso, ucraniano y *surzhik*, una especie de dialecto mezcla de ambos que habla entre el 11 y el 18 % de la población.

Las calles y avenidas rezuman energía y desenfado veraniego en un día soleado tan diferente a la visita del invierno anterior. Dispara ideas rápido, cuesta seguirle.

«Algunos patriotas han boicoteado películas en las que se habla ruso como lengua principal, pero el lenguaje no es realmente un problema aquí, aunque algunos hacen que lo sea», dice con vehemencia. «Járkiv arruina el cliché de la propaganda rusa y Rusia se equivocó aquí y en el este de Ucrania, en general: fracasó». En una ciudad rusófona y con un 30 % de población de origen ruso, «muchos rusófonos apoyan a Ucrania, al igual que los voluntarios en el frente, en Dnipró u Odesa, que también hablan ruso. La lengua no es la frontera ni mucho menos

la fuente de conflicto que Rusia quiere hacer ver, tanto a nosotros como a su propia gente: esa frontera está casi solamente en la cabeza de dirigentes con poder, Putin el primero».

Cuando no escribe, toca con su banda o habla en encuentros literarios: Zhadan es un voluntario que impulsa proyectos sociales, culturales y humanitarios en el Donbás, de donde es originario. Dice que el Estado no es lo suficientemente ágil para actuar en estas situaciones de urgencia y son los voluntarios los que a menudo suplen esas carencias, también en el frente. Delante de la sede de la Administración regional en la plaza de la Libertad, hay algunas tiendas levantadas en conmemoración de los soldados que luchan en el Donbás, bajo el lema «Do peremohi!» («Hasta la victoria»). Nos topamos justo con un grupo de chicas y chicos de esa región que visitan Járkiv en el marco de uno de los programas de la ONG de Zhadan que lleva su nombre. Parecen sumamente alegres de verle, le saludan con efusividad y, los que tienen móviles, se sacan varios selfis con él. Casi no le dejan marchar. Zhadan charla con ellos y hace algunas bromas. Le miran con evidente admiración.

—Pienso que en parte el problema es que el país está mal conectado internamente. Eso contribuye a que pervivan estereotipos y prejuicios regionales e históricos de etapas anteriores.

—Eso también lo padecemos en España, incluso sin guerra —le digo.

Luego nos lleva a un garito muy animado y repleto de gente, el Staryi Hem («Viejo Hem», en referencia a Hemingway), un bar muy concurrido y donde saludan a Zhadan al entrar. Pide cerveza para nosotros y un refresco para Mariya, que parece acostumbrada a que su padre esté con extraños y se entretiene con unos dibujos animados de Pipi Calzaslargas en su móvil. Le confieso esta extraña impresión constante, que también tengo a menudo en Kyiv, de que no se diría que haya una guerra cerca salvo que uno vaya al Donbás. Él lo piensa un momento y frunce el ceño.

—Quizá eso no es malo, pero tampoco se puede hacer como que no hay guerra. Algunos de los niños que hemos visto padecen síndrome de estrés y ansiedad cuando oyen ruidos repentinos y explosiones. Son niños y lo superarán. Pero sí me preocupa que muchos jóvenes no se impliquen lo suficiente en política. Quieren «algo diferente», pero no se comprometen mucho.

Zhadan apura su caña. Mira a Mariya, que da algunas muestras de querer recuperar a su padre e ir juntos a algún plan que le ha prometido. Pedimos una última y le pregunto por el futuro.

—¿Cómo lo veo? Espero que en diez años Ucrania sea un país muy diferente. Esto no va a cambiar en la siguiente elección. Repetiremos los errores de Bulgaria y Polonia, y aprenderemos de sus éxitos. Los cambios serán lentos, difíciles. El futuro es la educación, los niños —

señalando a Mariya—. Me gustaría que la guerra terminara, pero eso depende del Kremlin. ¿Las «Repúblicas»? Fronteras artificiales creadas por una tercera fuerza, pero la gente es la misma. Lo más duro es dejar tu casa, tu hogar, ¿sabes? Tengo muchos buenos amigos que tuvieron que dejar Donétsk o Luhánsk en 2014, e ir a lo desconocido. Hoy viven en Kyiv, Dnipró, Poltava… Unos dicen que volverán cuando acabe la guerra, otros que no. Las diferencias políticas o ideológicas se pueden superar, pero no que te quiten tu casa… No son solo territorios, quiero decir. Por eso los (ucranianos y occidentales) que dicen «pues dejemos el Donbás [para Rusia] y nos quitamos un problema», no saben de lo que hablan.

Cuando unos meses después, en un evento del Instituto Ucraniano en Londres, le pregunten por el papel de los escritores en Ucrania, dirá irónico que no sabe por qué su gente confía más en los escritores que en los políticos ucranianos. «Luego lo que pasa es que artistas populares van a la Rada [el Parlamento] y dejan de ser populares», añade, entre risas del público.

Pasamos por el Stina, bar con fama de punto de encuentro de ultras de fútbol y grupos radicales. A menudo luchan entre ellos, dice Zhadan. Grupos que frecuentan antros así se unieron a batallones de voluntarios que lucharon por Ucrania en el Donbás, sobre todo en la primera fase del conflicto. Se asocia a algunos de estos batallones, como Aidar o Tornado (disuelto en 2015), con casos de violaciones de derechos humanos, como detenciones ilegales, maltrato a prisioneros, robo, extorsión y posibles ejecuciones sumarias, además de la vinculación con grupos criminales. En 2015, en una serie de explosiones que asolaron Járkiv, una bomba voló el bar. Las autoridades hablaron de terrorismo e infiltración rusa para volver a desestabilizar la ciudad. El Stina está mucho más apagado que el Staryi Hem, y no nos quedamos mucho. Zhadan se tiene que despedir aunque, antes de ello, me anima a coincidir en la gira de su banda *ska* la primavera que viene, si estoy en el país. Se ríe cuando le digo que una de mis canciones favoritas de este verano es una suya, «Bujlo!» («Alcohol», en lenguaje coloquial), muy pegadiza. Le pido que me explique la letra de su canción sobre Josef Kobzon, una especie de Frank Sinatra de la URSS, nacido en Ucrania, cercano al poder de Moscú, pro-Putin. La canción, dice Zhadan, satiriza a Kobzon y la farándula soviética, con el trasfondo de las nuevas cuotas sobre ucraniano en radio: «¡Cuatro años sin escuchar a Kobzon!», dice el estribillo. Kobzon, ya muy anciano, siempre con el pelo teñido de negro y cara de nueva cirugía estética, solo canta en ruso y su música aburre soberanamente a la nueva generación.

Veo a Zhadan alejarse con Mariya, sus imágenes a contraluz difuminadas por la cegadora puesta de sol que lame la plaza de la

Constitución y los tanques británicos de la guerra civil rusa sobre los que juegan unos niños. Espero volver a verle pronto.

Taras y Nicolás

Cuando muera, enterradme en una tumba alta, en medio de la estepa de mi adorada Ucrania. ¡Así podré ver los campos anchurosos, el Dniéper, sus represas agitadas, y podré oír también cómo braman sus aguas!
(Taras Shevchenko, «Testamento»)

Es ya bien entrada la mañana cuando, café en mano, paseamos por el parque Taras Shevchenko, donde hay un monumento al escritor. Alrededor de su efigie, se representan etapas de la narrativa nacional, como los cosacos y la servidumbre. A sus pies, flores con los colores azul y amarillo de la bandera ucraniana.

De entre los muchos lugares comunes sobre Ucrania, hay uno que suele presentar a Járkiv como una de las ciudades más «rusas» de este país y Lviv, al oeste, como origen del nacionalismo ucraniano. Eso es inexacto. Por ejemplo, la corriente rusófila fue influyente también en la Iglesia grecocatólica, en las regiones de Galitzia hasta fines del siglo XIX, y Volyn, además de entre grupos de los Cárpatos, como los *lemko*. Por otra parte, la cultura e identidad ucranianas modernas hunden sus raíces también en la Ucrania del Dniéper, donde aparecieron las primeras obras relevantes en lengua ucraniana. El momento era propicio: auge del nacionalismo romántico y cierta tolerancia imperial hacia expresiones nacionales en arte y literatura. Fue Járkiv, entonces centro de la provincia imperial *(gubernia)* conocida como Sloboda (o Slobidska) Ukraina, el lugar en el que se imprimieron los primeros periódicos con textos en ucraniano, como el *Heraldo Ucraniano*. En las postrimerías del siglo XVIII, un tal Iván Kotliarevsky de Poltava, que había luchado contra los turcos y Napoleón, escribió el poema *Eneida*, parodia de la obra de Virgilio. A Kotliarevsky se le considera el creador del lenguaje ucraniano moderno. Para algunos, sería en Ucrania lo que en Rusia su contemporáneo Pushkin.

Moscú quiso convertir las universidades de Járkiv y Kyiv en baluartes para la promoción de una identidad rusa en torno a tres pilares: autocracia, ortodoxia y nacionalidad rusa (que incluiría a bielorrusos y ucranianos). La rusificación era también una forma de reforzar el control al oeste del Dniéper, frente al incipiente nacionalismo polaco. Pronto se añadió otra preocupación: la influencia en estas universidades de autores ucranófilos, cuyas ideas rompían parámetros imperiales convencionales. Uno de ellos fue Taras Shevchenko.

Shevchenko nació siervo. La servidumbre, extendida en el Imperio ruso, ataba a los campesinos a las tierras y a los nobles que las

poseían. En la práctica, era una forma de esclavitud feudal. Shevchenko trabajó para un rico propietario de tierras, con cuyo séquito fue primero a Vilna y después a San Petersburgo, donde desarrolló su faceta de artista. Convertido en pintor de creciente prestigio, entró en contacto con miembros de la escena cultural como Pushkin y Nikolai Gogol, él mismo ucraniano. La comunidad artística de esa ciudad reunió la suma necesaria para pagar su libertad, 2500 rublos, y redimir su servidumbre. Shevchenko tenía veinticuatro años. En 1840 publicó *Kobzar* («Bardo»), su primera colección de poemas en ucraniano, considerado entonces como lengua inferior, de campesinos. Escribir así no era opción para hacer carrera en círculos de poder, así que la mayor parte de las élites ucranianas aceptaban entonces los cánones imperiales rusos. Es el caso del propio Gogol, representativo de la dualidad nacional y cultural, de la ambigüedad de la identidad ucraniana en ese periodo (escribía en ruso, aunque a menudo sobre temáticas populares ucranianas).

Le marcó mucho su experiencia de siervo. También, el deterioro social y la pobreza que observó durante los viajes de regreso a su hogar. Su obra lamenta lo que él y otros veían como la pérdida de libertad de Ucrania tras el fin del Hetmanato, una entidad política creada en el levantamiento del líder cosaco o *hetman* («atamán») Bohdán Jmelnytski, en 1648, contra la entonces Mancomunidad Polaco-Lituana, el Estado que dominaba la región. Este proto-Estado cosaco, también llamado en los anales Ucrania (que significaba «tierra fronteriza»), comprendía gran parte de la actual Ucrania central y sur. Jmelnytski, necesitado de ayuda militar, firmó en 1654 el Tratado de Pereyaslav con un poder creciente, el zar, quien se comprometía a respetar la autonomía y derechos de los cosacos del Hetmanato, a cambio de que estos reconocieran su soberanía. Héroe nacional para algunos, otros le hacen también responsable del pecado original —colocar a Ucrania bajo la égida rusa, Muscovy, entonces.

Desde Shevchenko, la historiografía ucraniana se nutrió de mitos y referencias sobre los cosacos y el Hetmanato[20]. Ucrania, libre, y la Rusia imperial eran antítesis irreconciliables. La obra de este autor es revolucionaria en su ácida crítica al imperialismo, a la figura del zar, para quien no ahorraba epítetos («pérfida serpiente, que construiste San Petersburgo con los cadáveres torturados de nobles cosacos»), y a los *moskaly*, de quienes Ucrania debe desconfiar. Este es un término despectivo para los rusos, que todavía se usa. Su equivalente en Rusia, para referirse a los ucranianos es *jojol*. En esta reconstrucción mítica del pasado, Ucrania sería el espacio entre el aborrecido mundo católico al oeste y la opresiva autocracia al este. Frente a la servidumbre, ese mundo cosaco habría estado basado en libertades e igualitarismo. Se borraban del relato los episodios más sórdidos, como

los pogromos a judíos tras el levantamiento de Jmelnytski.

Las autoridades arrestaron a Shevchenko en 1847 por pertenecer a la Hermandad de los Santos Cirilo y Metodio, una organización clandestina de la que eran miembros varios profesores de la Universidad de Kyiv. Aspiraban a la abolición de la servidumbre y a la transformación del Imperio en una federación de repúblicas iguales. Autores como Andrew Wilson han comparado este incipiente nacionalismo con el irlandés y el escocés. Para el historiador Serhiy Plokhy, Moscú dudaba de si eran «separatistas» peligrosos o súbditos leales que llevaron su patriotismo local un poco lejos. Las sentencias fueron más bien laxas, de poco tiempo en prisión o exilio interno en puestos burocráticos en provincias remotas. Shevchenko tuvo peor fortuna: Nicolás I había leído su poema «Sueño», en ucraniano, en el que criticaba mordazmente al zar y ridiculizaba a su mujer. Le condenó a diez años sin escribir o pintar, de soldado raso en un destacamento en Orenburg, cerca de los Urales, y después en Kazajstán. Un Shevchenko envejecido volvió del exilio a San Petersburgo, donde murió en 1861, a los cuarenta y siete años, días antes de la abolición de la servidumbre. Cumpliendo el deseo de su poema «Zapovit» («Testamento»), repatriaron sus restos a Ucrania.

Moscú endureció más la política hacia los ucranófilos. Preocupaba su influencia entre clases bajas y sobre todo en el campesinado (casi un 80 % de los ucranianos eran campesinos y cerca de un 90 % de ellos, analfabetos). El decreto de Valuev restringió en 1863 el uso del ucraniano en publicaciones religiosas y educativas. En 1876 llegó el decreto imperial (ukaz) de Ems, aprobado por el zar desde un balneario alemán y que amplió esta prohibición a todas las publicaciones. A ello se unieron restricciones a organizaciones civiles y culturales ucranianas, lo que llevó a la aparición de *prosvitas*, *hromadas* y otros grupos clandestinos. La represión reforzó los contactos entre los ucranianos sometidos a los Romanov y los que vivían bajo los Habsburgo. Las restricciones lingüísticas se levantaron brevemente con la Revolución de 1905, cuando parte del movimiento ucraniano evolucionó del socialismo igualitario y la autonomía o federación, a propuestas de independencia.

Más tarde, la propaganda soviética permitiría, a su manera, la memoria sobre algunas de estas figuras históricas. Jmelnytski se usó como referencia mítica en la lucha contra Hitler. Esto lleva a veces a situaciones curiosas: si la placa soviética en honor a Frankó en la fachada de la *prosvita* de Sambir elogia su labor como revolucionario socialista por «Kamenyari» —soslayando la dimensión nacional ucraniana de su obra—, ese bulevar lleva hoy el nombre de Stepan Stebelski, un líder de la nacionalista UPA. Por su parte, a Shevchenko el imaginario soviético le representa como socialista y luchador del

pueblo contra los zares. Hoy mira, joven y melancólico, desde los billetes de cien hryvnias o, más viejo, desde su estatua en el parque de Járkiv. Tiene otra enfrente de la Universidad de Kyiv, fundada por Nicolás, cuya estatua se quitó para poner la de Shevchenko.

[20] Desde mediados del siglo XVII hasta parte del XVIII, bajo la autoridad del atamán, el Hetmanato atravesó diversas crisis internas y tensiones con Polonia, Muscovy y los otomanos. El atamán Iván Mazepa se alzó contra el zar Pedro I, aliándose con los suecos, pero las tropas zaristas les vencieron en la batalla de Poltava (1709), iniciando un periodo de declive y pérdida de su autogobierno. Catalina II la Grande eliminó el Hetmanato e incorporó como provincias imperiales los territorios de lo que Moscú llamaba «Pequeña Rusia», reintroduciendo además la servidumbre.

El Renacimiento Ejecutado

El Renacimiento Ejecutado fue destruido cuando solo estaba empezando a despegar (Yuri Andrujóvich).

—¿Qué son esos pasos en la escalera? —preguntó Koróviev, jugando con la cucharilla en la taza de café.
—Es que vienen a detenernos —contestó Asaselo, y se tomó una copita de coñac.
(*El maestro y Margarita*, Mijaíl Bulgákov).

El edificio crece del césped a nuestros pies y se confunde con los árboles que lo ocultan. En esta calle tranquila reina el silencio, a ratos interrumpido por una moto o un coche. A primera vista, el Slovo («palabra») no tiene nada que llame la atención. Lo normal sería pasar de largo, si acaso dedicándole una mirada como otro vestigio gris de la etapa comunista, salvo que uno repare en una placa lateral. Con forma de dos páginas pétreas de un libro abierto, contiene ciento veinticuatro nombres, y la inscripción reza: «En este edificio (construido en 1928), vivieron y trabajaron escritores y artistas conocidos». Entre otros, leo los nombres de Myjail Semenko, Mykola Kulish y Les Kurbas, vanguardistas de los años veinte y treinta, críticos feroces de la escuela romántica de Shevchenko y lo que para ellos era una visión provinciana de Ucrania, centrada en lo folclórico, cosacos y campesinado. Renunciaban al pasado y sus referencias eran el futurismo utópico, el industrialismo y otras corrientes modernizadoras de Europa.

Kurbas es quizá la figura más relevante del teatro ucraniano moderno. Hombre atractivo, en su debut en Kyiv, allá por 1918, un actor hablaba de «su belleza, frente orgullosa, ojos apasionados, cejas arqueadas y musicalidad». Kurbas nació en Sambir, en una casa-albergue para actores de teatro ambulante, como sus padres. Hoy funciona como museo dedicado a su memoria, aunque es difícil reconocer como tal institución a la anodina casa que visité el pasado marzo. Nieve sucia y barro en la discreta entrada, donde un cubo recogía el agua de una gotera. Gran parte del legado cultural de este país se encuentra mal conservado. No obstante, la voluntariosa guía hizo maravillas de la única habitación visitable y, vara en mano como maestra de escuela de antaño, me condujo a través de una exposición fotográfica sobre la vida y obra de Kurbas. Sus padres se curtieron en un periodo en el que no era fácil hacer teatro ucraniano, sobre todo bajo el Imperio ruso, aunque en 1881 Moscú permitió compañías de teatro ucraniano ambulante, con restricciones: por ejemplo, reflejo de

los prejuicios hacia esta lengua, los personajes de clase media y alta debían hablar ruso.

Criado en un entorno humilde, Kurbas estudió en Viena. En Kyiv creó su compañía, el Teatro Joven *(Molodyi teatr)*, cercana a círculos progresistas, decidido a romper estereotipos. El contexto no podía ser más complicado: los caóticos años 1917-1920. La Primera Guerra Mundial no terminó en esta parte de Europa en 1918. Ese tiempo, que refleja Myjail Bulgákov en su novela *La guardia blanca*, vio, además del impacto de la guerra civil rusa en este país, luchas ucranianas por su independencia, incluida una sucesión de estados ucranianos, invasiones, hambre y anarquía. Los actores de Kurbas lo pasaron mal y muchos mendigaban pan en los pueblos. El Ejército Rojo tomó Kyiv en febrero de 1919 y destruyó gran parte del mobiliario del teatro. El Blanco, de Denikin, que entró ese agosto, atacó símbolos de la cultura ucraniana, saqueando el teatro de la compañía de Kurbas. Ese año se había casado con Valentyna Chystiakova, actriz rusa y Julieta en su adaptación de la obra de Shakespeare. Su fama despegó decisivamente con Berezil (nuevo comienzo), su nueva compañía, que trasladó a Járkiv, capital entonces, y donde trabajó con Kulish.

Por su parte, Semenko, otro de los nombres de la placa del Slovo, fue uno de los fundadores del movimiento de los Panfuturistas o *Aspanfut*, de orientación revolucionaria y comunista (posteriormente se llamaron AsKK o *Komunkult*, Asociación de la Cultura Comunista). Sus planteamientos, al principio, eran muy radicales: destruir el arte como categoría social, sobre todo en su vertiente religiosa. Querían construir uno nuevo en torno a la ciencia y la tecnología, en un momento de auge del cine y la fotografía. Estos autores progresistas y comunistas tampoco escatimaban críticas contra el nuevo sistema soviético. A la explosión de talento artístico en Ucrania contribuyó la «ucranización» o *korenizatsiya* (algo así como «echar raíces»), en la jerga del Partido. Desde mediados de los veinte y hasta principios de los treinta, el Partido permitió la expansión del ucraniano en medios, organizaciones oficiales, educación. Figuras de esa generación artística pudieron dirigir instituciones culturales en la nueva república soviética de Ucrania. Se podía ser fiel al Partido, a la Revolución y patriota local. Los vanguardistas del Slovo creaban guiados por la visión utópica de una sociedad del futuro que creían cercana.

Pero Stalin puso punto final a todo esto, terminando con la ucranización y sus defensores. En *Nuestro hombre en España*, Jorge Freire describe cómo Arthur Koestler, a través de la ventanilla del tren que le llevaba a Járkiv, veía sin querer ver a «multitudes de campesinos desharrapados que agarraban niños barrigones y ofrecían iconos a cambio de pan». En paralelo a estas hambrunas, el Gran Terror estalinista que vino luego (1936-1938) eliminó a cerca del 80

% de la *intelligentsia* ucraniana, incluyendo la rama local del Partido (purgado dos veces) y los utópicos del Slovo, cuya placa nada dice de estos hechos. Kurbas había ido cayendo en desgracia por no seguir la línea oficial. En un interrogatorio ante representantes del Partido, cuando le preguntaron por qué no creaba obras optimistas, respondió que pasando junto a cuerpos hinchados por la hambruna, la realidad actual no le inspiraba a ello. En 1933 perdió su puesto de director del Berezil y el título de artista del pueblo. Se desplazó a Moscú invitado por Solomón Mijoels, director del GOSET (Teatro Estatal Judío), con quien empezó a preparar *Rey Lear* y *Otello*. No llegó a terminarlas: le detuvieron y condenaron a cinco años en las islas Solovki o Solovetsky, en el mar Blanco. Allí, los soviéticos habían transformado un antiguo monasterio en la isla central, que fue prisión para opositores al zar, en el núcleo de lo que llamaron técnicamente «campos de destino especial del norte», (*Severnye Lagery Osobogo Naznacheniya* o SLON, «elefante», en ruso). Con el tiempo, Solovki se convertiría en lo que Anne Applebaum y otros autores califican de primer campo del gulag y su sistema de trabajo esclavo (para Solzhenitsyn, este archipiélago fue «la madre del gulag»). A la Gran Purga soviética se la llama la *yezhóvschina* por el papel de Nikolai Yezhov, jefe de la NKVD entonces y antecesor de Lavrenti Beria. En su libro *Diarios de Kolimá*, Hugo-Bader le describe como «sádico permanentemente borracho que asesinaba y torturaba a los presos con sus propias manos… psicópata megalómano». Yezhov terminó él mismo ejecutado en un sótano enkavedé.

En una de las últimas fotos en la exposición de Sambir, Kurbas sale con su ficha de prisionero, el pelo blanco aún abundante y los ojos abiertos, pero inexpresivos. Fue uno de los más de mil prisioneros «desaparecidos» en el transporte desde Solovki, en 1937. Gracias a la organización civil rusa Memorial, que investiga los crímenes de Stalin, a menudo detallados en archivos del KGB, se descubrieron las ejecuciones de todos estos prisioneros, ese otoño, en el bosque de Sandarmoj, Carelia, al noroeste de Rusia. ¿El método? Disparo a bocajarro junto a una fosa preparada. Ahí yacen unas nueve mil personas, entre ellas, Kurbas, Kulish, que había servido en el Ejército Rojo, y casi trescientos autores ucranianos de su generación. Semenko fue ejecutado en Solovki. Otros eligieron el suicidio antes de que sonaran los golpes en la puerta. A la generación de los artistas del Slovo se la conoce como el Renacimiento Ejecutado.

Destruyeron cuadernos, maquetas, películas y fotos de Kurbas, que no fue rehabilitado hasta la muerte de Stalin en 1957. Aún así, su nombre fue una palabra peligrosa hasta el *glasnost* de Gorbachov. El monasterio de Solovki es actualmente patrimonio de la humanidad. Hoy en Rusia crece la presión oficial contra Memorial, e historiadores

como Yuri Dmitriev (acusado de pedofilia en un juicio criticado por figuras independientes rusas y la UE), van a la cárcel por arrojar luz sobre Sandarmoj y sus fosas. Uno de tantos crímenes de ese Stalin cuya figura vuelve a promover el Kremlin y venera gran parte del pueblo.

Cines Bommer

Horas después de visitar el Slovo, cruzamos el río. Un tranvía circula renqueante, de alguna manera sus cables logran enlazarse entre la maraña del tendido eléctrico que atraviesa la calle. Todavía hace bochorno y el cielo está cargado, aunque la capa púrpura de nubes no termina de descargar. Por momentos, la atraviesan jirones de luz de sol que caen con fuerza sobre los tejados de las casas y las cúpulas de las iglesias, antes de desaparecer y devolver a Járkiv a la penumbra. Camino junto al bordillo, subiéndolo con un pie y bajando con el otro. De un callejón lateral llega ruido de concierto. Bajo un arco se accede al patio de un edificio de ladrillo y grandes ventanales, del entresuelo sube música *death metal*. Por una puerta negra y llena de grafitis desfilan miembros de la variopinta clientela, punks incluidos. La imagen choca con las *babúsi* de pañuelos en la iglesia ortodoxa rusa de esta mañana, la música de monasterio inundando todo el recinto. No todo es tan celestial: una de esas piadosas ancianas me echa, creo, una maldición al no darle nada, distraído con mi cámara.

El portero del antro amaga con abrir la puerta, pero prefiero seguir echando un vistazo y subo por unas viejas escaleras de madera que rechinan a cada paso que doy. Las vibraciones de abajo parecen a punto de arrancar clavos y tuercas de sus goznes. A la altura del tercer piso, abro una puerta cerrada y, aunque al principio no distingo nada en la oscuridad, compruebo que es una vieja sala de cine. Detrás entra Lesya, que conecta el sistema de ubicación de su móvil. En segundos, el 4G del siglo XXI nos dice que estamos en los Cines Bommer, inaugurados a principios del siglo anterior por los hermanos franceses de ese nombre. Son quizá los más antiguos de Europa del Este; el primer cine mudo y en blanco y negro tuvo también una etapa dorada en este país. Aquí en Járkiv estudió Josef Timchenko, a quien, por unos cortometrajes que produjo en Odesa, en 1893, algunos consideran el verdadero inventor del cinematógrafo, en vez de los hermanos Lumière, dos años después, en París. Más tarde, en estudios de Kyiv, Járkiv y Odesa, se rodarían producciones ucranianas sobre folclore local.

Un segundo impulso llegó en los primeros años de la URSS, con la creación del *Vse-Ukrains'ke Foto Kino Upravlinnia* (conocido por su acrónimo, VUFKU), el ente público vertical ucraniano para cine y

fotografía, y uno de los más importantes del país de los soviets. En él fueron muy influyentes los miembros del movimiento panfuturista. Semenko, por ejemplo, trabajó en VUFKU, y Kurbas también saltó del teatro al cine, produciendo varias películas. Veían en este arte un poderoso instrumento de cambio de la realidad social y una plataforma ilimitada para la creatividad. VUFKU contó con Oleksandr Dovzhenko, quizá el cineasta ucraniano más relevante de ese periodo por películas mudas como *Arsenal* o *Tierra*, representación idílica de la colectivización en ciernes. La represión de los treinta terminó con esta etapa dorada del cine nacional. El VUFKU fue absorbido, se prohibieron obras como «desviaciones nacionalistas», y sus autores, Dovzhenko incluido, fueron perseguidos.

De vuelta a la calle, la cartelera de los Bommer anuncia una semana de cortos de ficción, varios españoles, y llegamos a tiempo para la sesión nocturna. En un corto español, el hombre del saco se lleva a un crío mientras su niñera está distraída con el WhatsApp. Cuando empieza otro sobre una ciudad del futuro, caigo en un estado de duermevela. Será el cansancio tras estos días de viaje, la imaginación, los restos del «Fábrika», un local de música tecno donde hemos ido un par de noches, o todo ello, pero por unos instantes creo ver entre el público a figuras del Renacimiento Ejecutado. Algunos, sentados ya, otros entran y se quitan sus sombreros y gorras, y hacen ademán de saludarse. Kulish a la izquierda, Kurbas y Dovzhenko justo adelante. Quiero moverme y hablar, pero no lo consigo, tengo el cuerpo atenazado de alguna forma. Semenko gira su cabeza desde dos filas más adelante; con su flequillo, tiene esa mirada intensa y ansiosa de joven en busca de significado. Dovzhenko murmura algo acerca de la nueva película que tiene entre manos y sus dudas acerca de cómo la verá Moscú. A Stalin le gustó *Arsenal* y Dovzhenko es todavía autor soviético *kosher*, pero nunca se sabe, y las películas mudas se abren a demasiadas interpretaciones. Tienen que bajar la voz ante los chasquidos de lengua e imprecaciones de algunos asistentes. Ignoran su destino, muy jodido para Kurbas, Kulish, Semenko y otros muchos de ellos, pero esta noche están seguros tras las puertas de los Bommer y el futuro al que nos llevan a todos.

Nadia radiactiva

Risueña, con sus grandes ojos grises, abiertos como su sonrisa, Nadia Parfán llega al Urban Space 500, equivalente en Kyiv al de Ivano-Frankivsk, de donde es originaria.

Antropóloga social y directora de cine independiente, Nadia es una de las jóvenes caras emblemáticas del auge del nuevo cine y la cultura tras la Revolución del Maidán y el estallido del conflicto en el Donbás. Nos presentó hace un par de años Angelina Kariakina, periodista de Hromadske, y Jaume Ripoll, de Filmin, la invitó al Festival Atlàntida, que esta plataforma de cine *online* organiza cada verano en Mallorca.

Si en el periodo soviético la disidencia creó espacios de cultura alternativa a la oficial, en la Ucrania independiente siguió desarrollándose fuera de instituciones en las que aún pesaban mucho el legado e inercias del paternalismo soviético. La vitalidad activista que impulsó el Maidán y la efervescencia en el aire se han trasladado al mundo creativo. A ello se unen factores como el trauma de la guerra y sus decenas, cientos de miles de historias asociadas, junto con la sensación de que hay que fortalecer la identidad nacional y cultural frente al sistemático esfuerzo ruso que rechaza la misma existencia del país. Desde 2014 las autoridades han creado nuevas instituciones culturales, como el Instituto Ucraniano, y reorganizado otras. Es el caso de la Agencia Estatal de Cine, que ve aumentados sus recursos para la producción cinematográfica. Ha crecido la cofinanciación hasta un 700 % entre 2014 y 2019 —incluidas películas como *The Wild Fields*, basada en la novela de Zhadan—. La producción de películas, cortos y documentales se dispara, aunque los datos de recaudación muestran que muchos ucranianos, si van al cine, aún prefieren mayormente películas extranjeras, como otras audiencias europeas.

Emerge un vanguardismo que refleja tanto la incertidumbre que atraviesa el país como la libertad para innovar y romper tabúes. Por ejemplo, son más habituales temas en su día controvertidos, del tipo derechos e identidad LGTBI y nueva sexualidad. Hay unas cuantas películas y cortos distópicos sobre la guerra y sus consecuencias; una de ellas, *Atlantis*, de Valentyn Vasyanovych, que sale por las mismas fechas en las que vuelvo a quedar con Nadia, tiene como escenario Ucrania en 2025, tras una devastadora guerra con Rusia. La

protagoniza Sergiy, un soldado retirado con síndrome de estrés postraumático, que intenta salir adelante en un entorno posapocalíptico al estilo *Mad Max*.

Florecen certámenes sobre derechos humanos, como el Festival de Docudays en Kyiv, al que me escapo en una visita. Este renacer cultural no está exento de renglones torcidos. Un reciente concurso sobre cine «patriótico», que patrocinó el Ministerio de Cultura, ha generado interrogantes sobre cómo se seleccionaban las películas y rumores de que habrían excluido algunas críticas con el Gobierno o el ejército. Para Nadia, hay autoridades aún imbuidas de «pautas culturales del estalinismo», que ahogan la libre creatividad.

Otra distopía, Chernobyl, vuelve a estar de moda por la serie del mismo nombre de HBO. Es una más de la larga lista de catástrofes humanas y ambientales del comunismo soviético. En esta parte de Europa, el ecologismo era inevitablemente contrario al régimen comunista. Chernobyl y tragedias similares inspiraron la aparición en este país de los primeros grupos organizados a favor de la protección del entorno. Más allá del accidente nuclear, denunciaban las consecuencias extremas del industrialismo, tan palpables aún en ciudades como Mariúpol, con sus cielos cubiertos por las nubes marrones de las fábricas del oligarca Rinat Ajmétov, Zaporiyia o Kryvyi Rih (Krivói Rog en ruso). En Kyiv, las protestas contra las plantas nucleares y a favor del aire limpio reunieron a 100 000 personas en 1988. En 1991, activistas subieron a las chimeneas de treinta o cuarenta metros de las plantas de Zaporiyia. Tales movimientos ecologistas fueron un tardío eje de protesta contra un régimen en sus estertores y, en parte, están en el origen de los partidos verdes en Europa central y oriental.

En Mallorca, Nadia habló de Prípiat, la ciudad del desastre de Chernobyl. Muchos extranjeros aún peregrinan allí atraídos por la imagen apocalíptica de la noria abandonada, los animales salvajes que campan a sus anchas o la adrenalina de asomarse algunas horas a una catástrofe ajena. Pero pocos han oído hablar de Slavutych, pequeña ciudad cerca de Kyiv que las autoridades construyeron para albergar a habitantes de Prípiat. Con parques, espacios verdes y buenas infraestructuras, casi la ciudad perfecta, decía Nadia, comparándola con «ciudades suecas de la televisión», y una de las últimas utopías urbanas del periodo soviético, como en su día fue Prípiat. Algunos de sus veinticinco mil habitantes aún salen todos los días a trabajar a la central nuclear. Muchos eran niños cuando tuvo lugar la catástrofe.

A Nadia y a su pareja, Ilya, se les ocurrió la idea de celebrar un festival de cine en Slavutych no bajo ese prisma habitual de desastre y conmemoración sin fin del pasado, sino en torno a las nuevas comunidades urbanas y visiones sociales. Con el enorme esfuerzo de

un pequeño grupo de amigos, nació el Festival 86, que desde 2014 reunía cada mayo a creadores ucranianos y extranjeros y sociedad civil en torno a cortometrajes y documentales vanguardistas. Se convirtió en un festival regional relevante y en una comunidad para sus participantes. Al principio, algunos vecinos desconfiaron de estos visitantes y artistas pintorescos, pero terminaron involucrándose y albergándoles en sus casas. En tiempos de guerra, propaganda y saturación informativa, el 86 era también un espacio en el que dejar de lado Facebook y apagar el móvil. Al terminar el Atlàntida, Nadia me invitó a visitar el 86 y conocer Slavutych: Joan, de Filmin, y yo pensamos ir juntos, pero no logré escaparme.

Dos años después, en este café en Kyiv, Nadia me dice que ya no podrá ser. Mientras sorbe su taza, habla con frescura, casi sin perder su sonrisa, aunque deslice algún sarcasmo cuando se trata de malas noticias. El proyecto descarriló por un caso de corrupción en el Ministerio de Cultura del que, por fin, iban a recibir financiación tras ganar el concurso público. Han estado más ocupados en proteger el 86 del torbellino político que en el contenido de su sexta edición, y no llegan. El festival salía adelante con *crowdfunding*, 100 000 $ de fondos de hasta trece organismos internacionales y cuatro personas a tiempo completo. Les pasaba factura a ella y su pareja, quemando al equipo. Su web publica un *post* en el que sostiene que el 86 reflejó «las aspiraciones más elevadas del Maidán como empatía, audacia, respeto y humano-centrismo. Esos principios siguen pero hemos cambiado, y Ucrania también. Es el momento de otros sueños». Parece un mensaje para todo el país, a pocos días de que Volodymyr Zelenskyi asuma la presidencia. Además de algunas esperanzas con este excomediante de Kryvyi Rih, en el sur del país, y dudas acerca de cómo llevará la relación con el Volodymyr de Moscú, se palpa la incertidumbre. Vienen cambios, aunque Nadia se ríe diciendo que en Ucrania «llevamos cientos de años cambiando».

Pero ella sigue adelante. Con un presupuesto de cincuenta mil euros, ha terminado *Heat Singers*, un reportaje sobre los trabajadores del atrofiado sistema de calefacción central en Ivano-Frankivsk que, entre reparaciones y chapuzas, cantan en el coro de la compañía. Recibe muy buenas críticas. La *premiere* será en el Festival Internacional de Cine de Odesa, en julio. Nadia está además en el proceso de cofundar Takflix, una plataforma *online* para el nuevo cine ucraniano. *Tak* significa «sí» y me hace gracia el juego de palabras con Netflix (*nyet* es «no», en ruso) —¿corte de mangas al Kremlin?—. Siento una punzada amarga por no haber conocido el 86, pero al ver marcharse a Nadia, mochila a la espalda y con todos esos proyectos por delante, pienso que Kurbas estaría orgulloso de ella. Apunto las fechas para el festival de Odesa.

Esa tarde conozco a Darina o Dascha en el Vagabond, un café del animado barrio de Podil (Podol), muy concurrido por gente joven y de la vidilla bohemia en Kyiv. Reina un bullicio primaveral. Los estudiantes entran y salen del metro Kontraktova, comprando en una tienda cercana *pyrizhky* para llevar (son pasteles de carne, repollo, setas, patata), cuyos olores sobrevuelan la plaza. Colores beige, rojos, verdes y azules se alternan en las fachadas de sus majestuosos edificios de otra época, cuando este era un barrio de mercaderes, artesanos, nobleza de todas partes y mayorías y minorías religiosas, como armenios, griegos y judíos, de cuya presencia aún se conservan vestigios. En el centro de la plaza de la Universidad Academia Mojyla, una de las más reputadas del país, gira una noria que rezuma vida y alegría, reverso de la de Prípiat. Apenas hay tráfico, pues algunos días cortan el bulevar principal. Corrillos de gente observan los movimientos de jugadores de ajedrez, actividad callejera muy popular, en el jardín donde se alza una estatua a Jmelnytski.

Darina, de origen ruso, judío y polaco, se dice «cosmopolita». No le interesa la política y no votó en las últimas elecciones, aunque lo hubiera hecho por Zelenskyi. Con su aire elegante y discreto, me recuerda a la aristocrática rusa Elena Turbín, de la *La guardia blanca*, de Bulgákov —dicen que, para él, como nacionalista ruso, Elena era el arquetipo de las virtudes de la madre Rusia. Este escritor vivió en una casa del popular bulevar Uspiz, cerca de aquí; también junto al apartamento de Matthias, en la señorial Reitarska donde me quedé en mis primeras estancias en la capital. De paseo junto al Dniéper, entramos en el edificio de la autoridad portuaria, convertido en espacio artístico, cuyos restaurantes y cafés aglutinan jóvenes que fuman *shisha* tirados en sofás *puff*.

De noche, me lleva al bar Renew. El dj pincha música electrónica para un grupo que hace amagos de bailar, algunos con la mirada perdida por la hierba o lo que sea que tomen en el balcón. Las paredes verdes están cubiertas de espejos, plantas y muebles de época, y han segregado los baños de forma evidente, con un pene de pomo en el de hombres. Al volver del servicio, contemplo el mirador en el que, medio escondida entre plantas, aguarda Darina. Como un caleidoscopio, los espejos reflejan su imagen desde varios ángulos y colores y la proyectan al interior del cristal, repitiéndola de forma interminable, con escorzos a su alrededor, como el de mi sombra acercándose a lo Dorian Gray.

MEMORIAS DE TIERRA NEGRA

Chornozem (*chernozem*, en ruso) es el término para referirse a la tierra negra, rica en componentes orgánicos e idónea para la agricultura que se asocia con Ucrania. Se estima que en torno a un 60 % de su tierra tiene *chornozem*, otra de las razones por las que históricamente ha sido granero de Europa, reforzando su importancia estratégica y su atractivo para depredadores foráneos.

El Volga blanco

¿Cómo doblas el valor de un Trabant? Llenando el depósito (broma popular).

En la película *Good bye, Lenin!*, de Wolfgang Becker, Álex lleva a Christiane, su madre, a la dacha del campo, pocos meses después de la caída del muro de Berlín. En un Trabant azul, emblema de la agonizante RDA, hace creer a una Christiane apenas salida del coma que las autoridades por fin les han concedido el coche. «¡Solo dos años!», dice Álex. Las listas de espera para su compra solían durar más de diez años.

Aunque pueda atraer a occidentales nostálgicos por un mundo comunista teóricamente igualitario que no han conocido o tentados por lo *kitsch* —por momentos, ha sido también mi caso—, el Trabant era un coche malo y muy contaminante incluso para estándares soviéticos. Hay un montón de bromas sarcásticas sobre estos «Trabis». Su estela de gas azulado se convirtió en una imagen habitual de las carreteras de la RDA. Una estela que en 1989 se extendió por los países vecinos a través de la «vía Trabi», cuando miles de alemanes orientales aprovecharon la frontera abierta de Hungría para escaparse a Alemania occidental. Muchos Trabis, el coche de un régimen totalitario (para Judt, la RDA era «poco más que un servicio de seguridad con su Estado»)[21], realizaron un último servicio a sus dueños y su afán de libertad, antes de quedarse por el camino debido a fallos mecánicos. La producción de este coche terminó en 1991. Yo siempre los asociaré a la gira Zoo TV de U2, con Trabis reutilizados como focos de luz sobre el escenario, y a los cementerios de coches de este tipo y otras antiguallas que se ven en el este de Europa.

Unos mil kilómetros al este de la familia de Álex, pero en la vida real, Lesya y su familia tuvieron un coche algo mejor, un Volga blanco. En concreto, un GAZ 24-10, cuya producción coincidió con la *perestroika* de Gorbachov. Los miembros de la nomenclatura del Partido utilizaban este coche. Los padres de Lesya heredaron el suyo de una tía abuela que vivía en Ottawa, con quien tenían trato y que incluso les ofreció emigrar allí para cuidarla. «Supongo que hoy sería canadiense», dice Lesya, «si mis padres hubieran encontrado la forma de ir» a este país, que tiene una importante comunidad ucraniana. La señora falleció cuando ellos regresaron de Siberia y dejó el Volga en herencia a varios familiares, los padres de Lesya entre ellos. Estos pagaron su parte al resto para obtener la propiedad del coche, y un conductor lo trajo desde Moscú, donde se encontraba. La familia lo

utilizó unos años, cuando el alcoholismo de Petró no era tan irremediable como para impedirle conducir.

Una vez hicieron lo que otras familias normales: una escapada dominguera al campo. No tenían una dacha como en *Good bye, Lenin!* Lesya y su hermana Oleksandra cuentan cómo «la gente, militares y sus familias que servían en la RDA, solían tener juguetes de niños, vaqueros, cosas que nosotros casi no veíamos. En los primeros años de escuela aún íbamos a veces con las botas de la abuela Sofía. Eran de cuero, así que, para nuestros inviernos de nieve y barro, pies siempre fríos, jaja». Excursiones así costaban dinero, pues el coche consumía mucha gasolina, pero fue un buen día. Durmieron en medio del bosque; Petró pasó casi toda la noche en vela, vigilando ansioso después de que un coche parara un rato junto a ellos. En la prisión de Labytnangi, en Siberia, durmió años con un revólver bajo la almohada, pues no todos los criminales estaban entre rejas.

Le acabaron retirando el carné por conducir ebrio. Desde entonces, solo lo condujo alguna vez más, a hurtadillas de la policía, como una noche de invierno que fue a buscar a Lesya a la escuela. Cuando su hija salió, vio a su padre medio escondido en un callejón aledaño, haciéndole señas. El coche empezó a acumular polvo en el garaje de la casa de la calle Iván Frankó. Años después, con la propiedad privada ya plenamente permitida, Olena acordó con un vecino cambiarle el Volga por un pequeño apartamento individual, que alquiló un tiempo y terminó vendiendo para pagar los estudios de Lesya en la Universidad de Kyiv.

[21] Judt, T., *Postguerra: una historia de Europa desde 1945*, Pimlico, 2007.

Millones de desvanecimientos

Las páginas están repletas de nombres, en algunos casos, todos de una familia, con muertes en 1932 y 1933 por «disentería», «agotamiento», «tuberculosis» o «desvanecimiento» —esta última referencia era habitual—. En otros tantos casos la causa del fallecimiento figura como «no identificada». Las edades varían, hay muchos jóvenes y niños. En esta página abierta son de Avdivka, una población de Donétsk. Más allá, de la provincia de Kyiv. La vista se cansa leyendo tantos nombres de víctimas en estos densos volúmenes elaborados a partir de certificados administrativos de la época. Las imágenes en blanco y negro —las pocas que salieron de la URSS— muestran campesinos famélicos en harapos, tirados en el suelo de ciudades, en sus últimos estertores o muertos ya, mientras la gente pasa de lado o se detiene a mirarles. En otras, hileras de tumbas en el campo. Un caballo que arrastra heno, que de tan raquítico parece de cartón.

El museo-memorial dedicado al Holodomor, como los ucranianos se refieren a las hambrunas soviéticas, se alza en el parque de las colinas de Pechersk, en Kyiv, junto a los famosos monasterios ortodoxos del Patriarcado de Moscú. En el camino que conduce al edificio hay una estatua de una niña, triste y febril, que sujeta contra su pecho unos tallos de trigo. A raíz de un decreto del 7 de agosto de 1932, instado por Stalin, la propiedad de *koljoses* (granjas colectivas) y cooperativas se consideraba propiedad estatal, de modo que un campesino sorprendido con tallos podía ser acusado de robo, aunque el trigo procediera de tierras suyas antes de la colectivización. La sentencia: su ejecución o diez años en el gulag, que empezaba a despegar entonces. En virtud de este decreto, Applebaum estima que para fines de 1932 más de cuatro mil quinientos ucranianos sufrieron la pena capital y más de cien mil terminaron en el gulag, que se llenó de campesinos famélicos: la salvación para algunos, no obstante, por la *jlébushek* o mínima ración de pan que allí recibían[22].

Para Stalin, la colectivización era central en su objetivo de industrialización de la URSS, a través de las divisas obtenidas en la exportación masiva de grano que las nuevas granjas colectivas debían producir conforme a cuotas cada vez más altas. Eso supuso, primero, arrebatar sus tierras a campesinos propietarios, enemigos de clase en la propaganda: los *kulaks* se representaban como campesinos

acomodados y aburguesados contrarios a la Revolución. En diciembre de 1929, Stalin proclamó como objetivo «la liquidación de los *kulaks* como clase» o «deskulaquización». En la práctica, cualquier campesino podía ser considerado *kulak* o alguna de sus variantes *(podkuláchniki)*, si así lo consideraban la OGPU (policía secreta), los agentes locales del nuevo Estado o los chivatos de turno. Si no podían encontrárselos (los *kulaks*), había que inventárselos. Tales expropiaciones, verdaderos robos en masa, a menudo implicaron abusos y crueldades adicionales, como torturas o violaciones. En Ucrania, deportaron a trescientos mil *kulaks* a Siberia, los Urales o Kazajstán, parte de las primeras deportaciones masivas soviéticas que iban a ser práctica sistemática hasta la muerte de Stalin. Otros *kulaks* huyeron al Donbás con sus fábricas, y empezaron de nuevo sus vidas.

Muchos campesinos se opusieron. Así, mataron su propio ganado, se enfrentaron a los agentes que venían a confiscar sus tierras y sus alimentos, o emigraron a Polonia. Fue en Ucrania donde esta política encontró mayor resistencia, con levantamientos en la primavera de 1930. A menudo, las mujeres tuvieron un gran papel en una serie de protestas conocidas como *babski bunti* («revueltas de mujeres», aunque *babski* tiene cierta connotación despectiva). Todo ello contribuyó a la paranoia de Stalin sobre el potencial contrarrevolucionario de Ucrania. Le marcó mucho su experiencia en la guerra civil de la década anterior y las derrotas bolcheviques iniciales en este país. Primero optó por una retirada táctica, suspendiendo brevemente la colectivización, para luego reanudarla, indiferente a los datos del fracaso. En *Tierras de sangre*, Snyder cuenta cómo a finales de 1931, año en el que al caos de las políticas soviéticas se unieron las malas condiciones de la cosecha, era evidente que se avecinaba un desastre.

Las directrices de Moscú sobre cuotas y confiscación de grano siguieron inflexibles e incluso se endurecieron. En 1932 las señales de hambruna (término que empezó a aparecer en informes secretos para describir la situación en el campo) eran innegables, y comunistas locales suplicaron a Stalin ayuda humanitaria urgente a través de la Cruz Roja. Él la rechazó: la culpa era de los campesinos que actuaban como enemigos del Estado, de nacionalistas «petliuristas» (por referencia a Symon Petliura, líder de la extinta República Popular Ucraniana entre 1919-1920) y otros agentes desestabilizadores, incluidos activistas del Partido que veían demasiado bien la realidad. El dictador escribió al miembro del Politburó Lazar Kaganóvich que «podríamos perder Ucrania» si no retomaban pronto el control de la situación.

A fines de ese año, el Kremlin endureció aún más esta política, especialmente sobre Ucrania de entre todas las repúblicas soviéticas; a la vez, acabó con los últimos elementos de la *korenizatsiya* o

ucranización. Stalin ordenó a través de Kaganóvich, emisario del Comité Central, que Ucrania cumpliera al 100 % con sus cuotas de grano para enero de 1933 —según Snyder, una sentencia de muerte para millones de personas—. «Todo el mundo en esa habitación sabía que el grano no podría ser confiscado a una población que se moría de hambre sin las consecuencias más horribles». Stalin cerró las fronteras de Ucrania para que los campesinos no pudieran huir. Las confiscaciones continuaron, el campo se sumió en el silencio.

Mucho se ha escrito sobre los testimonios de lo que pasó entonces, incluidos actos de canibalismo. Se estima que en este país, entre 1932 y 1933, murieron en torno a cuatro millones de personas de hambruna y enfermedades relacionadas. La destrucción del campesinado ucraniano se sumó a la aniquilación de las élites urbanas y culturales, como el Renacimiento Ejecutado. Estos crímenes tuvieron poco eco internacional. Polonia había firmado un pacto de no agresión con la URSS en 1932 y Roosevelt lo reconoció el noviembre siguiente. El mercado mundial se llenó de grano de los campos ucranianos, donde se establecieron miles de colonos rusos, repoblando el sudeste; en las casas que ocuparon, cuenta Argemino Barro, «las mujeres fregaban intentando quitar el hedor».

Aunque pocas, sí hubo voces que dieron testimonio de lo que sucedía, rompiendo la ley de silencio impuesta por el régimen y la autocensura de periodistas y diplomáticos en Moscú. Fue el caso de Gareth Jones, joven periodista galés que, violando las restricciones oficiales para la prensa, cogió un tren a Stalino. Su madre había trabajado allí para John Hughes, industrialista galés que estableció en 1870 una planta metalúrgica y abrió varias minas en lo que se llamó Yúzivka (por Húghesovka, una variación de su apellido), en su honor, Stalino en 1924 y Donétsk desde 1961. Jones, que hablaba ruso fluido, en su periplo retratado recientemente en la película *Mr. Jones*, vio con sus propios ojos los terribles efectos de la hambruna, lo que le llevó a escribir después sus testimonios en varias crónicas. Walter Duranty, prestigioso corresponsal del *New York Times* en Moscú y Premio Pulitzer 1932, le difamó; calificó su trabajo de «cuento de miedo»: no había hambruna, solo «mortalidad extendida por enfermedades asociadas a la desnutrición», replicando el lenguaje orwelliano al uso. La URSS vetó a Jones de por vida, aunque no le quedaba mucha: le asesinaron en Mongolia, en 1935, a los treinta años.

Ucrania y otros países europeos reconocen hoy el Holodomor como genocidio. Para Snyder, lo importante es entender que fue una política deliberada de matar de hambre a cuatro millones de ucranianos. «Eso es lo que importa», concluye.

Tras la visita al oscuro memorial, salimos a respirar aire fresco. «Te voy a llevar a las trincheras del Maidán», me dice Lesya, sonriente.

Volvemos a la plaza de la Independencia y bajamos unas escaleras que conducen al centro comercial bajo la plaza. Por los recovecos de un pasadizo subterráneo, llegamos a unas puertas negras donde piden una contraseña para entrar: una cita de Shevchenko de su poema «Cáucaso» («sigue luchando: ganarás seguro»). Es la misma para todos, aunque hacen la vista gorda si no la sabes. De la pared emergen las recreaciones de setenta y dos manos, una por cada año bajo dominio de la URSS. Entramos al Ostannia Barrikada («La última barricada»), un restaurante muy popular entre locales y extranjeros. Hace referencia tanto a las murallas y puertas de la Kyiv medieval que se encontraban en esta parte de la ciudad como a un movimiento cultural y artístico de finales de los noventa y los dos mil. Uno de los fundadores del restaurante, Oles Deniy, fue líder estudiantil de lo que se conoce como la Revolución del Granito, en octubre de 1990, en la que estudiantes protestaron contra la URSS y a favor de elecciones libres; hicieron una huelga de hambre. Cuando el Gobierno envió a la policía a dispersarles, miles de kievitas salieron a las calles en protesta. Para algunos, fue un anticipo de las revoluciones que vendrían en las décadas siguientes.

Mientras esperamos la llegada de *hrybna yuchka* (una especie de sopa de setas), Lesya me pregunta por qué «esa gente odia tanto a Ucrania». Habíamos hablado del Holodomor, de la propaganda antiucraniana que lo niega, y de esas figuras europeas y españolas que nunca han estado aquí pero que se enajenan a la sola mención de «Ucrania» y «Maidán». Quiero dar razones de peso, pero no se me ocurren. Me centro en la sopa y arranco una jugosa miga de pan que unto antes de llevarme a la boca. Hacía tiempo que no comía con tanta gana.

[22] Applebaum, A., *Hambruna Roja: la guerra de Stalin contra Ucrania*, Debate, 2019.

La prisión de tantos

Me pegó de revés con la mano que sujetaba el ave. El trasero fofo de Katiusha se revolvió en mis pupilas y caí al suelo con mi nuevo abrigo.
—Hay que eliminar a toda su semilla —dijo entonces Katiusha y se inclinó sobre las cofias—, no puedo verla ni a sus hombres apestosos.
(Isaac Bábel, *Historia de mi palomar*).

La puerta de metal tiene una pequeña trampilla por la que pasarían la comida. Se vislumbra una estancia angosta débilmente iluminada por un rayo de luz, con un par de tablas que harían las veces de catre: es una celda para reclusos en régimen de aislamiento. En otra para condenados a muerte reina la más completa oscuridad. Casi hace más frío aquí dentro que en el exterior en esta mañana de principios de enero, la primera que no nieva desde la llegada a Lviv.

Originariamente, la prisión de Lontski, o Lonskoho, fue un centro de la gendarmería austrohúngara de la etapa en la que Lviv era Lemberg. Se convirtió en prisión polaca cuando en noviembre de 1918, poco después de la proclamación en estas calles de la República Popular de Ucrania Occidental, los polacos retomaron el control de la ciudad, Lwów para ellos. Dentro de estas paredes, los prisioneros variaron en función de los abruptos cambios de poder en el exterior: nacionalistas ucranianos y comunistas, con el dominio polaco; nacionalistas ucranianos, polacos y otros disidentes, con los soviéticos, y todos estos, además de judíos, cuando la Gestapo ocupó la prisión el verano de 1941. La Operación Barbarossa con la que la Alemania nazi inició la invasión de la URSS, cogió por sorpresa a la NKVD, como a Stalin. En su apresurada huida esos días de finales de junio de 1941, por órdenes de Beria los enkavedés ejecutaron a decenas de miles de personas en las prisiones y en marchas forzadas de prisioneros a lo largo del este de la línea Molotov-Ribbentrop, desde los Bálticos hasta Bielorrusia, Polonia y Rusia occidental. Solo en esta parte de Ucrania, se estima que tales ejecuciones masivas acabaron con las vidas de veinticuatro mil personas; en Lontski asesinaron en torno a mil setecientos reclusos. Cuando los alemanes llegaron a Lviv y entraron en las prisiones, se las encontraron repletas de cadáveres de ciudadanos recién ejecutados, algunos de forma sádica.

Los descubrimientos desataron la ira popular, que los alemanes canalizaron contra los judíos, aunque había judíos entre los muertos. Parte del imaginario popular y político les asociaba con una URSS que ya tenía en su breve haber hambrunas, terror y deportaciones. Hacía años que medios de toda Europa subrayaban de forma sensacionalista

el origen judío de figuras como León Trotsky, Rosa Luxemburgo o Karl Liebknecht, a menudo caricaturizadas de forma grotesca. Si en su día se les había culpado de los problemas del convulso Imperio ruso, el fascismo les responsabilizó del colapso de los Estados-nación o de la imposibilidad de crear otros nuevos. Con el trasfondo de esa propaganda visceral y un antisemitismo latente en parte de la población, los nazis manipularon las evidencias de atrocidades soviéticas y el trauma de vivir bajo la URSS para alentar pogromos en Lviv y otras zonas. Los crímenes soviéticos en lugares como Lontski contribuyeron además al proceso de nazificación de los militares alemanes y confirmaron en sus ojos el prisma de la URSS como estado criminal y judío.

Olya, miembro de Hesed Arieh, fundación judeoucraniana con sede en Lviv, cuenta que antes de ese fatídico 1941 los judíos constituían aproximadamente una tercera parte de la población local, más de cien mil. Antes de la ocupación nazi, había aquí cuarenta y siete sinagogas, así como centenares de centros de oración más pequeños. La sede de Hesed Arieh está en Kastelivka, un elegante barrio también conocido como Nuevo Mundo. Algunas casas son verdaderas mansiones, con torreones y balaustradas. Allí vivían familias adineradas antes de la Segunda Guerra Mundial; las autoridades soviéticas ocuparon después varias de ellas. Olya nos guía a mí y a un grupo de colegiales a través de los recuerdos amontonados en una habitación, como una torá que guardaron ucranianos durante la ocupación nazi y la URSS; carnés de identidad para el gueto de Lviv, con imágenes en blanco y negro, y un gramófono en un rincón.

Esta ciudad había conocido pogromos en el pasado, como el de los polacos contra los judíos, en noviembre de 1918, a quienes veían cercanos a la causa nacional ucraniana. Durante la matanza alentada desarrollada entre el 30 de junio y los primeros días de julio de 1941, bajo el foco de las cámaras de propagandistas de Berlín, los judíos sufrieron todo tipo de humillaciones y vejaciones públicas, y las mujeres, violencia sexual. Milicias locales detenían a judíos y les conducían a Lontski, o a las prisiones de Brygidki y Zamarstyniv; allí les obligaban a exhumar y retirar los cadáveres dejados detrás por los enkavedés. Los alemanes y las milicias locales asesinaron ahí mismo a muchos de ellos. Por su parte, las brigadas de la muerte de Himmler, los Einsatzgruppen C, ya presentes en la zona, ejecutaron a miles de judíos. En los pogromos participó además una turba de ciudadanos ucranianos y polacos, menores incluidos. «Todas las nacionalidades participaron en el Holocausto y es por ello que los nazis pudieron delegar tareas en su ejecución», dice Snyder.

Historiadores como John Paul Himka y organizaciones sobre el Holocausto han constatado que en estos pogromos participaron

unidades asociadas a la OUN-B. Similar a otros movimientos de la época, la OUN-B era entonces antisemita y asociaba a los judíos con el «imperialismo bolchevique-moscovita» y con los crímenes soviéticos. Sus miembros querían recuperar la independencia de Ucrania, apoyándose en los invasores alemanes con los que estaban coordinando sus acciones, pero estos tenían otro plan. La proclamación por la OUN-B del Estado Ucraniano en Lviv, el 30 de junio, fue efímera: los alemanes arrestaron a Bandera y a otros líderes nacionalistas, a él le internaron en el campo de concentración de Sachsenhausen. Muchos fueron ejecutados. Los nazis asumieron el control de sus unidades, que pasaron a integrar la Hilfspolizei. En la actualidad, Lontski es un memorial «a las ocupaciones polaca, soviética y nazi»; no dice nada de los pogromos, ni de los judíos aquí asesinados.

Regresamos a la plaza Rynok, en uno de cuyos portales, en vez de entrar en el folclórico restaurante de un escondite de la UPA, popular entre turistas, subimos unas escaleras de madera y tocamos a una puerta. Abre un fornido bigotudo en bata, que pregunta en tono huraño qué se nos ha perdido. Tras responder que queremos cenar, su expresión cambia y sonríe; su sonrisa se acentúa, dejando asomar una dentadura canina por debajo del bigote, cuando descubre que soy español. Un par de chanzas después, nos deja pasar a una habitación que recrea un cuarto trasero cualquiera de apartamento comunal. Retirando la cortina roja al otro lado de la estancia, hay otra puerta, detrás de la cual se encuentra un restaurante dedicado a los masones y decorado con su simbología, así como retratos de Frankó y otras figuras nacionales.

Rynok está más animada que nunca, con sus mercadillos navideños, gente pasándolo bien, carruajes y coches de época circulando por el pavimento de adoquines. En sus calles aledañas, rebosan de clientes las tiendas de ese café que da fama a Lviv y cuyo olor se extiende por el casco histórico. La oscuridad de Lontski se antoja lejana. Alguien toca el piano de cola para amenizar la velada.

Balas

«Just paint your face» the shadows smile
Slipping me away from you
«Oh it doesn't matter how you hide
Find you if we're wanting to»
(The Cure, «Burn»)

Las ejecuciones de los Einsatzgruppen en Lviv avanzaron la estrategia para la Solución Final que la jerarquía nazi, con Himmler a la cabeza, rediseñó en la segunda mitad de 1941. Los pogromos eran demasiado lentos para sus objetivos genocidas, así que Himmler promovió la ejecución por disparo como el método más eficaz para el exterminio de los judíos de la URSS, es decir, al este de la línea Molotov-Ribbentrop: balas como norma, gas a veces, mientras que al oeste de esa línea, usarían en general gas, balas a veces. Estas matanzas, que empezaron a incluir mujeres y niños, las llevarían a cabo Einsatzgruppen; las Waffen-SS, la rama militar de las SS; batallones de policía alemana y unidades auxiliares locales, y una Wehrmacht que, frente a la visión idealizada de películas de Hollywood como *Valkiria*, a menudo asistió en el proceso.

Solían elegir lugares fuera de los centros urbanos, como bosques, barrancos y quebradas. Bosques como Ponary, cerca de Vilna, donde entre julio de 1941 y finales de ese año, los alemanes, con auxiliares locales, asesinaron a setenta y dos mil judíos, polacos y gentes de otras nacionalidades, así como prisioneros de guerra soviéticos. O Bikernieki, en las afueras de Riga, donde nacionalistas letones del Comando Arajs y alemanes ejecutaron a miles de judíos. Posteriormente, junto a prisioneros soviéticos y disidentes, les tocaría el turno a judíos de Alemania y otras partes de Europa, como muestran piedras de memoria con nombres alemanes y polacos escritos a mano que sus familiares han colocado en Bikernieki. Cuando visité el memorial, conté a mi sobrino Jon, aún niño, que había habido una gran batalla en ese lugar extraño. No sé si me creyó.

En Ucrania, este «Holocausto por balas» de Himmler se inició en gran medida con la masacre de Kamianets-Podilskyi, una ciudad del sudoeste, a finales de agosto de 1941. Allí, los alemanes al mando de Friedrick Jeckeln, oficial de las SS (que poco después dirigiría las ejecuciones en el bosque de Rumbula, en Riga), asesinaron a más de veintitrés mil judíos en cuatro días. Luego vino Babi Yar (Babyn Yar, en ucraniano), entre el 29 y el 30 de septiembre de 1941, una de las mayores masacres del Holocausto. Tras entrar la Wehrmacht en la

capital, bombas y minas de la NKVD destruyeron edificios ocupados por los alemanes, causándoles decenas de bajas. Como los asesinatos en prisiones en Lviv, los judíos debían ser culpables y, por tanto, ejecutados. Publicaron bandos que ordenaban a los judíos de Kyiv a personarse, bajo pena de muerte, el 29 de septiembre en un punto occidental de la ciudad, para su «repatriación». Más de treinta mil personas acudieron preparadas para un viaje que no fue. La policía auxiliar les condujo a Babi Yar, donde, desprovistos de sus bienes y desnudos, fueron ejecutados en grupos sucesivos durante treinta y seis horas. Para cuando podían darse cuenta, era demasiado tarde. Los alemanes volaron las paredes del barranco, entonces de unos quince metros de altura, con el fin de cubrir los cuerpos en las fosas de más abajo, y prisioneros soviéticos trabajaron nivelando el terreno.

Cuando visité el memorial de Babi Yar, lucía verde y lleno de vida, casi como un parque normal en primavera. Quedan pocos trazos del barranco que hubo allí. Sobre un promontorio se alza un monumento de piedra y granito, con figuras contorsionadas que recuerdan a los escorzos de las obras de El Greco. Algunas en actitud desafiante, unas sobre otras como un *castell* catalán, caen por el barranco al otro lado, hacia el vacío. Placas en ucraniano, ruso y hebreo recuerdan a los «cien mil ciudadanos de Kyiv y prisioneros militares asesinados por el fascismo alemán». Los memoriales soviéticos sobre el genocidio nazi ignoran la nacionalidad de las víctimas: no hubo judíos, ucranianos o bielorrusos, solo ciudadanos soviéticos.

En Babi Yar yacen también decenas de miles de personas más: prisioneros soviéticos, nacionalistas ucranianos, romaníes, pacientes psiquiátricos. Hay recordatorios a los distintos grupos de víctimas: uno a los niños de Babi Yar, una carreta en memoria a los romaníes y una cruz a los nacionalistas ucranianos asesinados aquí, como la poetisa Olena Teliha. En los cincuenta, el Gobierno soviético decidió utilizar la zona como vertedero de tierra y materiales de construcción, añadiendo con los años decenas de metros de tierra sobre la base original del barranco. En abril de 1961 una presa cercana donde se vertían estos materiales colapsó con las fuertes lluvias, liberando una gigantesca avalancha de barro que arrasó la barriada de Kurenivka. La tierra en movimiento se llevó por delante las vidas de más de mil personas. Igual que harían décadas más tarde con Chernobyl, las autoridades ocultaron las evidencias del desastre de Kurenivka y sus víctimas.

Kamianets-Podilskyi y Babi Yar sirvieron de modelo a acciones similares en Járkiv, Dnipró u Odesa, donde los rumanos aliados de Hitler ejecutaron a decenas de miles de judíos: un millón de judíos ucranianos, la mayor parte entre 1941 y 1942, fueron asesinados en este «Holocausto por balas». Hay en Ucrania otros escenarios de la

Shoah, menos conocidos. Uno es el bosque de Radlivka, cerca de Sambir, adonde llegamos en bicicleta una tarde del mismo agosto que visité Bikernieki. Cuando encontramos el punto concreto del bosque, a medio kilómetro de una carretera regional, el sol casi se había puesto del todo y el claro estaba sumido en penumbra y silencio. Aquí traían en camión a judíos de Sambir y otras poblaciones. La conferencia de Wannsee, en enero de 1942, había acordado la eliminación completa de los judíos del *Lebensraum* (espacio vital) ansiado por Hitler. Los nazis, asistidos por la policía judía y las unidades auxiliares, enviaron a los habitantes de los guetos a campos de exterminio; de trabajo, si aún se les consideraba aptos para un tiempo de esclavitud, o a lugares de ejecución por balas como Radlivka o Piarski, un barranco junto al cementerio de Lviv y cercano a Janowska, que cumplía funciones de tránsito a lugares como Belzec, trabajo y exterminio. Se estima que en Janowska murieron entre treinta y cinco y cuarenta mil personas; allí estuvo prisionero Simon Wiesenthal, el cazador de nazis. Los soviéticos lo utilizaron luego para encerrar a sus propios prisioneros. En 1943 la población judía del Reichskommissariat Ukraine y del Gobierno general había sido exterminada en su práctica totalidad.

Intentando quitarnos de encima los mosquitos, paseamos por el bosque, donde hay una placa conmemorativa con un candelabro hebreo y una cita de la Biblia. Alguien había pintado encima un grafiti irreconocible. Tras dejar un ramillete improvisado de flores, volvimos hacia las bicis, pasando junto a restos de barbacoa y botellas rotas. Una pareja mayor recogía setas, absortos en su tarea. En el móvil leí sobre el baile de la ministra de Exteriores de Austria, entonces presidencia de la UE, con Putin. La ministra, miembro de un partido con raíces nazis, le había invitado a su boda en la campiña austriaca. Putin, esgrimiendo un fluido alemán, iba camino a una reunión con Merkel en Berlín; esta le recibiría algo menos obsequiosa que sus colegas austriacos, con su folclore y pintas de cerveza rebosantes.

Rosa dorada

La tierra de Galitzia este es pródiga y rica. Produce aceite negro y trae tabaco dorado y grano tan pesado como plomo, y viejos bosques preciosos, y ríos y lagos y, sobre todo, gente bella, sana: ucranianos, polacos, judíos. Los tres se parecen a pesar de sus maneras y costumbres diferentes
(Alexander Granach)[23].

El taxi del aeropuerto me deja junto a la plaza Rynok, en la que a estas horas de la madrugada no se ve ni un alma. Es demasiado pronto para entrar en el hotel y tarde para ir a ningún bar o club a matar el tiempo, así que decido dar un paseo por la ciudad. Está aún oscuro, llueve y hace fresco; se diría que es otoño y no verano. Paro en el único sitio abierto a estas horas, un café de la popular línea Lviv Croissants, donde entran estudiantes madrugadores con auriculares y alguna pareja rezagada. Las pocas mesas que hay las ocupa un grupo de turistas en chubasquero que planifican, móvil y guía en mano. Salgo con un enorme cruasán que intento untar en el vaso de café para llevar, poniéndome perdido de azúcar glas y chocolate.

La parte antigua recuerda mucho a Viena, con sus edificios elegantes del periodo austrohúngaro y polaco; sus callejuelas y pavimentos de adoquines sobre los que trotan los caballos de las calesas y circulan otros vehículos de postín, para turistas. Si uno va con ese marco mental, Lviv es todo memoria: ciudad del Imperio de los Habsburgo, ciudad polaca, soviética, ucraniana y judía, una diversidad que recrea Philippe Sands en su libro *Calle Este-Oeste*, cuando Lviv era Lemberg.

El viejo café Virmenska, abierto a finales de los setenta, se convirtió en lugar de reunión de intelectuales, disidentes, *hippies* y el Lviv bohemio en general. Algunos siguen por aquí, con melena, cinta en la cabeza a lo Karate Kid y chupa de motero. Uno de ellos habla de forma animada por el móvil, otro intenta entablar conversación con un grupo de jóvenes indiferentes. Entran cada vez más locales y turistas. Al margen de grabados anarquistas y fotografías de los setenta, no está claro si los feligreses *hippies* del Virmenska encajan o desentonan como retazos molestos de épocas pasadas. Una dependienta lo tiene claro y se encara con uno cuando saca la flauta e interpreta unos segundos una melodía en pie, antes de marcharse. Salgo detrás.

Me despierto en un banco, agarrando el cuaderno de notas con una mano y la mochila con la otra. Ya no llueve: aunque tarde, estoy empapado. El cielo empieza a despejarse y la luz del sol atraviesa las nubes, bañando unas calles que cobran vida. Chicos de Glovo

pedalean a toda velocidad en sus bicicletas, que ya se ven por todas partes en Lviv y Kyiv. La globalización exprés de las aplicaciones *online* y la precariedad laboral no tiene fronteras. En esta plazuela, mercaderes y brocantes montan puestos de lo que luego será un animado mercadillo de pinturas, antigüedades y otras curiosidades de épocas pasadas, como vinilos, tebeos e insignias. Compro una de Yuri Gagarin, primer «cosmonauta» de la URSS y uno de mis héroes de infancia. Momento *Good bye, Lenin!* Más despejado, entro en un pasadizo subterráneo cubierto de grafitis que recuerda a una boca de metro. En 2014, en plena campaña de propaganda rusa contra Ucrania, una de tantas historias sobre Lviv como la «cuna del nazismo ucraniano» hablaba de horribles torturas a rusos en el metro de Lviv (que no tiene metro). Los rusos que te encuentras por aquí más bien campan a sus anchas, como otros turistas. Por su parte, los ucranianos, con su ingenioso sentido del humor, incluso en tiempos de guerra y desesperanza, hacen *memes* y *souvenirs* sobre el metro ficticio. Incluso lanzaron una *website* con fotos del de Madrid.

Llego a uno de mis rincones favoritos en la ciudad, la parte donde se encuentran los restos del Viejo Templo judío o sinagoga de Turei Zahev, de finales del siglo XVI. Los alemanes lo destruyeron durante la Grosse Aktion o Grossaktion[24] de agosto de 1942. En el sitio en que una vez se alzó el Viejo Templo hay un memorial consistente en una hilera de bloques de mármol con fotografías en blanco y negro y leyendas explicativas; en una esquina más allá, un pedestal conmemorativo con piedras anónimas como en Bikernieki y tantos otros lugares de recuerdo al Holocausto. Es un lugar especial y hoy está especialmente bonito, con flores rebosantes en los maceteros. Guareciéndose de un sol que empieza a apretar, una pareja de chicas charlan animadas mientras fuman un cigarrillo. Una niña rubia juega junto a las ruinas, mientras debajo del tablado de madera asoman ratas que corretean entre las piedras. Pienso intentar darle a alguna con el tirachinas que he comprado para Jon en el mercadillo.

Junto al memorial hay un restaurante, Zolota Rosa («Rosa Dorada»), conocido por su comida judía y la recreación de este legado en Galitzia. El menú cuenta la historia de unidades militares judías en 1918, año de la proclamación de la ZUNR; del honroso papel de estas milicias en los años siguientes y de cómo se planteó el reconocimiento nacional y autonomía de la población judía antes del colapso de ese proyecto de Estado ucraniano. Hoy se estima que la población judía en Lviv asciende a unos cinco mil. Al móvil llegan noticias sobre las primeras medidas del recién nombrado presidente Zelenskyi, que asume el cargo tras haber derrotado a Poroshenko con un 73 % de votos en la segunda vuelta; su nuevo partido, Sluha Narodu («Servidor del Pueblo», como la serie cómica que le hizo famoso), ha obtenido

mayoría parlamentaria este julio. Estas mayorías son raras en Ucrania. Para algunos hay justicia en el hecho de que el nuevo presidente sea de origen judío, coincidiendo un tiempo con el primer ministro saliente, Volodymyr Hroyssman, de idéntico origen. O quizás el verdadero triunfo es que el DNI identitario de Zelenskyi da igual aquí; no pocos amigos encogen los hombros: «So what?».

Paso una vez más por el memorial. Pega tanto el sol que hay que ponerse las gafas para ver algo. La niña sigue jugando, absorta en sus fantasías. Disfruta del espléndido día de verano que ha quedado. Ignora el pasado de las ruinas y los secretos a gritos bajo la tierra negra. Quizás es mejor así. Añado otra piedra al montón sobre el pedestal y sigo camino.

[23] Memorial junto a ruinas del Viejo Templo judío, Lviv (traducción del autor).
[24] Nombre usado por los nazis para la liquidación de los guetos a partir de ese verano de 1942, singularmente el de Varsovia, y el envío de su población a campos de exterminio.

LA PLAZA

Moonshine

«En los noventa, en la calle Iván Frankó quedábamos con críos y chicos del barrio para jugar al escondite o al ajedrez. Me llevaba especialmente bien con Yura, un chico algo mayor que yo, alto y delgado. Muchos padres del barrio eran alcohólicos y bebían *moonshine* o *samohon*, en ucraniano; en concreto, *horilka* casero *[variante ucraniana del vodka]*. En el barrio lo destilaba y vendía el vecino del apartamento contiguo. El *moonshine* era habitual: la gente no tenía dinero para comprar alcohol de calidad y los que lo producían se sacaban dinero con ello. Fíjate, mi padre vendió su guitarra y el reloj de oro que me regaló la abuela Sofía para comprar *moonshine*. Cuando nos mudamos de casa y mi madre se separó, papá solía venir una o dos veces al día a recoger su pensión militar, que ella administraba para que no se la gastara de golpe en alcohol. Seguidamente, iba con las hryvnias a la casa de otra vecina que vendía *moonshine*, y le compraba cien o ciento cincuenta mililitros. Un día Oleksandra, mi hermana, salió hecha una furia a regañar a esa mujer por contribuir a intoxicar a nuestro padre y otros vecinos. El vendedor de *moonshine* de nuestro anterior barrio empezó él mismo a beber demasiado, un problema muy extendido esos años. *[Por lo menos, hasta la década pasada, Ucrania tenía una de las tasas de consumo de alcohol más altas entre países europeos y, según algunos estudios, de las primeras del mundo. El problema ha remitido algo*[25]*, aunque era una lacra prevalente en la generación que vivió en primera persona el fin de la URSS]*».

Alguna variante de *moonshine* era lo que conminaban a beber a la unidad del ejército soviético en la que sirvió Néstor, el padre de Yaroslav, antes de entrar en combate con los alemanes. Una vez, un compañero de filas ruso, más viejo que Néstor, le recomendó que mejor no bebiera eso, por muy extenuados y hambrientos que estuvieran. «Va a dificultar aún más tus sentidos en la próxima ofensiva, mejor déjalo…», aseveró. Néstor le hizo caso y lo tiró con disimulo. *Moonshine* o no, de poco sirvió a casi todos los miembros de su unidad: la aviación alemana les aniquiló cuando intentaban cruzar un río. Él se salvó porque de niño aprendió a nadar en el río Poprad, en Zegiestow (sur de Polonia), de donde era originario.

Con el paulatino abandono de la casa de Ivan Frankó, salvo en las

ocasiones en las que Yaroslav llegaba en su viejo sidecar para arreglos puntuales de mantenimiento, un grupo de alcohólicos empezó a frecuentar el patio, lugar en el que quedaban para beber. Hace poco se los encontró Taras, el marido de Oleksandra: lleva el pelo rapado a los lados y con un flequillo largo por delante al estilo cosaco que algunos lucen a gala de patriotismo. Era del servicio de emergencias de Crimea donde trabajó hasta el Maidán y la posterior anexión rusa. Hace esculturas con la chatarra metálica del taller donde trabaja de mecánico. Quería ponerse con los trabajos de reparación en el apartamento, donde quieren mudarse ahora que han sido padres, y dejar Kyiv. Por lo visto, uno del grupo era Yura, muy venido a menos; supongo que otros amigos de niñez también estarán ahí. Taras no estaba para bromas, así que les dijo que o se iban de ahí o les daba una paliza. Cogieron sus cosas y fueron a otra parte.

Pocos días después, el mismo grupo vio a otros alcohólicos del vecindario salir del patio de la casa con una cañería de metal. Los alcohólicos suelen recoger chatarra para ganarse algo de dinero de bolsillo y comprar el líquido.

—¿De dónde habéis sacado eso? ¿Del apartamento vacío? —en el de al lado aún vive nuestro vecino proveedor de *moonshine*, envejecido; su hija, en Polonia, a veces viene a verle.

—¡Queremos beber! —respondieron los otros individuos.

—Ya estáis poniendo esa cañería de vuelta en su sitio.

Lo hicieron acto seguido. Esto le contó a Taras el hijo del vecino, así que cuando él se los volvió a encontrar en el patio, les dio unos trozos de chatarra en agradecimiento y quedaron en paz.

[25] Un informe de la Organización Mundial de la Salud, de 2018, muestra que en 2016 los ucranianos mayores de quince años consumían un total de 8.6 litros de alcohol puro per cápita (la referencia) al año, por debajo de España (10) o Rusia (11.70), aunque un porcentaje más alto de dicho alcohol era duro en comparación con España. Números, en cualquier caso, algo más bajos que, por ejemplo, en 2010.

Maidán en Londres

Llueve a ráfagas cuando salimos de la estación de Waterloo, en hora punta del sábado noche londinense. Intentamos ver la dirección exacta en el móvil, donde resbalan las gotas y la pantalla responde peor al tacto. Estamos a diez minutos, los que quedan para el comienzo de la obra. Corremos entre puestos de comida rápida, paradas de *double deckers* (los autobuses rojos de dos plantas), y bares y cervecerías que empiezan a llenarse. Paramos a coger aire debajo de un puente justo cuando un tren lo atraviesa por encima; el eco del traqueteo metálico retumba ensordecedor mientras discutimos de quién es la culpa de haber salido tarde. En un callejón al fondo se divisan luces, gente y el comienzo de los subterráneos.

Antiguos almacenes y dependencias de la estación de trenes, hoy convertidos en centro cultural alternativo con bares, salas de conciertos y teatro. Simbología pacifista y de protesta, Janis Joplin y Bob Marley, con arte urbano pop y Andy Warhol. Este submundo de estructuras de hormigón, ladrillo y vigas lo iluminan focos y luces a lo largo de un pasadizo que parece no tener fin. Los ojos claros del retrato de una mujer de pelo negro miran interrogadores desde la bóveda. De los locales salen vibraciones a muchos decibelios y un murmullo de voces que se hace más nítido cuando los porteros con americana y pinganillo en la oreja abren las puertas para chequear entradas. El móvil revive para darnos la referencia de las entradas de la obra.

En este subterráneo de Londres, Ucrania aguarda al otro lado del telón negro. Las gradas están abarrotadas de gente y en el centro de la sala, entre el público sentados en una mesa rectangular, los actores recrean una *marshrutka* como tantas que he conocido estos años. Mark, que acaba de subir, canadiense de origen ucraniano, no habla bien ni ucraniano ni ruso, e intenta, entre vaivén y vaivén, entenderse con el conductor. Este conduce con una mano y con la otra coge los billetes de hryvnias. Mark quiere explorar sus raíces e inspirarse para su próximo proyecto musical en Canadá. En Kyiv conoce a Marichka, también música, que prepara su próxima velada de piano. En las pantallas, imágenes y vídeos de la capital en días soleados, mientras actores ucranianos, bielorrusos y canadienses interactúan con el público, *borsch* y vodka.

Estallan las protestas. En tomas reales, Putin y Yanukóvich hablan en salones dorados, mientras jóvenes en las calles explican a la prensa internacional por qué se manifiestan y por qué creen que el futuro de Ucrania está en peligro. El concierto de Marichka se anula y, aunque se dice apolítica, se une a las reivindicaciones. La sigue Mark, atraído por el momento y por ella. Durante la hora y media siguiente, la obra recrea un entorno de solidaridad y comunión entre extraños a los que de pronto une algo que intuyen extraordinario, aunque no sepan dónde les conducirá. Se suceden bailes, cantos y eslóganes revolucionarios, mientras una enorme bandera europea se desliza de mano en mano sobre nuestras cabezas y termina por cubrir casi todo el recinto. Tiene gracia que Europa se pueda tocar aquí, cuando fuera todo es Brexit. Aumenta la violencia entre manifestantes y las unidades de la Berkut, la temida fuerza de policía. La mesa del banquete deja de ser festiva para convertirse en barricada, y los actores y un público con cascos y escudos cargan sacos, adoquines y neumáticos. En pleno caos se celebra una boda, como sucedió a veces en el Maidán. Suena música polifónica ucraniana que combina folk y tecno; la percusión se vive como marcha tribal para el frenesí de una revolución de la que formamos parte. Crecen las llamas y llegan los primeros muertos. En una escena final sobre febrero de 2014, justo antes de la masacre de hace ahora cinco años, Marichka y Mark suben a un tejado. Ella le sugiere que tienen que contrarrestar la violencia y el dolor con amor. Ahí mismo, ahora. Él duda; el frío aprieta y está ansioso tanto por la seguridad de ambos como por su próxima entrevista en un medio internacional. Ella le deja y corre hacia la plaza de su ciudad en llamas.

«Counting Sheep», que algunos califican como «ópera de guerrilla folk», se estrena en The Vaults, festival de cultura alternativa de Londres. Mark y Marichka se conocieron durante el Maidán y, años después, con varios hijos, cuentan su historia y, por ende, la de la Revolución. Van de la mano del Belarus Free Theatre, comprometido a su vez en la lucha contra el régimen de Aleksander Lukashenko en Bielorrusia. Balaklava Blues, la banda de Mark y Marichka, pone la música. Al final del espectáculo, miro a Lesya, su cara arrasada de lágrimas. Nadie aquí sabe que fue una de las primeras cien o quizá doscientas personas en salir a la plaza aquel noviembre de 2013. Tiene mucho que contar, aunque no lo suele hacer. A veces, también los ojos más tristes del mundo.

Volvamos al primer café con Lesya, uno para llevar, en la plaza de la Independencia. Calentándonos las manos con la taza, subimos por la calle Instytutska, pasando junto a los memoriales para las víctimas del Maidán. Son verdaderos santuarios urbanos: fotos y retratos entre velas, flores, cartas, banderas y cascos de obra o bicicleta como los que utilizaron los manifestantes cuando empezó la violencia. Una foto me llama especialmente la atención, la de Nazar Voytovich: cruzado de brazos con su camisa a rayas, parece un chico que posa en su cumpleaños o de primera comunión; sonrisa bondadosa, congelada a los dieciocho. En otras imágenes, caras rudas como las de a muy primera hora de la mañana en el Cercanías.

A menudo la chispa de estas revoluciones estalla de pronto, por ejemplo, en forma de un desconocido tendero tunecino, Mohamed Bouazizi, que se inmola en un pueblo y desata la Primavera Árabe. Pero suele llover sobre mojado. En Ucrania fue el 21 de noviembre de 2013, cuando Yanukóvich suspende la firma del Acuerdo de Asociación con la UE, a pocos días de la cumbre en Vilna de la Asociación Oriental[26]. El tratado, que se negociaba desde 2008, significaba un gran paso de acercamiento político y económico de Ucrania a la UE, no garantía de adhesión, aunque este objetivo último sí estaba en la mente de muchos en Kyiv. Desde luego, para la gente joven, pero no solo para ellos, el valor simbólico era potente: Ucrania podía mirar a «Europa», comunidad a la que sienten que pertenecen, y aspirar a un futuro que rompa la dependencia de la Rusia autoritaria de Putin. Ese futuro incluiría además acceso a mejores estándares de vida y acceso a los países de UE mediante visados. Expectativas similares a las de bosnios, serbios, kosovares y otros en la sala de espera de la UE.

Para Lesya y otros como ella era «UE o convertirnos en otra Bielorrusia y seguir siendo satélite de Rusia: volver a caer en su telaraña». Especialmente con Yanukóvich, Rusia, que ya intervino en su campaña de 2004, había aumentado su presencia en la política nacional, incluidos sus organismos de seguridad e inteligencia (lo que debilitó aún más a Ucrania en 2014). Para atraer a su vecina a la Unión Aduanera Euroasiática que impulsaba con otras antiguas repúblicas soviéticas y mantener a Ucrania en su esfera de influencia,

Moscú alternaba cantos de sirena en forma de ofertas financieras, con presión geopolítica, inició una guerra comercial (con restricciones a productos ucranianos) y lanzó amenazas más o menos veladas si Kyiv firmaba el acuerdo europeo. Muchos veían cerrarse otra oportunidad histórica para Ucrania, que nunca había tenido buenas cartas, y perspectivas de algo mejor. No era una pausa temporal: Yanukóvich no firmaría el Acuerdo, sobre todo tras acercarse definitivamente a Moscú y reunirse con Putin.

Si el Acuerdo fue clave, no lo explica todo. Había gran frustración acumulada con Yanukóvich y su Gobierno que, incluso para los estándares de la política ucraniana, alcanzaron cotas inéditas de corrupción, abuso de poder y, crecientemente, brutalidad. Se había curtido en el Donbás en las postrimerías del comunismo y los años de plomo que siguieron. Estuvo dos veces en prisión por robo con asalto y una paliza. Algunos sostienen que en la cárcel habría sido confidente del KGB. Fue medrando y saltó a la política nacional a través del Partido de las Regiones. Oficialmente defensor de los derechos de los rusófonos y del sudeste del país, en la práctica —los partidos ucranianos son más plataformas de intereses que partidos en el sentido occidental—, el Partido de las Regiones representaba los intereses del clan del Donbás y de oligarcas como Ajmétov, de los más influyentes en la política ucraniana. Yanukóvich fue primer ministro con el presidente Leonid Kuchma en 2002 y brevemente con su otrora némesis, Yushchenko, en 2006, cuando este se apoyó en ellos para quitarse de en medio a su odiada Tymoshenko. Ya apuntaba maneras ese poco tiempo que estuvo en el poder. Marci Shore, en su libro *The Ukrainian night*, le describe como «gánster crudo y sin complejos».

Pero logró reconstruir, en parte, su imagen como un «tío común del Este», asesorado por consultores estadounidenses, entre los que destaca el papel de Paul Manafort —quien luego trabajaría para otro futuro presidente, Trump—. Con los líderes de la Revolución Naranja deslegitimados y atacándose unos a otros, Yanukóvich ganó las elecciones de 2010, aunque de forma ajustada frente a Tymoshenko. Su Gobierno se hizo con el control del poder judicial y restableció la Constitución anterior a la Revolución Naranja, que confería grandes poderes a la presidencia, en detrimento de la Rada. Empezó a enviar a opositores a la cárcel, incluida Tymoshenko, en 2011, condenada a siete años por «abuso de poder» a raíz del polémico contrato de gas que firmó con Putin durante la crisis energética de 2009. Líderes europeos boicotearon la Eurocopa de 2012 en Ucrania, anfitriona con Polonia (Rajoy sí acudió con el entonces príncipe Felipe a la final en la que jugó España). A la red del presidente se la llamó la *semya* («familia») —como en *El padrino*—, que se convirtió en el eje vertical de poder y de esquemas de corrupción masiva. Este emporio abarcaba

gas, privatizaciones opacas de empresas y activos estatales, licitaciones (incluidos proyectos para nuevos estadios e infraestructuras de la Euro 2012), minas ilegales de carbón *(kopanky)* (también en el Donbás originario del presidente) y extorsión de empresas *(raidertsvo)*, con violencia incluida. «Nadie estaba seguro. Desde grandes empresas hasta la pequeña tienda de mi mujer en Odesa: un día venían los inspectores pidiendo las facturas y al poco llegaban los matones. ¿Qué podías hacer?», contaba un conocido de Odesa. Las cifras sobre los activos controlados por la Familia oscilan entre los ocho y diez billones de dólares al año (aunque las hay más altas), vaciando las arcas del famélico Estado.

Crecía el autoritarismo. En las protestas antigubernamentales de la primavera de 2013, varios periodistas fueron agredidos por *titushkis* —atletas marciales que vienen de entornos de clubs de lucha y criminalidad—, o *hooligans* juveniles, a menudo sin trabajo. El nombre en sí viene de Vadim Titushko, veinteañero que se hizo famoso por una de estas agresiones. Rapado, en chándal y posición de ataque: así aparecía en una portada del semanario *The Ukrainian Week*, bajo el elocuente título de «The fascists of the future will be called anti-fascists». Contratar matones a sueldo no es algo nuevo en la política ucraniana, aunque el Gobierno de Yanukóvich les usaba cada vez más para amedrentar a manifestantes o como provocadores, mientras las autoridades negaban toda responsabilidad. Arreciaron las manifestaciones contra el Gobierno, como las marchas de Vradiyivka, tras la violación e intento de asesinato de una mujer por policías en un pueblo de Mykolaiv, en el sur. El Gobierno azuzó la polarización y la narrativa del «fascismo» de sus opositores. Para otoño, como anticipación a las protestas, las autoridades reforzaron la presencia policial en la capital con la Berkut, una fuerza especial de policía orientada a la protección del orden público y la lucha contra el crimen organizado, y otras unidades. El 22 de noviembre un tribunal administrativo de Kyiv prohibió las manifestaciones en el centro.

No entraba, por tanto, en la lógica de estos gobernantes un acuerdo sobre reformas judiciales, Estado de derecho y lucha contra la corrupción, como el europeo. Ucrania es, en fin, un país con una larga tradición de insurrecciones y rebeliones. *Maidan*, palabra turca (al igual que otras como *otaman* o *kozak*), significa plaza o espacio abierto —con lo que hablar, como hacen muchos extranjeros, de la plaza del Maidán, viene a decir «la plaza de la plaza»—. En Ucrania se usa para referirse a la concentración reivindicativa de gente en una plaza convertida en campamento, que no abandonarán hasta lograr un acuerdo. Para algunos historiadores, las protestas de estudiantes en la entonces plaza de la Revolución de Octubre, en Kyiv, en octubre de 1990, supusieron el primer Maidán. La Revolución Naranja, el

segundo, y la que se dio en 2013-2014, el tercero.

Tras conocerse la decisión de Yanukóvich, Mustafá Nayem, treintañero de origen afgano y periodista de *Ukrayinska Pravda*, un respetado medio *online* independiente —de los pocos— y crítico con el Gobierno, puso este *post* en Facebook: «Venga, seamos serios. ¿Quién está listo para ir al Maidán esta noche? Los *likes* no cuentan, solo los "estoy listo". Traed paraguas, café, té y buen humor». Lesya lo vio, pero dudó si ir. «Lloviznaba y no me decidí hasta que llamó mi amiga Nastya para preguntarme si íbamos. Así que fuimos. Al principio éramos cien personas, los sospechosos habituales: activistas, periodistas y algunos estudiantes. Sacamos banderas de la UE y de Ucrania». En una de las fotos que dieron la vuelta al mundo salen ambas de noche sosteniendo una bandera europea, con gesto serio. Empezaba el Euromaidán, en ese momento similar a protestas como Occupy, el 15M español, Gezi en Estambul o Ne Davimo de Belgrado.

Para reconstruir esos días, quedé con Nastya en un barrio a las afueras de Kyiv. Alta, fuerte, vital y magnética, acababa de ser madre de una niña. Chasqueaba la lengua al hablar de la llegada de políticos de la oposición como Vitali Klitschkó, exboxeador y hoy alcalde de Kyiv, o Arseni Yatsenyuk, con sus seguidores y banderas de partidos. Manifestantes como Nastya, Lesya y su grupo no querían saber nada de ellos, habían fracasado. Así, al principio, la Plaza se dividió entre activistas y los de los partidos, aunque la gente se fue uniendo. Apenas un 5 % de los participantes dijeron haber acudido movilizados por la oposición. El 24 de noviembre tuvo lugar la primera manifestación, «Por una Ucrania europea», que congregó a cien mil personas. Se levantaron las primeras tiendas en la Plaza. Concentraciones similares comenzaron en Lviv, Járkiv, Ivano-Frankivsk y Donétsk. No obstante, algunos piensan que el Euromaidán hubiera languidecido si el Gobierno de Yanukóvich no hubiera usado la violencia. Que «miles de ucranianos normales podrían simplemente defender lo que consideraban justo no era como [el poder] pensaba que el mundo funcionaba», dice Wilson. Tras volver de Vilna, Yanukóvich fue a cazar, al parecer no sin antes ordenar a sus responsables de Interior y seguridad que hicieran el trabajo sucio: desalojar por la fuerza a los manifestantes de la Plaza: usaron como excusa colocar el árbol navideño.

La madrugada del 30 de noviembre, la Berkut cargó violentamente contra los cientos de manifestantes que pasaban la noche allí. Decenas, periodistas incluidos, recibieron asistencia médica o tuvieron que ser hospitalizados. Había mujeres embarazadas entre los agredidos, como contaba furioso David, un simpático funcionario checo de la Delegación de la UE, con años de experiencia en el país. Los estudiantes huyeron al cercano monasterio de San Miguel de las

Cúpulas Doradas (*Mykhalys'kyi*, en ucraniano), en el que monjes y seminaristas les cobijaron. Vitali Zakharchenko, ministro de Interior, pidió perdón y anunció una investigación que confirmaba una fuerza policial desproporcionada, pero no instruyó actuaciones.

[26] Creado en 2009, es un entramado de relaciones políticas y económicas de la UE con varios países de la Europa del Este no comunitaria, antiguas repúblicas soviéticas: Armenia, Azerbaiyán, Georgia, Moldavia, Bielorrusia y Ucrania.

Y Kyiv se rebeló

Do no wrong, so clean cut
Dirty his hands, it comes right off
Police man
Police stopped my brother again
(Pearl Jam, «W.M.A.»).

Para esa tarde diez mil personas habían regresado a la Plaza y, al día siguiente, el 1 de diciembre, entre medio millón y un millón de kievitas desafiaron la prohibición de manifestarse y salieron a la calle. Kyiv se rebeló: fue el verdadero comienzo del Maidán. Muchos observadores, incrédulos al principio, se enamoraron de Ucrania ese día, como confiesa Gerard, un embajador. Los manifestantes ocuparon el edificio de los Sindicatos, en la plaza, que se convirtió en cuartel de «resistencia nacional» y luego hizo las veces de hospital para heridos. Otros grupos ocuparon el del Ayuntamiento.

Pegar a estudiantes era una línea demasiado roja, que concitó el rechazo de más capas de población que las del Euromaidán inicial. Las protestas crecieron y se pluralizaron. Algunos participantes resumían su motivación en la lucha contra el *proizvol* de aquellos que lanzan fuerzas especiales de policía contra «nuestros hijos». Slava Vakarchuk, cantante del popular grupo de rock Okean Elzy, tocó en la Plaza y estuvo muy activo en las protestas. En una alocución a los manifestantes del 1 de diciembre les transmitió cómo por encima de sus diferencias, viniendo de toda Ucrania y hablando distintos idiomas, todos luchaban por dos valores europeos fundamentales, libertad y dignidad humanas. Pero no había realmente ningún gran plan o estrategia, sí mucha espontaneidad y autenticidad.

Esa noche, cientos de manifestantes fueron a calle Bankova, sede de la presidencia. Algunos iban clamando venganza. Varios aparecieron con un tractor con el que intentaron romper la línea de policía; otros en actitud violenta, incluso con otros manifestantes, arrojaban piedras y objetos en llamas. Fue el primer momento de gran visibilidad de Poroshenko, que ya había sido ministro con Yanukóvich, y partidario del Acuerdo europeo: se le ve subido al tractor, intentando contener a los manifestantes. Entre los radicales en Bankova se suele mencionar el nuevo Pravyi Sektor («Sector Derecha») y Bratsvo («Hermandad»), formación nacionalista. Para algunos analistas, Bratsvo serían nacionalistas *fake*, es decir, grupos creados y financiados por oligarcas y tecnólogos políticos[27] rusos y ucranianos para polarizar y desacreditar a la oposición. La respuesta policial violenta causó

cientos de heridos.

Las acciones de autoorganización en la Plaza y otras partes del país que se pusieron en marcha convirtieron las protestas en un ejemplo único de sociedad civil en acción. Para algunos, la Plaza era una *polis* paralela a las instituciones controladas por Yanukóvich y también aparte de la oposición oficial. Se levantaban barricadas en la nieve, organizaban cocinas y hospitales de campaña para los heridos, o actos culturales. Ante la violencia de Berkuts y *titushkis*, se crearon unidades de autodefensa *(samooborona)* integradas entre otros por *afgantsy*, veteranos de la guerra en Afganistán, que adiestraban en tácticas de protección. Uno de sus miembros fue Natan Khazin, judío originario de Odesa, que había servido en el ejército israelí y lideró una de las llamadas centurias de autodefensa del Maidán (Khazin más tarde se uniría al Batallón Azov, de origen ultraderechista).

Olena, la madre de Lesya, se tomó unos días libres de su trabajo en Rudky y vino en tren para echar una mano como médico. Iba de un lado a otro con la insignia de la cruz roja y un casco blanco. Lesya alternaba el trabajo con la Plaza, donde a menudo, con Oleksandra, llevaba comida, participaba en manifestaciones o ayudaba a traducir con los extranjeros atraídos por el Maidán. En ratos libres escribía *posts* en Facebook, en inglés, ucraniano y ruso, sobre lo que pasaba.

Para muchos, la Plaza se había convertido en una Ucrania mejor que la de fuera de las barricadas. Se llenó de tiendas —«la ciudad de las tiendas» (*nametove mistechko*, en ucraniano) la empezaron a llamar— y puestos que representaban la pluralidad cultural, lingüística y etnográfica del país. Una de esas tiendas fue Barbakan, de Andriy Yermolenko, artista a quien conocí en Lviv y que confeccionó para mí una sudadera con una calavera que lucía una sonrisa de prótesis dental. Grandote, con perilla y sonrisa tan irónica como la de sus calaveras, Andriy y sus amigos llenaron Barbakan de arte y simbología revolucionaria, proucraniana y anarquista. La gente pasaba para admirar las obras de Andriy y tomar algo, un café o té para entrar en calor: en esa fase del Maidán regía casi una ley seca informal. Algo más allá, unos tártaros de Crimea cocinaban *plov* (una especie de arroz con carne) en cazos gigantes para cientos de personas. En imágenes de esos días se ve al tártaro Mustafá Osmanov, con abrigo negro, boina y bigote, remover el *plov* con una enorme espátula. Un ataque al corazón se lo llevó hace poco en la Crimea anexionada por Rusia, con su gente y miembros de su propia familia perseguidos.

[27] Aunque no hay una definición exacta, los tecnólogos políticos serían quizá equivalentes a *spin doctors* en Rusia, Ucrania y otros países de la región: hábiles en la manipulación de la información y, en los últimos años, de las narrativas en redes sociales, así como otros instrumentos políticos (creación de partidos u ONG «clones»), bien sea en contexto electoral o para consolidar al poder, como en el caso de la Rusia moderna, el sistema autoritario en torno a Putin, dándole una fachada democrática.

Había un poco de todo

En la Plaza empezó a haber un poco de todo: desde gente corriente de Kyiv y el resto del país, liberales y grupúsculos de izquierda, clases profesionales, como pequeños empresarios hartos de extorsión y *raidertsvo*, hasta anarquistas, nacionalistas y ultranacionalistas. El padre Iván Sydor, del monasterio de San Miguel, recuerda cómo en el Maidán hubo católicos, ateos, judíos, musulmanes… «Todo el mundo se ayudaba y no miraban el color de la piel. Solo una idea: independencia y una Ucrania europea, no rusa». Las encuestas de esos meses muestran un perfil de los manifestantes que fue cambiando, con cada vez más gente de las regiones y pueblos. El Maidán no fue, pues, homogéneo y había diferencias internas.

La presencia de miembros de Svoboda («Libertad»), partido catalogado entre derecha radical, populista y ultranacionalista, y del Pravyi Sektor y otros subgrupos de extrema derecha, capturó gran parte de la atención mediática y política en Occidente, a menudo gracias a la propaganda rusa y la del Gobierno de Yanukóvich. Esa propaganda hablaba de manifestantes «nazis» y «Banderovtsy» (partidarios de Bandera) que perseguirían a los rusófonos y rusos de Ucrania, aunque el ruso fuera lengua común en la Plaza. Otras veces recurría al antisemitismo y la homofobia para adoctrinar en violencia a Berkuts y *titushkis*. Algunos señalan el papel activo de *politruki*[28] rusos en dicha demonización del Maidán.

La visibilidad mediática de estos grupos radicales nunca fue acorde con su representatividad política. El primer éxito real de Svoboda llegó en las parlamentarias de 2012, con el 10 % de votos (sobre todo en el oeste) y 37 escaños, en una campaña anticorrupción y anti-Yanukóvich, enfocada a limpiar su imagen y orígenes más ultranacionalistas. Se beneficiaron del descrédito de los partidos de la Revolución Naranja (que explica también el buen resultado de UDAR, nueva formación de centro-derecha, de Klitschkó, con un 14 %) y de la gran presencia en TV que medios controlados por Yanukóvich dieron a Svoboda para deslegitimar a la oposición. Pero el inicio de las movilizaciones les cogió por sorpresa y en declive. Los estudiantes abuchearon a sus representantes en las primeras concentraciones de Lviv. Antieuropeo en origen, como los partidos similares de ese espectro, Svoboda viró oficialmente a posiciones proeuropeas y pro-

Maidán, apoyando unas protestas en las que hubo minorías rusas, tártaras, judías y LGTBI. Entre otros factores, pesó el prisma de que el Acuerdo permitiría a Ucrania alejarse de Rusia, y que comprobaron que la europea era además la opción mayoritaria entre sus votantes.

Su influencia en el Maidán es también cuestionable, como lo es la idea de que sus miembros son solo del oeste de Ucrania. Dmytro Yarosh, originario de Dnipró y líder del Pravyi Sektor, dijo que podía movilizar a trescientos miembros en la Plaza, un número pequeño. Decían controlar una de las «centurias», otra influencia simbólica de la era cosaca en boga esos días, como los *viche* (asambleas cosacas, similares, en este prisma, a asambleas ciudadanas). Como Svoboda, estuvieron presentes en enfrentamientos callejeros, pero no en los decisivos, y algunos subrayan los lazos de sus miembros con oligarcas. La presencia pública del Pravyi Sektor fue de hecho mayor al comienzo de la guerra, aunque se dieron un batacazo electoral, con menos del 2 % en las presidenciales y parlamentarias de 2014. Svoboda, con menos de un 5 %, perdió casi todos sus escaños. Para Anton Shekhovtsov, experto en extrema derecha en Europa oriental, el papel de Svoboda fue negativo, pues dividieron al Maidán y dañaron su imagen. El partido y grupúsculos más extremistas, como C14, de ideología neonazi, inicialmente vinculados a Svoboda, alentaron acciones divisivas, como la marcha con antorchas en honor a Bandera ese enero, y estuvieron detrás de ataques a periodistas y activistas del Maidán. Se apunta además a que fueron blanco especial de infiltración por la inteligencia gubernamental.

Pero más allá de estos grupos marginales, muchos manifestantes vivieron el Maidán como el 1989 que Ucrania no tuvo. El patriotismo no es extraño en estas circunstancias, sobre todo en un país bajo constante amenaza externa y con la historia de Ucrania. Además de banderas nacionales y de los partidos, ondeó la rojinegra de la UPA, que muchos ucranianos asocian con la resistencia al invasor y la lucha por la libertad, no con la limpieza étnica de polacos en 1943 o la colaboración inicial de la OUN con los nazis. El lema «Sláva Ukrayini, heróyam sláva!» («¡Gloria a Ucrania y a los héroes!») usado en el Maidán no lo es solo de la UPA y la OUN, que lo hicieron oficial, añadiendo la segunda parte: tiene su origen en estudiantes de Járkiv de fines del siglo XIX, con un poema de Shevchenko que menciona «¡gloria a Ucrania!», y se generalizó en la lucha por la independencia de 1917-1921. Hoy es una apelación patriótica común en este país. En el Maidán a veces se llamaban a sí mismos Banderovtsy, en chanza contra el Gobierno y el Kremlin.

Demonizar es una táctica común para justificar la violencia propia —los palestinos, «terroristas»; los bosnios, «yihadistas» para el ultranacionalismo serbio—. La propaganda rusa estigmatizó como

nacionalistas radicales y «nazis» no solo a tales grupos, sino a los nacionalistas demócratas en general, al Maidán en su conjunto y, al poco, a todo ucraniano que no fuera prorruso. Otro mensaje fue presentar al Maidán no como movimiento orgánico sino controlado desde el exterior y «Occidente» (CIA, George Soros). Esto se aplica a toda revolución «de color», también a las protestas en Rusia, negándole la autonomía a unos ciudadanos que suelen tener su propia opinión acerca de cómo quieren vivir. Pero medios extranjeros y comentaristas compraron acríticamente todo o parte de este relato y sus lugares comunes. Un marco que perdura contra toda evidencia y que une a figuras de izquierda con la ultraderecha europea pro-Putin.

[28] Algo así como instructores políticos o comisarios en el Ejército Rojo, *politruki* es un término del periodo soviético, hoy recuperado para hacer referencia a lo que genéricamente llamaríamos propagandistas o similares actores. En 2020 Putin aprobó un decreto para reintroducir a los *politruki* en la Guardia Nacional rusa.

«Berkut, asesinos»

En mi opinión, no me decantaría por OMON o BERKUT.
Son básicamente policías gordos e inútiles, que se ponen cascos cada vez que reciben órdenes de pegar a abuelas y estudiantes, con sus bates nocturnos durante las protestas[29].
(Sergei en la novela *The Steel Barons*, de Alex Frishberg).

Arsenal acoge una exposición, Move Forward, sobre movimientos de protesta desde Turquía y África del Norte, hasta el Maidán, del cual ya hace un lustro. En su día fábrica de armamento, Arsenal hoy es un centro de arte y exposiciones vanguardistas. En la película muda del mismo nombre, producida en los estudios de VUFKU, Dovzhenko retrata con elementos de filmografía de propaganda soviética el levantamiento probolchevique de los trabajadores a principios de 1918. Lo hacían contra la Rada central, las autoridades de la nueva República Popular de Ucrania (UNR/UPR), de inclinación socialista, que en una proclamación conocida como la Cuarta Universal habían declarado la independencia de una Rusia rumbo a la guerra civil. Los bolcheviques entraron al poco en la ciudad, que cambió varias veces de manos. En una ceremonia en la plaza de Santa Sofía, la República Popular se unió simbólicamente en enero de 1919 con la ZUNR de Ucrania Occidental, de perfil más conservador que su hermana de Kyiv y creada el noviembre anterior en Lviv, en guerra con los polacos. Las vicisitudes de estos efímeros Estados, en lo que muchos ucranianos llaman Guerra de Independencia o el periodo de estatalidad, son una intrahistoria desconocida del final de la Primera Guerra Mundial y la guerra civil rusa, pero inspiraron durante décadas a partidarios de una Ucrania independiente.

En las amplias salas del edificio, como en la película en blanco y negro de Dovzhenko, uno cierra los ojos y ve a hileras de personas trabajando sin parar en la cadena de producción. Una fotografía muestra una pareja con pasamontañas abrazándose en la barricada, rodeados de neumáticos, barriles oxidados y un camión de obra volcado que les protege del otro lado. En el metal han pintado en letras bien grandes «Lelejivka», el nombre del pueblo de donde viene ese grupo de manifestantes, y algo así como «aquí libertad, fuera, grilletes». En otra foto, más barricadas y una pintada que reza «Berkut, Vbyvtsi!» («¡Berkut, asesinos!»).

En un diciembre similar a este, Serhi Nihoyán se acercó a la tienda del Maidán donde Olena atendía a los enfermos con ayuda de Oleksandra; Nihoyán se había herido cortando leña. No aceptó las

vendas que ella le ofreció luego, pues decía que otros las necesitaban más. La familia de este armenio-ucraniano era de Nagorno Karabaj, territorio en disputa entre Armenia y Azerbaiyán desde el final de la URSS. En los noventa vinieron a Ucrania, a un pueblo cerca de Dnipró, donde nació Serhi. Oleksandra recuerda que recitaba poemas de Shevchenko y cómo se hizo popular. Con un gorro o casco de obra, abrigos de colores, barba negra, cejas pobladas, ojos oscuros como su tez y expresión bondadosa, Nihoyán parecía Jesús, dice.

Ese 8 de diciembre hubo otra marcha multitudinaria y un intento fracasado de ampliar con más edificios gubernamentales la zona controlada por el Maidán. Esos días, líderes estadounidenses o europeos venían a la Plaza para mostrar apoyo a los manifestantes, lo que algunos han utilizado para desvirtuar el carácter autónomo de las protestas. De hecho, los occidentales insistían en el diálogo y presionaban para que se diera un compromiso entre Yanukóvich y la oposición. El presidente no estaba interesado y, con Catherine Ashton, representante de la UE, aún en Kyiv, su Gobierno lanzó un segundo ataque al Maidán. La madrugada del 11, la Berkut y otras fuerzas de policía embistieron para desmantelar las barricadas: parecía que lo lograrían.

Cuando conocí al padre Sydor en el monasterio de San Miguel, había cambiado respecto al tímido seminarista que sale brevemente en *Invierno de fuego*, un popular documental de Netflix sobre el Maidán, dirigido en 2015 por el cineasta de origen ruso Evgeny Afineevsky. Encontré a un sacerdote de apariencia adusta y barba cuidada, que resultó ser más agradable conforme avanzaba la conversación, combinando teología cristiana —él, miembro de la Iglesia ortodoxa ucraniana del Patriarcado de Kyiv— con vídeos y fotos en su móvil de esos días.

> Ya habíamos atendido a los estudiantes la madrugada del 30 de noviembre [de 2013] cuando llegaron a nuestras puertas, algunos con las caras ensangrentadas, y les dejamos entrar. Con el paso de las semanas, el monasterio improvisó un hospital para los heridos. Yo era aspirante al sacerdocio y estudiante de nuestra academia teológica. En la residencia tenemos una disciplina estricta de acostarnos temprano, aunque esa noche del 10 de diciembre seguía despierto, leyendo con la lámpara de noche. Sonó el teléfono. Mi número sale en la web del monasterio, soy su administrador. Al otro lado de la línea, una mujer con voz de urgencia preguntó si era el monasterio de San Miguel y dijo que había que hacer sonar las campanas, pues estaban rodeando el Maidán. No me atreví a responderle que yo era un simple estudiante. Pero luego llamó más gente, hasta diez llamadas recibí. No teníamos TV y el internet funcionaba regular, no como hoy, pero pude ver lo que estaba pasando en el Kanal Expresso [un canal privado], que retransmitía en directo desde el Maidán. Ante el ataque violento de toda esa policía contra los manifestantes, había que hacer algo. ¿Que por qué? Las cosas suceden por alguna razón, pero Dios te permite elegir, tomar tu propia decisión.
>
> Desde 2006 estudiaba cómo tocar las campanas y guardaba las llaves del campanario. Pero un estudiante no puede ir solo, tiene que pedir permiso, así que llamé a mi

> superior, el arzobispo Agapito, quien me dijo enseguida que le parecía muy bien y que adelante, al campanario. La verdad es que me sorprendió su respuesta inmediata, ¡es una persona muy, muy severa! Así que corrí a la torre con un compañero, sería la una de la madrugada. Di el son de alarma con todas las campanas a la vez, mientras él me ayudaba con el ritmo. Fue la primera vez que sonó desde la invasión de los mongoles en 1240. Subieron más estudiantes, estuvimos tocando hasta alrededor de las 5 a.m.

Las campanadas de alarma del monasterio de San Miguel fueron un momento histórico. En respuesta, mucha más gente acudió a la Plaza y el ataque gubernamental fracasó, aunque hubo decenas de heridos. Ashton condenó el uso de la fuerza contra manifestantes pacíficos y apeló al diálogo. Pero como todos esos líderes occidentales, se fue al poco al aeropuerto, mientras las autoridades pasaban a la represión «fuera de pantallas», esto es, a hacer el trabajo sucio lejos de cámaras y móviles, cada vez más con *titushkis* y grupos similares. Periodistas ucranianos calculan que los Berkuts cobraban entre quinientos y mil dólares diarios, mientras que para enero los *titushkis* percibían cien al día. También se les empleó en reprimir los *maidanes* regionales. Como cuenta Wilson, que pasó esas semanas allí, mientras los medios occidentales se centraban en los nacionalistas tirando piedras a la policía, no dieron casi imágenes de policía o grupos progubernamentales dando palizas nocturnas o llevándose a gente de hospitales con ese fin. Empezaron a desaparecer activistas; Olena y Oleksandra curaban contusiones y heridas cada vez más graves. Era peligroso acudir a los hospitales, pues los rastreaban policía y grupos afines en busca de manifestantes. El informe del Panel Consultivo Internacional sobre las investigaciones del Maidán, del Consejo de Europa, de 2015, recoge como primera muerte en las protestas la de Pavlo Mazurenko: recibió una paliza de fuerzas especiales de policía y, aunque logró regresar a su casa, en la que le encontró su mujer, murió en el hospital el 22 de diciembre.

También empezaron a quemar por decenas los coches del denominado Automaidán, que proveían de suministros a los manifestantes, hacían cadenas contra el Gobierno o patrullaban las calles ante los crecientes ataques a activistas. A uno de sus líderes, Dmytro Bulatov, que luego fue ministro de Juventud y Deportes en el primer Gobierno de Yatsenyuk, le secuestraron y apareció después apalizado y sin media oreja. Los manifestantes redoblaron su organización a través de redes como Facebook, publicando información sobre estos crímenes y otros abusos.

A mediados de diciembre, Yanukóvich firmó con Putin un «plan de acción» por el que Rusia aliviaría parte de la deuda de Ucrania vía quince mil millones de dólares en sucesivos tramos y reduciría la presión económica. Moviéndose con su habitual rapidez, Moscú daba así un espaldarazo —condicional— al atribulado Yanukóvich,

ayudándole a mantenerse en el poder, a la vez que aumentaba su dependencia y la de Ucrania respecto a Rusia. Para los manifestantes, el acuerdo con Putin —aunque aparcaba de momento la cuestión del ingreso en la Unión Aduanera con Rusia— alejaba o incluso cerraba la opción europea de Ucrania. Se estima que parte de los primeros tres mil millones fueron directos a las sacas sin fondo de la Familia de Yanukóvich.

Llegó 2014 y el Maidán se estancaba. Las defecciones en el Gobierno y su círculo no eran suficientes, aunque algunos oligarcas fuera del círculo de la Familia daban más cobertura a las protestas en sus medios. Yanukóvich subió la presión ilegalizando completamente el Maidán. Hay periodistas que apuntan que pudo seguir indicaciones rusas, mencionando documentos aparecidos en la opulenta residencia de Yanukóvich, Mezhyhirya, y que citan un encuentro secreto entre Putin y Yanukóvich a principios de enero. En una estrambótica sesión de la Rada en la que apenas se contaron los votos y que tuvo lugar a mano alzada, se aprobaron las leyes del 16 de enero, llamadas de la «dictadura» por los manifestantes. En esencia, prohibían todo lo que hacía o se había hecho en el Maidán, como llevar máscaras o cascos y levantar tiendas y otras construcciones durante las manifestaciones. El Gobierno podría además prohibir el acceso a internet y retirar la inmunidad parlamentaria. Años después, las autoridades de Hong Kong, en plenas protestas, invocarían poderes de emergencia de la era colonial para adoptar una legislación similar que prohibía las máscaras en manifestaciones. A muchos ucranianos les recordó su Maidán.

Las nuevas medidas del Gobierno de Yanukóvich contribuyeron a la radicalización de las protestas. El 19 de enero, doscientas mil personas se concentraron contra esta legislación, muchas con cacerolas y cacharros en la cabeza o máscaras lúdicas. Las *babúsi* lucían en la cabeza ensaladeras y perolos cubiertos de flores —en medios rusos y grupos anti-Maidán les llamaron *kastriulegolovye* (algo así como «cabeza-sartén»)—. Parte de los manifestantes se dirigieron a la Rada por la calle Hrushevskoho, una vía que sube hasta el Parlamento y el parque Mariinskyi, y que la policía había bloqueado con coches y autobuses. Cuando Klitschkó intentó apaciguar los ánimos, un grupo le roció con un extintor; cubierto de polvo químico, el púgil se apartó a un lado, noqueado.

Lo que siguió en Hrushevskoho fue una batalla campal de cuatro días. Bajo la nieve, los manifestantes tiraban piedras, adoquines, cócteles molotov y todo tipo de objetos, incluso usando una especie de catapulta montada con instrucciones encontradas en internet. Las fuerzas policiales emplearon balas de goma, que destrozaron los ojos de manifestantes, cañones de agua en temperatura bajo cero y

granadas aturdidoras, algunas con tuercas añadidas a la carga. Los manifestantes construyeron más barricadas y quemaron neumáticos para dificultar la puntería de la Berkut. Los *titushkis* tuvieron un papel tan sórdido, con palizas y desapariciones, que a la noche del 21 de enero se la conoce como la «de los *titushkis*». No lejos de ahí, Ihor Lutsenko acompañaba a Yurii Verbytskyi, profesor de Geología de cincuenta y ocho años, al hospital Oleksandrivska, por un ojo herido con fragmentos de granada. Unos individuos se los llevaron, les dieron una paliza y los torturaron; el cuerpo helado de Verbytskyi apareció al día siguiente en un bosque cercano. La policía pegó a otro manifestante, Myjailo Havryliuk (el Cosaco, por llevar el pelo en ese estilo característico, como Taras), y le tuvieron desnudo en la calle, grabándole y humillándole[30]. Havryliuk, que hoy es taxista, aparece también en *Invierno de fuego*, el documental de Afineevsky.

En otros vídeos se ve a la policía disparar balas de goma a quemarropa, contra personas con distintivos de la Cruz Roja. Julia, una traductora de español, le dijo al llegar su hijo a casa una de esas noches que estaban disparando específicamente a los que llevaran cascos de Cruz Roja —prefirió quitarse el suyo— así como a periodistas con insignias de prensa. Otra noche vino con moratones en los costados y heridas de golpes de la policía, que el 22 atacó con fuego real, matando a Nihoyán y al bielorruso Myjailo Zhyznevskyi. Conforme al informe del Consejo de Europa, Roman Senyk y Oleksandr Badera también murieron por heridas de bala en el hospital. Hoy los grandes ojos de Nihoyán te miran en silencio desde murales callejeros en Kyiv.

[29] Traducción del autor.
[30] Tras el Maidán, esos policías llegaron a un acuerdo de reconciliación con él y fueron condenados a penas de cárcel suspensas y a la exclusión por un año del cuerpo.

Cervezas molotov

> La revolución que vi en Kyiv en febrero de 2014 fue un levantamiento popular a la antigua usanza —del tipo que uno lee en libros de texto sobre el siglo diecinueve—. Vi algunos nacionalistas con banderas y eslóganes, pero también ancianas ayudando a levantar el pavimento y todo tipo de ciudadanos formando cadenas humanas para pasar las piedras que los jóvenes arrojaban en primera línea. (Andrew Wilson, *Ukraine Crisis*, 2014)[31].

La Plaza seguía siendo aún una *polis* propia, pero rodeada. A finales de enero, grupos del Maidán ocuparon más edificios gubernamentales, pero los abandonaron presionados por partidos opositores. Protestas y maidanes se sucedían en las regiones, especialmente en el oeste y centro del país, pero no solo eso. El Gobierno aprobó aumentar en hasta treinta mil los efectivos de la Berkut y otras unidades. El primer ministro Azarov dimitió y le sustituyó Serhiy Arbuzov, cercano a la Familia y a los sectores más duros. Los rusos, muy presentes en el círculo de Yanukóvich y el sector de seguridad e inteligencia, reimplantaron las restricciones comerciales con Ucrania y retrasaron la asistencia financiera. La violencia contra manifestantes y activistas era cada vez más bárbara, con desapariciones y torturas. Los ánimos se caldeaban en un Kyiv donde la nieve se derretía al llegar febrero.

Nastya recuerda que las negociaciones no iban a ninguna parte: la mayoría no creía en los líderes de la oposición, y no esperaban nada bueno de Yanukóvich. La idea era que los manifestantes se quedasen hasta el final, por lo que las muertes de estos solo reforzaron su determinación. Olena venía a veces desde Sambir para ayudar con los heridos, y sus hijas y amigas traían comida, medicamentos u otras donaciones coordinadas por Facebook. Tras otro ataque de la Berkut en el que ardieron varias tiendas de la Plaza, llevaron un montón de botellas de cerveza para que se usaran como cócteles molotov. Una mañana temprano compraron decenas de litronas en un supermercado de Darnytsia, un barrio fuera del centro, donde vivía Lesya, y las cargaron en el coche de Lidya, una señora ucranio-canadiense, que iba al volante. Tenían que cruzar el puente de Paton, donde cada 22 de enero se forma una cadena humana en recuerdo a la breve unificación de la ZUNR al oeste y la UNR al este, en un único Estado ucraniano, en 1919. En el puente un control de policía paró a las tres mujeres. Era habitual que confiscaran aquello que la gente llevaba a los manifestantes, así que Lesya y Oleksandra llevaban las cajas de cervezas tapadas con una manta debajo de sus pies. Por ser mujeres o por apatía, no miraron mucho y las dejaron seguir. Se dirigieron a la plaza Bessarabska y de ahí a Jreshchatyk, límite del Maidán. A la entrada de esta zona, un voluntario de autodefensa les dijo que no

cogían alcohol, pero Lesya y su hermana vaciaron todas las cervezas en una alcantarilla y el tipo cambió de opinión y cogió los cascos, musitando un lacónico «gracias».

Miles de manifestantes se dirigieron a la Rada el 18 de febrero por la mañana. Entre sus demandas para disolver el Maidán, pedían la restauración de las enmiendas constitucionales de 2004 que establecían un equilibrio de poder entre presidencia y Parlamento. La manifestación fue pacífica hasta llegar al parque Mariinskyi, junto a la Rada, cuyo acceso estaba cerrado por la Berkut y otras fuerzas de policía. Había *titushkis* en la zona. Estallaron choques violentos y muchos manifestantes buscaron retroceder a la Plaza, a menudo escondiéndose de Berkuts y *titushkis*, que agredían salvajemente a los rezagados. Al menos ocho personas murieron esa mañana y hubo mil heridos, entre manifestantes y policías. Un grupo quemó la oficina del Partido de las Regiones, cuyo guarda de seguridad, Volodymyr Zakharov, murió ahí[32].

Ese 18 Lesya y Nastya estaban en Podil traduciendo para una Delegación del Consejo de Europa, cuando Lesya recibió una llamada de Olena. Estaba escondida en un portal de Instytutska, con un grupo de manifestantes. Taras, entonces un voluntario con el que empezaba a salir Oleksandra, había intentado disuadirla de ir a la manifestación y se habían separado al estallar la violencia. Él tuvo quemaduras en la garganta por inhalar gases lacrimógenos y le pegaron policías en el suelo; sufrió una contusión. Tiene problemas en un oído desde entonces. Lesya pidió a su madre los nombres de sus acompañantes, por si eran detenidos; algunos no quisieron darlos por temor a que se filtraran a la policía. Podil estaba a un buen rato del barrio gubernamental y ya habían cerrado el metro, por lo que le dijo a Olena que la esperara y salió corriendo con Nastya. En Instytutska los manifestantes se habían replegado a la Plaza mientras la policía seguía avanzando. Al subir la colina, pasaron junto a la Berkut y otras fuerzas de policía.

—¿Miedo? No, en esos momentos no piensas en muchas cosas. Paré unos segundos a coger aire y una bomba de humo estalló a pocos metros, aturdiéndome. Pero un policía de Interior salió rápidamente de sus filas y me protegió con un escudo.

—¿Hubo más momentos de esos, de humanidad, incluso entre posibles enemigos?

—Claro. Nosotros queríamos defender nuestros derechos y ellos estaban bajo la autoridad del Gobierno. Algunos, incluso Berkuts, cambiaron de bando, aunque tampoco de forma masiva.

Encontraron a Olena, y madre e hija emprendieron el regreso a la Plaza, mientras Nastya seguía camino en busca de sus amigos. Junto a la parada de metro, un policía les pidió testificar sobre un hombre y

una mujer de mediana edad que yacían en el suelo, muertos de asfixia o de ataque al corazón.

Empezaba Boomerang, la operación definitiva contra el Maidán. Las autoridades habían logrado rodearlo y crear una bolsa entre Instytutska y sus alturas controladas por la policía, el extremo norte de Jreshchatyk y los alrededores de la plaza del monasterio de San Miguel, donde merodeaban *titushkis,* algunos armados por las autoridades. El Gobierno dio un ultimátum a los manifestantes para abandonar la Plaza para las seis de la tarde. Olena tenía el tren de regreso a Sambir esa noche y se había dejado su bolsa con la documentación en el edificio de los Sindicatos. La policía no les dejó pasar, así que dieron un rodeo y accedieron por el otro lado. Varias tiendas ardían. Los Berkuts arrojaban cócteles molotov y otros artilugios incendiarios desde Instytutska y a lo largo del puente que atraviesa la calle en ese punto. Las dos mujeres lograron entrar en Sindicatos, donde se apilaban los heridos y se palpaba la tensión ante lo que venía. Un hombre enorme, con bigotes, aspecto de obrero y bate en mano, dijo a Lesya que se marchara ya, que era demasiado joven para morir. Los manifestantes empezaron a quemar neumáticos y todo lo que tuvieran en las barricadas, con el fin de que el humo privara de visibilidad a la policía y milicias progubernamentales.

En la estación de tren las esperaba Oleksandra. Tras dejar a su madre, cogieron un taxi. Lesya quería volver a la Plaza, pero su hermana pequeña no quería ni oír hablar de ello. Cuenta que casi la tuvo que agarrar para que no se bajara del coche. Cruzando el Dniéper, el taxista echaba pestes sobre Yanukóvich. Pararon un momento en una catedral grecocatólica donde atendían a heridos y manifestantes, y dejaron sus números de teléfono por si necesitaran algo. Al llegar a su bloque en Darnytsia, el taxista dejó la política a un lado y les cobró la tarifa de siempre en la estación o el aeropuerto, es decir, el triple de lo normal. Las hermanas cayeron dormidas en el sofá, pendientes del móvil.

[31] Wilson, A., *Ukraine Crisis,* Yale University Press, 2014 (traducción del autor).

[32] En la etapa Zelenskyi y en un caso muy controvertido, un órgano fiscal acusaría de asesinato por estos hechos a Tetiana Chornovol, periodista y activista que investigaba la corrupción de Yanukóvich y su círculo. La madrugada del día de Navidad de 2013 la encontraron gravemente herida junto a su coche tras atacarla varios *titushkis*.

Fuegos de febrero

Levántate al amanecer, apaga el fuego y prepárate para ir. El sol ya ha salido y no estarás solo. Entre los que una vez decidieron ir, eres un puente, porque los que aún duermen en un seno cálido te seguirán. Ve y confía en que al menos uno en un millón encontrará tus huellas cuando los Cielos llamen.
(Bohdan Solchanyk, Varsovia, 2007)[33].

A varios kilómetros de Darnytsia, la noche cayó sobre una plaza iluminada por fuegos y explosiones, y envuelta en humo. Mientras en la calle se sucedían choques en las barricadas, una unidad Alfa (fuerza de operaciones especiales y antiterrorista) accedía al edificio de los Sindicatos por la azotea. Iban armados hasta los dientes. Con los enfrentamientos y el uso de granadas incendiarias y otros explosivos, se desató un incendio que obligó a la gente a salir como podía del edificio. Pero dentro quedaban heridos convalecientes: al menos dos personas murieron en el incendio, uno de ellos conocido de Olena, de Rudky. En la madrugada del 19, el periodista Viacheslav Veremii y compañeros suyos grababan a *titushkis* cuando estos les atacaron, disparando a Veremii, que murió en el hospital[34]. El Maidán aguantó el ataque pero perdió terreno, y una veintena de manifestantes y ocho policías, la vida. Las negociaciones no iban a ninguna parte y ese día hubo varios muertos más.

En plenas persecuciones salvajes a activistas y voluntarios fuera del área controlada por el Maidán, Taras se escondió un par de días en el piso de un amigo en Baikove, junto al viejo cementerio, donde más tarde le fue a buscar Oleksandra. El Gobierno anunció una operación antiterrorista, distribuyendo armas de combate entre la policía. Yanukóvich, con quien habría hablado Ajmétov para pedirle contención, estaba empezando a empacar.

El jueves 20 sobre las siete y media y las ocho de la mañana, los manifestantes contratacaron avanzando por la pendiente de Instytutska y subiendo por las escaleras laterales, mientras las fuerzas de Interior retrocedían. Muchos de ellos eran un grupo nuevo de Lviv y otras partes del oeste, que habían llegado el día antes en autobuses organizados por grupos locales de apoyo al Maidán. Entre estos recién llegados estaba Bohdan Solchanyk, un joven profesor de Historia de la Universidad Católica de Lviv, originario de Stariy Sambir, un pueblo cerca de Sambir.

Desde las barricadas en lo alto de la calle y otros puntos cercanos, unidades de la Berkut les dispararon mientras subían por tierra de nadie. Las imágenes de esa hora u hora y pico de la mañana del 20 de

febrero muestran a grupos de manifestantes, críos entre ellos, avanzar bajo los disparos de forma épica, aunque casi suicida: con cascos de albañil o deportivos, algunos esgrimen palos; semiacurrucados tras escudos caseros de metal y madera o parapetados en los árboles aledaños. En otras escenas se les ve recogiendo como pueden a sus muertos y heridos y arrastrarles calle abajo por el pavimento o por el barro de los jardines cercanos, entre gritos de dolor y «¡médico!, ¡médico!». Bastantes cayeron rematados en el suelo o intentando ayudar a sus compañeros heridos. En Instytutska murieron entre otros Nazar Voytovich y Solchanyk a sus diecisiete y veintiocho años, respectivamente. Las fotos de Solchanyk en esos santuarios callejeros de velas, flores y adoquines muestran a un chico sonriente, melenudo y con barba, envuelto en una zamarra y con un zurrón de estudiante echado a un lado.

Reconstrucciones posteriores confirmaron que muchas víctimas recibieron balazos de precisión y calibre militar, dirigidos a matar. Las investigaciones han concluido que la mayoría de las víctimas de esa mañana las habrían causado Berkuts, en concreto, la unidad de un tal Dmytro Sadovnyk. Dispararon sobre todo detrás de las barricadas junto a la parada de metro Jreshchatyk. En 2018, un proyecto documentado por el *New York Times* estableció en detalle el origen y trayectoria de las balas en muertes concretas, basándose en cientos de vídeos que recopiló una estudiante ucraniana, Evelyn Nefertari, y combinando tecnología 3D, balística e informes de autopsia. Dicha información y otras fuentes han desmontado teorías conspiranoicas en torno a esta masacre. El citado informe del Consejo de Europa apunta que desaparecieron los registros de la entrega del lote de armas y los rifles de estos Berkuts, como lo hizo el propio Sadovnyk. Detenido en abril de 2014 y puesto luego en arresto domiciliario, su brazalete electrónico dejó de comunicar una mañana de octubre. Había huido a Rusia, cuyas autoridades denegaron su extradición, alegando que ahora era ciudadano ruso. Otros Berkuts o bien huyeron a Crimea o al Donbás, uniéndose a los alzamientos que siguieron, o han sido vistos años después en la represión de protestas en Bielorrusia y Rusia.

También hay indicios y testimonios creíbles de que varios individuos pro-Maidán apostados en el cercano conservatorio, con escopetas de caza y rifles, habrían disparado a la policía a primera hora, probablemente matando a varios agentes. El documental de Hromadske, *February 20th, The Turning Point*, recoge esos testimonios que para algunos explicarían la retirada inicial de la policía a esa hora.

Wilson sostiene que Instytutska no fue escenario de una revolución armada, aunque hubo manifestantes armados, miembros del Pravyi Sektor entre ellos. «Las centurias del Maidán apenas iban armadas o

protegidas. Fue un conflicto *low-tech*. Los manifestantes ganaron con piedras y cócteles molotov contra francotiradores y su valentía pudo haber aumentado las bajas». Fuentes e informes serios estiman en cuarenta y nueve los manifestantes muertos y noventa heridos ese día, así como al menos cuatro policías muertos. En conjunto, desde la primera represión policial de finales de noviembre de 2013 hasta la masacre del 20 de febrero, hubo setenta y ocho manifestantes y quince policías muertos en Kiev (con algunos muertos más en las regiones), y centenares de heridos. La revista *Ukrainian Week* da las cifras de setenta y nueve y trece, respectivamente, y más de dos mil setecientos heridos. El cómputo de esta última categoría es complicado por la proliferación de centros informales de atención a los heridos y porque muchos manifestantes no se identificaban por temor a represalias. Hubo además unos doscientos ataques a periodistas.

Inicialmente, el Ministerio de Sanidad cifró en ciento seis los civiles muertos durante las protestas, lo que condujo a referirse a los fallecidos del Maidán como los Cien en el Cielo o la Centena Celestial *(Nebesna sotnia)*. Así les rinden tributo en gran parte de Ucrania, donde el Maidán ha pasado a la historia nacional como la Revolución de la Dignidad.

[33] Traducción del autor.
[34] Un tribunal condenó en 2017 a uno de los atacantes de Veremii por «hooliganismo», suspendiendo la ejecución de la sentencia.

Ese jueves 20 una Rada medio vacía (238 presentes de 450) votó una moción que conminaba al Gobierno a parar el uso de la fuerza y la operación antiterrorista, y pedía una investigación sobre las muertes y los manifestantes heridos desde finales de noviembre. Ya estaban en Kyiv los ministros de Exteriores de Polonia (Radoslav Sikorski), Francia (Laurent Fabius) y Alemania (Frank-Walter Steinmeier), a los que se unió un delegado de Putin, Vladimir Lukin. Venían a mediar un acuerdo entre Yanukóvich y la oposición y los representantes del Maidán. En un momento que recogen cámaras y micrófonos, Sikorski, frustrado tras una reunión con miembros del Consejo Cívico del Maidán (grupo que representaba diversas sensibilidades entre los manifestantes), les conmina a aceptar el acuerdo o, de otro modo, asevera, «tendréis ley marcial, el ejército, moriréis todos».

El Consejo del Maidán aceptó a regañadientes y votó casi unánimemente a favor de un acuerdo, alcanzado el viernes 21 a la tarde, que mantendría a Yanukóvich en el poder por lo menos hasta ese diciembre de 2014, adelantando las elecciones presidenciales tres meses. Otros elementos incluidos eran la restauración de la Constitución de 2004, la de la Revolución Naranja (con más equilibrio de poder entre la Rada y la presidencia); Gobierno de unidad nacional; reforma constitucional para septiembre; desalojo por los manifestantes de los edificios públicos que habían ocupado, y una investigación conjunta entre el Gobierno, la oposición y el Consejo de Europa sobre la violencia. La UE y Occidente no promovían, por tanto, un cambio de Gobierno, sino que hasta el último minuto presionaron por un compromiso que de hecho protegía a Yanukóvich, por lo menos temporalmente. Por otra parte, acuerdos de este tipo de reparto de poder, concesiones de ambas partes, etc., son habituales en diplomacia de gestión de conflictos, aunque imperfectos e incluso reprochables a nivel de justicia o equidad. Los tres ministros europeos testificaron el documento, pero no así el representante ruso, Lukin, aunque Rusia insistió después en que el acuerdo era legalmente vinculante. Entretanto, la Rada votó por restablecer la Constitución de 2004 y suspendió a Zakharchenko, ministro de Interior, que huiría al poco (primero a Bielorrusia, cuyas autoridades le rebotaron a Moscú).

En la calle la situación era aún muy confusa. Sí se aceleraban las

defecciones en el Partido de las Regiones (veintidós parlamentarios ese día) y también entre miembros de seguridad y policía. Hubo efectivos que se entregaron a manifestantes o abandonaron sus puestos, incluidos los de la ahora vacía oficina presidencial en Bankova, donde entraban libremente los manifestantes. Figuras del círculo de Yanukóvich abandonaban el país (se ha comparado el aeropuerto de Kyiv a esas horas con una película de Scorsese, oligarcas huyendo con dinero como equipaje y mujeres en pieles tropezando con sus tacones). No obstante, el presidente mantenía aún el apoyo de fuerzas especiales de élite, *titushkis* y otros grupos, y la tensión seguía siendo muy alta. Esa noche, en un evento en la Plaza que honraba a los manifestantes caídos, con sus féretros pasando a hombros entre la multitud, se abucheó a líderes de la oposición como Klitschkó, quien, micrófono en mano, intentaba explicar el acuerdo. Pedían justicia y la dimisión de Yanukóvich. Volodymyr Parasyuk, un enfurecido manifestante vestido con chaqueta militar y miembro de una de las centurias, subió al escenario y exigió que Yanukóvich, quien no sería «presidente otro año más», dimitiera para las 10 a.m. del día siguiente o irían a la ofensiva. «Nuestros líderes dan las manos a criminales, ¡vergüenza!», les reprochó. Aunque Parasyuk solo hablaba en nombre de su grupo, representaba un sentimiento extendido entre los manifestantes, escépticos con el acuerdo y convencidos de que Yanukóvich lo incumpliría y habría más represión. Información surgida posteriormente mostraba, en efecto, planes del Gobierno para emplear mucha mayor violencia, incluido el recurso al ejército.

Pero el presidente hizo como el dictador Ben Ali en Túnez en 2011: se fue. La madrugada del sábado 22, apenas dos días después de la masacre y tras hacer acopio de riquezas, abandonó Kyiv con sus guardaespaldas en dos helicópteros. En los días siguientes, en su residencia de Mezhyhirya, que ocuparon unidades de autodefensa del Maidán, los ciudadanos encontraron toda suerte de lujos exóticos, desde un zoo privado hasta una colección de coches antiguos, un retrato de Yanukóvich desnudo y una barra de pan hecha de oro. Para un periodista británico, Mezhyhirya, hoy museo, dejaría en mal lugar al palacio de Buckingham. Investigaciones periodísticas han establecido que Yanukóvich financió tal opulencia a través de compañías *offshore*. Hallaron además diarios de contabilidad «B» con información sobre ataques a activistas y periodistas, contactos con Moscú y el Kremlin y facturas millonarias en decoración.

En un vídeo satírico, el medio Hromadske recoge el periplo de Yanukóvich, cuyos detalles se conocieron más tarde. Es posible que los ritmos del viaje los dictaran los flujos del dinero en su huida y Moscú. Primero estuvo unas horas en Járkiv, no se sabe a ciencia cierta si con

la idea de crear la base para un Gobierno paralelo, pero carecía de apoyo suficiente y las autoridades locales no estaban por la labor. Luego intentó volar a Rusia; las autoridades aéreas ucranianas no le dieron permiso y fue a Donétsk, donde se vio con Ajmétov, quien le habría dicho que debía dimitir. Helicópteros rusos le recogieron cerca de Berdyansk, junto al mar de Azov, desde donde volaron a Yeisk (Rusia), y de ahí a Crimea. Barcos rusos llevarían luego a Yanukóvich a Rostov el Don, en el país vecino. Días más tarde, muy probablemente no como iniciativa propia, pidió una intervención militar rusa contra el «golpe de Estado» en Kyiv, narrativa que Moscú ya empezó a utilizar de forma oficial y a diseminar en la propaganda.

En la capital las cosas se habían precipitado al correrse la voz de la fuga del presidente y su paradero desconocido, como otros miembros de su Gobierno, rumbo a Rusia. Ese día la Rada eligió a Oleksandr Turchynov, del partido Batkivshchyna («Patria»), de Tymoshenko, como nuevo presidente de la cámara y, decidiendo que Yanukóvich había abandonado sus deberes constitucionales, votó su destitución por 328 a favor sobre 450 (diez menos de los tres cuartos requeridos para el equivalente a un proceso de *impeachment* en la Constitución) y convocó elecciones para el 25 de mayo. También destituyeron al fiscal general Pshonka (huido) y nombraron a Arseniy Avakov como ministro de Interior. La Rada de las «leyes dictatoriales» se adaptaba a contrarreloj a la nueva realidad, algo habitual en la convulsa política de este país. Votó a Turchynov como presidente interino y se liberó a Tymoshenko, quien dio un discurso en el Maidán ante una multitud que la recibió con bastante frialdad. Julia, una analista de Kyiv, me contaría más tarde cómo en una reunión con la Embajada de EE. UU. en la que hizo de intérprete, esta política habló despectivamente de «los del Maidán» y dejó caer que en un futuro Gobierno (con ella) les darían a lo más un puesto testimonial. Al día siguiente, el 23 de febrero, la Rada votaba la anulación de la ley de lenguas aprobada con Yanukóvich en 2012 que, entre otras cosas, daba estatus de cooficialidad al ruso en determinadas regiones del este y del sur, al ser esta lengua (y otras minoritarias) hablada por al menos de un 10 % de la población local. Aunque Turchynov vetó la medida, fue munición para la propaganda rusa y la polarización.

Lesya volvió a la Plaza algunos días después para sacar una foto de los restos de las barricadas. «Después tardé en regresar por allí. Al igual que para amigos y conocidos, se me hacía difícil. Era devastador emocionalmente, una parte de mí estaba bloqueada», cuenta. Ese 21 de noviembre en el que ella y Nastya salieron a esas calles con banderas europeas, quedaba ahora lejos y meses después apenas era capaz de sacar una mísera foto de recuerdo con una cámara mala. Optó por volcarse en su trabajo y en formas prácticas de contribuir

ante los rumores de guerra y malas noticias de Crimea. Se hablaba de «pequeños hombres verdes» tomando el Parlamento y el Consejo de Ministros de la República Autónoma de Crimea, mientras rodeaban a unidades del ejército en sus bases y sin instrucciones claras ante la invasión en ciernes.

GUERRAS

Pim

El buscador de una vieja cuenta de correo electrónico me lleva al primer contacto con Pim, en otoño de 2007. Yo acababa de regresar de Estados Unidos y andaba algo perdido buscando trabajo, al principio sin suerte. Robert, un amigo holandés, me habló de Pim de Kuijer, también veinteañero y con similares intereses en derechos humanos, curiosidad por otros países y culturas, aventuras en el terreno…, en fin, todo eso. Pim era becario en el Parlamento Europeo y participaba en misiones de observación electoral. En su respuesta, Pim dice que está «*in* the Ukraine» pero que sin falta hablamos por teléfono a su vuelta en Bruselas. De esa llamada solo recuerdo que me pareció un tío guay y de gran ayuda en lo profesional.

Cambié de correo y perdí la mayor parte de nuestra correspondencia inicial. He encontrado correos esporádicos años después, durante la etapa en que estuvimos yo en Bosnia y él en una delegación de la UE en Asia. Le animo a seguir con su lema de «enjoy life», como dice en su página de Facebook. Su hermano Paul, en videollamada, dice que, más allá de su compromiso cívico y político, esa pasión por la vida guiaba a Pim. Introvertido hasta el instituto, pasó una fase de «búsqueda interior», quizá relacionada con la creciente conciencia de su homosexualidad.

«No parecía tener muchos amigos, leía todo el tiempo, mientras que yo era el hermano deportista y sociable. En la universidad se volvió muy social, organizando fiestas y encuentros. Pensaba que todas las personas tienen algo interesante que aportar. ¡Fíjate, de ser un chico introvertido pasó a tener amigos por todo el mundo, en pocos años! Optimista más allá de lo razonable, confiaba en las personas. Yo le decía que tuviera cuidado, que el mundo no funciona así y que se llevaría decepciones. Sí le sorprendía el comportamiento malicioso de la gente».

Esas decepciones llegaron, claro. Por ejemplo, en su trabajo en Sierra Leona con la ONU. Pim quería informar sobre malas prácticas de corrupción en proyectos allí, pero sus superiores le dijeron que no lo hiciera para no despertar dudas sobre estos programas: duró poco. Años más tarde, se unió al D66, partido neerlandés liberal de centro izquierda que promueve la extensión de derechos civiles, LGTBI e igualdad. En otra ocasión, vía Skype hablamos de nuestras inquietudes

políticas. Nos caíamos bien, Pim irradiaba vitalidad y me sentía aún agradecido por sus consejos profesionales de algunos años antes. Paul me cuenta cómo también en política pasó sus más y sus menos. Salió con el ánimo regular de una entrevista con el líder del partido, que le habría sugerido transigir en su programa para mantener el futuro acuerdo de coalición con la derecha que estaban ultimando. Fue en listas, pero no le pusieron en posición ventajosa, aunque su hermano asegura, con tono de orgullo en la voz, que se llevó bastantes votos. Tampoco es que Pim fuera ingenuo. De hecho, le encantaba la intriga política y veía todas las series tipo *House of Cards*. En alguna otra llamada cibernética en esa fase, en 2012 o 2013, hablábamos de que ya era hora de conocernos en persona y tomarnos esas cañas. El azar nos hizo cruzarnos sin saberlo, en Ámsterdam, pero uno volaba cuando el otro llegaba al aeropuerto de Schiphol, y justo después nos dimos cuenta. Su vitalidad y ganas de aventura le llevaban a decir a menudo que no iba a llegar a viejo.

Una tarde de agosto de 2014 sonó el móvil. Era Robert, alicaído. Pim iba en el Boeing MH17 que ese 17 de julio habían derribado en Ucrania, en territorio controlado por los grupos armados prorrusos. Volaba a una convención contra el sida en Melbourne. Al principio, tras conocerse el derribo, los medios oficialistas rusos y grupos *online* asociados a los prorrusos en redes sociales como Vkontakte (el Facebook ruso, muy popular) afirmaron que era un avión militar ucraniano. Algunos se vanagloriaban del derribo del «pajarito» en un *post* luego borrado (aunque está en archivos) al conocerse lo que había pasado en realidad, reorientando la narrativa conforme a pautas cada vez más absurdas de la propaganda. Inicialmente, no era ilógico pensar que el avión fuera ucraniano. Ante la ofensiva del Gobierno a principios de ese verano, que obligó a los grupos armados prorrusos a retirarse de la ciudad de Slovyansk, en el *oblast* de Donétsk, y de otros núcleos bajo su control, los rusos contratacaron con artillería desde su territorio, para algunos, la primera gran implicación directa (no indirecta, por *proxy*) de Rusia en el conflicto del Donbás. Aviones militares ucranianos fueron derribados, incluido un Antonov, pocos días antes.

Pero al MH17 lo derribó un Buk ruso (un sistema de misiles antiaéreos). Es la conclusión principal del informe de 2016 del Equipo Internacional de Investigación Conjunto (JIT, en inglés), que lidera Países Bajos. Las pruebas son muy numerosas e incluyen imágenes de satélite y otras fuentes abiertas, con vídeos e imágenes del Buk cargado en un camión rumbo a la zona de Snizhne, pueblo controlado por los insurgentes y desde donde se estima que lo dispararon sobre las 16:20; su regreso sin uno de los misiles; chats de locales proucranianos y prorrusos. Algunos vídeos constatan la sorpresa de los

mercenarios caminando entre los restos humeantes al comprobar que era un avión civil, mientras dan instrucciones de «quitarse de encima» a los civiles y buscar la caja negra. Hay imágenes que muestran a varios de ellos arramplar con bienes de los pasajeros (otros locales de la zona, más a la altura, trajeron flores), cuyos cuerpos y restos se desperdigaron en un radio de varios kilómetros. Algunos atravesaron el techo de casas y graneros, como se ve en las imágenes tomadas por el periodista francés Jérôme Sessini, uno de los primeros en llegar a la escena y Premio World Press Photo 2015. Qué terrible paradoja: los «campos salvajes» —nombre con el que a veces se asocia al Donbás y a la Ucrania de la margen izquierda del Dniéper, y contexto de la película sobre la novela de Zhadan— con sus girasoles y maizales, y la belleza y sensación de libertad que transmiten son también las praderas de muerte para Pim a sus treinta y un años. Con él, casi trescientos pasajeros, incluidos ochenta niños, y miles de personas desde 2014.

A menudo me pregunto cómo vivieron los pasajeros el minuto o minuto y medio final de sus vidas desde que el Buk explotó junto a la cabina, a diez mil metros de altura; si Pim fue consciente. Se ha reconstruido cómo el misil mató inmediatamente al personal de a bordo, separando la cabina del resto del avión, que aún voló cinco millas antes de terminar de romperse y estrellarse. Los análisis coinciden en que los pasajeros habrían caído en inconsciencia casi inmediata por hipoxia ante la despresurización. ¿Pequeño consuelo? Paul confiesa que aún no ha digerido la pérdida de un hermano tan joven y de esa manera; durante un tiempo se sumergió ferozmente en el trabajo como vía de escape. El MH17 es una tragedia nacional para Países Bajos, que perdió a casi doscientos de sus ciudadanos, y algunos en La Haya especularon con enviar militares para rescatar los cuerpos, en una especie de intervención armada. Paul confiesa que querían traer su cuerpo y pertenencias, pero no a todo coste. Se pronunció en contra porque, cree, eso hubiera empeorado la situación y Pim no lo apoyaría.

Como avanzó Bellingcat (organización que se dedica al periodismo de investigación, sobre todo con fuentes abiertas), el Equipo Internacional concluyó en 2018 que el Buk pertenecía a una unidad antiaérea del ejército ruso. La Fiscalía neerlandesa, encausó a tres rusos, entre ellos el exmilitar Igor Girkin, alias Strelkov («tirador»), y un ucraniano integrado en los grupos armados prorrusos. Moscú se niega a extraditarles y rechaza la causa, aunque otros aspectos de la investigación apuntan a niveles más altos del aparato ruso. Para frustración neerlandesa, uno de los testigos de interés, Volodymyr Tsemaj, ucraniano que habría participado en la retirada del Buk, fue incluido a petición rusa en el intercambio de prisioneros entre Rusia y

Ucrania que Zelenskyi auspició en septiembre de 2019, uno de sus primeros intentos de avanzar hacia la paz. Las conclusiones de la investigación han traído cierta justicia y cierre de círculo para Paul y sus padres. Algunos amigos de Pim crearon una fundación de derechos humanos a su nombre, en la que, dice Paul, más sonriente, también toman cañas y lo pasan bien, como le gustaba a su hermano. Quedamos en tomar pronto la cerveza que no tuve la suerte de disfrutar con Pim.

Primavera caliente

—Pero ¿y tú qué? Viste perfectamente lo que estaba sucediendo. ¿No ves la tele?
—No —dice Pasha—, no me gusta la política.
—Bueno, pues ahora estás atrapado aquí sentado —le responde Vira, enfadada—.
Un puto profesor… (Serhiy Zhadan, *El orfanato*).

«Al principio, el Maidán aquí en Járkiv estuvo muy centrado en el ámbito de la cultura. Se juntaban poetas para leer obras en la cercana plaza Pushkin. A finales de febrero [de 2014] comenzaron los choques entre pro-Maidán y anti-Maidán. Pocos miles de ciudadanos apoyaron el Maidán, pero eso no quiere decir que el resto de la población estuviera en contra. El 1 de marzo los prorrusos entraron con violencia en el edificio de la Administración regional, que habíamos ocupado grupos y activistas pro-Maidán tras la huida del gobernador, cercano a Yanukóvich. Era un montón de gente, miles, muchos locales entre ellos, también «turistas» rusos, quienes a menudo tenían un papel claramente dominante. *[Aunque no lo cuenta, Zhadan se llevó algunos golpes serios ese día y hay imágenes de él con la cara chorreando sangre, protegido por policías]*. Los prorrusos presentan ese día como el comienzo de la «Primavera Rusa», con revueltas similares en Odesa, Luhánsk y Donétsk. Aquí la policía intervino para que la cosa no fuera a peor aún y nos sacaron en autobuses, echados en el suelo para que [los prorrusos] no nos vieran. Izaron la bandera rusa, aunque semanas después fuerzas especiales les sacaron del edificio. ¿El alcalde? Oportunista y ambiguo, eligió al final al lado que creía que iba a ganar, el nuevo Gobierno de Kyiv. Algo que los separatistas no le perdonarían».

Vladislav Davidzon, a quien conozco en Odesa, es uno de los tipos más peculiares con que me he cruzado en este país, lo que ya es decir. Nacido en Tashkent, Uzbekistán, judío de origen y criado en la Little Odessa de Brooklyn (un refugio de emigrantes del mundo soviético), Vlad tiene pasaporte estadounidense y ruso. Siempre impecablemente vestido, como un *dandy* un tanto fuera de lugar, con pajarita, americana estampada, calcetines de colores chillones, pelo negro en flequillo y cara de eterno niño bueno asomando por debajo de gafas de Woody Allen, este escritor vive entre Odesa y París. Nunca he visto nada igual a sus diarios: cada página es una pequeña obra de arte, con fotos, coloridos esbozos de personajes y lugares, sellos de aduanas, rarezas *vintage* y manchurrones de tinta por doquier. Editor de la revista *The Odessa Review* y buen conocedor del quién es quién ucraniano, Vlad describe a Hennadiy Kernes, alcalde de Járkiv,

también de origen judío, como un político carismático y populista, y a la vez gánster criado en los últimos días de la URSS y el periodo de violencia que entonces asoló especialmente el este de Ucrania. Kernes apoyó la Revolución Naranja y luego se unió al Partido de las Regiones, leal a Yanukóvich durante el Maidán. Algunos le acusan de estar detrás de casos de violencia *titushki* contra activistas partidarios del Maidán. Pero a fines de ese febrero se manifestó públicamente a favor de la soberanía nacional y más tarde diría que había sido «prisionero del sistema de Yanukóvich». Para algunos, esta decisión le granjeó enemigos peligrosos. En abril de 2014 Kernes recibió varios tiros de francotirador en la espalda que le dejaron en silla de ruedas. Aún así, arrasó en las elecciones locales de 2015[35].

En esas semanas críticas de la primavera de 2014, la balanza en Járkiv se inclinó del lado ucraniano. Al igual que Odesa o Mariúpol, es casi una ciudad-Estado con sus equilibrios internos, cálculos de intereses y percepción propia de lo que es y no es como comunidad política. Esto no lo valoraron bien los estrategas rusos en su plan de desmembrar Ucrania tras la anexión de Crimea; plan en el que Járkiv, segunda ciudad del país, era central. Ni Novorrosiya, la antigua provincia imperial rusa, abarcó nunca Járkiv, ni Járkiv iba a ser el eje de un pseudo-Estado con ese nombre que entonces intentaban crear por la fuerza los cardenales grises[36] del Kremlin y sus lealistas del Donbás, nostálgicos de la URSS y la Gran Rusia. El papel de figuras como Kernes pesó mucho, junto al hecho de que la mayor parte de la población local, de una u otra forma, se mantuvo leal a su país, algo con lo que tampoco contaron en Moscú.

Un verano después llego en tren a Slovyansk, a unos 170 kilómetros al sudeste de Járkiv, muy cerca de la Línea de Contacto. Viajo con unos amigos ucranianos y dos españoles, Javi y Álvaro. Esta franja de terreno separa a lo largo de unos 450 kilómetros a las partes del conflicto y conforma una zona que debería estar desmilitarizada según los acuerdos de Minsk, firmados en febrero de 2015. No es así. A primera vista, Slovyansk, con cien mil habitantes, parece otra población de la Ucrania más soviética, con la sensación de asomarte varias décadas en el pasado. Pero fue un punto clave en esa primavera de alzamientos en el este que desataron el conflicto del Donbás. Por estas calles anduvo dando órdenes el bigotudo Girkin cuando en abril de 2014, en lo que parecía entre una secuela de Crimea y una mala copia del Maidán, mercenarios prorrusos armados empezaron a tomar edificios públicos, desarbolando las (pocas) instituciones del Estado en esta región.

Girkin, recién llegado de la península anexionada, fue veterano de Bosnia y se le asocia con escenarios de intervención rusa en el espacio postsoviético. Tuvo el cargo de ministro de Defensa de la recién

declarada «República Popular de Donétsk», cuyo primer ministro entonces era el moscovita Aleksander Borodai. En esta fase, el perfil de lo que la narrativa oficialista de Moscú presentó como «rebeldes locales» lo resume Barro como «forajidos con una cohorte de mercenarios y cazarrecompensas, mandos del ejército ruso y ucraniano, milicias privadas de los virreyes caucásicos, veteranos de Transnistria, Chechenia y Osetia del Sur, nacionalistas serbios y cosacos del Don. Una masonería panrusa». Es, según este periodista, «el hilo que utiliza Moscú, en ocasiones de forma clandestina, para coser las viejas fronteras soviéticas». Los líderes locales separatistas tendían a ser una mezcla de ultranacionalistas rusos —Pavel Gubarev, autoproclamado «alcalde popular» de Donétsk, estuvo vinculado al partido fascista Unidad Nacional Rusa—, criminales y don nadies. Sus redes de apoyo fueron clanes criminales de la zona, radicales y voluntarios pagados, así como voluntarios nacionalistas venidos de Rusia. El poder ruso jugaba con ellos según su conveniencia. Poco antes, en marzo, el Parlamento ruso había autorizado a Putin el uso de la fuerza en Ucrania ante la «amenaza a ciudadanos rusos» y el presidente movilizó miles de soldados en la frontera.

Uno de los grafitis callejeros reza «Ruscism nyet». *Ruscism* es una expresión habitual en Ucrania para condenar el chauvinismo ruso y en la práctica significa fascismo ruso. En una destartalada oficina de imprenta, Víktor describe esos meses en los que Girkin y los suyos controlaron la zona. Cerca hay un siniestro edificio de ladrillo y ventanas enrejadas que antes usó el SBU, el servicio de inteligencia, y donde esos grupos encerraban y torturaban a proucranianos. Ahí llevaron a Víktor, ya entrado en edad, que estuvo dos meses en el hospital por las torturas que sufrió. Habitantes de Drushkivka o Severodonétsk, ciudades que también controlaron los grupos armados prorrusos, aportan más testimonios de torturas y ejecuciones sumarias en centros de detención. Es muy probable que en este de Slovyansk estuviera Volodymyr Rybak, concejal del partido de Tymoshenko en la cercana Horlivka (Gorlovka, en ruso), que esos días intentó volver a colocar la bandera nacional en su Ayuntamiento. En un vídeo se ve cómo trata de acceder al edificio, pidiendo la asistencia de una pareja de policías desarmados que se ponen de perfil, mientras le hostigan varios exaltados, señoras incluidas, y piden que se le dé «una lección». Unos individuos se lo llevan por la fuerza, apartando a uno de los policías que intenta interceder por él. Su cadáver apareció desventrado en un río cerca de Slovyansk, con signos de tortura. Al parecer, aún respiraba cuando le arrojaron al agua. También encontraron los cuerpos sin vida de dos estudiantes proucranianos. Una placa negra en la pared del edificio está dedicada a la memoria de Rybak. El nuevo Gobierno de Kyiv esgrimió estos asesinatos para

lanzar una operación «antiterrorista», su primera tentativa seria para recuperar el Donbás, retomando Slovyansk y otras poblaciones.

Girkin y sus mercenarios prendieron fuego a este edificio en su retirada de Slovyansk a principios de ese julio, ante el empuje ucraniano, y se replegaron a Donétsk capital. Al mes siguiente, Girkin dejó su puesto —para algunos, obligado a ello por la pérdida de confianza de Moscú— y regresó a su país. Desde ahí, este sujeto pagado de sí mismo y dado a hablar por los codos, da entrevistas y lanza proclamas ultranacionalistas críticas con Putin por no declarar la guerra total contra Ucrania. Bajo sanciones occidentales, se le asocia con graves violaciones de derechos humanos en el Donbás, además de estar acusado por el derribo del MH17. Años después, confesaría que la muerte de Rybak fue «en parte» su responsabilidad. Borodai dimitió a favor de Aleksander Zakharchenko —este sí de Donétsk— y es hoy diputado en la Duma rusa por el partido oficialista Rusia Unida.

Cuando dos años después de estos hechos pregunto a Víktor y a otros que nos acompañan sobre lealtades políticas en Slovyansk, Víktor lo piensa un poco y dice que en torno a un treinta o treinta y pico por ciento serían «activamente proucranianos»; un porcentaje similar, prorrusos, aunque matiza que no necesariamente separatistas, y bastantes o no se decantan o son apolíticos. Tras una vehemente diatriba contra las autoridades centrales y los oligarcas, que frenan una «verdadera democracia», muestra esperanza en la juventud y la generación actual, señalando a Masha, que sigue atenta la discusión, apoyada en el marco de la puerta. Esta risueña chica de largo pelo castaño y pasión por todas las flores que ve en el camino, es de Horlivka, al otro lado de la Línea y, por ello, en la pseudorrepública creada por Girkin y los suyos. Ahí sigue su familia: ella les visita de vez en cuando, para lo que tiene que atravesar varios *checkpoints* y mantener un perfil bajo, pues es proucraniana, como muestra un breve vistazo a su Facebook.

Al otro lado de la ciudad se alza aún un conjunto de edificios de ladrillo rojo, menos siniestros que el del SBU, pero tampoco en buen estado, pues no hay apenas una ventana sin cristales rotos y varios tejados se han derrumbado. Como reza una inscripción, es la antigua fábrica de la compañía Dzevulsky y Lang, fundada a principios del siglo XX. Propiedad de dos hermanos polacos, tuvo plantas aquí y en Polonia, y convirtió a Slovyansk en un importante centro europeo productor de cerámicas y baldosas. Suele identificarse la industrialización de esta región exclusivamente con el periodo soviético. No obstante, lo cierto es que este proceso precedió a la URSS, a menudo con capitales europeos —polacos, alemanes, belgas— que desde la segunda mitad del siglo XIX desembarcaron en una

Ucrania bajo un Imperio ruso en dificultades financieras y contribuyeron a la expansión económica y urbana del sudeste. Algunos historiadores estiman que a principios del siguiente siglo las compañías extranjeras producían más del 50 % del metal, el 70 % del carbón y el 100% de la maquinaria en Ucrania. El ejemplo más conocido es el del industrialista galés John Hughes, en la futura Donétsk, pero hay más. Los líderes soviéticos intentaron borrar el recuerdo de esta industrialización impulsada por los occidentales.

En las cercanías de Slovyansk visitamos un centro psiquiátrico bombardeado en los enfrentamientos de 2014. El personal sanitario nos atiende de manera correcta, entre el interés y la indiferencia. Algunas paredes muestran socavones del impacto de algún gran proyectil y multitud de impactos más pequeños; la parte superior de uno de los edificios está destrozada, con el techo derrumbado. Masha, profesora, no quiere que la guerra sea el único rasgo definitorio ni de Slovyansk ni del Donbás, sino que apuesta por trabajar duro para que haya más «noticias e historias positivas». Incide en acciones de autorganización de jóvenes de la ciudad que «quieren hacer las cosas ellos mismos». Cuando le pregunto por el futuro, titubea. Ella quiere creer que todo irá bien, que Ucrania será un país unido y desarrollado, sin divisiones oeste-este y en el que se den las condiciones para que la gente no se vaya. Pero reconoce que eso es difícil. El timbre de ilusión de Masha deja paso a uno de ansiedad. No se atisba un final claro para el conflicto, que define como aterrador y en el que los soldados mueren constantemente.

[35] En diciembre de 2020, poco después de volver a arrasar en unas elecciones en las que ni siquiera hizo campaña, Kernes moría de covid en la clínica Charité de Berlín (por casualidad, la misma donde atendieron al opositor ruso Alexei Navalny y a Yushchenko por sus respectivos casos de envenenamiento).

[36] Término empleado en el espacio postsoviético para referirse a asesores políticos en el círculo del poder a los que se atribuye una influencia superior a sus responsabilidades oficiales y que urden estrategias y acciones de tecnología política como manipular elecciones, etc.

No quiero la guerra

Detrás de la mano «roja» del Kremlin, el firme silenciamiento de la TV ucraniana y la emisión de canales prorrusos destacan las caras de gente ordinaria cuya responsabilidad no puede de ninguna forma ser borrada por esta «influencia externa». (Stanislav Aseyev, *Isolation: Dispatches from Occupied Donbas*).

«No quiero la guerra», repite Masha. Tampoco la quiere el jovial Denys, un voluntario de divertidos ojos azules que nos acompaña. Siempre en camiseta, llueva o nieve, siempre lleno de preguntas, siempre sonriente, este chico enamorado de España (y Getafe), fue uno de los estudiantes convertidos de la noche a la mañana en revolucionarios durante el Maidán. Su actitud vital contrasta con el frío análisis de otro Denys, de apellido Kazansky, de Donétsk capital, que rememora la vida en su ciudad durante el periodo anterior a 2014 y la guerra. Donétsk era una ciudad «europea», explica: con una rica vida cultural, dinero y el Zhaktar (minero), el equipo de fútbol local que financia Ajmétov, «para nosotros», apunta sonriente, «el Real (Madrid) de Europa del Este». Contrastaba con la situación en la región en sí, peor, con las famosas minas del Donbás en declive. Todo cambió en 2014. El Maidán no recabó grandes apoyos en Donétsk, pero sí se manifestaron a favor algunos miles de personas. Las tensiones aumentaron en marzo. El 13 de ese mes, un amigo suyo, Dmytró Tcherniavsky, activista de Svoboda de veintidós años, murió acuchillado en los choques con los prorrusos, que les atacaron con barras de metal y bates. Kazansky me enseña fotos del encontronazo, Tcherniavsky yace ensangrentado en el suelo junto a un autobús de policía. Había rusos, no sabe cuántos, pero recuerda que era fácil reconocerles por su acento y porque iban con gorras de equipos de Moscú. «Tuvimos miedo, sí».

Poco después estuvo en Slovyansk como periodista y *fixer*[37], y fue testigo de la llegada de Girkin con sus mercenarios y militantes armados en torno al 12 de abril. Vestían uniformes militares, a diferencia de los combatientes locales prorrusos, siempre armados de bates y en zapatillas de deporte. La última concentración proucraniana en Donétsk, a finales de abril, se hizo de forma casi clandestina y los participantes se disolvieron enseguida. En junio Kazansky se marchó con su familia —acababa de ser padre por segunda vez—. Hoy vive en Kyiv y es un conocido bloguero con cientos de miles de seguidores en redes sociales. Sus críticas a los líderes de las «Repúblicas» y al sistema autoritario que han instaurado en lo que fue su hogar le ha valido el apodo de «enemigo de la República». Recibe de forma constante

amenazas y mensajes de odio, aunque no parecen afectarle el ánimo. Kazansky piensa que el plan del Kremlin funcionó, pues se vertió sangre, y era lo que querían. No augura mucho recorrido a los proyectos sobre reconciliación que promueven algunas voces ucranianas y sobre todo organismos internacionales, reciclando métodos e instrumentos de diálogo de otros conflictos, no fácilmente aplicables aquí. Coincide con otros analistas en que la mayor parte de los ciudadanos proucranianos como él habrían abandonado ya las autoproclamadas «Repúblicas». Hay en torno a un millón y medio de desplazados internos provenientes del Donbás y Crimea, mientras que medio millón o más se fueron a Rusia.

Alexei Matsuka es periodista para el medio *online News of Donbas* en Kramatorsk, población que estuvo brevemente bajo el control de los grupos armados prorrusos en esa primavera de 2014. Quemaron su coche por informar sobre los vínculos del Kremlin con estos grupos armados. Aparecieron octavillas tildándole de «traidor», así que, como Kazansky, tuvo que irse de Donétsk. Muy crítico con el Gobierno de Kyiv, cree que este no presta suficiente atención a la población ucraniana al otro lado de la Línea, en lo que llaman «territorios ocupados» (por Rusia). Lamenta que Kyiv haya suspendido el pago de las pensiones a los ciudadanos en esos territorios, a pesar de las enormes dificultades que atraviesan. Hay gente a ese lado que aún espera que Ucrania no se olvide de ellos, dice.

—Muchos son indiferentes tanto a Kyiv como a Moscú. Sobre todo, quieren mantenerse, es decir, estabilidad y crecimiento económico. Tampoco desean la guerra. No hay gran apoyo a las ideologías ni tampoco al separatismo que, antes de esa primavera de 2014, concitaba el apoyo del 10 % de la población. Saben lo que realmente ha pasado desde entonces, pero sí hay temor a los nacionalistas del oeste del país, aunque estas fuerzas sean realmente muy marginales.

Como la mayoría de la población del Donbás, que comprende los *oblasts* de Luhánsk y Donétsk (unos seis millones de personas en 2010, o un 13 % del total del país), Alexei y Kazansky son rusófonos, es decir, tienen el ruso como lengua materna principal. Eso no quiere decir que no hablen también ucraniano, ni mucho menos que sean prorrusos, como pretende Moscú. En general la gente por aquí, como en gran parte del país (no solo el sudeste), se mueve entre una y otra lengua con naturalidad, así que en la práctica rige un bilingüismo informal. Mi amiga Julia, la analista, es rusófona también: habla ucraniano en el trabajo y en casa con su familia, «lo que me da la gana». El *surzhik* es también común. En el Donbás existe además una significativa población rusa, casi el 40 % (según datos del último censo, en 2001), aunque es más correcto hablar de ciudadanos de origen ruso, identificación que ha ido decreciendo paulatinamente (es

decir, cada vez más se declaran como ciudadanos ucranianos). En Ucrania estas adscripciones son más relativas y menos rígidas de lo que suele figurar en medios o análisis occidentales. Las identidades son fluidas y están en un profundo proceso de cambio, como el mismo país. Un estudio independiente en el que ha colaborado Julia, sobre la población rusófona, muestra un creciente apoyo a la promoción del ucraniano, también por parte de ciudadanos de origen ruso. Es una tendencia que precede a 2014 y la invasión rusa, pero esta seguramente la ha acelerado.

La demografía actual de estas regiones es el resultado de sucesivas oleadas de migración: primero, la expansión del Imperio ruso por el sudeste de la actual Ucrania desde finales del siglo XVIII; posteriormente, el impulso de la industrialización en la segunda mitad del XIX —con el descubrimiento de grandes depósitos de carbón y hierro, la llegada del ferrocarril y el capital extranjero— atrajo mano de obra rusa a las ciudades: el campesinado siguió siendo mayoritariamente ucraniano, con una notable población judía. Tras la destrucción del campesinado por las hambrunas, se produjo una repoblación de campesinos rusos, a la que seguirían nuevas olas migratorias rusas tras la Segunda Guerra Mundial.

En el imaginario nacional, el Donbás se asocia en gran parte con esos campos salvajes, o *Dyke Pole* de las novelas de Zhadan. También como una región sin ley e ingobernable ya en el periodo soviético, al que siguieron las sangrientas guerras de mafias en los noventa, de las que emergieron Ajmétov y los clanes gansteriles, o el propio Yanukóvich. Un eje industrial en declive y dependiente de Rusia y su gas, con muchos lazos familiares y sociales al otro lado de la frontera. Un espacio de la estepa donde para muchos el reloj se habría parado en los noventa. Donde bajo esa superficie de aparente apatía, anidaría una mezcla de nostalgia por un tiempo pasado idealizado, en forma de la URSS o *savok* (término peyorativo, habitual entre los jóvenes ucranianos, para referirse a ese sistema) o de la Gran Rusia imperial, junto con el anhelo de un líder fuerte. Las incertidumbres de los proyectos democráticos que periódicamente vienen de Kyiv significarían poco en esta región con identidad propia y diferencias internas.

Y es que el Donbás da sorpresas. En el referéndum de independencia ucraniana del 1 de diciembre de 1991, que confirmaría o no la declaración del Soviet Supremo del 24 de agosto, el sí obtuvo el 77 % de los votos en Donétsk y el 83 % en Luhánsk (menor en Crimea, con un 54 %). A nivel nacional, con una participación del 84 %, más de un 93 % votó a favor. El proyecto de una Ucrania independiente ganó también entre las minorías, incluida la rusa, la más sustantiva (en el censo de 2001 se estimó en torno al 17 % o 18 % de la población).

Pesó mucho el contexto posterior al fallido golpe de Estado en Moscú, la intentona del sector soviético más duro, la percepción de ruina y falta de futuro asociada a la moribunda URSS, a lo que se une la idea de cambio para mejor que traería la independencia. El *exapparatchik* comunista Leonid Kravchuk venció en las elecciones presidenciales gracias a una hábil campaña que terminó por convencer a las élites excomunistas de las bondades prácticas del proyecto independentista. Cuentan que Yeltsin se sorprendió del triunfo masivo de la independencia en el Donbás. Si a finales de agosto el presidente ruso había amenazado veladamente con la partición de Ucrania, refiriéndose a Crimea y el este, ahora cambiada de posición. El 2 de diciembre Rusia reconocía esta independencia (tercer país en hacerlo, tras Polonia y Canadá) y el líder ruso se centró en acordar con Kravchuk, entre elevadas dosis de vodka, los términos del fin de la URSS. Lo hicieron en una vieja dacha de caza en los bosques de Belavezha (Bielorrusia), puenteando a Gorbachov.

Una encuesta de abril de 2014 en el este y sur reveló apoyos minoritarios al separatismo y a la unión con Rusia, algo mayores en Donétsk y Luhánsk (27 % y 30 %, respectivamente, a favor de dicha unión). Una mayoría se oponía además a la intervención de Rusia, bajo su narrativa de proteger los derechos de los rusófonos. Dicho sondeo reflejó grandes niveles de desconfianza, sobre todo en Donétsk, frente al nuevo Gobierno de Kyiv, y cómo había calado la narrativa del Maidán como «golpe de Estado». En ese estado de opinión probablemente fueron pesando los episodios de violencia del 2 de mayo en Odesa y los abusos de fuerzas y grupos leales a Kyiv.

Kazansky y otros analistas apuntan a esos episodios así como a la masacre del Maidán como condicionantes de la respuesta inicialmente dubitativa del ejército. Las fuerzas armadas, que arrastraban décadas de abandono y nepotismo, acelerados bajo Yanukóvich[38], carecían de dirección clara en un contexto de incertidumbre sobre lo que estaba pasando. Serhiy, el *fixer* que me recogió en el aeropuerto de Kyiv años atrás, él mismo de Donétsk, siempre solía lamentar que el ejército y las fuerzas de seguridad no fueran más duros en las primeras fases de los alzamientos en el este, indecisión que permitió a los prorrusos y Moscú consolidar realidades que luego sería casi imposible cambiar sin mucha mayor fuerza militar. El 11 de mayo los líderes separatistas organizaron a toda prisa sendos referéndums de independencia, sin observación internacional, y anunciaron resultados a favor del 89 % en Donétsk y 86 % en Luhánsk, con una participación del 75 %. Los números reales probablemente fueron muy diferentes.

Aunque es el final de día, el sol brilla aún con fuerza cuando conducimos de vuelta a Slovyansk. Los campos lucen un verde exuberante en estas primeras semanas de verano y la vegetación crece

abundante y salvaje a ambos lados de la carretera. Sentada en el asiento de copiloto de la furgoneta, Masha lleva en su regazo flores que ha arrancado en las paradas técnicas junto a la carretera y en los jardines medio abandonados del psiquiátrico. Pasamos junto a un puente destruido sobre el río Kazennii Torets, el afluente del Donets en el que apareció el cadáver de Rybak. El puente es uno de varios que volaron los mercenarios prorrusos en su retirada de Slovyansk y otros núcleos a principios de julio de 2014. Pido al conductor que pare un momento para sacar algunas fotos y bajo del vehículo. A este lado del río, metal y hormigón se retuercen en contorsiones absurdas al borde del agua. Justo encima de uno de los pilones han pintado un grafiti que dice lo siguiente en ruso: «tut byl russkiy mir», «aquí estuvo el russkiy mir». Es el término que emplean Moscú y sus portavoces para referirse al «mundo ruso» en su conjunto, que en esta visión expansiva comprendería todo el espacio postsoviético y sus poblaciones —rusas o no, estén de acuerdo o no— y gran parte del mundo eslavo en general. No deja de tener algo de metafórico verlo aquí en el Donbás ucraniano, escrito en un puente destruido por la guerra.

[37] Término habitual para describir a los profesionales ucranianos que acompañan a extranjeros (periodistas, por ejemplo) en reuniones con contactos locales, cerrando encuentros, haciendo de intérpretes, etcétera.w

[38] Si bien Yanukóvich había dedicado grandes recursos a su aparato de seguridad interna, debilitó el ejército, que ascendía entonces a unos 139 000 soldados.

Dos personajes de Crimea

El día en que Catalina la Grande culminó la conquista del Kanato, en Crimea había mil quinientas treinta y una mezquitas. Hoy solo queda una. La penúltima ardió en abril de 1993.

—Los rusos dicen que Gengis Kan era un salvaje —se quejan los tártaros—, pero bárbaros como ellos no los conoce el mundo[39].

(Conversación con Oleg Sentsov, Premio UE Sájarov 2018, en Musafir, restaurante crimeo en Kyiv, febrero de 2022).

Los tártaros son los que probablemente más tiempo vivieron allí y tuvieron su propio Estado, el Kanato, durante cientos de años, hasta que el Imperio ruso les invadió. Siempre se opusieron al dominio ruso y luego a la URSS. En 1944 Stalin les deportó. ¿La vida antes de la anexión? Nos llevábamos bien en Crimea, quiero decir, entre sus distintos habitantes y grupos nacionales[40]. Yo, por ejemplo, soy ruso *(nacionalnost)* y ciudadano de Ucrania. Mis padres son rusos, vinieron de los Urales.

¿Cómo sucedió todo? Pues las semanas en las que la anexión estaba en marcha fueron muy desconcertantes, veíamos que Rusia nos invadía…[41] Así que unos cuantos voluntarios intentamos ayudar a las unidades del ejército ucraniano que estaban bloqueadas en sus bases por las tropas rusas. Les trajimos comida y sacamos a algunos soldados en autobuses. ¿Que si participé en el referéndum? ¡Por supuesto que no! *[Parece exasperado, por un momento]*. Una farsa[42]. Había gente en mi entorno que no pensaba así, claro, incluso en mi familia, y la realidad a nuestro alrededor fue cambiando también. Con todo, la verdad es que tuve más miedo en algunos enfrentamientos con la policía y la Berkut durante el Maidán —formé parte del Automaidán *[me enseña orgulloso una camiseta negra con las letras de ese grupo de activistas]*— que esos días con el ejército ruso ocupando Crimea.

[En 2015 las autoridades rusas condenaron a Sentsov a veinte años por conspirar para «actos terroristas» en Crimea, tras su anexión, en un juicio que Amnistía Internacional comparó con los procesos estalinistas y que fue criticado en la propia Rusia, por organizaciones como Memorial. Con él condenaron a varios ucranianos, el anarquista Oleksander Kolchenko, entre ellos].

Los años en la prisión de Labytnangi, en Siberia, sí fueron duros. No quiero hablar mucho de ello ahora, si no te parece mal. Ese tiempo en el sistema penitenciario ruso, tan cruel, y el papel aún relevante de los *vory v zakone*[43] lo describo en mi libro. Creo que lo venden aquí cerca, en esa librería de Jreshchatyk. Tenía una copia para ti, pero no sé dónde la he dejado. Funcionarios y guardias de la prisión, y algunos presos cómplices, me intentaron quebrar. ¿Cómo aguanté? No lo sé, no sé bien de dónde saqué las fuerzas, supongo que de la convicción de que era lo justo. Resistes. También escribí obras y cuentos… tenía la cabeza ocupada. ¿Lo peor? No ver a mis dos hijos *[tiene una hija y un hijo con problemas de autismo]* durante todo ese tiempo. Les dejé pequeños y, cuando volví a casa, ¡habían crecido tanto!

En el verano de 2019, tras la victoria electoral de Zelenskyi, pensé que algunas cosas cambiarían y que habría nuevos gestos de Kyiv con Rusia. Cuando empezaron a llegar rumores de un intercambio de prisioneros [entre Rusia y Ucrania], no me hacía demasiadas ilusiones al principio. Era demasiado apetitoso para Putin, no me iba a dejar

ir fácilmente. Quería darme una lección y, en mi piel, a otros. Oía cosas aquí y allá, que a algunos presos ucranianos les estaban reagrupando en Moscú como paso previo a su entrega a Ucrania, pero mi turno no parecía llegar. No venían a buscarme. Eso era muy difícil de sobrellevar, no tener ilusiones: pensé que me iba a quedar atrás varios años más. Sin embargo, de pronto todo fue rápido: una mañana entraron en la celda y me dijeron que me vistiera y cogiera mis cosas, que me iba. En efecto, me llevaron a Moscú y de ahí volamos a Kyiv *[le liberaron en 2019, por un intercambio de prisioneros entre Rusia y Ucrania]*. Agradezco mucho a todos los que pusieron su granito de arena para que nos liberaran, todos esos pequeños granitos de arena, incluso los españoles *[ríe]*. Todo contribuyó. Aún quedan cientos de presos ucranianos detenidos, hay que seguir presionando.

[En una entrevista en El País*, en 2020, Sentsov alertaba de que Putin suponía «un peligro inminente» y que no pararía en Crimea. Se lo menciono]*. Mira, algún tiempo después de mi liberación me invitaron a París y me reuní con Macron. Me hacía todo el rato preguntas sobre mi tiempo en prisión y yo le insistía en que no podía fiarse de Putin. Creo que tratar esa cuestión le incomodaba, o por momentos miraba a sus asistentes como si deseara que la entrevista se terminara para poder irse a otra parte, lejos de este pesado *[risas]*.

—Putin te va a engañar, tarde o temprano. ¡No le creas! —le insistí a Macron.

—Sí, vale, es cierto. Putin ha engañado a otros líderes pero a mí no me ha mentido todavía —me contestó Macron al final, como dando el tema por cerrado.

—No te preocupes —respondí—, es cuestión de tiempo: nos ha pasado a todos.

Traje de Crimea a mis dos hijos y a mi madre, a empezar una nueva vida. Aquí en Kyiv son felices. Una de las cosas que más quiero hacer es ir a las islas Canarias y salir unos días a la mar, en barco. Soñaba mucho con eso cuando estaba en prisión. La semana que viene estrenamos *Rhino*, mi nueva película. ¡Espero que puedas venir, si aún sigues en Kyiv!

(Conversación con Alim Aliev, tártaro de Crimea y miembro del Instituto Ucraniano, en Musafir, un par de días después).

Deportaron a mi familia a Asia central en 1944 y yo nací en Uzbekistán, como mis padres. Pertenecemos al grupo de tártaros de Crimea que vivían en las montañas (los otros son originarios de la estepa o viven en la costa)[44]. Regresamos a Crimea en 1989, un año después de nacer yo. No teníamos ni casas, ni tierras, ni nada. Eramos *samovasrat* o *samozahvat* (en tártaro), es decir, los que volvieron por cuenta propia. No retornamos a Bajchisarai, la ciudad de donde mi familia era originaria, sino que vivimos en un pueblo de la región de Saky, entre las ciudades de Evpatoria y Simferópol. Mi padre fue soldado en la guerra de Afganistán, era un chico joven entonces. Mi madre, profesora de tártaro y también de ruso. Estudié Ciencias Políticas en la Universidad Nacional de Táurida, en Simferópol, y lo hice motivado por la Revolución Naranja. La mayor parte de mis compañeros de colegio entonces eran pro-Yanukóvich. Mis padres querían que fuera médico, fíjate *[risas]*. Empecé a trabajar en un periódico tártaro. Algunos de mis amigos de esa primera etapa están en la actualidad en la cárcel en Simferópol, como Nariman Celal *[detenido en 2021 por el FSB, junto con otros cincuenta activistas tártaros]*, una de nuestras voces más importantes en Crimea. Más tarde me trasladé a Lviv, donde trabajé en un *think tank* con el filósofo Yevhen Hlibovitsky, hasta que empezó el Maidán.

Los tártaros estábamos discriminados en Ucrania. Ni en escuelas, el SBU u otros ámbitos públicos había tártaros en puestos de responsabilidad. Pensaban que íbamos a ser «separatistas». Después de 2014, un montón de gente empatizó con nosotros, entendieron por qué apoyamos a Ucrania, por qué es importante para nosotros. Ya en los

noventa apoyamos a fuerzas nacionalistas demócratas como Viacheslav Chornovyl, del *Rukh*[45].

¿Los rusos? Nos colonizaron. Antes de la primera anexión rusa de Crimea, con Catalina II, más de un 90 % de la población eran tártaros. Tras las deportaciones, hoy apenas un 15 %. Ya sabemos lo que esperar de Rusia y cómo han manipulado totalmente la historia de Crimea[46], apropiándose de ella y del pasado. Además, uno de nuestros valores principales es la libertad: decidir cómo queremos vivir, tomar nuestras propias decisiones políticas. Una reivindicación importante es que los tártaros podamos vivir en nuestra tierra, en libertad.

¿La última vez que estuve en Crimea? En enero de 2014, antes de la «ocupación temporal» *[Alim la llama así]*. Fundamos una ONG, Crimea SOS, el primer día de la ocupación, y desde entonces he trabajado en defensa de los derechos humanos, algo nuevo para mí. Las violaciones de derechos que denunciamos son solo la punta del iceberg. De fondo hay en marcha un nuevo proceso de colonización, con varios factores: la militarización de la península, la declaración de nuestro Medzhlís[47] como «organización terrorista» y su subsiguiente prohibición, así como los traslados de población. Unos cincuenta mil tártaros han dejado Crimea desde 2014, mientras que Rusia ha traído cerca de medio millón de rusos entre personal militar, funcionarios, FSB y otros servicios de seguridad, y pensionistas de otras regiones. Así cambian la identidad de la península. Han creado organizaciones tártaras paralelas, algo típico de ellos, pero son *fakes* y tales organizaciones «clones» carecen de respaldo. El porcentaje de tártaros que apoyan a Rusia es muy reducido. Hace poco uno de sus representantes se acercó a la boda de un pariente mío y todos los invitados le ignoraron. Mis padres, mi hermano, otros familiares y amigos siguen ahí y a veces me visitan en Kyiv. Mi madre visitó durante las vacaciones de Navidad; aquí está mucho mejor que en la Crimea actual, donde es duro para ella. Ya lo fue el pasado de deportación y otra vez estamos pensando en cómo regresar a nuestra tierra. Si volviera, me detendrían por «extremista», porque digo que Crimea está ocupada y porque logramos movilizar apoyos para la condena de la anexión rusa en la Asamblea General de la ONU.

Ucrania hoy nos entiende y trata mejor. Sí, tenemos otra cultura, lengua y religión, incluso una historia diferente, pero somos ucranianos políticamente, es decir, parte de la nación. Los partidos políticos nos apoyan en general —a Yanukóvich no le interesábamos—. Hay tres parlamentarios tártaros en la Rada. La reciente aprobación de la ley sobre derechos indígenas es un paso positivo[48]. En la actualidad, nuestro pueblo asciende a unas trescientas mil personas. La Plataforma de Crimea[49] debe ser permanente y tenemos que trabajar mucho más la cultura y la educación sobre los tártaros, algo que solo empieza en Ucrania. Hace poco nos estudiaban en clase como «enemigos de los cosacos», pero el hecho es que hay una historia común.

¿Turquía? Un caso complicado para nosotros porque Erdogan no es que sea, digamos, democrático y ha detenido a periodistas y activistas, aunque apoya la integridad territorial de Ucrania y a los tártaros. Putin sigue ahí, sí, pero los tártaros somos como un bumerán: siempre volvemos a Crimea, y esta vez será lo mismo, aunque antes tenemos muchos deberes propios que hacer.

[39] Hugo-Bader, J., *En el valle del paraíso: viaje a las ruinas de la URSS*, La Caja Books, 2021.

[40] Conforme al censo de 2001, de una población de 2.4 millones de personas, una mayoría en Crimea era rusa (un 60 %), un 24 % ucraniana y en torno a un 13 % tártara, con la lengua rusa también mayoritaria. Un censo oficial ruso posterior a la anexión aumenta la población rusa a un 67 % y reduce la ucraniana a un 15 %; la tártara disminuye también.

[41] El 27 de febrero de 2014 hombres armados y con pasamontañas —mayormente, miembros de la disuelta Berkut de Crimea, con apoyo ruso— derribaron el Gobierno de la entonces República Autónoma de Crimea, del primer ministro Anatolii Mohylyov (del partido de Yanukóvich), y obligaron a miembros del Parlamento local a votar uno nuevo. De este golpe de Estado salió primer ministro Sergey Aksyonov, de Unidad Rusa, partido nacionalista ruso con tres escaños (de un total de cien del Parlamento). A Aksyonov se le ha vinculado con el crimen organizado (se le conocía como el Goblin). Desde esa noche comenzó la invasión rusa de Crimea, con la toma de los aeropuertos de Sebastopol y Simferópol por unidades del ejército ruso sin las insignias preceptivas —los famosos «pequeños hombres verdes» a los que inicialmente aludió Putin—. A los que el Kremlin se refirió como «unidades de autodefensa locales» fueron entre treinta y treinta cinco mil hombres del ejército ruso. Un tiempo más tarde, Putin alardeó en la TV rusa de haber tomado él personalmente la decisión.

[42] En el «referendo» del 16 de marzo, Rusia alega la inverosímil cifra de casi un 97 % a favor de la unión, con una participación del 83 %. Otras fuentes, también rusas, cuestionan esos datos; la participación real habría sido de un 30-50 %, y a favor un 50-60 %. Sobre todo proucranianos y tártaros boicotearon el proceso. No hubo observación internacional y la Asamblea General de la ONU declaró su ilegalidad. Putin firmó el tratado de anexión de Crimea y la ciudad de Sebastopol dos días después.

[43] Término del periodo soviético para referirse a la casta de mafiosos entre rejas, y a menudo influyentes fuera de ellas.

[44] Bajo la acusación de colaboracionismo con los alemanes y deserciones, en mayo de 1944 los tártaros fueron deportados en masa de Crimea a Asia central, Siberia y los Urales. Gran parte de la población tártara ya había sido diezmada por las hambrunas y purgas estalinistas previas. Se estima que muchos murieron en esos primeros años de la deportación.

[45] Partido nacionalista de principios de los noventa, relevante en los primeros años de la independencia, aunque sobre todo presente en el oeste de Ucrania. Chornovyl, que lo lideró en esa primera etapa, fue un intelectual disidente durante el periodo soviético y candidato a presidente en 1991 (perdió frente a Kravchuk). Falleció en accidente.

[46] Rusia anexionó Crimea en 1783, aunque algunos historiadores señalan que su control real de la península no comenzó sino tras la guerra del mismo nombre (1853-1856). Entre 1918-1920 Crimea fue sucesivamente república tártara, bolchevique (Táurida), protectorado extranjero y república soviética de nuevo; entre 1921 y 1945, república soviética, volviendo luego a control ruso hasta 1954, cuando Jruschev la cedió a Ucrania. Wilson, por ejemplo, calcula en setenta y tres los años que Crimea fue rusa y sesenta años ucraniana hasta la anexión ilegal de 2014.

[47] Órgano representativo de los tártaros, delegado del Qurultay (la Asamblea tártara).

[48] Esta ley, firmada por Zelenskyi en 2021, busca proteger los derechos políticos, culturales y socioeconómicos de pueblos que califica indígenas (en Ucrania se entienden como tales los que no tienen un Estado matriz, a diferencia de rusos, rumano o húngaros), con foco especial en los de la península de Crimea: tártaros, caraítas y krimchaks.

[49] Una iniciativa diplomática lanzada por Zelenskyi en 2021, con apoyo UE y OTAN, para mantener Crimea en la agenda internacional.

El hecho es que, cuando la gente habla de Lenin y Donétsk, no están hablando de Ulianov, el Lenin real. Un sondeo rápido en las calles de Donétsk mostraría que la mayor parte de sus residentes saben tanto de Ulianov como la mayoría de los ucranianos sobre (Stepán) Bandera. El 90 % de lo que saben se basa en estereotipos mediáticos y el resto, en la escuela. El Lenin que orgullosamente se alza en la plaza principal de Donétsk… no es el Ulianov que fundó el primer campo de concentración en Rusia… o el tirano culpable de la muerte de cientos de miles. No, para ellos es helado Kashtan por veintiocho kopeks y un cálido mitin de mayo con sus padres en 1979[50].

(Conversación con Stanislav Aséyev, periodista, en Musafir, principios de febrero de 2022).

No sé por dónde empezar. Donétsk y Makiyivka, donde nací, son completamente diferentes, también en mentalidad. Donétsk era una de las ciudades más desarrolladas de Ucrania —nuevo aeropuerto, nueva estación de trenes, nuevo estadio, ¡nuevo club de hockey!— y un importante centro cultural europeo y de negocios. ¿Makiyivka antes de la guerra? No la puedo describir de manera imparcial. La mentalidad y el ambiente eran muy diferentes a Donétsk, otro mundo, aunque no hay apenas distancia geográfica entre una y otra. Makiyivka es una ciudad soviética, toda la vida ha girado en torno a los horarios de trabajo en la planta metalúrgica y las minas. Es como si el reloj de muchos habitantes se hubiera parado en los setenta. Eso influyó mucho en la manera de pensar de la gente, también de mi generación, como una especie de —no sé cómo llamarlo— ¿provincialismo, quizá? Quiero decir, cuando piensas que ni necesitas ni te interesa nada más allá de tu *raion* (distrito). Si miras estudios sociológicos, verás que muchos habitantes de Donétsk y Luhánsk nunca salieron de la región. Esto aún era más evidente en lugares como Makiyivka. Por ejemplo, en festividades importantes como el Día de la Victoria [9 de mayo] mis amigos no querían ni ir a Donétsk. Decían que para qué, que qué iban a ver ahí que no hubieran visto ya. No estamos hablando de viajar a Europa o Rusia, sino de salir de las lindes del distrito de Makiyivka.

La psique humana idealiza el pasado, y eso influyó enormemente cuando todos esos hombres armados llegaron con su ideología sobre el *russkiy mir* y Rusia. En el centro de Donétsk, donde la vida florecía, mucha gente no aceptó esta idea de guerra, edificios destruidos y vidas rotas. Suelo compararlo con Alemania. Piensa en grandes ciudades ricas como Hamburgo o Múnich, donde la gente con dinero no querría ni de lejos luchar en una guerra por el Nord Stream II. ¿Para qué problemas? Pero en Makiyivka era justo lo contrario, así que cuando Girkin llegó de Slovyansk llamando a filas, mi generación no tenía nada que perder. Muchos de ellos veían una oportunidad de dejar atrás una vida reducida al turno en la fábrica o en la mina; y el poco dinero que ganaran, se lo gastarían bebiendo. Así que en eso la propaganda funcionó muy muy bien: «¡Id y haced historia!», les decían los mercenarios. Solo tenían que empuñar un arma y lograban una promoción social muy rápida en la nueva «República Popular».

¡Fue tan extraño ver estos cambios en primera persona! Recuerdo una noche de verano de 2014, estábamos un grupo de amigos en el patio jugando al ajedrez. De pronto el estruendo de unas explosiones cerca, se recrudecían los enfrentamientos. Varios del grupo se levantaron:

—Hay que ir —dijeron.

—Pero ¿adónde? —pregunté.

—¡A alistarse! [en las milicias de la «República Popular»] —respondieron.

Un momento surrealista, como muchos que vi esos días. No creo que entonces se creyeran nada sobre la «Junta» de Kyiv ni los «nazis ucranianos», o lo que fuera que les motivara; ese proceso de ideologización llegó más tarde con la experiencia de guerra. Creo que los factores económicos pesaron bastante. Muchas minas ya estaban cerradas y las que seguían abiertas a menudo tenían que parar por los enfrentamientos. Con los cortes de electricidad, los mineros se quedaban más tiempo abajo. Los salarios normales dejaron de efectuarse porque ya empezaban a quitar las hryvnias de circulación, así que se pagaba con sacas de monedas. Además, en el Donbás, llevábamos veintitrés años viviendo en el marco mental del *russkiy mir*: viendo TV rusa, etc. Todo esto era el trasfondo de esa frase de «hay que ir» [a alistarse].

La situación del Donbás era muy diferente a Crimea. El ejército ruso invadió la península bajo esa fachada de «unidades locales de autodefensa», y hay una discusión sobre si el nuestro tendría que haber luchado contra los rusos allí. Pero en el Donbás al principio parecía posible que las autoridades pudiesen contener estas revueltas y levantamientos. En mayo ya estábamos en guerra, pero en marzo y abril se podría haber desarmado rápidamente a gran parte de esa gente con bates, muchos del entorno callejero y sin perspectiva. No obstante, las fuerzas de seguridad ucranianas no se enfrentaron a ellos, huyeron. ¿Por qué el Gobierno no hizo nada entonces para desarmar a estos grupos? No lo hicieron e incluso dejaron entrar a Girkin en el Donbás, con su columna, sin que fuera atacada, y luego salir de Slovyansk, sin tocarle, yendo a Donétsk, donde creó nuevas unidades armadas contra el Gobierno.

El caso es que cuando gente de mi entorno entró en las milicias, en los batallones de cosacos o con alguno de los de Girkin, y yo no lo hice, parecí una oveja negra. Pensaban que tenía miedo. No podía confesar mis ideas proucranianas. Fue enorme la sensación de aislamiento con respecto a gente que había conocido toda la vida y en mi propia ciudad. A la vez, logré seguir hablando con amigos ahora convertidos en paramilitares o militantes de grupos armados, lo que era además material de trabajo, sobre todo cuando muchos periodistas ya se habían ido de la zona. Desde 2015 escribí con pseudónimo, claro, Stanislav Vasin; si no, hubiera terminado en Izolyatsia mucho antes. Por lo menos dos años trabajé de forma clandestina.

Empezaron a hacer seguimiento de mi actividad nada más «salir» en público en Facebook como Vasin. Cuando me arrestaron en mayo de 2017 estaban orgullosos de haberme descubierto por fin, enseñándome cómo lo habían hecho. Individuos de paisano me detuvieron en pleno centro de Donétsk, cuando estaba haciendo un reportaje para Radio Free Europe. Alguien filtró información sobre mí. Primero fueron los policías y cinco minutos después el servicio secreto MGB (el KGB local). ¿Si fui valiente por quedarme en Donétsk? Ya no lo sé. Muchas veces he pensado que fui un idiota al hacer cosas que contribuyeron a que me detuvieran. Quise entrevistar al director de una de las cárceles, quería averiguar cómo habían cambiado las condiciones para los prisioneros ahora bajo control ruso. No tenía acreditación, así que les dije que era un periodista ucraniano y cortaron en seco. Tuve suerte porque me dejaron salir de la cárcel. Escribí luego un *post* de Facebook. Los que me arrestaron lo habían leído y me preguntaron si lo hice «para aumentar los *likes*».

Usaron contra mí los artículos que había publicado como Vasin y me cayeron dos sentencias, de quince años cada una, tras un «proceso» de dos días. Una fue por «extremista»: poner entrecomillado la «República Popular de Donétsk», pues no tiene reconocimiento internacional, ni siquiera de Rusia. Dos años y pico de trabajo clandestino, dos días de proceso y treinta años como condena. Estuve en Izolyatsia veintiocho meses. Este campo de concentración y tortura está en una calle que luego se

llamó Paradise, lo que es irónico. Todo el tiempo desde el estallido del conflicto había sido testigo directo de la guerra, con artillería fuera de nuestro edificio o proyectiles cayéndome cerca. Pero eso no fue nada comparado con el submundo del sistema de tortura en la DNR [acrónimo común para la «República Popular de Donétsk»; LNR para la de Luhánsk] y lo que ahí vi: vidas rotas, mentes destruidas por la tortura y también la fortaleza de la voluntad humana. Mejor que recrear todo eso, lee si puedes mi otro libro. Me encantaría presentarlo en España en algún momento.

Fui liberado como parte de un intercambio de prisioneros en el Donbás, en diciembre de 2019. Encontré a mi torturador, que es de Donétsk, gracias a una investigación conjunta con Christo Grozev, de Bellingcat, y le detuvieron en noviembre de 2021. El proceso judicial continúa. Cuando estaba en Izolyatsia mi odio contra ellos era emocional —de ese que te hace estar listo para matar—, pero ahora, dos años tras mi puesta en libertad, lo llamo «odio estratégico»: ayudo a que les encuentren y detengan, y que les caiga una sentencia de por vida.

No tengo esperanzas en que los esfuerzos del Gobierno de Kyiv hacia esa parte de la población que se ha quedado en las «Repúblicas» tengan éxito. No creo que lo vea en vida. Empezar un proceso de reconciliación, por lo menos en la forma que contemplan algunos, requeriría primero que Ucrania tuviera acceso completo a ese territorio de las «Repúblicas», es decir, que fuera desocupado [por los rusos]. Luego, un trabajo de fondo durante generaciones. Ahora esto no es posible, no hay tal acceso, y sería muy difícil romper el muro de propaganda o, mejor dicho, de la «nueva realidad» que se ha gestado ahí en los últimos ocho años. Creo que queda menos de un 25 % de población proucraniana. Rusia ha dado unos seiscientos mil pasaportes en las Repúblicas, mucha gente en ese lado no espera ya a Ucrania. En ese sentido, la política rusa ha funcionado. Los acuerdos de Minsk se firmaron cuando la situación en el frente —Ilovaysk, Debaltseve— era muy dura y perdíamos mucha gente. No funcionan porque Rusia no va a devolver nada, ni en los tres años que Zelenskyi lleva en el poder, ni en el futuro. Y esa gente seguirá viviendo en el *russkiy mir* por lo menos mientras viva Putin. Deberíamos hacer como Moldavia: conflicto congelado y territorio (Transnistria) separado de hecho.

¿Amigos de Makiyivka? En Kyiv tengo un círculo pequeño de cinco o seis amigos de Donétsk, del tiempo de la universidad, que también se fueron de allí. Me siguieron apoyando cuando estuve en Izolyatsia, movilizando políticos y sociedad civil para que me liberaran.

Izolyatsia, para algunos la Abu Ghraib de Ucrania, es una antigua fábrica de Donétsk transformada en centro de arte, que la RPD reconvirtió en centro de entrenamiento militar y de armas y equipamientos como tanques. Funciona además como prisión y, de hecho, es un campo de concentración no solo de proucranianos como Aséyev, sino también de exmilitantes *(opolchentsy)* y prorrusos. Se estima que en torno a cien personas fueron detenidas allí, mujeres incluidas, aunque no hay datos exactos. También se desconoce cuántas personas habrían muerto en Izolyatsia (organizaciones como el Comité Internacional de la Cruz Roja no tienen acceso directo). La tortura y otras formas de maltrato son habituales[51]. Aséyev describe el método que era común para todos: colocar al prisionero desnudo en una mesa de metal en un sótano, aplicándole aparatos (electrodos) en los genitales y en el ano. «Bastaba con oír los gritos para saber dónde estaban colocados los cables», dice.

[50] Aséyev, S., *In Isolation: Dispatches from Occupied Donbas*, Harvard Ukrainian Research Institute, 2022.

[51] La Oficina del Alto Comisionado de la ONU para los Derechos Humanos ha documentado palizas, asfixia, violencia sexual, tortura, cercenamiento de trozos del cuerpo, privación de comida, agua, sueño o acceso al baño, entre otras.

Darnytsia

—*Bystro, bratuha!* («¡Date prisa, tío!»)
—Que te digo que no está aquí, Avakyan.
—Mira bien… no estás mirando bien. Ahí no, *huinya* («joder»).
—*Treba kaif* («necesito un chute»).
—Céntrate, *govno*! («mierda»).

Esta conversación flota en algún punto de mi cabeza. Abro los ojos. Está oscuro, salvo el halo de luz de la calle proyectada en el techo. Alargo la mano por debajo de las sábanas y tanteo hasta alcanzar el móvil. Tres y media de la madrugada. En esta parte de Europa y a mediados de verano, es más o menos el punto de máxima oscuridad hasta que empieza a salir el sol, que te despertará sin piedad, pues aquí las persianas no son muy comunes. Muy cerca, esas voces, esa conversación extraña. Me acerco a la ventana abierta sin encender la lámpara. La calle está desierta. Estiro la cabeza y veo tres pisos más abajo a dos figuras agachadas junto a la pared de nuestro bloque. Un individuo ilumina con el móvil mientras el otro maneja algo en cuclillas. No parecen los borrachos que a esas horas pasan dando tumbos por Darnytsia, con el grito ocasional o la conversación indescifrable, rompiendo el silencio de la noche. Los pasos de los dos tipos marchándose deprisa se ahogan en la distancia. «Droga», susurra Lesya, desde el sofá, con el pelo revuelto y una camiseta blanca como pijama. «La suelen recoger a estas horas».

En barrios de Kyiv como este de Darnytsia cada vez se ven más grafitis con referencias a canales de Telegram que informan sobre puntos de venta de droga: a menudo es marihuana (*boshky* o *shyshky*), a veces otras sustancias. Además del tráfico de drogas, en Darnytsia crecen los robos con violencia. Han entrado dos veces en el piso de Lesya, justo antes de que la casera pusiera una alarma. La primera vez se llevaron su cámara y su ordenador; la segunda, el nuevo que compró juntando dinero aquí y allá. Se rumorea que son bandas de crimen organizado del Donbás que habrían desplazado sus negocios por la guerra.

La nueva policía, con financiación y flamante equipamiento occidental, se muestra incapaz de encontrar a los ladrones. Analistas que han seguido la reforma de la policía iniciada tras el Maidán señalan que estos procesos a menudo han relegado a perfiles con experiencia, aunque a veces corruptos, por otros más «limpios», pero novicios. «Se creen mejores», dice despectivamente uno de los investigadores que lleva el caso de Lesya. Una reforma positiva y

bastante popular ha sido la de la policía de patrulla, que antes era, en palabras de un amigo, «una máquina de hacer dinero», por las multas y sobornos. Por lo menos, eso parece haber cambiado algo.

Esta ola de robos y otros crímenes alteran la tranquilidad de este barrio de Kyiv, en la margen izquierda del Dniéper, un *raion* que no se incorporó a la ciudad en sí hasta los años treinta del siglo pasado. Durante la Segunda Guerra Mundial, Darnytsia albergó un campo de concentración alemán para prisioneros de guerra soviéticos, un perfil que trataban en condiciones especialmente inhumanas, incluso para los estándares del Tercer Reich; se estima que sesenta mil personas murieron allí. Después, prisioneros de guerra alemanes trabajaron en la reconstrucción del distrito; a la zona se la conoció como el Barrio Alemán. Hoy quedan pocas de las casas de ladrillo rojo, chapas metálicas y paredes desconchadas de ese periodo. Las compañías inmobiliarias han derribado la mayoría y levantado en su lugar edificios residenciales y centros comerciales. Tras la Guerra Mundial, llegó a Darnytsia otra fase de industrialización y, con ella, crecimiento. Venían a vivir a la zona empleados de las fábricas y campesinos que participaban en los planes de trabajo soviéticos, cambiando la vida rural por la urbana. De entonces son los *khruschchevki*, bautizados en referencia a Nikita Jruschev, que se ven por aquí y otras ciudades. Son bloques de cuatro o cinco pisos divididos en apartamentos con baño, agua y calefacción central, un lujo en su día. Lesya vive de alquiler en uno de ellos.

El paisaje urbano y social de Darnytsia cambia como el resto del país. Los viejos miran con curiosidad los hábitos de los jóvenes y familias con niños pequeños que llegan al barrio, a menudo huyendo de los precios del centro. Junto a los cafés rústicos, tugurios y los puestos de café *soboi* («para llevar»), en los que muchos kievitas paran un instante camino al metro, aparecen nuevos bares para las generaciones siempre en busca de wifi y de un sitio con música donde trabajar o interactuar en la red. En verano, cuando aplaca el calor, los vecinos salen a la calle a beber cerveza, fumar o simplemente disfrutar de la noche, y se sientan en los bancos del parque. Con las flores de las jardineras sorprendentemente bien cuidadas, este barrio trabajador tiene un aire especial, casi familiar, y se borran los grises recuerdos de meses pasados de nieve sucia y días cortos. Darnytsia es ya casi mi segundo hogar.

La guerra de las galaxias en Kyiv

—¿Has visto la noticia sobre cómo Ucrania se convertirá en polvo en diez años?
—No.
—Te la enviaré por Viber.
(Conversación de dos ancianas, dos *bábushki*, en un mercado en las afueras de Kyiv).

En menos de media hora tengo que estar al otro lado de la ciudad, así que pido un taxi, o *mashina*, como dicen por aquí. Al cabo de un rato, me recoge un taxista de enorme bigote y espesas cejas, que intenta pisar el acelerador, pero es hora punta de final de día en Kyiv y el tráfico se mueve lento. Mira intensamente por el retrovisor. Espero las preguntas que no tardan en llegar cuando se da cuenta de que soy extranjero. Los taxistas kievitas no suelen ser muy dicharacheros, pero este tiene ganas de hablar. Se le nota tenso, algo le carcome. «¿Español? Ah, qué bien. Por lo menos su país no bombardea a su propia gente en Cataluña, aunque quieran ser independientes», me dice en un inglés bastante correcto.

Al principio no sigo, la cabeza en otras cosas. El hombre repite el comentario varias veces, esperando confirmación por mi parte. Creo que entiendo a dónde quiere llegar. Le doy algunas impresiones del Donbás, donde he estado hace poco, y cómo la situación no se parece nada o casi nada a lo que dice la propaganda rusa, por lo menos en las zonas controladas por el Gobierno. Pregunto al taxista por las informaciones sórdidas que llegan de las «Repúblicas Populares» sobre desapariciones, ejecuciones sumarias y torturas. Muchas organizaciones, observadores internacionales y periodistas tienen restringido el acceso a esa parte del Donbás, o directamente prohibido (varios amigos y conocidos figuran en listas negras de estas «Repúblicas»). «Por lo menos España no ha usado la fuerza contra los catalanes», responde, los ojos que echan llamaradas. Le dejo caer que muchos catalanes no estarían de acuerdo en ese punto. Estamos en medio de un grandísimo atasco. Tras unos instantes, el hombre coge fuelle y sigue: «Hay un montón de nazis en el Gobierno. ¡Un montón!».

En las elecciones presidenciales y parlamentarias de 2014, Pravyi Sektor tuvo menos del 2 % de los votos y Svoboda menos del 5 %. Pero la desinformación sobre Ucrania sigue siendo demencial, con noticias falsas como la supuesta crucifixión de un prorruso, que algunos medios españoles dieron por buena sin siquiera contrarrestar fuentes. El primer Gobierno pos-Maidán, con Arseniy Yatsenyuk de primer ministro, incluyó a Batkivshchyna, de Tymoshenko, el más

importante; UDAR, de Klitschkó, y tres ministros de Svoboda. Esto último fue para algunos un gesto innecesario, con un partido radical populista en declive —en cualquier caso, Svoboda salió del Ejecutivo ese noviembre—. Ese primer Gobierno pos-Maidán incluyó tecnócratas reformistas, responsables de algunas de las medidas modernizadoras como mayor transparencia en las compañías públicas y reformas financieras y del sector energético; también entraron algunas figuras de la sociedad civil asociadas al Maidán. No obstante, pronto surgieron informaciones sobre la influencia de intereses oligárquicos y de lo que algunos llaman «antiguo régimen», en el círculo de Yatsenyuk y en las facciones parlamentarias que apoyaban el Gobierno y a Poroshenko, moviendo los hilos de siempre para frenar reformas o proteger esquemas de corrupción.

Para aliviar el cargado ambiente en el coche, bromeo diciendo que cuesta toparse con nazis por aquí, que en Madrid o Barcelona lo tengo bastante más fácil y que lo más cerca que he estado fue el año pasado en el *Pride*, cuando varios grupos radicales intentaron atacar a activistas, frenándoles la protección policial —un paso positivo—, pero hirieron grave a un agente. El hombre cambia de piñón y me pregunta cómo va «la cosa» en España. Para cuando cruzamos el Dniéper, todo es fútbol. Las aguas bajan calmas y reflejan los colores púrpura y rojo de la puesta de sol, mientras se encienden las luces en la ribera y en las barcazas amarradas. Parece un óleo.

Una hora después charlo en el Porovoz con Denys Brodsky. Rozando los cincuenta, con su chaleco, gafas y perilla se da un aire a Johnny Depp. La desaparición de la URSS en su juventud le sorprendió en Ucrania, sirviendo al ejército soviético. Entre Bielorrusia, regresar a su Rusia natal o quedarse aquí, eligió lo último. La decisión más sabia de su vida, dice. Nos hemos conocido hace poco en su oficina, no lejos de la Plaza. Es uno de los expertos detrás del nuevo proyecto de legislación que busca modernizar la Administración pública, reduciendo la corrupción en el sector público y promoviendo un sistema funcionarial basado en criterios de profesionalidad y meritocracia. Pasamos la noche comparando la política nacional con *La guerra de las galaxias*. Denys quiere destruir la Estrella de la Muerte y llenar la Rada de reformistas, como una ola destructora y creadora a la vez. *Khvylya* («Ola») es, de hecho, el nombre del nuevo partido que él y otros acaban de lanzar, muy centrado en la lucha contra la corrupción. Entre sus miembros, varios fiscales destituidos por el fiscal general Víktor Shokin, que habían comenzado a investigar corruptelas dentro de la propia Fiscalía.

Ya en la calle, de madrugada y tiritando de frío, Denys y yo retomamos entre risas la comparación con *La guerra de las galaxias*:

—Creo que el presidente Poroshenko es claramente Anakin

Skywalker, que se está pasando al lado oscuro y deshumanizándose. Muy pronto veremos a Darth Vader.

—¿Y por qué la Alianza rebelde creyó en Anakin Skywalker?

—Porque son lo suficientemente estúpidos para creer en ese Skywalker —dice Denys, entre risas.

—Y Tymoshenko, ¿con quién podría compararse?

—Claramente, es la princesa Leia, con un peinado único. Fue por ella que Anakin Skywalker se pasó al lado oscuro.

—¿Quién es aquí Han Solo?

—¡Yo soy Han Solo! Ja, ja, ja. No, hay muchos Han Solo aquí, ¿sabes?

—Y la Alianza son los reformistas, activistas, movimientos sociales, ¿no?

—¡Lo seremos! Por favor, no dejéis que nos conviertan en una lata de alubias.

—¿Y quién es el Emperador?

—¡Ese vive en el norte! —responde a carcajadas sin dudar un segundo.

Paramos uno de los pocos taxis libres que circulan a esas horas. Sería curioso si fuera el mismo de la tarde.

¡El Maidán no ha terminado!

Donde hay dos ucranianos, hay tres atamanes (dicho popular ucraniano).

Nos guarecemos en un cajero del temporal de viento y nieve que asola Kyiv. Lesya, sus mejillas coloradas del frío, aprovecha para ingresar parte de su salario y saca un fajo de billetes que empieza a introducir en la máquina. Al final de la operación ha ingresado mil doscientas hryvnias, unos cuarenta euros ahora (la moneda se ha devaluado un 300 % desde 2013). En su treintena, el salario de Lesya ronda los quinientos euros mensuales, cifra decente para estándares nacionales. El salario mínimo está en mil seiscientas hryvnias, cincuenta y cinco euros aproximadamente, aunque el Gobierno está tomando medidas para aumentarlo. Ahorrar es imposible, y menos aún en Kyiv, donde cuentas cada céntimo, dice. Sigue enviando dinero a Sambir, pues su familia, como mucha gente, pasa apuros para pagar las facturas de gas y electricidad, al alza tras las últimas reformas liberalizadoras. Las diferencias salariales entre Kyiv y otras ciudades, y el resto del país, son muy notables.

Nos calamos gorros y bufandas y volvemos a la intemperie en dirección a un café cerca del parque Mariinskyi, en el que hemos quedado con Irina, un contacto de Antac, una ONG cuya lucha anticorrupción se desarrolla tanto a pie de calle como en los recovecos legislativos de la Rada. Hay poca gente en el café y una señora hace señas desde un rincón. De mediana edad, rompe el cliché de que los activistas aquí son todos jóvenes y que todos los cambios se deben a la generación actual. Aún no nos hemos sentado cuando entran un par de individuos diciendo en voz alta «¡Gente, venid fuera y vamos a cantar el himno nacional! ¡Venga!». Parecen matones, no manifestantes; algunos feligreses les siguen fuera, otros pasan. Doscientas personas se concentran delante de la Rada en una protesta de pensionistas que promueve Batkivshchyna, el partido de Tymoshenko, aunque está en el Gobierno. Irina explica que cobran por estar un rato ahí. En el espacio público ucraniano, junto a manifestaciones genuinas, hay otras apoyadas o directamente promovidas por grupos de intereses. En estas últimas, se paga a indigentes, *babúsi,* jóvenes y otros para que hagan de manifestantes; a cambio, sacan algo de dinero extra. De ahí que en las primeras semanas del Maidán varias pancartas rezaran «No nos pagan». Tras la Revolución muchas concentraciones buscan repetir esa narrativa con el fin de reforzar así su propia legitimidad.

Irina cuenta los tira y afloja del proceso de reforma judicial y de la lucha contra la corrupción. Si la guerra por la independencia de Ucrania se libra en el Donbás, el mar de Azov y otros frentes, existe otro conflicto, a menudo soslayado por la atención internacional: lo que algunos aquí llaman la «guerra de las reformas». Es decir, la consecución o no del proyecto de la «Nueva Ucrania» que muchos buscaban crear en el Maidán: un país mejor, más democrático, más europeo, con un Estado de derecho y no solo *proizvol*. Esta guerra sin tanques pero con paquetes legislativos, sin soldados uniformados pero con parlamentarios, sociedad civil y organizaciones internacionales con asistencia financiera y condicionalidad se desarrolla en el cercano edificio de la Rada y en las regiones.

Hay algunos tímidos progresos —a los que contribuye la mezcla de presión internacional y de la sociedad civil— que pueden terminar literalmente cortocircuitados por las miles de enmiendas de última hora presentadas por el parlamentario-portavoz del oligarca de turno. Ucrania fue sovietizada a conciencia, y ese legado de procesos legislativos bizantinos y laberínticos desorientan al diplomático o funcionario más cabal de la UE, el G7 o el FMI. A pesar de todo, algunas medidas e iniciativas han empezado a tocar hueso y el *systema*, ese conjunto de intereses fácticos presentes en todos los estamentos del Estado, busca reafirmarse. La impresión es que, como dice un amigo, si «tenían miedo a la gente tras la Revolución, ahora lo han perdido».

En estas circunstancias, organizaciones como Antac levantan ampollas, tienen enemigos poderosos y están en el punto de mira. Les llueven campañas de difamación y otros recursos de la política de guerra sucia que buscan erosionar sus credenciales. Antac sufraga algunas de sus acciones vía *crowdfunding* y también recibe financiación extranjera (embajadas europeas), lo que algunos sectores usan para atacarles. Esta agenda contra líderes de la sociedad civil une a algunas figuras del bloque proeuropeo en el poder con el de la oposición, el sector prorruso que reintegra facciones del antiguo Partido de las Regiones del huido Yanukóvich.

Las cosas se empiezan a poner feas otra vez. Hay acciones sórdidas contra ONG tipo Antac, por ejemplo, operaciones en busca de material personal comprometedor (o *kompromat*), a veces con probable participación del SBU, o pleitos para paralizar su actividad. Tanto el sector de seguridad como el judicial son los estamentos menos reformados aún desde la Revolución. Otras veces, los activistas sufren violencia directa, como le pasa a Vitaliy Shabunin, treintañero delgado y albino, una de las caras más visibles de Antac. Hace poco, en una protesta contra el sobreseimiento de un caso de corrupción que afecta al hijo del poderoso ministro de Interior, Avakov, unos

individuos con aspecto de *titushkis* y atuendos paramilitares atacaron a Shabunin, rociándole con un colorante verde, *zelyonka,* que le causó daños en ambos ojos, y arrojándole tartas en la cara a modo de insulto. El de Shabunin no es un hecho aislado: entre 2017 y 2018, según organizaciones locales de derechos humanos, hubo cincuenta y cinco ataques a activistas y periodistas, alguno mortal. Katerina Handziuk, activista anticorrupción de Jersón, en el sur, muere tras semanas de agonía por un ataque con ácido. Sus autores materiales son veteranos de guerra a quienes algunos vinculan con un oligarca local. Las líneas del submundo criminal y algunas figuras públicas se entrecruzan. El caso Handziuk llevará a varios individuos a la cárcel, pero, en general, muchos crímenes quedan impunes o los procesos se eternizan. Sigue habiendo mucha impunidad y poca justicia.

La sociedad civil, clave en el Maidán, empieza a estar dividida entre quienes tienden a cerrar filas con el Gobierno, relativizando la situación y, sobre todo, las voces progresistas que, con matices, alertan de crecientes similitudes con la fase Yanukóvich. Incluso con esa Rusia de la que Ucrania quiere alejarse y en la que, por las mismas fechas, atacan con *zelyonka* al opositor Alexei Navalni. Aunque hay acuerdo en que no se ha llegado a los bajos estándares de Yanukóvich, las malas noticias continúan. Las investigaciones oficiales sobre los muertos del Maidán no avanzan, con pocas sentencias condenatorias años después, lo que le valdrá al Estado ucraniano críticas internacionales. Además de la guerra de fondo, aumenta la incertidumbre ante una UE en Brexit, en la que ganan fuerza los movimientos populistas prorrusos y las fuerzas antinmigración. Europa decepciona. Esa Europa rica «no nos ve realmente como europeos», se escucha entre los más proeuropeos, cuyo discurso se resiente, mientras los populistas (nacionalistas ucranianos y rusos por igual) hablan de una «tercera vía» para Ucrania: ni UE ni Moscú. A pesar de todo, las encuestas siguen mostrando una abrumadora mayoría de apoyo a la adhesión a la UE.

Días después, vamos a una protesta enfrente de la oficina del fiscal general: hay cientos de personas, pero no es una manifestación masiva como durante la Revolución. Hablando sobre cómo las organizaciones pro-Maidán buscan mantener las movilizaciones y el impulso político, Zoryan, un activista gay, ironiza diciendo que ahora son sobre todo protestas *hipster*, es decir, de poca gente y en especial clases profesionales urbanitas, las más activas políticamente. Esta la organizan pequeños partidos reformistas como Syla Lyudei («Poder del Pueblo») y Demallianz («Alianza Democrática»), Automaidán y otras plataformas civiles, que se concentran bajo el lema «Vymahayemo nezalezhnoho prokurora» («Queremos un fiscal independiente»). Shokin, el fiscal general, ha cesado a varios subordinados que

investigaban un caso de corrupción interna —han detenido a unos fiscales en posesión de diamantes (por lo que se les bautizará «los fiscales de los diamantes»)— y ordenado una investigación contra Antac. Se endurecen los mensajes internacionales contra Poroshenko y EE. UU., a través del vicepresidente Biden, pide el cese de Shokin.

En el escenario de la protesta agarra el micrófono un tipo bajito de tez oscura, cejas y perilla negras —casi el único pelo en su cabeza rapada— y mirada penetrante. Es Mustafá Nayem, el periodista de origen afgano cuyo *post* en Facebook desató el Euromaidán. Nayem habla muy bien, invita al respeto, a escucharle.

«Nunca pensamos que tendríamos que volver a las calles [tras el Maidán]… No se investiga a los políticos corruptos, ni al Partido de las Regiones, tampoco los asesinatos del Maidán. Al contrario, se persigue a las ONG anticorrupción. Recordamos lo que pasó en 2005, tras la Revolución Naranja, cuando nos fuimos a casa. No repetiremos ese error. No tienen miedo de los periodistas, pero sí de la gente. Continuaremos las protestas. ¡El Maidán no ha terminado!».

Le sigue en el podio un individuo estirado, de traje y anorak, y con gafas de pasta, más bien anodino en apariencia. Es Serhiy Leshchenko, otro experiodista, con Nayem, integrado ahora en las filas del partido presidencial, el bloque de Petró Poroshenko. Ambos en la treintena, son amigos y forman un curioso dúo de compañeros de causa desde su etapa común en el medio *Ukrayinska Pravda*, donde coincidieron con Pavel Sheremet, periodista bielorruso exiliado en Kyiv. La idea inicial de estos periodistas convertidos en políticos era saltar a la política para cambiar las cosas, a pesar de su inexperiencia y el riesgo de «ensuciarse». Pero el experimento no parece funcionar y chocan cada vez más con su partido y el propio Poroshenko. Nayem, Leshchenko y otros como Svitlana Zalischouk han creado los «europtimistas»: esta facción agrupa a reformistas de varios partidos que presionan a favor de medidas proeuropeas y democráticas, coordinándose con políticos y diplomáticos occidentales.

En su oficina de la Rada, Leshchenko comparte sus propuestas para la reforma de financiación de partidos y de la ley electoral, que buscan dar mayores opciones a nuevas fuerzas no controladas por oligarcas. Están pensando en formar un partido propio. Poroshenko, cuya popularidad se resiente, es «vieja guardia» y está cometiendo muchos errores. No acaba de entender que el país ha cambiado, piensa que es irremplazable, y eso se acabó, dice Leshchenko. Es metódico y conciso, casi aburrido en su discurso, exhaustivo en detalles, aunque sin el carisma y el potente magnetismo de Nayem. Uno tiene la sensación de que le sigue sin gustar su papel actual de parlamentario y que lo suyo es la acción del periodismo investigador, la batalla diaria por las exclusivas contra oligarcas y sus agentes (como buen

periodista, no menciona sus fuentes, pero deben de ser buenas, por las revelaciones que publica Leshchenko de forma casi constante).

Debido a las presiones del G7 y EE. UU., Shokin será cesado poco después de estas protestas[52]. Algunos meses tras nuestro encuentro, Leshchenko se hará popular en EE. UU. por publicar informaciones sobre presuntos pagos del Partido de las Regiones a Manafort, entonces jefe de Gabinete de Trump, que dimite. El círculo de Trump alentará la desacreditada teoría conspiranoica de que fue Ucrania, por figuras como Leshchenko, y no Rusia, quien habría interferido en las polarizadas elecciones de EE. UU. de 2016. Un sainete que devuelve a Ucrania al foco mediático internacional, muy a pesar de los ucranianos que aspiran a que su país vuelva a la normalidad y que poco a poco deje de asociarse con guerra, Rusia, corrupción y crisis.

[52] El papel de Biden en esta diplomacia intensiva con Ucrania será manipulado años después por el círculo de Trump y el propio Trump, poniendo la atención en los negocios en Ucrania del hijo de Biden, Hunter. En 2019 Trump chantajea a Zelenskyi en una llamada telefónica, condicionando la ayuda a Ucrania, incluida la militar, a que este le diera *kompromat* sobre el hijo de Biden. La publicación de las notas de esta surrealista llamada entre dos jefes de Estado conducirá al primer *impeachment* de Trump.

La galería de Catalina

Paseo por el parque de Mariinskyi de camino a una charla sobre política internacional que imparte un amigo alemán. Comienza el fin de semana y el parque está lleno de familias, parejas y perros. Cuesta imaginar que en esta zona tan apacible tuvieran lugar algunos de los terribles enfrentamientos de febrero de 2014, con varios muertos. No he apuntado bien la dirección del evento y entro distraído en lo que resulta ser una galería de arte subterránea. Supongo que viéndome cara de perdido, se acerca una chica de pelo negro recogido en coleta, largas cejas y ojos castaños que anticipan la sonrisa con la que se presenta. «Bienvenido a nuestra galería. ¿Puedo ayudarle?». Al ver que no soy ucraniano, cambia al inglés. Cuando descubre que soy español, continúa la conversación en esta lengua, algo no tan extraño aquí entre gente joven. Catalina trabajó con Montserrat Caballé durante su primer viaje a Ucrania y antes vivió medio año entre Zaragoza y Huesca. Se ofrece a mostrarme la galería, así que acepto. En una de las salas enseñan inglés a un grupo de chicas y chicos. En otra estancia se sirve café turco, que tomo sin rechistar, aunque sean las ocho de la noche.

La galería exhibe pintura ucraniana contemporánea. Algunas obras representan escenas de trabajo en el campo, paisajes de la estepa, invierno en las montañas o naturaleza muerta. Otros cuadros tienen contenido mitológico, con ángeles, *mavkas* como las de los Cárpatos y otros motivos fantásticos. Señalando un óleo, le digo a Catalina que tiene aire de *mavka*. «Muchas veces son espíritus malignos, ¡no te puedes fiar de ellas!», se ríe. De su mano conozco la obra de algunos pintores nacionales, como Yuri Klapouj, de Járkiv, o Valerii Kot, uno de los pioneros del arte surrealista de esta parte de Europa. Ella habla entusiasmada de la galería.

«Quiero que sea un conducto de arte, emociones y sentimientos para toda la sociedad. También organizamos conciertos musicales, obras de teatro, talleres creativos y reuniones literarias. No nos importa si la gente viene a comprar arte, tomar café, resolver problemas, hablar sobre la vida o preguntar por el camino correcto, como tú. Todos salen en armonía».

El entusiasmo de Catalina es contagioso y abandono la idea de ir a ninguna conferencia. En estas paredes se respira paz. La guerra y las

malas noticias parecen quedar muy lejos de aquí. Una sensación efímera, pues al poco entra abruptamente en la sala un hombre robusto, de mediana edad, rostro rojizo y con una gastada bolsa de cuero al hombro. Ansioso, mira en dirección a Catalina, quien le saluda y hace indicación de que me acerque para presentarnos. El grandullón, de nombre Eduard, extiende una mano enorme que se traga la mía, aunque, de alguna forma, debe manejar bien el pincel con esos dedos. Fue minero en Donétsk, donde vive aún. No reconoce a las nuevas autoridades allí, las «Repúblicas Populares» que, añade, no son ni lo uno ni lo otro, pero tuvo que quedarse porque no tenía opciones. Eso le complica, entre otras cosas, cobrar su pensión, de modo que tiene que venir a Kyiv a resolver ese y otros tantos problemas resultantes de vivir al otro lado de la Línea de Contacto, mientras intenta seguir con su carrera artística. Traer sus pinturas a través de los *checkpoints* para salir de la «República Popular de Donetsk» significa un montón de obstáculos: retrasos, papeleos y el eventual sablazo para que le dejen pasar los cuadros. Con timidez, abre su bolsa para enseñarme sus óleos, envueltos en sábanas y telas. Catalina le ha ofrecido exponer en la galería, pero a Eduard le resulta difícil, si no imposible, planificar bien sus visitas a Kyiv.

«Mucha gente de Donétsk y Luhánsk viene a mi galería. Son personas especiales, las reconozco de inmediato. En ellas vive una especie de tensión interna, como una cuerda que está a punto de romperse. Siempre trato de darles la máxima fuerza para cargarlos de positividad. Siempre fue un proceso muy largo y difícil. Hablando, después de un tiempo, comienzan a relajarse y esta tensión desaparece y, muy a menudo, viene seguida por lágrimas, revelaciones e historias sobre la guerra. Solo después de eso comienzan a absorber el arte y pueden recargar en positivo», cuenta Catalina en su español casi perfecto.

Para entonces, ya he decidido quedarme en esta galería de Catalina, con sus obras de paisajes, ángeles y *mavkas*, charlar más con Eduard y tomar ese café fuerte cuyos posos siguen en tu boca horas después.

Valió la pena

Hay transformaciones de fondo por tantos agentes individuales de cambio a lo largo y ancho del país, cuyas historias raramente llegan a audiencias más amplias. Su solidaridad y sentido de la responsabilidad es uno de los grandes legados de nuestra revolución (Angelina Kariakina en *The Guardian*).

A la noche quedo con Angelina Kariakina, mi amiga, la periodista de Hromadske. Nos encontramos en el Diktat, el antiguo Club 44, en el que un par de años atrás estuve con Matthias y Sokol. El bar está lleno pero logramos hacernos un hueco en la barra. Se unen Nayem y Oleg, periodista ruso que ha venido a trabajar a Ucrania. Dice que aquí es más libre de hacer su trabajo, aunque las cosas dejen mucho que desear. Nayem no habla demasiado, transmite esa constante sensación de fuerte personalidad, casi avasalladora a pesar de su baja estatura. Cuando habla es combativo y sagaz, y algo bromista también. Se nota que tiene madera de político; quizás le viene de familia, pues su padre fue ministro de Educación afgano antes de la invasión soviética (Nayem nació en Kabul). No bebe alcohol o, por lo menos, no esta noche. Ahora está volcado en la reforma de la policía y pasa mucho tiempo en las regiones, también en el este. Dice que los demócratas deben tener mucha mayor presencia local. Esta noche no es optimista con el rumbo de los acontecimientos, como tampoco lo es el resto del grupo. Hablan de una contrarrevolución en marcha, aunque ni siquiera llegó a haber una «verdadera» revolución, lamentan. Terminó cuando empezaban a cambiar las cosas.

La conversación se torna más intensa entre el ruido y la música de fondo. Nayem ve pocas posibilidades de cambio político real ahora —lo expresa gráficamente, juntando el pulgar y el índice para hacer un cero—, aunque está convencido de que volverá a surgir el momento, y hay que reorganizarse para ello. Sale en la conversación el expresidente georgiano Mijaíl Saakashvili, huido de la justicia de su país (alega que es persecución política) y, en la actualidad, gobernador de Odesa nombrado por Poroshenko, con quien cada vez está más enfrentado. Nayem y Oleg tienen dudas, pero coinciden en que quizá podría ser el revulsivo que necesita Ucrania: una figura política fuerte que impulse cambios reales como los que se le atribuyen en Georgia. El gradualismo no está funcionando. Cuando le planteo a Nayem el impacto de las nuevas reformas económicas en grupos sociales desfavorecidos, él responde diciendo que es de izquierdas, «más que muchos en Demallianz», añade, partido liberal en torno al cual se empiezan a agrupar él y otros europtimistas. Oleg

critica que muchos se han acostumbrado a vivir del Estado y que este es una fuente de corrupción. Angelina sí cree que se puede hacer mucho más para mitigar los costes sociales, como en otros países gobernados por socialdemócratas.

Por momentos Nayem parece de humor sombrío. Hace pocos meses una bomba ha matado a Sheremet, con quien él y Leshchenko estaban muy vinculados. Tenía enemigos en su Bielorrusia natal, en Rusia y en la propia Ucrania, y la investigación en marcha no ha revelado aún nada concluyente sobre la autoría. El fundador de *Ukrayinska Pravda*, Georgiy Gongadze, de origen georgiano, también fue asesinado en 2000, en la recta final de la presidencia de Kuchma, desencadenando el llamado Kuchmagate. Las protestas contra el presidente por su presunta implicación fueron significativas y, para algunos, preludio de la Revolución Naranja.

Otro ciclo político, el del Maidán, puede estar terminando de forma agridulce, pero casi nadie es derrotista y muchos tienen esperanzas en el futuro. Kariakina escribirá para *The Guardian* sobre los cambios positivos en marcha y cómo a menudo pasan desapercibidos con el miope foco de una Ucrania solo asociada a Rusia, geopolítica o corrupción. Es una periodista muy valiente. Cubrió el Maidán en sus peores días y la guerra, e incluso fue a visitar en cárceles rusas a prisioneros políticos ucranianos, entre ellos a Aleksander Kolchenko, anarquista al que un tribunal ruso condenó con Sentsov. Infatigable, no pierde nunca el ánimo. En la sede de Hromadske, tras repasar la situación política y su visita al Festival Atlàntida, se despide diciendo en español «¡No pasarán»!, con una sonrisa. Julia, la analista, también ve señas de deterioro político y es crítica con la actitud «infantil» de miembros de la sociedad civil, pero cree que el tejido cívico está creciendo. De la boca de Lesya salen palabrotas y maldiciones casi incomprensibles al leer malas noticias en Facebook sobre la última metedura de pata del Gobierno u otro nuevo abuso de algún poderoso del país, o sobre la impunidad rusa. Otras veces musita *Bozhe*… («Dios…») al reconstruir otra desgracia, otra vida perdida en el frente. La persiguen la melancolía y la angustia sobre todos estos problemas, lo que podría hacer Rusia y el futuro de su familia. Aún así, pase lo que pase, el Maidán siempre será lo que le devolvió la fe en la humanidad, dice. «Valió y valdrá la pena, a pesar de la política», remacha.

El fin de semana subo a una *marshrutka* y escapo al campo, en Polissia Regia, al sur de Kyiv, para desconectar de todo. El tiempo ha mejorado y la luz del sol baña la nieve recién caída. El hostal, un conjunto de cabañas de madera en lo más profundo de un bosque junto a un lago congelado, es un lugar solitario. Frente al fuego del hogar, un hombre en *vyshyvanka* —camisa bordada que es también

emblema nacional— interpreta canciones con una bandura. Una especialmente triste trata sobre un viejo cerezo y una madre anciana. Cada verano el árbol da frutas a los niños, aunque no lo aprecian, como tampoco muestran gratitud con la madre que les ayuda. Para cuando se dan cuenta de lo que ambos les dan, el árbol se ha secado y la madre ya no está.

MARES

Odesa (I)

> Odesa es un lugar horrible. Todo el mundo lo sabe. Pero me parece que hay mucho de bueno: esta ciudad es de las de mayor encanto del Imperio ruso. Basta pensar: esta es una ciudad donde la vida es fácil y sin complicaciones. (Isaac Bábel, *Odesa*)[53].

> Los padres de Yuri eran *zeks*[54]. La madre, de los políticos. Le cayeron ocho años por sabotaje, en aquel entonces llamado «contrarrevolución económica», por haber reventado dos vacas de las que tenía a su cargo en el *koljós*. Ella tenía catorce años, y las vacas, inflamación de ubres. El padre era delincuente común. «Un *odessid*». «¡De Odesa! —me alegré— ¿Judío?». «A juzgar por la foto de mi abuela, tenía un origen complicado», dice Yuri. (Hugo Jacek-Bader, *Diarios de Kolimá*).

Una tormenta parece formarse en el horizonte. Al final del espigón, apoyado en un poste oxidado, un hombre contempla cómo las aguas verdosas lamen el cemento, convirtiéndose en olas que rompen en la playa vacía, donde una mujer de negro da de comer a las gaviotas.

Fornido, de gran nariz, ojos hundidos y barba blanca, gorro calado hasta las cejas, pesado abrigo, guantes y botas: tiene que ser marinero. Nikolái es «de todas partes de Rusia» y sirvió a su armada en muchos puertos. No habla mucho, pero por sus palabras y mirada perdida en el mar diríase que se ha quedado definitivamente varado en el este de Odesa y sus muelles. Deja caer que estuvo casado «por aquí», sin dar más detalles, esbozando una media sonrisa que asoma entre su barba. Me recuerda a Efim Nikítich Smólich, del cuento «El despertar», de Isaac Bábel: ese «genio de las aguas, de alegre corazón, hombros de cobre, cabeza de gladiador envejecido, piernas de bronce un tanto torcidas», que enseña a nadar en los espigones a los niños de la Moldavanka, el barrio judío pobre donde nació Bábel. Deja que le haga unas fotos, él a lo suyo, casi sin apartar su mirada del mar. Quiero preguntarle más cosas, pero interrumpen la escena unas *bábushki* de anchos pómulos y rostros ajados, que inundan de risas y cháchara el paseo. Se protegen con sus pañuelos y plásticos del viento que empieza a arreciar. Nos sacamos unas fotos divertidas. Para cuando me doy cuenta, Nikolái ya no está.

En una conferencia esa tarde me siento en uno de los dos huecos libres en primeras filas, justo antes de que lo haga a mi lado un hombre corpulento, de gran cabeza, con traje estampado de cuadros y pajarita. Le sigue una obsequiosa asistenta personal, atenta al mínimo detalle logístico. Mijaíl Saakashvili, Misha, gobernador del *oblast* de Odesa, ha recibido la nacionalidad ucraniana y se ha marcado como

objetivo público reformar las instituciones y luchar contra la corrupción, muy notoria en Odesa, y los oligarcas. Quiere poner en marcha medidas similares a las que aplicó en su Georgia natal durante su presidencia, lo que le valió cierto reconocimiento como figura modernizadora y modelo para seguir. No obstante, su reputación se resintió mucho por los indicios de abusos de poder durante su mandato y la gestión de la guerra con Rusia en 2008, tras la cual Moscú reconoció la independencia de Abjasia y Osetia del Sur (modelo que, para algunos, querría replicar en el Donbás). Su personalismo, dicen los críticos, es a veces errático y autoritario. El Gobierno de Tiflis ha pedido su extradición por causas ante la justicia y le ha privado de su nacionalidad georgiana, tema que ha generado fricciones entre dos países aliados respecto a Rusia. El caso es que Saakashvili y su experimento reformista han puesto a Odesa en el centro de la vida política nacional en lo que no pocos consideran un anticipo de su asalto al poder en Kyiv. Se ha traído consigo a figuras del reformismo liberal ruso, hoy fuera del sistema allí, como María Gaidar, hija del ex primer ministro ruso Yegor Gaidar, autor bajo Yeltsin de radicales políticas económicas conocidas como terapia de choque, que hundieron al país en la miseria y allanaron el camino de las mafias. Un tiempo después, Vlad rememorará este «momento Saakashvili» por sus «fiestas gloriosas, sucesos frenéticos continuos y conferencias anticorrupción extrañamente llenas de oligarcas y mafiosos»[55], como quizás esta en la que participo.

Saludo al georgiano con un «good morning, Mister Governor!», a lo que responde con un gesto de su cabeza, antes de subir al podio a dar su charla, todos los focos sobre él. Sin duda, es elocuente y carismático, una presencia poderosa. Habla muy bien inglés. En el turno de debate dudo de si realmente ha escuchado mis preguntas, que responde repitiendo su manido discurso prorreformas y antioligarcas, mientras mira de forma penetrante a la audiencia.

La lucha contra la corrupción es uno de los temas que ocupan a Antonia, una mujer en la treintena a quien contacto por un conocido común. Quedamos en un café del centro de la ciudad. Tiene un trabajo de oficina y es voluntaria en sus ratos libres. Muy crítica con Saakashvili —«una gran decepción»—, sorprendentemente, tiene mejores palabras para Genady Trujanov, el actual alcalde, aunque es una figura especialmente controvertida. Investigaciones periodísticas, como los Papeles de Panamá, le asocian con redes de corrupción, blanqueo de capitales y vínculos con el crimen organizado. Como Kernes, el alcalde de Járkiv, Trujanov, que ha tenido pasaporte ruso, está en la estela de políticos locales y regionales con los que Poroshenko contemporiza, sin inmiscuirse en sus asuntos. La relación Kyiv-periferia ha sido a menudo así: tú me dejas hacer y yo a ti, lo

propio. Voces de la sociedad civil y progresistas temen que estos pactos entre mandamases en aras de la estabilidad tengan el coste de hacer aún más intocables a figuras de la vieja guardia como Trujanov, populares en los feudos que controlan, y que eso sea a costa de reformas democráticas que allanen un cambio político sostenido. Es decir, que nada cambie. Odesa, como Jarkiv o Dnipró, por esta y otras razones, es casi una ciudad-Estado, una comunidad en sí misma. Kyiv: una presencia lejana que en general ni emociona ni tampoco aliena, pues apenas se mete en la vida de los *odessid*.

«Los soviéticos destruyeron la cultura de la ciudad, rica y plural, que había sido hasta entonces. Tenían muchos prejuicios contra los ucranianos y a las mujeres ucranianas las despreciaban, a menudo tratándolas como si fueran prostitutas. Es inevitable que no recordemos con cariño la URSS y queramos pasar página de una vez por todas…», prosigue Antonia. «¿La Revolución Naranja? Algunos jóvenes en Odesa nos movilizamos pero mucha gente estaba en contra, el patriotismo no era fuerte entonces, aunque ahora ha cambiado algo… Yo no tengo tan mala opinión de Yushchenko, creo que no tuvo suficiente apoyo para realizar cambios de verdad».

Odesa es también una ciudad rusófona —aunque el uso del ucraniano, como en otras ciudades, ha crecido estos años— y con una cuarta de la población de origen ruso, pero el separatismo o la idea de unión con Rusia son ideas de poco calado aquí. Tras el Maidán, actores rusos y prorrusos intentaron levantamientos parecidos a Járkiv y el Donbás, pues, ¿qué «Primavera Rusa» es posible sin la Odesa rusa, perla del mar Negro? Las tensiones, que ya habían crecido paulatinamente tras la anexión de la cercana Crimea, explotaron a principios de mayo. Cuando pregunto a Antonia sobre lo que ocurrió el 2 de mayo, al principio se le endurece la expresión y me confiesa que no siente nada «por esa gente». Ese día se celebraba un partido de fútbol entre el Metalista, de Járkiv, y el Chornomorets, un equipo local, y había convocada una manifestación a favor de la unidad nacional (los *hooligans* de algunos de estos equipos son nacionalistas ucranianos radicales), que fue atacada por grupos anti-Maidán. Esta vez el equilibrio de fuerzas fue diferente al de meses antes en Kyiv, y los pro-Maidán prevalecieron sobre aquellos, que retrocedieron hacia el edificio de los Sindicatos. Allí se parapetaron, bloqueando la entrada y levantando barricadas. Según Antonia, habría entre ellos individuos de la vecina Transnistria —el enclave separatista de Moldavia, tutelado por Rusia y no reconocido internacionalmente— y de Crimea, además de Odesa. Otros apuntan al papel indirecto entre los manifestantes de grupos de mafia locales pugnando por el control de los puertos y los grandes recursos de esta ciudad.

En el exterior del edificio, grupos proucranianos quemaron las

tiendas que aquellos habían levantado en la plaza Kulikovo. El Panel Internacional Consultivo del Consejo de Europa, que, además del Maidán, también examinó las investigaciones sobre estos hechos, pone el énfasis en cómo todo sucedió en un ambiente de pasividad policial e incluso, en algunos casos, de connivencia con los grupos anti-Maidán. Ello, a pesar de que ya había habido muertos esa tarde y, teóricamente, existían efectivos para contener la violencia. En los enfrentamientos entre los de dentro del edificio y los del exterior, se intercambiaron cócteles molotov y hubo tiros. Media hora después, el edificio era pasto de las llamas. Expertos del grupo 2 de Mayo, una organización civil de Odesa que aglutina distintas sensibilidades políticas, concluyeron que el fuego se originó al prender la barricada por el intercambio de esos artefactos incendiarios, con las llamas extendiéndose al interior. Había además material combustible en la entrada, como tablas de madera para barricadas traídas por los anti-Maidán y un tanque de aceite que estalló. Análisis forenses apuntan al efecto chimenea creado por las puertas cerradas, que hizo que el fuego se propagara rápidamente por las escaleras hacia arriba. Muchos de los manifestantes, presa del pánico, subieron a las plantas superiores. El grupo 2 de Mayo atribuye la responsabilidad principal a una unidad de bomberos cercana que tardó en responder a las llamadas de emergencia y en llegar al lugar. Consideran que podrían haber evitado muchas muertes. En vídeos de esos momentos puede verse cómo algunos activistas proucranianos atacan desde fuera a los que pugnaban por salir del edificio, mientras que otros intentan ayudarles con escaleras improvisadas («no les tengo simpatía, la verdad, pero se les intentó sacar de ahí», insiste Antonia). Aunque se evacuó a cientos de personas, murieron al menos cuarenta y dos, casi todas en el edificio de Sindicatos, algunas calcinadas y asfixiadas, y otras tras haber saltado al vacío.

Como ocurrió con la masacre en Kyiv, a fecha de hoy apenas se han depurado responsabilidades por la del 2 de mayo en Odesa, a la que siguió una oleada de bombas contra intereses proucranianos. Es otro instrumento arrojadizo de la propaganda rusa para desacreditar la Ucrania pos-Maidán.

A pesar de esta violencia y de la creciente presencia militar rusa en Crimea, Odesa parece un remanso de paz junto al mar. La tormenta ha estallado por fin, levantando olas que golpean el espigón vacío.

[53] Traducción del autor.
[54] Z/K en documentos soviéticos, es abreviación de *zakliuchonni* (en ruso, «encerrado o preso») y término habitual para los presos del gulag.
[55] Davidzon, V., *From Odessa with Love: Political and Literary Essays from Post-Soviet Ukraine*, Academica Press, 2021.

Odesa (II)

Odesa es una ciudad de bellezas y mercaderes, rebeldes y aventureras, ucranianos, rusos, judíos, griegos… de espías, matones, ladrones, artistas, músicos y estafadores… de cosmopolitanismo y brutalidad. Sigue siendo única en la esfera de los eximperios ruso y soviético. Hombres extravagantes y mujeres fabulosas todavía caminan con el contoneo que distingue únicamente a esta gran ciudad.
(Vladislav Davidzon).

Llego tarde a mi siguiente encuentro: subo corriendo por las escaleras de Potemkin y me adentro en la parte histórica. Odesa es muy diferente a otras ciudades de este país. Tan majestuosa, que por momentos parece como si hubieran arrancado trozos de la Roma clásica o París, y los hubieran trasplantado aquí, al mar Negro, quizá a menor escala. Hay un vínculo español en su refundación como ciudad rusa: José Ribas, aventurero del siglo XVIII que fue almirante del ejército ruso con el príncipe Potemkin, tomó lo que era entonces una fortaleza turca, Jadjibey (al parecer, los turcos no opusieron resistencia). La Deribasovskaya, calle popular del centro, honra la memoria de este personaje que terminó cayendo en desgracia y que, dicen, pudo haber muerto envenenado al ser parte de un complot contra el emperador Pablo I.

Catalina la Grande la bautizó a partir del griego *Odessos*, y la gobernaron para el Imperio varios príncipes y también exiliados aristócratas franceses al servicio de Moscú, como el duque de Richelieu, que contribuyeron a su diseño grandioso. Fue puerto franco en el siglo XIX, cuando se convirtió en la metrópolis multinacional, cultural y mercantil —por sus exportaciones a través del estrecho del Bósforo— a la que se llamó la Palmira del Sur.

Como Lviv al norte, Odesa tuvo una importante población judía. «Fue uno de los pocos centros del Imperio ruso donde los judíos podían vivir dentro de la ciudad y, de hecho, los *odessid* judíos fueron de los más liberados y desengañados de ese imperio», cuenta Vlad. Moldavanka, uno de los distritos pobres, fue cuna de esa peculiar casta de gánsteres judíos que inspiró a Bábel —también del barrio— para crear la figura de Benya Krik, el Rey, en sus *Cuentos de Odesa*. Pero ese mundo, y con él mucho de la Odesa más rica en su diversidad, desapareció en varias olas del siglo pasado: los pogromos rusos, como el de 1905, el régimen de la URSS y el Holocausto perpetrado con especial brutalidad por los ocupantes rumanos. Hoy los judíos son apenas un 4 % del millón de personas que la habitan —

llegaron a representar cerca del 40 %.

En una de las calles peatonales varios hare krishnas, en su estado de éxtasis aparentemente continuo, ocupan la calzada ante la indiferencia general de otros viandantes. Un grupo de chicos hacen equilibrios con las *mountain bikes* frente al Ayuntamiento, en la plaza Dumska, bajo la mirada del busto de Pushkin, que vivió aquí algo más de un año, enamorándose de la ciudad y de algunas de sus habitantes más distinguidas.

De entre la columnata sale un hombre con el pelo castaño largo y revuelto y gafas de intelectual: Peter Pomerantsev, escritor de origen judío, medio ucraniano, medio británico y figura en boga en el microcosmos de expertos en Ucrania y Rusia. Su padre, Igor, disidente de la URSS en los setenta, se exilió al Reino Unido cuando Peter era casi un bebé. Él creció en Londres. Su libro, *La Nueva Rusia: nada es verdad y todo es posible en la era de Putin*, que está dando que hablar, recoge los años de Peter en la televisión del país vecino durante la primera década de los 2000, la gestación del putinismo. Al abordar Rusia y el «alma rusa», muchos glosan como loros a Dostoievski, Chéjov o Tolstoi, pero creo que en este siglo el trabajo de Peter arroja más luces para entender el actual sistema de no-realidad construido por el presidente vecino y su círculo.

«No es tanto que nieguen hechos, sino que sobre todo lo que muestran es que los hechos no importan y los sustituyen por "verdades alternativas"», explica Peter. «Los mensajes contradictorios de Putin sobre Crimea son un reflejo en miniatura del sistema: pequeños hombres verdes que no eran soldados rusos ni tampoco no lo eran y no estaban invadiendo, ni tampoco no invadiendo». Un anticipo de lo que poco después de esta visita a Odesa se llamará «posverdad», con el Brexit y la victoria de Trump.

Vamos a una cervecería donde se unen Sally, periodista estadounidense, y Vanya. Este moscovita alto, con perilla y coleta, que luce una camiseta de Voodoo New Orleans, ha dejado recientemente Rusia porque cada vez ve menos espacio para periodistas críticos de su perfil. Aborrece ese autoritarismo (lo deja claro sin adornos, como quien habla del tiempo: «odio a Putin»), y condena lo que su Estado ha hecho en Crimea y el Donbás. Vanya escribe artículos a menudo satíricos, también sobre EE. UU. y un Trump candidato a presidente, cuya lógica política se le hace familiar. Ha aprendido ucraniano y por ahora vive en Lviv. Confiesa que a veces no le es fácil («bueno, eres un poco el enemigo, Moscú»), dadas las circunstancias, aunque tiene un creciente número de amigos ucranianos y seguidores, en general. Bromea con ellos en Facebook sobre cómo «este ruso va a ocupar Lviv y tomar todos vuestros bares». En su móvil, se multiplican los *likes*. Peter, por su parte, trabaja con periodistas locales para crear un

espacio público y mediático «normal», menos polarizado y menos dependiente del dinero de los oligarcas. Una referencia es Hromadske y cree que la UE tiene que financiar más el sector de los medios. «Además, Ucrania necesita partidos con esquemas tradicionales de izquierda y derecha», añade. Sally tiene que hacer un reportaje para el *New York Times* sobre Odesa con Saakashvili de gobernador.

Vamos al Fitz, un bar de moda del estilo que he visto en Kyiv o San Petersburgo. Las horas pasan y perdemos la cuenta de todo un poco. Delante de nuestro sofá, Vanya gesticula vivamente representando de manera cómica a un político ruso; sobre él, pende una enorme araña que parece iluminarse con cada una de sus ocurrencias. Seguimos la ruta por otros concurridos tugurios de Odesa hasta la madrugada, cuando nuestro amigo ruso se despide y empieza a caminar en otra dirección. Pocos metros después, Sally, la más juiciosa, nos saca de la nube a cámara lenta en la que caminamos Peter y yo, y nos hace mirar atrás: al final del paseo, como los vaivenes de un barco azotado por la tempestad, Vanya da tumbos espectaculares de un lado al otro, logrando milagrosamente mantenerse en pie y esquivar farolas, coches y transeúntes.

Le recogemos y nos montamos todos en un taxi en dirección a su hostal. Apretujados en el asiento de atrás, intenta besar a Sally, que se las arregla para esquivar elegantemente sus envites. Vanya balbucea algo de despedida al bajarse y seguimos bebiendo al llegar al hotel.

La estepa

El de 2019 fue un verano de accidentes militares en Rusia. Ese 8 de agosto, una explosión en la base marina de Nuyansk, en Arjangelsk («arcángel», en ruso), junto al mar Blanco, desató temores a un posible accidente nuclear. Otro Chernobyl, se especuló durante varios días. Las autoridades locales alertaron de un aumento súbito de los niveles de radiactividad, aunque luego retiraron la información publicada, y en Severodvinsk, un pueblo cercano a la base, los habitantes se lanzaron a comprar yodo. El accidente, en el que murieron varios científicos (convertidos a título póstumo en héroes nacionales), se pudo deber a un fallo en un test de los misiles de propulsión nuclear de los que Putin había alardeado poco antes en una de sus alocuciones militaristas. Una nube radiactiva cubrió parte de Rusia, Asia central y media Ucrania. Desde lo alto, sus infinitésimas partículas de radioisótopos de rutenio nos acompañaron durante gran parte del viaje a Mariúpol y otro mar, el de Azov.

Mi primer contacto visual con la ciudad de Zaporizhzhia (Zaporiyia), al sudeste: a través del cristal lleno de impactos de piedras o balas del tranvía que al amanecer nos llevó al centro, tras otra noche de tren. Empapelando las marquesinas y paneles, anuncios de autobuses a Moscú o Polonia y campañas informativas de lucha contra las drogas. En la avenida de Sobormyi Prospekt, varias *bábuschki* tomaban posiciones para mendigar frente a la iglesia ortodoxa, del Patriarcado de Moscú. Este todavía influye mucho entre sus fieles, que se estiman en cerca de un 25 % de la población, aunque muchos ucranianos lo ven sobre todo como otro instrumento de influencia rusa. Escuchando las proclamas del patriarca Kirill, íntimo de Putin, sobre la Gran Rusia y su misión histórico-religiosa, no es de extrañar.

En la pared de una calle aledaña a esa avenida, el rótulo identificaba el nombre original de la vía, calle de Chekistas, y el actual, Troitska, un reflejo de los cambios introducidos a raíz de lo que se bautizó como la «descomunización». Estas medidas formaron parte de un paquete legislativo conocido como «leyes de la memoria», que Poroshenko firmó en 2015[56]. Prohibieron los símbolos totalitarios, esencialmente soviéticos y nazis, y habilitaron el cambio de nombres de calles como esta, e incluso ciudades, que estuvieran asociados a

hechos como las represiones estalinistas, el Holodomor o el Gran Terror. Una cara visible, aunque simbólica, de la descomunización fue la retirada de monumentos a líderes soviéticos como Lenin, cuyos bustos (unos mil) terminaron en lugares tan dispares (patios familiares, jardines, sótanos) que motivaron documentales de seguimiento y exposiciones fotográficas. La cara B es que algunos Ayuntamientos renombraron algunas calles en honor a figuras no menos polémicas, como Bandera o líderes de la UPA. Estas leyes permitieron además la apertura de archivos secretos sobre la represión bajo la URSS para rehabilitar a las víctimas, en la línea de otros procesos similares en los países bálticos y Polonia. Ni fue ni es un tema pacífico, al contrario: estuvo lleno de controversias y contradicciones, típicas de este país plural, como el hecho de que una unidad de la Guardia Nacional desfilara con símbolos soviéticos en Kryvyi Rih, la ciudad de Zelenskyi, en la celebración de la liberación de la ocupación nazi. Hubo historiadores ucranianos en contra, como Yaroslav Hrytsak, para quien la historia «no se cambia con memoria sino con reformas políticas», o Georgiy Kasionov, que calificaba de «soviéticos» los métodos con que se llevó a cabo, sin discusión social. En el lado más nacionalista, Volodymyr Vyatrovych, director del Instituto Ucraniano de la Memoria con Poroshenko y uno de los impulsores de la legislación, consideraba que cuanto menos legado de memoria soviética, menor el riesgo de agresión rusa. Rusia intentó vender la descomunización como un proceso antirruso, a la vez que iniciaba el camino contrario: «re-comunización», según Yermolenko, por el que se relegitima a Stalin e ilegaliza organizaciones como Memorial.

Nataliya Gumenyuk, amiga y periodista de Hromadske en el sector más de izquierda de la sociedad civil ucraniana, reflexionaba algunos años después de la aprobación de estas leyes: «Creo que sobrestimamos la importancia del proceso, tanto los que estaban a favor como en contra. A los ucranianos les importaba menos el tema que a una parte de la sociedad civil y política del país. Fue un paso natural tras la guerra y la revolución, pero al final se convirtió en otro argumento político sobre todo por Vyatrovych, convertido en el rostro público de la descomunización[57]. Su problema es que es un historiador que quiere cambiar la historia, promoviendo una versión particular de ella. Luego se unió al partido de Poroshenko. Desafortunadamente, el proceso se ve como su lucha personal más que en el interés común».

Cuando le pregunto sobre el tema a Snyder, lo piensa un momento y, refiriéndose al debate en EE. UU. sobre los monumentos a la Confederación y su legado esclavista, apunta que «todos tenemos problemas con la memoria y sus monumentos. Es un elemento central del siglo XXI: discutir sobre qué tiene que mantenerse en pie, qué tiene

que ser derribado. Lo que me gusta de Ucrania, como país poscolonial, es que se aproxima al pasado no de forma absoluta. Cierta dialéctica con Rusia, tras la guerra de 2014, era inevitable quizá; de ahí esas leyes. Pero no rechazan el pasado soviético en su totalidad y las diferencias sobre este proceso son públicas: la gente expresa su opinión, criticaron las leyes abiertamente. Al contrario que en Rusia, donde es ya ilegal criticar el pacto Molotov-Ribbentrop».

Cerca de la calle Troitska abría sus puertas una Puzata Khata (literalmente, «Casa con Tripa»), una cadena de comedores popular por sus precios al alcance del bolsillo medio. La comida no es nada especial, ucraniana casera, pero allí comen muchos ucranianos de a pie.

Zaporiyia —que significa algo así como «más allá de los rápidos» del Dniéper— tiene un pasado cosaco, imperial y soviético. El *oblast*, del mismo nombre, se asocia con los zapórogos, cosacos que poblaron estas tierras fronterizas y las defendieron frente a otomanos y tártaros, que a menudo hacían *razzias* en busca de esclavos. A sus unidades militares se las denominó *sichs* por las empalizadas que protegían sus fortificaciones y campamentos, como la fortaleza que un día se alzó en la isla de Jórtytsia, al otro lado del río. Entre los siglos XVI y XVIII, los zapórogos establecieron aquí una fuerza política y militar considerable que, como el Hetmanato, más al norte, tuvo que navegar entre el poder polaco-lituano de la mancomunidad, el creciente del zar y el de los otomanos desde Crimea. Los cosacos, a menudo enfrentados entre sí, se aliaron con uno u otro poder en función de las circunstancias. El advenimiento del Imperio ruso, y su expansión por el sudeste en la segunda mitad del siglo XVIII, conllevó el declive del Sich. Catalina II ordenó su desmantelamiento y Jórtytsia fue destruida. La región pasó a integrarse en la provincia imperial de Nueva Rusia o Novorrosiya.

Zaporiyia ciudad —Alexandrovsk, hasta 1921— fue la sede de un proyecto pionero de los planificadores del industrialismo soviético que incluyó una planta metalúrgica, una comunidad urbana socialista, Sotsgorod, y una gigantesca presa en el Dniéper, Dnipróhez, que funcionaría como estación de energía hidroeléctrica. Dnipróhez, icono de la URSS, se basó en gran medida en tecnología capitalista americana: los soviéticos contrataron a un ingeniero estadounidense, el coronel Hugh Cooper, junto con un equipo de consultores de ese país. Emplearon hasta cinco años en construir la presa y muchos de sus decenas de miles de trabajadores fueron campesinos ucranianos que huían de las hambrunas que asolaban el campo. En 1941, en su retirada ante los alemanes, el Ejército Rojo la voló y las aguas se llevaron por delante las vidas de miles de soldados de ambos bandos y de habitantes de las tierras bajas. Hoy en Dnipróhez, reconstruida tras la guerra, la hierba crece entre sus hendiduras, mientras los coches

pugnan por cruzar el puente entre atascos constantes. En verano la gente toma el sol y se baña en una playa cercana, aunque las aguas bajan menos caudalosas que antes. La planta Zaporizhstal, que produce cientos de miles de toneladas de acero, es una de las más grandes de Ucrania y también de las más contaminantes, lo que genera protestas medioambientales.

La carretera hasta Mariúpol, vía Melitopol, en un pequeño Fiesta alquilado a última hora: una aventura de trescientos kilómetros de un mar de surcos profundos e irregulares como olas, que trazan en el asfalto camiones cargados de acero de plantas como Zaporizhstal, trigo y otros materiales. Este país exporta todo eso a través de sus puertos en el mar de Azov y el mar Negro. Las carreteras, azotadas por condiciones climáticas extremas, están en muy mal estado y Zelenskyi ha tomado el relevo de Poroshenko en su objetivo de mejorarlas e impulsar infraestructuras modernas.

La belleza de la estepa bien vale ese viaje, aun en un día de viento sur, cuyas ráfagas sacudían girasoles marchitos, postes eléctricos y esporádicos álamos, y de calor veraniego asfixiante. Hasta donde se perdía la vista, campos salpicados de bosques, granjas aisladas y casas de planta baja, encaladas de blanco. Aunque no estábamos en los Urales, cabía imaginar estas mismas llanuras cubiertas de nieve y caminando fatigosamente por ellas a un hombre andrajoso con nieve y placas de hielo colgando de su barba y cejas. Es el doctor Zhivago, que busca el pueblo de Yuriatin y a Tonya, su mujer. Ha pasado dos años reclutado a la fuerza por partisanos Rojos. En la guerra civil rusa, además de cosacos, Rojos y Blancos, por estas planicies del sur guerreó Néstor Majnó, líder anarquista ucraniano que comandó una potente fuerza militar. La belleza de la estepa en esta parte del país y su riqueza esconden también un lado negativo, pues las prácticas de producción agrícola intensiva, sector con gran potencial para Ucrania de cara al mercado global y la seguridad alimenticia, contribuyen al deterioro medioambiental.

En lontananza, justo antes de pasar junto a Berdyansk, el mar de Azov, con sus petroleros y cargueros. En uno de los controles previos a Mariúpol nos interrogó un militar joven, ni antipático ni cordial, que examinó con detenimiento los papeles y el equipaje. Al igual que otros militares que nos cruzamos esos días, habló en *surzhik*, haciendo preguntas sobre la visita, las reuniones y el trabajo de Lesya. Levantando un momento la vista de los documentos, dejó entrever una pizca de curiosidad preguntando a Lesya algo así como:

—¿Y qué dicen en Europa sobre esto? ¿Qué se habla? ¿Nos van a ayudar? ¿Cuál es el debate?

—Hay apoyo a Ucrania, aunque falta un conocimiento profundo de este país y lo que pasa.

Luego me confesó que dudó en decirle que en realidad «esto» no parecía importar mucho ya en Occidente, por lo menos teniendo en cuenta los más de trece mil muertos en esta guerra en Europa. El militar nos dejó pasar con un saludo, y tras otro rato conduciendo ya a ciegas por la carretera oscura y pasar algún control esporádico más, llegamos a Mariúpol.

[56] Fueron cuatro leyes: sobre la condena de los regímenes totalitarios soviético y nacional-socialista, y la prohibición de propagar sus símbolos; estatus legal y honra de la memoria de los luchadores por la independencia de Ucrania en el siglo XX; recuerdo de la victoria sobre el nazismo en la Segunda Guerra Mundial, y acceso a los archivos de los órganos represivos del régimen totalitario comunista de 1917-1991.

[57] Vyatrovych es una figura controvertida, asociada con las medidas más polémicas para la defensa de una visión sesgada sobre la OUN, la UPA y Bandera. Fue relevado en el cargo con la llegada al poder de Zelenskyi, en 2019.

Mariúpol

La luz entra desde temprano, atravesando las cortinas que el viento sur ha agitado toda la noche. Por mucho que aprietes los párpados, el sol del sudeste es más fuerte. El calor no remite y decidimos darnos un baño, cruzando las vías por el paso a nivel. Los vagones de los trenes de carga que pasan están tan oxidados como los de la vía muerta en la estación de Sambir.

Bañistas de todas las edades usan biombos de metal que dan a la playa cierto aire *vintage,* como si estuviéramos en una instantánea sobre veranos de otra época. En la orilla, los padres chapotean con sus críos montados en colchonetas. De un puesto de bebidas sale musiquilla rusa popular en esta parte del país.

«¡No saltar! ¡Peligro! Rocas», rezan pintadas en el espolón. El viento levanta borregos de espuma, el agua está oscura y no se ve bien el fondo. Fuera, la arena arde y recorro rápido los metros hasta la sombra de un árbol donde espera Lesya, que ha salido antes. Le cuesta superar su recelo al agua; no pudo aprender bien a nadar y sobre todo a aguantar la respiración bajo el agua en aquellas clases de niña en Drujóvich.

En los muelles, las grúas parecen gigantes de metal paralizados como el tráfico marítimo, clave para la economía de esta región y del país en su conjunto, y que se ha reducido drásticamente desde 2014. Las exportaciones de carbón en Mariúpol, en el *oblast* de Donétsk, por ejemplo —la mayoría de las minas están en el Donbás—, han caído un 60 % desde entonces. En este mar donde nos bañamos ha aumentado mucho la presión rusa. Moscú ha puesto en marcha un régimen de inspecciones muy intrusivo para barcos ucranianos y extranjeros en tránsito por el estrecho de Kerch, que separa Crimea de Krasnodar Krai, en territorio ruso. En 2018, Putin inauguró con toda pompa un puente que conecta ambos lados, consolidando la anexión, y que en la práctica impide el paso a los buques de eslora superior que iban y venían de Mariúpol y Berdyansk; las pérdidas para las navieras son enormes.

A lo lejos, una humareda entre gris, marrón y rojiza se eleva desde una gran planta metalúrgica. Es Azovstahl: un complejo de unos once kilómetros cuadrados de fundiciones, hornos y vías de tren internas y, por debajo, una red de túneles pensada para un ataque nuclear. Y es

una de las de Ajmétov. En los noventa, como en Rusia, el nuevo Estado independiente pasó de la noche a la mañana de un sistema soviético a un capitalismo gansteril sin ley. La privatización de compañías públicas se tradujo en un despojo feroz, saqueo casi, de bienes y activos estratégicos nacionales repartidos entre los oligarcas que ascendieron entonces, obteniendo el control de sectores como el gas, el carbón o el metal. Crearon cárteles y se enriquecieron de forma desorbitada. A Kuchma, segundo presidente tras la independencia, se le critica haber incentivado acuerdos de reparto de la potente industria ucraniana entre esta nueva *nomenklatura* y sus clanes regionales: carbón y acero del Donbás, industria petroquímica de Dnipró, comercio en Odesa. La idea inicial pudo ser establecer contrapesos entre estas figuras, pero el resultado acrecentó aún más su influencia en la política del país, haciéndola desmedida.

En la playa no solo se respira la brisa salada del mar, sino sobre todo un aire viciado que viene de esas plantas y otras fábricas. Mariúpol es una de las ciudades más contaminadas del país. Kiril, concejal de Syla Lyudei, nos enseña en su oficina, llena de banderas europeas, un vídeo grabado por un dron en el que se ven lagos de vertidos tóxicos, como agujeros negros espaciales, extendiéndose junto a la costa y a pocos kilómetros del centro. Trabaja con Maksym Borodin, concejal del mismo partido y desde hace años activista medioambiental. Pertenecen a esta nueva generación de activistas y *entrepreneurs* convertidos en políticos que, aunque minoritarios aún, están presentes no solo en la Rada en Kyiv, sino también en Mariúpol, Járkiv o Chernihiv, al norte. Allí he conocido hace poco a Kateryna, joven concejal de Demallianz, que ganó un escaño en 2015, tras una campaña centrada en la lucha contra la corrupción, y está llena de ideas de los proyectos que quiere impulsar ahora que tiene mandato popular.

Maksym: ruso y patriota ucraniano. Aunque parezca una contradicción en términos, no lo es tanto, sobre todo entre las nuevas generaciones. Otra muestra de cómo, si los occidentales siguen mayormente empeñados en marcos prefijados para describir el complejo panorama de este país, sus habitantes lo están en romperlos. En noviembre de 2012, año de la Eurocopa en Donétsk capital, diez mil personas, cifra nada desdeñable aquí, se manifestaron en Mariúpol contra la contaminación bajo el eslogan «¡Dadnos oxígeno!». Maksym fue uno de los promotores de esta protesta. Tuvo cierto eco, tanto que el todopoderoso Ajmétov le llamó por teléfono.

¿Cómo es el famoso Ajmétov, uno de los hacedores o, para otros, destructores de la política aquí y en todo el país? Maksym se encoge de hombros, «uno de los noventa», dice sin dar más explicaciones, como dando a entender que con eso ya lo ha dicho todo. Pero no

habla mal de él, a pesar de que persiguen políticas muy enfrentadas. Ajmétov se curtió en el caos y violencia del Donbás de esa década. Tártaro de origen, como algunos de los clanes gansteriles de la zona, fue protegido de Ajat Bragin o Alik el Griego, un gánster al que asesinaron con una bomba en el estadio del Zhaktar en 1995. El tártaro se hizo con los negocios del Griego y, con el tiempo, se convirtió en uno de los barones del metal del país y quizás su oligarca más rico —su fortuna se llegó a valorar en más de siete mil millones de dólares—. Ajmétov no solo ha promovido figuras del sector prorruso, como el caído Yanukóvich: su mano adinerada está detrás de otros partidos y líderes, también proccidentales. Los oligarcas se cuidan de apostar todos los huevos a una sola cesta. Jack Mendoza, representante legal de Ajmétov y un tipo de pajarita y amplia sonrisa, con quien tuve un par de encuentros fugaces en Kyiv, repetía el mantra de «el señor Ajmétov es ante todo un hombre de negocios, quiere la estabilidad del país y la paz social».

Poco después de esa primera manifestación coordinada por Maksym, Metainvest, una de las compañías paraguas de Ajmétov, anunció que tomarían medidas para modernizar sus plantas y hacerlas más respetuosas con el medioambiente. Maksym dice que la polución es ahora algo menor en el centro, pero aún muy elevada, sobre todo en algunos distritos. No hay tampoco un sistema eficaz de control de emisiones ni de inspecciones. Aunque el sector del metal y su exportación no ha vuelto a ser lo que era en los noventa y los dos mil (entonces, un 42 % de las exportaciones nacionales), las plantas de Mariúpol Illich y Azovstahl, que controla Ajmétov, emplean a decenas de miles de personas en la ciudad. Eso dificulta que cale el mensaje de Maksym y otros, más allá de los sectores que ya les apoyan.

«Sigue reinando una mentalidad soviética, es decir, esperar que el Estado resuelva tus problemas sin tomar decisiones por tu parte. Está especialmente arraigada en esta parte del país, pues estuvo más tiempo en la URSS. Se ve en actitudes reacias al cambio, aunque los activistas también son más eficaces en la movilización inmediata que en los inevitables detalles de las políticas públicas», cuenta Maksym.

Este poso soviético, y el clientelismo de décadas controlando la región, lo sabe explotar bien la Plataforma de Oposición por Vida, en la práctica un reagrupamiento de los grupos de interés que estaban detrás del extinto Partido de las Regiones. Lo lidera Víktor Medvechuk, otro oligarca que controla varios canales de TV y es cercano a Putin (padrino de una de sus hijas) aunque hay quienes le ven más bien como marioneta de utilidad variable para el del Kremlin. Su partido es en la actualidad el segundo en la Rada, con un 13 % del voto. Los nuevos partidos reformistas, como Syla Lyudei o Holos, que encabeza Vakarchuk y también presente en la Rada, empiezan a tener

más votos en la escena local aquí, en el sur y sudeste, si bien en porcentajes aún pequeños; así, en las municipales de 2015, un 10 % de los ciudadanos de Mariúpol votaron a Syla Lyudei, y un 65 % a Oposición. Zelenskyi ganó aquí también en las presidenciales. Como Zhadan, Maksym, a sus cuarenta, piensa que la gente joven no se compromete suficientemente con la política, «están por el amor y ahora por Ze» (alusión coloquial al nuevo presidente). Quizás fuerzas como la suya necesitarían más voces famosas como Zelenskyi o Vakarchuk, reflexiona. «Quizás tendríamos que ser más populistas». Se le ve algo cansado de política y duda si presentarse o no de nuevo.

La UE apoya a esta gente y a ONG locales a través de subvenciones y otros instrumentos. Ellos anhelan una mayor presencia aquí de Europa, la ven como una fuerza democratizadora, pero también piensan que es prioritario conectar con el resto de Ucrania. Pesa mucho la sensación de aislamiento, dado el estado de las carreteras, las malas conexiones ferroviarias, la reducción del tráfico marítimo y un aeropuerto aún cerrado por la inseguridad. «Mariúpol es casi una isla», concluye Maksym. Anota mi teléfono para tomar algo luego y se marcha en su coche con banderas nacionales en las ventanas. Es 23 de agosto, día de esa bandera.

Entre sus más de cuatrocientos mil habitantes, además de ucranianos y rusos, Mariúpol ha incluido históricamente la población de griegos pónticos más importante del país. Fundada a finales del siglo XVIII, en plena extensión del Imperio ruso, se convirtió en un puerto comercial relevante y punto de salida para mercancías como el grano o el carbón de la cuenca del río Donets, que fluye a través del Donbás. La industrialización llegó después y su legado más visible son precisamente esas plantas metalúrgicas envueltas en humos que forman parte indisoluble de la ciudad. Supongo que también de los pulmones y del circuito sanguíneo de sus habitantes.

Kiril nos lleva a una cervecería junto al Ayuntamiento. Varias personas le saludan y vienen a charlar brevemente con él. Nos pone al día de su partido, que va a celebrar pronto un congreso. Syla Lyudei ha cosechado algunos buenos resultados locales en los primeros años tras el Maidán, pero ahora el partido está bajo mínimos ante el avasallador «efecto Ze» y la casi total restructuración del mapa político a que ha conducido el de Kryvyi Rih.

«Mucha gente nos quiere para la ciudad y sus problemas diarios, pero no tanto para la política nacional. Sí, hemos logrado cosas aquí, con mucho en contra, como dices, pero tenemos que pensar en el futuro. ¿Partidos de izquierda, socialdemócratas, liberales y conservadores como en Europa? ¡Ojalá! Eso sería que avanzamos hacia una política normal… aburrida», añade entre risas, pero «Ucrania no está preparada todavía para un verdadero sistema de

partidos».

En camiseta y vaqueros, de rostro afable, Kiril es un buen tipo, del estilo genuino que se encuentra en los sitios más insospechados de este país, como aquí en Mariúpol, junto al frente. A primera vista, casi no parece que ese frente esté cerca. No se escucha ninguna detonación por el este ni tampoco se ven muchos recordatorios de la guerra, más allá de algunos edificios dañados, personal militar («menos que en otras ciudades europeas en la actualidad, como Bruselas», dice Lesya) y bloques antitanque, pintados con *petrykivka*. Estas flores de hormigón se unen al incipiente arte callejero que cubre de ilustraciones vanguardistas y grafitis las fachadas de edificios y patios, uniendo lo viejo y lo nuevo. En verano, Mariúpol no dista mucho de una desenfadada capital de provincia junto al mar que recobra vida al final de la jornada, cuando baja el calor y la gente sale a pasear y tomar algo.

Mariúpol está a un par de docenas de kilómetros de donde ese frente se congeló, más o menos, en el invierno de 2015. Más o menos porque el conflicto no está congelado, sino latente.

Ucrania firmó los acuerdos de Minsk en dos momentos de gran debilidad militar: Ilovaysk y Debaltseve. En el primero, a finales de agosto de 2014, fuerzas rusas y separatistas rodearon al ejército ucraniano, que había logrado recuperar esa ciudad en su ofensiva, exitosa hasta la entrada del ejército ruso. Los ucranianos intentaron una retirada el 29; les atacaron, causando cientos de bajas. Fue una tragedia nacional. Ese septiembre se firmó el Protocolo de Minsk (llamado Minsk I), que replicaba una propuesta inicial de paz de Poroshenko, pero naufragó por otra ofensiva separatista-rusa desde fines de 2014. En ella, tomaron el aeropuerto de Donétsk (aún controlado por Kyiv), batalla que destruyó otro icono del espléndido periodo de la Eurocopa 2012, y después Debaltseve, un saliente entre las dos Repúblicas y todavía en manos del Gobierno central.

Entretanto, en febrero de 2015 Ucrania, Rusia y los separatistas, con la OSCE, firmaban Minsk II, un paquete de medidas políticas y de seguridad. Las últimas incluían un alto el fuego y la retirada de armamento pesado a lo largo de la Línea de Contacto, que observaría la OSCE; retirada de «todas las formaciones armadas extranjeras», mercenarios, y desarme de «todos los grupos ilegales», y el eventual retorno a control ucraniano de su frontera con Rusia: un tema clave, pues por ella pasan regularmente fuerzas rusas y asociadas, así como armamento militar para las «Repúblicas». Las provisiones políticas estipulaban elecciones locales anticipadas, conforme a la legislación ucraniana y estándares OSCE; reforma constitucional y una ley de estatus especial de autogobierno para «distritos particulares de Donétsk y Luhánsk», es decir, las «Repúblicas». Otros aspectos sensibles eran las medidas de amnistía para partícipes en los eventos de 2014-2015 en el Donbás: muchos ucranianos lo vieron como una carta blanca para que mercenarios prorrusos que ellos consideran terroristas no respondieran ante la justicia e incluso ocuparan puestos de responsabilidad, por ejemplo, como fuerzas de seguridad en las «milicias del pueblo».

Los acuerdos de Minsk son muy polémicos en este país,

esencialmente los ven como una imposición rusa a punta de kaláshnikov. En parte, nacieron tocados por el hecho de que, pocos días después de su firma, Rusia y los separatistas terminaron con el llamado «bolsillo de Debaltseve», lo que resultó en otra desastrosa retirada ucraniana. Este nuevo trauma nacional siguió a Crimea e Ilovaysk. En la lógica imperial rusa que aplica a otros conflictos del espacio postsoviético, pero con especial vehemencia aquí, Moscú buscaba con estos acuerdos debilitar la soberanía y libre determinación ucranianas, y su acercamiento a Europa, mediante un conflicto para congelar o descongelar a gusto, que polarizara a Ucrania constantemente. El manual ruso para antiguas colonias: dejar cojos a estos frágiles países para que no puedan seguir el camino por su cuenta. El objetivo primario de Putin y su círculo es recuperar el control de Kyiv y devolver a Ucrania a la órbita rusa; el Donbás y su población son medio y excusa para ello, no fines en sí mismos. Eso lo comprobaron algunos separatistas frustrados, purgados en autogolpes de Estado o eliminados por facciones más dóciles, por los servicios de inteligencia rusos o por ambos.

Poco antes de nuestra visita al sudeste, mueren ocho soldados ucranianos, aunque teóricamente rija un alto el fuego veraniego (*hlivne*, de cosecha) y sea un momento de gestos como el repliegue de fuerzas de ambas partes en puntos concretos, conforme a un acuerdo que facilita la OSCE. Tales gestos vienen de Ucrania y de un Zelenskyi comprometido a buscar la paz en el Donbás, una promesa electoral. El nuevo presidente ha retomado la apuesta por conversaciones directas con Putin, a pesar de sus riesgos y del coste en una opinión pública cansada de la guerra, pero que tampoco quiere «paz a cualquier precio», mensaje que se oye mucho por aquí. Zelenskyi también se prodiga en mensajes hacia la población al otro lado de la Línea.

Por su origen judío, rusófono, prodiálogo (aunque manteniendo las líneas rojas de su país) y en el poder tras unas elecciones reconocidas como libres por observadores internacionales, Zelenskyi complica aún más la propaganda rusa sobre un Kyiv bajo las garras del nazismo. Este excomediante y sobre todo *entrepreneur* mediático de éxito, se hizo popular como protagonista de la serie *Sluha Narodu* («Servidor del pueblo»), producida por su propia compañía, Kvartal 95, y hoy en Netflix. En ella representa al maestro Vasyl Petrovych Holoborodko, un don nadie con buenas intenciones a quien ni su familia toma en serio. Un día se convierte por azar en presidente del país. Es una serie bastante *naif*, aunque con momentos irónicos sobre la política nacional. De tan popular, la cadena rusa TNT (del gigantesco conglomerado Gazprom Media) la emitió brevemente en el país vecino en diciembre de 2019, pero eliminando una escena: los asistentes de Holoborodko le piden que elija un reloj y traje caros conforme a su

nuevo estatus de presidente ucraniano; le dicen que Putin lleva la marca suiza Hublot, pronunciándolo *jubló*, lo que se parece bastante al *juyló* («capullo») habitual en los eslóganes ucranianos anti-Putin. Holoborodko pregunta: «*¿Putin* hubló?». Pegas de ser un país enorme como Rusia: a pesar de la censura, ese trozo se pudo ver en su extremo oriental.

En un giro posmoderno, el carismático para unos, populista para otros, Zelenskyi ahora es un presidente real y tiene que medirse con el otro Volodymyr ruso, cuya *alma mater* fue el KGB. Analistas rusos y ucranianos comentan que la popularidad de Zelenskyi entre la juventud rusa, que se salta la censura accediendo a Instagram y Facebook, inquieta a Putin. Este roza la fase septuagenaria y envejece inexorablemente, a pesar de toda la filmografía épica de paseos a caballo en torso desnudo, ocultando su baja estatura. Zelenskyi entra al ruedo sin complejos, con vídeos en YouTube en los que se dirige directamente a Putin. La falta de química mutua se hizo evidente en la Cumbre de Normandía, en París, en diciembre de 2019, junto a Merkel y Macron, en virtud de países mediadores de los acuerdos de Minsk. El veterano Putin invita sonriente al novato Zelenskyi a mirar a la prensa tras sentarse este de espaldas. Si las sonrisas de desprecio mataran, esa sería un ejemplo.

Kyiv y Moscú llevan años de tira y afloja con los acuerdos de Minsk. La Rada, cumpliendo en parte los acuerdos, ha aprobado y renovado varias veces una ley temporal de estatus especial para esos territorios, pero arrastra los pies para dar otros pasos políticos muy delicados. Insiste en la urgencia de aplicar las provisiones de seguridad, sobre todo el alto el fuego, recuperar el control de su frontera y lograr la retirada de formaciones extranjeras y mercenarios (rusos, se entiende), precondiciones para un acuerdo político y con visos democráticos, como implicaría la reforma constitucional y elecciones en los territorios controlados por Rusia. No hay tampoco acuerdo en el tipo de elecciones que deben celebrarse en esos territorios. Los ucranianos temen que una aplicación incondicional de los aspectos políticos de Minsk, como parece tentar periódicamente a Francia y Alemania, merme aún más su soberanía y frágil proyecto democrático. En su autorrelato, Rusia se presenta como mediadora de una guerra civil y no parte del conflicto, y acusa a Kyiv de incumplir los acuerdos.

Con el tiempo, el de Netflix demuestra no tener un pelo de tonto y mantiene su posición, moviendo fichas como un jugador de póker con experiencia en Hollywood. A menudo, descoloca a sus propios socios occidentales y enerva al ex-KGB. La diplomacia se estanca a pesar de un Macron decidido, pase lo que pase, a mejorar las relaciones con Putin y pasar página respecto a Ucrania.

Seguro que ha sido el ejército ucraniano

Al diseñador se le quiebra la voz. Le dejo que se recupere.
—Los pueblos de la Unión Soviética luchan los unos contra los otros usando su arma.
—¿Qué le vamos a hacer? No creo que se pueda decir que si mi fusil no existiese, tampoco habría estas guerras. ¿No es cierto? Después de todo, yo hice ese fusil para defender las fronteras de nuestra patria. Y ahora los antiguos hermanos se disparan los unos a los otros. (Jacek Hugo-Bader en conversación con Myjail Timoféyevich Kaláshnikov)[58].

La noche antes de dejar Mariúpol quedamos con Kiril, Maksym y Nataliya, una periodista local. Estamos en un restaurante cerca de la sede de la Administración local que los prorrusos tomaron en la primavera de 2014. Cubre la fachada una lona con el ancla del escudo de armas de Mariúpol y un mensaje en ucraniano e inglés reza «Mariúpol es Ucrania». La lona oculta los daños de los enfrentamientos al inicio de la guerra. Nataliya, que ha publicado una crónica sobre esos meses, cuenta que mucha gente de esta región siempre ha tenido lazos estrechos con Rusia, con familiares al otro lado de la frontera. Los sentimientos prorrusos han sido muy altos, pero no había realmente tendencias separatistas antes de 2014, «cuando vimos cómo esas ideas eran impuestas con nuevas técnicas», dice.

Maksym añade: «Al principio las protestas anti-Maidán y contra Kyiv eran pequeñas y había bastante gente de ciudades rusas como Rostov, que está cerca de aquí. Estos grupos y los mercenarios que también fueron llegando preguntaban con acento ruso por la dirección del consejo local. Luego sí se les unió gente de Mariúpol, muchos de ellos oportunistas descontentos que vieron una oportunidad de medrar en un momento de incertidumbre. Al principio, unos cuantos ciudadanos, incluido el alcalde, evitaron posicionarse esas semanas en las que estuvo en el aire quién prevalecería. ¿Los separatistas prorrusos o las milicias? Locales, incluidos perfiles criminales; voluntarios y mercenarios rusos y, por momentos, fuerzas del ejército regular ruso, además de figuras de los servicios de seguridad e inteligencia de Moscú».

En Mariúpol, durante esas primeras semanas de la primavera de 2014 las unidades del ejército ucraniano se mantuvieron en el aeropuerto casi todo el tiempo e intervenían de forma puntual. Maksym y otros piensan que el Estado tenía que haber sido más duro y decisivo en esa fase muy inicial de los levantamientos. Eso podría haber desalentado a Moscú de interferir más. El 9 de mayo, Día de la

Victoria soviética contra la Alemania nazi, grupos armados entraron en el edificio de la policía local, accedieron a sus armas y, bloqueando las calles circundantes, dispararon a la Guardia Nacional y a las unidades del SBU. Intentando crear una apariencia de fuerzas locales y de movimiento espontáneo apoyado por manifestantes, la estrategia consistía en lograr el control de la ciudad, empezando por derribar los pocos vestigios de autoridad del Estado. Pero los focos de resistencia local lo impidieron, junto al ejército y unidades de voluntarios. No fue hasta mediados de junio cuando el Gobierno recuperó el control de la ciudad, operación en la que jugó un papel importante el batallón de Azov. Este controvertido batallón se formó en mayo de 2014 por voluntarios, a menudo del entorno de *hooligans* de fútbol y la extrema derecha, incluidos grupúsculos neonazis, aspecto que Rusia usó hábilmente para su narrativa antiucraniana. Lo financiaron, entre otros, el oligarca de origen judío Ihor Kolomoisky, hombre fuerte de Dnipró e inicialmente promotor de Zelenskyi. No obstante, gran parte de sus líderes iniciales en la ultraderecha lo abandonaron para hacer política: crearon el Cuerpo Nacional, que se estrelló electoralmente. Mientras, el batallón en sí fue acogiendo más voluntarios, se profesionalizó e integró en la Guardia Nacional, dependiente del Ministerio de Interior. Kyiv impulsó el proceso para integrar en la estructura del Estado a los batallones de voluntarios, claves en la primera etapa de la guerra, en opinión de otros, para tenerlos más controlados. Presente en Mariúpol, la mayor parte de los miembros del Batallón Azov hablan ruso, y entre sus filas hay ucranianos, rusos, tártaros, judíos, georgianos y griegos. Muchos analistas ucranianos sostienen que la profesionalización del batallón ha servido para purgar gradualmente sus elementos radicales y filonazis; otros, dudan.

Nataliya habla orgullosa de Mariúpol como uno de los primeros casos de resistencia exitosa contra Moscú. La violencia hizo disminuir el apoyo a Rusia y al separatismo. La balanza de intereses fácticos probablemente jugó también su papel, con Ajmétov moviéndose de forma clara en apoyo a la integridad territorial. Aun así, en agosto de 2014 el ejército ruso llegó a doce kilómetros de la ciudad. El 24 de enero, cohetes Grad lanzados por grupos de la DNR mataron a treinta personas e hirieron a otras cien.

En esos meses difíciles, Maksym iba de un lado al otro procurando hablar con simpatizantes prorrusos, consciente del impacto de las historias virales, unas cuantas inventadas o tergiversadas, sobre ataques indiscriminados del ejército nacional. *Donbás*, la película del cineasta bielorruso Sergei Loznitsa, recrea con humor negro algunos de estos episodios *fake*, con plañideras profesionales delante de la cámara de TV rusa de turno, que cambian de tema y tono una vez fuera del foco. En un entorno en el que abundan provocadores y otros

instrumentos de la tecnología política, la propaganda era más fuerte que la realidad, dice Maksym. Un día se plantó en la escena de un bombardeo reciente para grabar con su móvil el cráter de un impacto en el pavimento. Con su brújula digital y datos de fuentes abiertas, pudo reconstruir la trayectoria del proyectil, en este caso, proveniente del este, es decir, de la zona que controlaban los grupos armados prorrusos. Le miraba sin parar una anciana, con la cara escéptica: Maksym le mostró varias veces su móvil con la aguja indicando el este, pero ella negaba la cabeza y le decía machaconamente que «seguro que ha sido el ejército» [ucraniano].

Rusia, que ya controlaba férreamente Crimea, reforzó su estrategia en el mar de Azov, que a finales de noviembre de 2018 devolvió a Ucrania a las noticias. Barcos del FSB, uno de los servicios de seguridad e inteligencia rusos y heredero del KGB, hostigaron a un remolcador y dos pequeñas patrulleras ucranianas que pretendían cruzar el estrecho de Kerch, rumbo a Mariúpol. Moscú alegó que habían entrado ilegalmente en aguas que Rusia considera propias tras la anexión de Crimea (la comunidad internacional no las reconoce). Según un tratado de 2003 entre ambos países, el mar de Azov y el estrecho de Kerch son aguas compartidas, con libertad de navegación y pasaje. Los rusos dispararon por lo menos a uno de los barcos ucranianos en aguas internacionales. El choque se cerró con heridos, prisioneros y la captura de los tres barcos. Ante el temor al estallido de nuevas hostilidades, la Rada aprobó una ley marcial para las zonas en conflicto, que expiró el 26 de diciembre.

La estrategia rusa buscaría un bloqueo del mar de Azov, restringiendo el acceso de Ucrania y el disfrute de sus derechos territoriales, lo que equivaldría a una anexión gradual de estas aguas, rematando la operación de Crimea y asfixiando económicamente el sudeste de este país. Mariúpol sería aún más esa isla que teme Maksym. De ese modo, tarde o temprano la región caería bajo control ruso, formando un corredor entre Crimea y el Donbás que ya intentaron en 2014. Ucrania, como se habla mucho por aquí estos días, quiere reconstruir a toda prisa su flota. En el divorcio iniciado en los 90, entregó, con muchos recelos y por presión de Washington, su arsenal nuclear —el tercero del mundo— a Rusia a cambio de garantías políticas de respeto a su soberanía e integridad territorial, incluida la prohibición del uso de la fuerza (también nuclear) contra ella; garantías que recogió el Memorando de Budapest entre Ucrania, Rusia, Reino Unido y EE. UU. (1994)[59]. Ucrania recibió cálidos mensajes de apertura a la vía euro-atlántica, firmó poco después sendos acuerdos de cooperación y asociación con la UE y la OTAN, y se adhirió al Tratado de No Proliferación Nuclear. Incluso firmó un Tratado de Amistad con Rusia en 1997, que garantizaba las fronteras

mutuas y su integridad territorial. No obstante, tras 2014 algunos cuestionan si, en lo tocante a su arsenal nuclear, tenían que haber dicho «no» a Washington. Además de las nucleares, Kyiv entregó a Moscú otras armas de su inventario y la mayor parte de su flota naval.

Tras casi un año detenidos por Rusia, Zelenskyi logró la liberación de los marineros ucranianos de ese incidente de noviembre. Muchos de ellos, chicos de dieciocho o veinte años que formaron parte del intercambio de prisioneros con Moscú en septiembre de 2019. Es el mismo que incluyó además a Sentsov y Kolchenko. Un tiempo después, Rusia devolvió también los barcos, pero sin las armas, sin el sistema de comunicación de radio y, al parecer, sin retretes, Dios sabrá por qué.

[58] Hugo-Bader, J., *En el valle del paraíso: viaje a las ruinas de la URSS*, La Caja Books, 2021.
[59] Se firmaron documentos similares con Kazajstán y Bielorrusia.

Ucrania resiste tópicos y está en la vanguardia del presente. Otros países más desarrollados tienen ataques de nervios sobre cómo equilibrar su identidad con las fluctuaciones e inestabilidades de la globalización. Ucrania ha negociado desde mucho antes las paradojas de ser una nación no lineal (Peter Pomerantsev).

El desenfado de este agosto no logra aliviar del todo esa continua percepción de vulnerabilidad estratégica en Mariúpol, aunque sí ayuda mucho a relativizarla. Cuando pregunto a Maksym, Kiril y Nataliya sobre lealtades locales, lo piensan un rato. Maksym estima que en torno a un 30 % son proucranianos, otro porcentaje similar, prorrusos —muchos más bien nostálgicos de la URSS, matiza Nataliya — y que un espacio medio se mantiene «entre la ambigüedad y la apatía». ¿Los jóvenes? Claramente más proucranianos.

Con lo que se sabe del otro lado de la Línea de Contacto y de la realidad de las pseudorrepúblicas apoyadas por Moscú, la balanza parecería haberse inclinado más a favor de Ucrania entre ese sector intermedio de población. Ella cuenta cómo mantiene trato con amigos y conocidos al otro lado, aunque desde la publicación de su libro no va ya por allí, por su seguridad. Dice que hay mucho hastío, también entre gente que solía ser prorrusa; están «cansados de no tener cosas normales, como teléfonos o bancos que funcionen». Es escéptica con los esfuerzos del equipo de Zelenskyi, con sus campañas de información modernas y gestos para recuperar a esa gente al otro lado. Todo eso «no puede cambiar las mentes» y dichas iniciativas solo funcionarán cuando Rusia se retire. Escéptica, pero tampoco amarga, con Occidente y la UE, concluye que hay mucha decepción: «La gente se ha despertado a la realidad de Europa. ¿Lo mejor que puede hacer Europa? No traicionar los principios democráticos».

A la salida del restaurante, la puesta de sol púrpura ilumina los tejados y las cúpulas doradas. Es como si el sol hubiera estallado por fin y el cielo ardiera en llamas. Esa noche nos damos un último baño. Las aguas negras se confunden con el horizonte y las grúas de los muelles.

El día siguiente es 24 de agosto, Día de la Independencia, que rememora la votación en el Soviet Supremo de la entonces República Soviética, en 1991, antes del referéndum. En el parque central, engalanado de banderas nacionales, una orquesta toca marchas alegres para un público que incluye desde familias y parejas hasta militares fuera de servicio. Las chicas lucen blusas veraniegas y faldas cortas; sus vestidos estampados de flores recuerdan a los *petrykivka* de

los bloques antitanque. Otros grupos hacen pícnic en los jardines, guareciéndose del sol bajo la sombra de los árboles. Niños y no tan niños se salpican con los chorros de agua que como géiseres emergen de las estrellas de mármol del suelo de la plaza. El aire ahora parece limpio, incluso, de brisa marina. Un momento de paz que intento recoger, sin lograrlo, con la cámara.

Horas después, tras otro control militar, salimos de regreso a Zaporiyia. El legado griego de Mariúpol tendrá que esperar a la siguiente visita, quizás en primavera. ¡Aún queda tanto que descubrir! Vamos por otra carretera que nos ha indicado Kiril y que está en mejor estado. Mirando los campos a través de la ventana del coche, Lesya está menos entusiasmada que yo y musita «…pensar que esta región en sus orígenes fue una tierra de libertad para gente que huía de la opresión…», antes de caer en uno de sus silencios.

¿La nube radiactiva de Arjangelsk? Se desvaneció en miles de millones de fragmentos, muchos de los cuales se unieron a los de la colorida humareda que de Mariúpol sube al inmenso cielo azul.

CERRANDO CÍRCULOS

Disidentes

> Empezó a rezar… por la independencia el veinticuatro de agosto de 1991, cuando todo se decidió en horas: Señor —rogó, temblando— ayuda, no para nosotros, pues no la merecemos, sino por todos los que han muerto antes en esta causa, de los que no hay cuenta. (Oksana Zabuzhko, *Trabajo de campo en el sexo ucraniano*)60.

El verano toca a su fin, como el Festival Internacional de Literatura Meridian Czernowitz. La primera vez que paré en Chernivtsí estaba de paso; venía conduciendo desde otro festival en Raznov, en la vecina Rumanía, y sin mi cámara de fotos (me la habían robado en una parada técnica). La parte antigua de esta ciudad, con sus calles pavimentadas de adoquines y edificios de fachada majestuosa, remiten a su pasado austrohúngaro y recuerdan a Lviv. Antes del Holocausto, Chernivtsí tenía una importante población judía, en torno a una tercera parte del censo, y decenas de sinagogas. Cuando la Rumanía del dictador Ion Antonescu tomó la ciudad en 1941, el nuevo alcalde Traian Popovici evitó la deportación de unos veinte mil judíos a Transnistria, lo que hubiera significado una muerte segura. Tras la guerra, muchos supervivientes emigraron a Israel, así que hoy hay apenas dos mil judíos en Chernivtsí y un par de sinagogas.

Sentado al otro lado de la mesa en esta habitación en penumbra y llena de papeles que pasa como su oficina, Yosef Zisels, vieja americana y chaleco, barba blanca y mirada tranquila, se adentra de lleno en una conversación quizá demasiado intelectual para mi cabeza tras otra noche en el Contrabanda. Sirvió en la armada soviética y en los setenta empezó su actividad política en movimientos clandestinos judíos y prodemocráticos. Le expulsaron del Komsomol y se unió a la rama ucraniana de las organizaciones Helsinki, de derechos humanos. Fue detenido, pasó tres años en la cárcel y le condenaron a tres más. En 1987 rechazó una amnistía condicional a su firma de un documento por el que renunciaba a toda actividad política. En total pasó seis años en prisión, varios en Rusia; te lo cuenta sin acritud.

La disidencia ucraniana aportó probablemente el mayor número de disidentes y prisioneros políticos durante la URSS. Zisels pertenece a la generación de los sesenta, más conocidos aquí como *shistdesiatnyky* (algo así como «sesenteros»), cuyo activismo político tiró de términos y conceptos del socialismo y del discurso sobre derechos humanos de entonces. Las autoridades reprimieron duramente a los *shistdesiatnyky*, con varias oleadas de detenciones.

Para Zisels, copresidente de la Asociación de Organizaciones y

Comunidades Judías de Ucrania (VAAD), Ucrania tiene «dos poderosos centros de identidad, Europa y Asia/Eurasia, incluida Rusia. Es una cuestión de diferentes valores y diferente percepción del derecho. Hay una creciente conciencia de pertenecer a Occidente. Los rusos sacrificarían la libertad por *grandeur*, pero Ucrania no quiere ser imperio, no quiere ser grande: solo un país normal. Tiene gran potencial para la supervivencia individual, pero aún falta mucha responsabilidad colectiva. El fenómeno de los voluntarios y activistas tras el Maidán es un ejemplo de esa responsabilidad de que hablo y una evolución desde la Revolución Naranja».

Tiene sentimientos encontrados sobre el proceso de descomunización. Por una parte, piensa que podía haber sido algo importante hace veinticinco años, pero no hoy, aunque, añade, «quizá es bueno que tenga lugar ahora». No parece interesarle mucho; es más incisivo con la polémica sobre un nuevo proyecto de memorial que se está diseñando en torno a Babi Yar y que está planteando interrogantes, también sobre los vínculos del nuevo patronato con oligarcas cercanos a Putin. Hay críticas de la sociedad civil e historiadores ucranianos; temen que se convierta en otra plataforma de promoción de la narrativa rusa sobre la Segunda Guerra Mundial, a menudo antiucraniana. Snyder la resume como: «solo los rusos lucharon contra los fascistas» —y estos eran esencialmente todos los demás— y «liberación = Rusia, colaboracionismo con los nazis = Ucrania». Zisels habla de la *pobedobesie* o cultura de «locura de victoria» que impulsa Putin, y que les ha llevado a apropiarse del 9 de Mayo, rusificando la victoria contra los nazis. También critica que parte del emplazamiento diseñado para el nuevo memorial afectará a un cementerio judío.

Zisels sería partidario de un museo de historia de los judíos ucranianos, similar al existente en Polonia sobre los judíos polacos. Hay una transformación nacional en marcha: «Solíamos ser judíos soviéticos y ahora nos estamos volviendo judíos ucranianos». Otro intelectual judío, Leonid Finberg, considera que es equívoco hablar hoy de comunidad judía organizada en este país, pues no es tan influyente como antaño. «Muchas organizaciones son ficticias, las usan oligarcas de origen judío que en algún momento quieren figurar como líderes judíos». La excepción sería VAAD, la de Zisels, aunque Finberg aclara que tampoco representa los intereses de todos los judíos. Antes de salir de su oficina, pregunto a Zisels si es optimista con el futuro de su país. «¡Mucho!», y añade sonriente que «probaremos Europa cien o doscientos años. Luego veremos».

A la salida me reencuentro con dos estudiantes, Myroslava y Julia, con quienes los organizadores me han puesto en contacto para el festival. En un establecimiento de comida rápida, la televisión

proyecta un vídeo musical con tres mujeres seduciendo a un hombre en la tercera o cuarta edad. Entre risas, las chicas me dicen que es un popular grupo de pop-tecno ruso llamado Via Gra. Myroslava, de Dnipró, añade que son «algo así como Pussycat Dolls, pero sin casi saber cantar». Ambas han venido al Meridian porque les encanta la literatura. Julia es fan de Zhadan i Sobaky, y logró hacerse con varios autógrafos suyos tras el concierto.

En una sala de cine estrenan *Amputación*, documental coproducido por Igor Pomerantsev, el padre de Peter, y Lidiya Starodobtseva. Recoge testimonios de soldados ucranianos y voluntarios en batallones, mutilados en la guerra, que reaprenden a caminar con piernas ortopédicas. El documental es en gran medida una metáfora sobre la amputación de Ucrania a causa de la guerra con Rusia, con el constante sonido de los martillos golpeando el metal de las nuevas piernas, mientras Igor lee poemas de fondo. Pomerantsev padre, a quien he conocido un par de días antes en la avioneta desde Lviv, fue también disidente soviético antes de escaparse a Alemania. Luego se asentó en el Reino Unido, donde empezó a trabajar para la BBC. Hombre muy culto y gran aficionado a la enología, no consigo que me hable sobre su etapa de disidencia, aunque lo intento toda la semana del festival. Claramente, no le apetece y me remite a su libro de poesía *KGB y otros poemas*. «Ahí está todo», y cambia de tema.

El Meridian Czernowitz concluye con un gran concierto nocturno en una de las plazas principales de la ciudad, abarrotada de gente. La banda interpreta jazz y música *yiddish*. Tras varios días de música y recitales literarios, noto una punzada de melancolía. Quizás es que el verano termina, que no quiero que el festival concluya o las dos cosas a la vez. Una hora antes he despedido en la estación de tren a Myroslava y a Julia —por una vez, soy yo el que despide—, que regresan a Kyiv, las mochilas casi más grandes que ellas.

[60] Traducción del autor.

¿Adiós Ulianov?

[Pedestal vacío en plaza Soborna, Drushkivka/Drushkovka, *oblast* de Donétsk, un verano].

Un hombre de mediana edad, con dos bolsas de plástico, se acerca e interpela a Sergiy:

—¿Por qué le quitasteis? ¡Lenin hizo mucho por Drushkovka, por todos nosotros!

—Fue su propio Ayuntamiento el que lo retiró…

—Solo sabéis quitar monumentos y borrar nuestro legado en Drushkovka. No respetáis nada —espeta el hombre, más apesadumbrado que indignado, aunque con evidentes ganas de desahogarse.

—¿Usted sabe que Lenin nunca estuvo en Drushkovka? ¿Que nunca hizo nada por nuestra ciudad?

—Eso no es verdad, pero qué dices. ¡Creó nuestra economía, la fábrica donde trabajé yo y media Drushkovka! —insiste el individuo, ojiplático, alzando los hombros.

—No, la planta industrial la fundaron los belgas y franceses, no Lenin. La propaganda *sovok* les hizo creer que fueron Lenin y Stalin, pero no es verdad. ¡La televisión les está zombificando! [ucranianos y también rusos usan el término *zomboyashik* —algo así como «caja», de *yashik*, por las teles viejas, y «zombi», para los que creen todo lo que dice la TV rusa y sus canales en este país].

—Vosotros los Maidán solo sabéis quitar monumentos y borrar nuestra historia. —Sigue su camino, enfurruñado.

«—Quitaron la estatua por la mañana. Era la primavera vez que las autoridades locales aquí tenían que hacer algo así y estaban un poco perdidos, la verdad. Les llevó seis horas. Luego pasó un grupo de pensionistas y vieron el pedestal vacío. No les hizo mucha gracia. ¿La gente joven? En general indiferente. Apenas tienen nada que hacer en esta ciudad, no hay casi trabajo. También los hay que defienden a Lenin, aunque hayan nacido tras la independencia.

»—¿Por qué le defiendes? —pregunté a un conocido que un día me soltó eso en nuestro bloque.

»—Bueno —respondió—, es que mis padres hablan muy bien de él

en casa.

»—Tío, vuelve por favor a terminar la escuela y estudia historia —le dije.

»A veces pienso como mi hermano, que dice que solo nos empezará a ir mejor cuando desaparezca la generación que vivió bajo la URSS. Entonces empezaremos a avanzar hacia una vida más democrática. Pero, entretanto, no podemos esperar a que nadie haga nada por ti, ni el Ayuntamiento aquí, tampoco la autoridad central de Kyiv: nosotros mismos. Solo cuando la gente entienda que tenemos que valernos por nosotros mismos, podremos avanzar. La URSS hizo pensar a nuestros padres, madres y abuelos que el Estado lo tiene que hacer todo por ellos. Por eso tenemos la situación que ves aquí. ¿Que dónde terminó el busto de Lenin? *[cara de póker]*. Pues, sin ninguna duda, voló en unicornio a la Ciudad Esmeralda *[risas]*».

Meses después aparecen pintadas en la oficina de Sergiy, coordinador de Nueva Drushkivka, una organización que impulsa iniciativas ciudadanas aquí (por ejemplo, en la mejora de los tranvías y espacios verdes y programas para jóvenes), con financiación europea. «¡Pronkin *juyló*! ¡Estás en la lista». En un *post* en Instagram, Sergiy dice que eso «es que vamos en la dirección correcta», añadiendo emoticonos sonrientes.

Una hora más tarde, mientras espero al tranvía, descubro que esperando conmigo está también el hombre que ha discutido con Sergiy junto al pedestal en que estuvo Ulianov. Me acerco y le pregunto así, en general, cómo ve las cosas ahora, la guerra, todo eso. Se encoge de hombros.

—No le importamos nada a Kiev. Tampoco me gustaba Yanukóvich, ni Boyko ahora [otro líder populista prorruso], son ladrones… Pero son de aquí, ¿sabes? No creo que Kiev sean todos *banderovtsi,* no, pero sí que nos desprecian. Mira qué abandonada tienen nuestra región…

Prosigue su diatriba cuando ve que escucho e incluso tomo notas: —La guerra no la ha empezado Rusia, sino los oligarcas. ¿Por qué iba Rusia a atacar Ucrania? Vaya tontería más grande. ¡Son los oligarcas! Ellos están en guerra. No te creas nada —insiste gesticulando con el brazo, aunque más relajado que hace un rato.

El tranvía me deja junto a la pequeña estación de tren de Drushkivka, con su fachada azul. De sus puertas entran y salen viajeros en atuendo veraniego, la mayor parte de ellos gente mayor, sin las prisas de Kyiv. El sol aprieta y yo no sé ya bien qué creer.

Spetsnasz!

La cojera que tiene Yaroslav desde hace algún tiempo, nadie en la familia sabe de dónde viene, quizás de unas varices que parecen incurables. Pero ni esa cojera ni sus casi setenta años le impiden dominar el viejo sidecar rojo del cobertizo, cuidar el huerto y los animales, hacer recados por la ciudad o arreglos en la casa de la calle Iván Frankó. Nunca para quieto. Cuenta historias de su juventud, de cuando trabajó en un *koljoz* y en una fábrica de equipamiento para televisores, y de sus años en el sector de la construcción en Polonia y la República Checa, cuando ya no había URSS. Historias de cuando le pasaban cosas.

A menudo las repite, pero da igual. Me encanta escucharlas, aunque cuesta entender casi todo de su dialecto ucraniano influido por su origen *lemko*, del sudeste de la actual Polonia (que algunos llaman Lémkivschyna). Los *lemko*, históricamente un pueblo sin Estado muy definido, han ido por libre. Al final del periodo Habsburgo, tras la primera Guerra Mundial, habría unos ciento cincuenta mil *lemkos* en Galitzia. Muchos eran rusófilos y les atraía poco el proyecto nacional que los ucranianos, enfrentados a los polacos, intentaban construir en esta región. De hecho, los *lemkos* proclamaron la República Lemko-Rusyn, en los lindes de la cordillera Beskidos, una parte de los Cárpatos entre las actuales Polonia y Eslovaquia. Este proto-Estado planteó primero la anexión por Rusia y luego la integración en Checoslovaquia, pero los polacos lo disolvieron en 1920[61]. Esa rusofilia inicial de una parte del pueblo *lemko* desapareció cuando los comunistas polacos les deportaron, junto a los ucranianos, a la Ucrania soviética, dejando una plácida vida en la cordillera Beskidos por *koljozes* en la estepa. Muchos regresaron por sus pies. Los polacos atacaron pueblos ucranianos y *lemkos* para acelerar el proceso de limpieza étnica, matando a miles, lo que reforzó la UPA allí. Hoy se identifican mayormente como ucranianos y *lemkos*.

Cuando aparezco por Sambir, Yaroslav sale a la puerta o deja lo que está haciendo en el huerto y viene a saludar, jovial y bromista. A menudo exclama «Spetsnaz!», haciendo ademán de tener una metralleta en las manos. *Spetsnaz* es la abreviatura rusa de unidades con misión especial, esto es: fuerzas de operaciones especiales integradas en la inteligencia, el ejército o la policía desde la etapa

soviética, y que siguen formando parte de estas estructuras en Rusia, Ucrania o Bielorrusia. A veces se les compara con los Navy Seals de EE. UU. Una narrativa rusa, reflejada en viejas series de TV y películas, representa a los *Spetsnaz* como héroes o protectores del país en tiempos de inseguridad y caos como los noventa. Hoy es otro tema con tintes propagandísticos, por ejemplo, sobre la anexión de Crimea, en la que participaron algunas unidades *Spetsnaz*, o la guerra rusa en Siria. También se les asocia a la violencia del Maidán (como los Alfa que el Gobierno desplegó en el edificio de los Sindicatos de Kyiv, la noche que este ardió), a las fuerzas de seguridad bielorrusas (OMON) que detienen o pegan a manifestantes en las calles de Minsk durante las protestas contra Lukashenko, y a unidades policiales y paramilitares que hacen lo mismo en Moscú o San Petersburgo. No sé por qué Yaroslav empezó esa broma conmigo, pero nos reímos de todas formas.

En ocasiones especiales brindamos con *horilka* o algún alcohol parecido, producto tabú en esta casa. Él bebía mucho antes, pero lo ha dejado. En verano, cuando la hierba y la maleza invaden el huerto y la capa de nieve que lo cubría es solo un recuerdo, echo horas al sol segando con la guadaña bajo esa mirada de Yaroslav de maestro paciente, con moderadas ambiciones para el alumno. Mueve la piedra afiladora por la hoja con destreza, y me hace repetir el ejercicio hasta que se da por satisfecho. El aire huele a los aromas frescos y almizcleños de las manzanas y otras frutas caídas que recogen Olena y sus hijas, y que se mezclan con los propios del gallinero. De ahí salen y entran un tropel de gallos y gallinas, a veces perseguidos por los gatos y perros caseros, más por desidia que por hambre. La fruta se pasará por una trituradora y luego por una presadora antigua, moviendo pacientemente la manivela para hacer zumo, compota y mermelada, que almacenan pasteurizados en tinajas. Existencias de cara al invierno.

En este hogar aún van al mercado o la tienda de comestibles solo para las cosas que faltan realmente, pero esto va cambiando también. Tales costumbres de trabajo en la tierra al ritmo de las estaciones, aprovechando al máximo sus frutos, si para Yaroslav y Olena representan además una conexión con el mundo de sus padres y abuelos, para las nuevas generaciones son casi una pérdida de tiempo. Hay cada vez más discusiones domésticas sobre por qué mantener las gallinas, con el trabajo constante que dan, teniendo en cuenta que Olena y Yaroslav son ya mayores, y las hijas viven de momento en Kyiv. Ellas ayudan en el huerto y el gallinero en gran parte por amor y respeto a su madre. «¿Para qué hacer zumo si se puede comprar en la tienda de enfrente? Pero esa conexión con las generaciones anteriores, aunque no estén ya contigo, y sus experiencias en la tierra, no la

puedes comprar en la tienda…», reflexiona Oleksandra.

A Yaroslav le hace ilusión enseñarme a conducir su sidecar. La primera vez fue un enero en que apenas había nieve en las calles. Me prestó su recia chaqueta de cuero y me puso un casco viejo, rojo, como la moto. Yaroslav se afanaba en explicarme cómo funcionaban las marchas y en cómo inclinar el cuerpo para que la moto no se fuera en las curvas. Ese día apenas recorrí algunas veces el camino del cobertizo a la salida a la avenida y di una o dos vueltas a la manzana. Me suele llevar de paseo hasta la estación de tren y los barrios aledaños, alguna vez con Lesya de carga y yo detrás, o viceversa. Aunque él le pise al máximo y el motor retumbe de una manera tan característica que todo el barrio sabe de dónde viene ese ruido horrendo, la moto casi no pasa ya de los setenta u ochenta por hora. El pestilente humo azul que echa no pasaría ninguna ITV, aunque encajaría bien con los Trabis. Mi sueño es conducir desde Kyiv hasta Madrid en una moto así: sidecar, rusa, de la Segunda Guerra Mundial, pero con piezas de recambio más o menos aún en circulación para no quedarme por el camino. Le pido a Taras, que ahora trabaja de mecánico, que me eche una mano con la búsqueda, preguntando por garajes y talleres de la zona. Yaroslav se toma su parte en serio: quiere acelerar la instrucción, y hacerla de manera concienzuda, aprovechando las visitas a Sambir. Suele chocar con Taras por cosas mundanas, como los arreglos de la casa: es cabezota contra cabezota.

En enero de 2020, durante una visita fugaz, de tan agobiado con trabajo que estoy, pegado al ordenador, apenas le dedico tiempo. «¡Borja *Spetsnaz*! Cuando yo vivía en Chequia…», y empieza una de sus historias, aunque no tengo la cabeza muy nítida como para escucharlas. Ofrece dar una vuelta en el sidecar, pero ando distraído y no insiste. Brindamos el año, eso sí.

La pandemia llega tarde a Ucrania, que cierra pronto sus fronteras, pero no escapa a la segunda y tercera ola que la golpean fuerte, como a otros países de Europa central y oriental. El virus eleva la presión sobre un sistema sanitario deficiente y las autoridades dividen el país en zonas con distintos niveles de restricciones, según su riesgo. Un montón de gente se muestra escéptica, Facebook desborda desinformación y conspiracionismo y, al principio, muchos ciudadanos no se ponen casi la mascarilla, incluso cuando se convierte en obligatoria. Los casos se disparan en el oeste, en los *oblasts* de Lviv, Ivano-Frankivsk y Transcarpatia, que decretan cierres. A principios de 2021, el virus termina entrando de alguna forma en la familia y sacude a un Yaroslav más vulnerable de lo que aparenta, a pesar de que casi ni sale de casa desde que todo esto empezó. Para cuando logro verle por vídeo, lleva casi un mes ingresado en el hospital de Rudky, con respiración asistida. Le saludo sin saber bien qué decir y él

intenta sonreír, aunque casi no puede hablar, postrado en la cama, sus pulmones destrozados sin remedio.

[61] Otros *lemkos* establecieron la República Komancza, también efímera, que sí intentó la unión con los ucranianos del oeste.

Cementerios

«Un excompañero de colegio es dueño de una empresa funeraria a la entrada del cementerio. Heredó este negocio moderadamente lucrativo de su padre y es un monopolista en la ciudad, creo. Hombre maduro, su línea de pelo cada vez más en receso, no parece tener ganas de hablar conmigo, aunque al final charla unos minutos con nosotras por cortesía. Acaba de ayudar a alguien a sacar una cruz de su tienda, pronto el camposanto dará la bienvenida a un nuevo habitante.

El viejo cementerio está en otra parte de Sambir; hoy lo ocupan un parque abandonado, varios edificios residenciales y una iglesia que, en las dos décadas desde que mi hermana y yo íbamos con la abuela Anna, ha pasado de ser una pequeña capilla a una catedral que domina el vecindario. Aburridas de sermones que apenas entendíamos y regañadas por la *bábusa* y otras mujeres de la misma edad, nos íbamos de aventuras entre las tumbas. Una vez encontramos dos en mal estado donde, rezaban sus lápidas, yacían los restos de los fundadores del teatro en Halychyna. En una sección más antigua del nuevo cementerio, un ángel femenino protege una tumba inclinada y cubierta de musgo. Es de las estatuas más bellas del lugar, aunque está dañada y ha perdido un ala. La inscripción en polaco reza: "Has florecido aquí en la tierra solo para irte y adornar el Cielo… La felicidad ha desaparecido contigo en la tumba". Es un mensaje de una madre a su hija Marya Gabryela, muerta en 1893, a los veintisiete años.

Más allá descansa una familia noble del siglo XIX con un escudo de armas del periodo de los príncipes de Rus, en la Edad Media, y una nota en ucraniano que indica que marido y mujer eran profesores. Junto a la avenida principal, un marco de porcelana sobre una tumba pequeña, protegida por un querubín, guarda la foto en blanco y negro de un niño. La inscripción grabada en la piedra es apenas legible. Familiares, monjas de la vieja catedral polaca o soldados de la unidad estacionada en Sambir cuidan de algunas tumbas. Otras, que no tienen a nadie que lo haga, acaban devoradas por el musgo y las enredaderas que trepan sobre ellas, apartándolas de la luz del sol y de la vista de familiares que pasan a cuidar las de los suyos, sin tiempo para más.

En una zona más profunda del cementerio hay una estela que

conmemora a los caídos en la Segunda Guerra Mundial. A ambos lados, fosas con víctimas de Stalin y el Terror: a la derecha, bajo una sencilla cruz blanca, descansan los restos de novecientas víctimas de Stalin del periodo 1939-1941; a la izquierda, asesinados por la NKVD. Muy cerca, a la sombra de los cipreses, se encuentran hileras de tumbas de soldados del Ejército Rojo, adornadas con la estrella y otros símbolos comunistas. Murieron en el ataque para echar a los nazis de Sambir en 1944. Soldados ucranianos cuidan de ellas.

Nuestra primera parada es la tumba de Sofía, que murió en el 2000. Ha sido una estación demasiado seca y los hierbajos la tienen menos invadida que otras veces.

—Me pregunto si tenemos almas —le digo a mi madre mientras la limpiamos.

—Creo que sí hay algo en nosotros, una especie de energía —responde, contándome por enésima vez cómo perdió a su primer hijo dos días después de dar a luz. Esta historia nunca envejece—. Mijailyk estaba en un pabellón para bebés prematuros y las enfermeras no me lo traían porque se encontraba demasiado débil. Ese sábado a la noche me sentía tan ansiosa que no podía estar quieta, caminar o dormir. Solo dormí cuando tomé unas pastillas que me dio una enfermera. Al día siguiente, le pregunté a una doctora por mi bebé, mi Myjailyk y, cuando escuchó su apellido, se sentó conmigo y me dijo que el niño no lo lograría. En realidad, había muerto esa noche, pero no me lo querían decir hasta que estuviera enterrado. Su pequeña alma se estaba despidiendo y ni siquiera pude cogerle en brazos una sola vez.

Enterraron a Myjailyk en Cherkasy, donde mis padres vivían entonces. Sofía pidió que la enterraran con él para que no estuviera solo, pero al final ella se quedó en Sambir, donde podrían cuidar de su tumba. Junto a ella, hay un sitio para mi padre Petró cuando llegue su hora. Seguimos quitando hierbas mientras las lágrimas asoman por debajo de nuestras gafas de sol.

—Quizá deberíamos poner una foto de la abuela —le digo a mi madre, pues solo tiene a la Virgen, su nombre, fecha y una cita de descanse en paz.

—Sí, esa en la que está sentada en el jardín, joven y guapa —responde mi madre.

El aire está quieto y seco en este caluroso día de agosto. Huele a hierba y a polvo, y ya aparecen los primeros signos del otoño. Pronto las aves pasarán volando hacia el sur».

Meses después, el barro y los charcos han remplazado a la nieve. Es un día gris y el viento vuelve a ser excepcionalmente frío, así que caminamos cabizbajos, envueltos en bufandas y gorros. Tras pasar junto a la tumba de Marya Gabryela y el ángel que la protege, vamos

a la de Sofía. Encender una vela con este viento y la mierda de cerillas que hemos comprado es un desafío, pero lo logro tras varios intentos, colocándola en una urna protegida junto a la tumba. Un tren de mercancías pasa chirriando por las vías en el terraplén cercano mientras Lesya musita una oración. Luego visitamos las de los otros abuelos, Myjailo y Anna. Él murió de diabetes en los setenta; en la familia piensan que la desarrolló durante la guerra contra Hitler; ella en 1999. Nusinka, su primera hija, nació en 1952, pocos años después de las deportaciones. Habían anhelado mucho tener hijos tras tantas privaciones y la pérdida de su hogar en Posada Rybotyze, pero Nusinka solo vivió un día. Las enfermeras le echaron agua bendita y rezaron una oración de bautismo antes de dársela a Myjailo, que llevó bajo el brazo una caja de madera y cartulina con su cuerpecito llorando todo el camino hasta el cementerio. La tumba de Nusinka solo se reconoce por una simple cruz de hierro, no eran tiempos de querubines o ceremonias, solo de duelo. Junto a ella, descansan los restos de una niña de cinco años y su abuela: la pequeña murió un día que sus padres estaban fuera, cuando se tiró encima un cazo de agua hirviendo en la cocina de la abuela. La abuela nunca lo superó y pronto la seguiría. Otras lápidas son de familias romaníes y judías; estas últimas están más abandonadas, pues casi todos los judíos que quedaron tras el Holocausto emigraron a EE. UU. o Israel cuando la URSS abrió las fronteras.

Algo más allá ondean al viento banderas nacionales y una de la UPA. Son tumbas de soldados caídos en el Donbás. Unos cuantos, chicos de apenas veinte años: rostros serios y uniforme de gala en unos casos; expresión insegura y de anhelo en otros. Los restos de tres comparten una misma tumba: su vehículo pisó una mina en Berdiansk, cerca de Mariúpol, el 31 de agosto de 2014, días de Ilovaysk. Tim Judah empieza su libro *Historias de Ucrania* con la imagen del cuerpo de un soldado ucraniano colgando de un hilo eléctrico cerca de Ilovaysk, a pocos metros de los trozos de su vehículo calcinado, junto con los de varios compañeros. Lesya conocía de la escuela a dos de estos chicos. Uno, estudiante de Medicina, era atractivo y carismático, hijo único. «Si vienes un domingo verás a su padre sentado en un banco junto a la tumba».

Seguimos por el camino embarrado, sorteando los charcos cada vez más grandes, y llegamos a otra sección donde las tumbas están recién abiertas, cubiertas de coronas de flores frescas y dedicatorias funerarias. Una es la de Yaroslav, que murió de covid hace pocas semanas. Olena se tiró un mes largo en el hospital de Rudky sin despegarse de su marido, gastándose sus ahorros en medicamentos con la esperanza de arrancarle de la muerte, aunque nadie daba un duro ya por él. Descubrieron que Yaroslav tenía diabetes, lo que pudo

influir en su cojera. «Cabezota, como muchos hombres ucranianos», dice Lesya, «no había forma de llevarle al médico a que se hiciera pruebas». Se volvió cada vez más cascarrabias al deteriorarse su salud. La misma vacunación que avanza rápidamente en España y todo Occidente, apenas ha comenzado en este país dependiente de mecanismos de ayuda internacional aún demasiado lentos y de sus propios medios. Esa vacuna ya no servirá para Yaroslav y otros tantos como él, como su hermana Slava, que ha fallecido también con el virus poco después.

El sidecar dejó de funcionar cuando comenzó la pandemia. Oleksandra dice que las dos noches de duelo que el féretro estuvo en el salón, sentía muy fuertemente la presencia de Yaroslav, algo huraño con Taras, pero benevolente con las mujeres de luto a su alrededor. Una creencia extendida en Ucrania es que el alma permanece aún cuarenta días tras la muerte.

Encogido de frío ante este montón de tierra y barro, pienso que los restos del bueno de Yaroslav estarán ahí debajo, pero él ya no.

Hospitales

Nada más entrar en la estación de tren de Sambir te golpea el hedor de los mendigos que se cobijan del frío. Los viajeros aguardan la llegada del tren a Lviv. Varios chiquillos nos siguen a nosotros y a otros viajeros hasta el andén, pidiendo insistentes hasta que les damos una chocolatina. No sé si es buena idea porque de golpe llegan muchos más de no se sabe dónde. Visten harapos, están sucios y con el pelo desaliñado. Fuera merodean los padres a quienes estos críos salen a informar de la operación. Son romaníes que van y vienen en *elektrychki* de la vecina Zakarpatia, *oblast* ahora cerrado pues está en nivel rojo por la pandemia. Al igual que en otros países de esta parte de Europa, la minoría romaní, sobre todo sus grupos más nómadas, viven de lo que mendigan, de la venta de chatarra y trabajillos así.

Hace un par de años el grupo C14, considerado neonazi, atacó con cuchillos y martillos el campamento romaní en Lysa Hora, Kyiv, quemando tiendas y persiguiendo a sus habitantes. Hubo incidentes similares en esta región de Lviv, con dos muertos y varios heridos, motivando a Amnistía Internacional y otras ONG a denunciar un aumento de los crímenes de odio contra romaníes, LGTBI, activistas y otros grupos. La iglesia greco-católica se unió en la condena y pidió una investigación. Si bien ha mejorado mucho la protección al *Pride* en Kyiv —la única vez en todos estos años recorriendo el país que me crucé a estos tipos, los nazis, fue en el *Pride* de 2015, cuando hirieron a un policía— y a las marchas de mujeres que se celebran en las principales ciudades del país, la respuesta de las autoridades frente a tales ataques no es «consistente». Impunidad es una palabra en boca de muchos, pues rara vez progresan las investigaciones penales sobre estos grupos, lo que se une a rumores sobre la conexión de algunos de ellos con figuras en el poder, como el ministro de Interior, Avakov[62]. De origen armenio, es un superviviente de varios gobiernos con Poroshenko y la primera etapa de Zelenskyi, a pesar de las protestas de la sociedad civil por estos casos y el fracaso de la reforma policial, entre otros renglones torcidos de su largo mandato.

C14 y otros grupos neonazis parecen operar como los *titushkis* de Yanukóvich, es decir, milicias de políticos y oligarcas, como elemento de presión para proteger sus intereses y negocios frente a los vientos de cambio. La polémica creció al revelarse la presencia de C14 y

grupúsculos asociados al Cuerpo Nacional, formado por veteranos del Batallón de Azov, en patrullas con la policía en algunos distritos urbanos. Existe una ley de 2000 que permite la presencia condicional de «grupos cívicos» en tareas de mantenimiento del orden, pero bajo mando policial y desarmados. El rechazo fue tan mayoritario en la sociedad, que obligó a Avakov a distanciarse públicamente de tales grupos. En la combinación entre drama e ironía tan propia la política de este país, en las redes llovieron *memes* ridiculizándoles.

Empieza a nevar otra vez. Esta noche los trenes que aguardan en las vías de Sambir tienen un aire casi fantasmal por la pálida luz verdosa de las farolas. Tras enseñar los billetes a la *providnytsia*, entramos buscando nuestro banco: hoy toca tercera. Dentro, los pasajeros cabecean o duermen. Con nosotros, suben un par de militares jóvenes que dejan sus petos a un lado y se echan a dormir. A nuestra derecha, un hombre hace ademán de saludar con la cabeza, antes de volver a reclinarse en el banco, apoyado en su mochila. Dejo la cortinilla abierta, fuera, una oscuridad rota periódicamente por luces en el horizonte y los pueblos por los que pasamos.

Verde es el color del pasillo que recorremos la mañana siguiente en un hospital en Lviv, que recuerda al de Járkiv, al que llegué con el ojo hinchado, algunos veranos atrás. Construido en el siglo XIX, durante el periodo austrohúngaro, este centro psiquiátrico, que también trata adicciones, conserva algo de ese legado, que se puede reconocer en la apariencia señorial de algunos de sus edificios y jardines. No obstante, el aspecto del lugar hoy es algo desangelado. Lesya ha comprado en un supermercado junto a la estación toda la comida de que ha sido capaz de hacer acopio, desde chocolate y galletas hasta algo de tabaco. Cosas que le gustan a su padre. Cargados con las bolsas llegamos al final del pasillo, donde en una estancia para visitas sale a buscarnos un médico alto, de aspecto bonachón y sonriente. Lesya le entrega los paquetes y añade dinero para que compren algo más de comida, como yogures o fruta, y tabaco. El médico le devuelve algunas hryvnias que sobraron de la última visita. Lesya tiene confianza en que este equipo trate bien a Petró, pero hoy no iremos más allá. Solo le ve cada bastante tiempo.

Uno de los objetivos de la reforma sanitaria del Gobierno era mejorar las condiciones de la atención a este tipo de pacientes, incluyendo, entre otras medidas, el posible cierre de algunos centros en mal estado que datan de la etapa soviética. En casos como el de Petró, podría traducirse en que la Administración, previa autorización judicial, decida darle el alta sin condiciones. Pero por los intereses de los hospitales que cerrarían y sus trabajadores, y los continuos cambios políticos en Kyiv, esta es otra reforma ahora medio paralizada.

Verdes son también las paredes de otro hospital, al otro lado de la ciudad, que visito esa tarde de urgencia por alguna indigestión de *salo* —una especie de tocino que se come con pan— la noche anterior, regado con *horilka*, mano a mano con Taras; o quizá gastroenteritis. La médico me pregunta sonriente, no del todo irónica, si no sé comer *salo*, dando a entender que no era nada serio. Salimos de allí en un taxi cuyo conductor, un hombre de mediana edad, orondo, bigote y gafas negras, grita a Lesya, discutiendo sobre la entrada en donde tenía que habernos recogido y en donde hemos esperado un buen rato. Ella estalla brevemente, algo a lo que no acostumbra. De fondo, música pop rusa a todo volumen. Así, saltando con los baches de la carretera, regresamos al casco histórico y su pavimento de adoquines. Para cuando nos bajamos, el taxista es todo bromas y procura ser simpático. «¡Hablo así! ¡No te enfades!», dice, dejando entrever una afilada dentadura con un empaste dorado que brilla en el espejo retrovisor.

[62] Avakov dimitió en 2021, para alivio de gran parte de la sociedad civil ucraniana.

Más allá de los Cárpatos (I)

Un periodista occidental llegó al pueblo de Solotvyno/Slatina, donde conviven ucranianos, rumanos y húngaros, y le preguntó a uno de los más viejos del lugar que en cuántos países había estado a lo largo de su centenaria vida. «Seis», respondió tranquilamente el lugareño. «¿Cuáles, en concreto?», preguntó el periodista, sacando el cuaderno de notas. «Austria-Hungría, Checoslovaquia, Republica de Cárpato-Ucrania, Hungría, Unión Soviética y Ucrania. Y todo eso sin salir nunca de aquí».
(Anécdota local escuchada en Úzhorod)

Uzh significa «culebra» o «serpiente». El río de este nombre que serpentea entre Eslovaquia y el oeste de Ucrania atraviesa el centro de Úzhorod, capital del *oblast* de Zakarpatia. Ucrania es Europa central, como se encarga de recordar una marca establecida por los austriacos en 1887 en Dylovi, un pueblo a cincuenta metros de la frontera con Rumanía. Los soviéticos establecieron después su propia señal, pero la idea es la misma: el centro de Europa estaría en esta peculiar provincia del oeste. Para otros, como Dmytró, un analista local, Transcarpatia está más bien «en ninguna parte»: cerca de la UE (hace frontera con Polonia, Eslovaquia, Hungría y Rumanía), pero no en ella, y débilmente conectada con el resto del país.

En Úzhorod, la belleza del casco histórico, con sus calzadas, iglesias coloridas y el castillo en lo alto de una colina, contrasta con callejuelas vacías, restaurantes, cafés y tiendas cerrados por la emergencia sanitaria. Eso confiere un extraño ambiente a la ciudad, casi distópico, como si fuéramos los últimos habitantes de la tierra. Unos desabridos perros callejeros, tumbados al sol primaveral, miran indiferentes y gruñen cuando me acerco a darles comida. En un cercano patio trasero, un viejo Lada negro, de tan hundido en el barro, parece que siempre ha estado ahí. *Petrykivka* como en Mariúpol y direcciones de Telegram para droga, adornan algunas travesías que llevan a estos patios y otros rincones escondidos.

Del pasado austrohúngaro uno salta a los grises edificios utilitarios del periodo soviético, sobre todo al otro lado del río. Las direcciones y carteles están en ucraniano y húngaro. Regiones como esta han producido identidades nacionales fluidas, en gran parte al albur de los Estados creados y disueltos a su alrededor. Dan fe de ello las variaciones sobre el nombre del *oblast*: Transcarpatia o «más allá de los Cárpatos», o Zakarpatia para los ucranianos; Podkarpatská Rus o Sub-Carpatia para eslovacos y rusinos locales[63]; o Kárpátalja para los húngaros. La influencia de este último pueblo creció notablemente con

la monarquía Dual en 1867. Hungría, que controló esta zona, llevó a cabo una agresiva política de asimilación lingüística y cultural de las minorías, a veces llamada «magiarización». A diferencia de la cercana Galitzia, el movimiento nacional ucraniano no arraigó aquí hasta bien entrado el siglo XX, compitiendo con opciones rusófilas o rusinas locales. Zakarpatia formó parte de Checoslovaquia en el periodo de entreguerras y, en 1939, en pleno desmembramiento de ese país por la Alemania nazi, el nuevo Parlamento autónomo de esta región proclamó la República de Cárpato-Ucrania, con Augustin Voloshin de presidente. Lo fue los dos o tres días que tardó Hungría en invadirla, en acuerdo con Hitler. Tras la guerra, la región se incorporó a Ucrania por un tratado impuesto por la URSS a Checoslovaquia. Una estatua en el paseo del río honra a Voloshin como «héroe de Ucrania»; le arrestaron los enkavedés en 1945 y murió al poco en una cárcel de Moscú. Junto al Voloshin cubierto de flores, pasan ciudadanos decididos a olvidar un rato la pandemia y disfrutar del aire fresco y la luz de final de día bonito que se ha quedado. Café en mano, lo único que se sirve ahora, paseamos por la orilla del Uzh, cuyas aguas fluyen calmas.

Zakarpatia tiene su propia identidad regional, como la cercana Bucovina, y no encaja en bastantes de los estereotipos sobre el oeste, lo que rompe aún más el mito sobre un país dividido simétrica e irremediablemente. Yanukóvich y su Partido de las Regiones tuvieron buenos resultados en varios distritos de este *oblast* de 1.2 millones de habitantes. Los húngaros son la minoría más importante aquí (un 12 % o 150 000, según el censo de 2001, aunque hay cifras más bajas). Otros grupos nacionales son los rumanos, rusos, eslovacos y romaníes. Para Dmytró, cuyo positivo por covid nos obliga a video-llamada a pesar de estar en la misma ciudad, la mezcla de propaganda húngara, que copia mensajes de la rusa (Junta de Kyiv), y la propaganda rusa o de medios prorrusos como los que controla Medvechuk es perniciosa para los húngaros locales y, aunque menos, rumanos. En eso, dice, se parece algo al contexto en el Donbás o Crimea, aunque Rusia no está presente militarmente aquí. ¿Y Orbán? «[Orbán] es oportunista, tampoco quiere esa situación [del Donbás]. Juega con el mismo miedo a la asimilación nacional y la idea de nación en peligro con los que manipula el debate político en su país. Hungría dice que Ucrania oprime a la minoría húngara en este *oblast* y salen con tremendismos como que "¡Kyiv quiere cerrar las escuelas húngaras!", lo que no es verdad. La realidad actual es que los húngaros pueden estudiar en su lengua prácticamente sin entrar en contacto con el ucraniano hasta la universidad. Es irónico: Budapest se opone a leyes que en la práctica podrían ayudar a que los húngaros permanezcan aquí, mejor integrados, por ejemplo, logrando mejores resultados en los exámenes

oficiales *[pues ahora muchos están por debajo de la media nacional en estas pruebas]*. Esta legislación es mucho más liberal que la vigente en los países bálticos y otros Estados europeos», explica Dmytró.

Se refiere a unas medidas legislativas sobre educación y promoción del ucraniano que se adoptaron en la recta final del periodo de Poroshenko. En 2017 la Rada aprobó una Ley de Educación, cuyo artículo 7 buscaba impulsar de forma gradual la enseñanza en ucraniano en las escuelas públicas. Para ello establecía distintas modalidades, según se tratara de poblaciones indígenas (es decir, esencialmente tártaros, caraítas y krimchaks); minorías que hablan un lenguaje oficial de la UE (como rumanos, húngaros, polacos, griegos, búlgaros y alemanes) y el resto. Ciudadanos pertenecientes a pueblos indígenas tendrían el derecho a seguir estudiando en su lengua hasta secundaria, incluida, con ucraniano como asignatura aparte. Para las minorías nacionales, en primaria, se podría seguir impartiendo todos los contenidos en su lengua, junto a una asignatura de Lengua y Literatura ucranianas. Pero en secundaria, según la nueva normativa, deberían ir recibiendo más contenidos en ucraniano, manteniendo la suya como asignatura propia junto a otras asignaturas en su lengua, si es de la UE. Este apartado fue duramente criticado por Hungría y Rumanía (hay unos cuatrocientos mil rumanos en este país), además de Rusia. La Comisión de Venecia, del Consejo de Europa, dictaminó que el trato diferencial entre lenguas de la UE y otras —esencialmente, el ruso— no sería justificable. Recomendó eliminarlo y fijar un periodo transitorio para los nuevos cambios. Ucrania adoptó ese periodo, aunque su Tribunal Constitucional concluyó que la ley era acorde con la Constitución, que consagra la protección del ruso y otras lenguas de minorías.

En abril 2019, justo antes de que Zelenskyi arrasara en las urnas, terminando con el periodo Poroshenko, la Rada adoptó una ley sobre la lengua estatal, que es el ucraniano, conforme al artículo 10 de la Constitución. La nueva legislación sustituyó a la ley de lenguas de Yanukóvich, que la Rada intentó abolir tras el Maidán, y la Corte Constitucional terminó declarando ilegal. Con el fin de impulsar el ucraniano a todos los niveles públicos, se recuperaba dicho artículo 7, extendiendo el periodo transitorio hasta 2023. Otras provisiones, por ejemplo, obligaban en prensa escrita a imprimir también una versión en ucraniano, además de su versión original, a menudo en ruso. Esto provocó quejas de algunos medios, que decían que les causaría graves problemas financieros, aunque el bilingüismo es la realidad en prensa *online*.

Es difícil alegar discriminación contra los húngaros en Zakarpatia o rumanos en Bucovina, que a fecha de hoy siguen pudiendo estudiar plena y exclusivamente en sus respectivas lenguas hasta la

universidad. Aun así, Hungría no da su brazo a torcer y mantiene por este tema el veto a las reuniones de alto nivel entre la OTAN y Ucrania, país socio de la Alianza, frenando sus débiles perspectivas de adhesión. Esto lo hace Budapest en pinza con Moscú, aprovechando además la sintonía entre Orbán y Putin. Algunas «madres patrias» parecen manipular el tema y «sus» minorías como moneda de cambio y presión contra Kyiv, que insiste en el argumento de avanzar en igualdad real y corregir las desigualdades que merman la integración de estos grupos. Otros sencillamente no quieren cambiar nada. Un argumento que se escucha entre húngaros de Zakarpatia es que sus hijos estudien solo en su lengua para tener más posibilidades en Budapest si emigran. «Estábamos mejor con Kuchma», lamentan algunos.

Detrás de estas nuevas medidas, pesa el legado de la rusificación y la opresión histórica del ucraniano. Muchos ucraniófonos, hoy mayoría, argumentan que hasta ayer esta lengua recibía un trato de segunda frente al ruso, y que se sentían discriminados en centros rusófonos, como Odesa, el Donbás, Járkiv e incluso Kyiv, donde las actitudes cambiaron a partir de 2004, con el refuerzo de la identidad nacional. En Zakarpatia no hay casi medios ni profesorado para impartir clases en ucraniano, queja que escuché en visitas al Donbás. Algunos rusófonos se quejaron de esta nueva legislación; otros la apoyaron. Su aplicación real sigue siendo confusa, algo típico de este país, donde una cosa es que la Rada apruebe leyes y otra que se cumplan.

Es un debate abierto, aunque cada vez menos controvertido: el apoyo a la promoción del ucraniano crece al mismo ritmo que la amenaza rusa. Zelenskyi ha rebajado algunas de estas provisiones legales y apoyado medios *online* en ruso de cara a la población en el Donbás, pero mantiene la promoción del ucraniano como objetivo. Este objetivo, para la Comisión de Venecia, es legítimo e incluso necesario tanto para la integración efectiva de las minorías y su igualdad como para la defensa de la identidad y soberanía nacionales. Reconociendo ese pasado y el papel particular de la lengua rusa en este país, que Yanukóvich habría reforzado de manera desproporcionada frente al ucraniano, este órgano europeo insiste en que Ucrania mantenga un equilibrio adecuado respecto a los derechos lingüísticos de las minorías. Ucrania no acaba de encontrarlo, aunque lo intenta, como otros países plurales.

Dmytró pasa mucho tiempo recorriendo zonas y pueblos de mayoría húngara en Zakarpatia, debatiendo con la gente allí y sus representantes locales, algo que, lamenta, apenas hace el Estado. Hay excepciones, y una clara es Zelenskyi, que ganó aquí, es muy popular en esta zona y ya ha venido cuatro o cinco veces en sus dos años de

mandato. Dmytró piensa que el Gobierno central no sabe comunicar bien sus políticas con los húngaros locales, o utilizan el tema lingüístico y regional para sus propios fines, como hace Budapest.

«Pero, con todo, en Zakarpatia no tenemos grandes tensiones y no es un "segundo Donbás", aunque hay manipulación política. Los húngaros aquí pecan bastante de mentalidad de víctima: esperan que el Estado les atienda. Pero cuando van a Hungría, la "madre patria", allí les ven como ucranianos. Yo intento tender puentes, algo no siempre fácil. ¡Soy casi una super estrella para la comunidad húngara! Los húngaros de la zona me aprecian por esa labor, si bien a veces me reciben con coñas de "¿qué? ¿ya vienes a proteger a la Junta?" *[risas]*».

[63] A veces se incluye a este grupo en otras categorías, como cárpato-rutenos, o simplemente como ucranianos.

Más allá de los Cárpatos (II)

Durante una cena en la única taberna que se ve abierta, en la colina del castillo, Volodya sugiere otra carretera para el regreso, que atraviesa los Cárpatos por una parte más rural y aislada que a la ida, en la que aún había bastante nieve. Me despreocupo. Volodya, un amigo de Kyiv, se ha unido a esta visita, pues tiene familia en Zakarpatia y no les ha visto desde antes de la pandemia. No vuelve a aparecer hasta la mañana del viaje de vuelta, cuando, tras musitar los buenos días, se sube al asiento de copiloto en el coche en marcha y coloca la mochila entre sus pies. Arrastra barba de días y aire de cansancio. Deduzco que no solo tiene familia en Úzhorod. Guglea Lviv, se ajusta las gafas y levanta el pulgar diciendo «Let's go!». Vamos a contrarreloj para no perder el vuelo de noche y aún queda recoger mi PCR en un laboratorio.

El entorno cambia rápidamente cuando dejamos la parte antigua de Úzhorod, atravesando barrios de *khruschchevki* como los de Darnytsia. El paisaje urbano pronto da paso a pueblos pequeños y bosques desnudos por la época del año. La carretera serpentea, subiendo y bajando colinas. Pasamos junto a vías de ferrocarril cuyos pasos a nivel toca cruzar intermitentemente y por los que circulan trenes de mercancías. La carretera, en mal estado y sin asfaltar, empeora hasta el punto de que me resigno a no sortear muchos de los agujeros y baches que la horadan, sufriendo a cada bote con la suspensión del coche, un Hyundai de flamante azul platino, pero de poca utilidad aquí. Volodya se lo toma con parsimonia. Su móvil hace rato que marca esta parte de la ruta como naranja, y a ratos roja, según el estado de la carretera, pero él insiste en que «pronto» estará verde otra vez, sin dejar de levantar su pulgar. Preveo que tardaremos más de las tres horas planeadas. Hay por toda la ruta trabajos de construcción o reconstrucción, metáfora de la construcción del país en sí.

Nos tenemos que detener en un pueblo de casas bajas de ladrillo y cemento sin pintura. La ruta está cortada por obras, diviso más adelante camiones y *bulldozers*. El aire huele a gravilla recién colocada. Un chico toca mi ventana lateral y señala la parte de delante del vehículo. Adivino enseguida a qué se refiere, que hemos pinchado, como es, en efecto, el caso, así que aparto el coche de la hilera que se ha juntado detrás a la espera de que el peón baje su señal de «stop».

La gente del pueblo se arremolina a nuestro alrededor y todo parece cobrar vida de repente: sucesivas propuestas de ayuda, llamadas a vecinos, consultas internas. Más rápido que Volodya y yo, el de la gorra coge el gato de mis manos y, con ayuda de un amigo, saca la rueda en un momento. Una vecina llama enseguida a un pariente que tiene un taller y este viene a recoger la rueda averiada, desapareciendo tras una cortina de polvo y humo. Las pautas informales, redes y favores pagados de este país tienen sus lados negativos, pero, a veces, como en este pueblo perdido de los Cárpatos un domingo tarde de finales de invierno, funcionan mejor que las estructuras de país moderno, economía de mercado y servicios, que intentan implantar.

La carretera se ha abierto brevemente y el chico de la gorra se monta en el coche con sus amigos antes de que pueda darles una propina. Pasa algo más de una hora cuando vuelve el hombre del taller con una rueda nueva. Me pide unas cuatrocientas hryvnias y no hay manera de saber si es mucho o poco, pero da igual. Cuando encendemos el motor, la vía está cerrada de nuevo, así que Volodya saca toda su labia para convencer al peón, hablándole de PCR, Madrid, etc. Con una mirada lánguida, el obrero habla por su *walkie talkie* y nos dejan pasar.

Espero que el de la agencia de alquiler no sea muy quisquilloso y se ponga a revisar los bajos del coche. Pero la carretera mejora por fin y el maldito GPS de Volodya deja de ser necesario. Ahora subimos por un largo puerto de alta montaña y el tiempo cambia súbitamente de día de sol primaveral —Zakarpatia es una región de clima más bien templado para la media del país— a temperaturas de alta montaña. El paisaje es magnífico, salvaje; una reserva natural, casi no se ven poblaciones. Para cuando llegamos a lo alto de un puerto y nos encontramos con la demarcación entre Zakarpatia y el *oblast* de Lviv cerrada por un control, hace mucho frío y empieza a nevar. Una militar nos pide los pasaportes y hace alguna broma con su compañera de la garita («¡De España!»), antes de abrir la valla con una sonrisa agradable.

En los altiplanos, el cielo está completamente cubierto y las nubes se confunden con el manto de nieve que cubre las montañas, los bosques y valles en penumbra. Todo parece un gran óleo en blanco, negro y púrpura, como los de la galería de Catalina, con nosotros dentro. La madre de Nastya vive en un pueblo que se divisa fugazmente en el horizonte. Solo vuelve a clarear algo, con trozos de cielo azul asomando entre las nubes, cuando descendemos por un tramo de bosque de pinos junto a un meandro del río Stryi. El frío se torna glacial cuando llegamos a Lviv, donde aguarda un responsable de la compañía del coche, descontento con los restos de barro y nieve sucia

que no ha habido manera de quitar bien en una estación de lavado de las afueras.

Es ya de noche cuando en la estación de trenes me despido rápidamente de Volodya y Lesya, y cojo un taxi que me lleva al aeropuerto, como si le fuera la vida en ello.

Final 1: verano en Sambir

Time has come to go
Pack your bags, hit the open road
Our hearts just won't die
It's the trip, keeps us alive
So many miles, away
(«The trip», Still Corners)

Es verano y la vegetación parece invadir todo Sambir. Crece voluptuosa entre las grietas del asfalto y de las aceras, que cada pocos metros levantan las raíces de los árboles, dando al traste con tramos recién pavimentados. Flores silvestres se cuelan entre las rejas de huertos y puertas valladas, como si quisieran hablar con los viandantes. Sobre todo en los días de más calor, huele a humedad, a vida en ebullición, a productos caseros en fase de fermentación o descomposición, como esas manzanas caídas que se apilan junto a los árboles. Si sopla norte, el viento trae el mal olor de los vertidos contaminantes y aguas cenagosas de los riachuelos a la entrada de la ciudad. Hace bochorno y el aire está pesado, quizá preludio de otra tormenta.

Pedaleamos en dirección al río Dniéster. Nos adelantan coches y camiones, algunos con matrículas europeas, dirección Polonia, supongo, con la apertura y recuperación gradual de la economía tras la pandemia. El hijo de Yaroslav también volvió al trabajo en la zona de Cracovia. Esta carretera de progreso hacia Europa ha sido el fin de Brovko, el leal perro de la familia, una noche que salió de aventuras por un agujero de la valla. Alterados ante el paso de extraños, otros perros salen a ladrarnos, correteando un rato junto a nosotros, o asoman curiosos sus hocicos tras las verjas. Críos alborozados, enfrascados en sus juegos, reinan en las calles, por las que ya no caminará más Vira. No sé si al final ganó o no su pleito contra el Estado.

Cruzamos las vías de tren por un paso de bloques de hormigón, que usan los vecinos de esta parte de las afueras. Varias hileras de vagones de transporte de mercancías, algunas de ellas indicadas como peligrosas, en vía muerta: cubiertos de óxido, parecería que llevan décadas ahí parados. En algunos puntos la hierba crece tan alta que casi oculta las vías a la vista, y se mete entre los radios de la bicicleta. Una pareja de adolescentes charla en las escaleras de un hangar abandonado, mitigando el calor con refrescos. Cruza el paso un anciano en bicicleta, cargado de bolsas de plástico; enfurruñado, me

dice que no le saque fotografías, aunque le digo que son de las vías. El traqueteo de un tren a lo lejos se hace más persistente al coger velocidad tras dejar la estación. Un cambio de aguja automático mueve dos vías a la vez que un semáforo rojo alerta de su llegada. Es un viejo *elektrychka*, de pocos vagones descoloridos, cuya chapa brilla con el reflejo del sol del atardecer. Una inscripción gastada en su lateral reza «Zakhar Berkut», nombre de un mítico guerrillero de los Cárpatos que en la leyenda popular resistió a los mongoles a fines del siglo XIII, para algunos, el Braveheart de Ucrania. Su historia acaba de adaptarse al cine. El conductor del tren, con la gorra calada, hace un fugaz gesto de saludo, desapareciendo al poco.

Algo más tarde llegamos al viejo cementerio judío, que tiene un aspecto mucho menos abandonado que la última vez. Han erigido una placa a la memoria de la comunidad judía en Ucrania, pavimentado el camino y quitado alguna de las cruces del montículo. Otra cruz más allá recuerda a miembros de la OUN asesinados por los nazis. El lugar está tranquilo y lo atravesamos en dirección al río, siguiendo un camino por el que Lesya iba de pequeña desde la casa de la calle Iván Frankó. Casi no lo usa, pero lo recuerda bien. El entorno urbano se entremezcla con el más salvaje del campo: no queda claro dónde termina uno y empieza el otro. Grandes girasoles, algunos marchitos, se alzan a un lado del camino; algo más allá, la chimenea de ladrillo de una fábrica abandonada. Bajados de la bicicleta, cruzamos un campo de maizales hasta llegar a un sendero embarrado tras las lluvias. Conduce a un espacio abierto a la orilla del río, que hace las veces de playa, con varios coches aparcados y familias preparando barbacoa para la cena. Los más jóvenes, chapotean en el agua.

Nos desnudamos y entramos tambaleándonos torpemente entre las piedras y rocas del fondo. El Dniéster es poco profundo aquí y el agua fluye verdosa y clara, bastante fría. La corriente baja con más fuerza de lo que parece fuera. Oleksandra, que ha venido en el coche de una amiga, saca fotos como puede, con un Bohdán en brazos que crece sin parar y ya tiene un flequillo cosaco como el padre. Le enseño a tirar piedras rebotando contra la superficie del agua; pronto se unen un montón de críos. Un momento de paz. Los habitantes de este país, a pesar de sus problemas y de la guerra, viven probablemente mejor y tienen más oportunidades que en casi toda su historia moderna, aunque muchos no son conscientes de ello.

Es ya el crepúsculo cuando, aún mojados, paramos frente a la casa de la calle Iván Frankó, justo cuando los últimos rayos de sol se reflejan en las ventanas. Los árboles frutales del vecino extienden sus ramas hasta el cobertizo, inclinados por el peso. Las manzanas se acumulan en el suelo. Desde que ya no está Yaroslav, no hay nadie que las recoja, aunque Taras viene para arreglos del interior, pensando

en cuando se muden, de momento, por un tiempo. Lesya aún sueña con algún día tener dinero para reformar el apartamento, desde las cañerías hasta la barandilla oxidada de la balaustrada, y quizá abrir aquí un café-hostal o algo así. Un lugar nuevo donde acoger a viajeros con sus historias y paisanos con las suyas, que paren a tomar café, té o *borsch*, dentro en invierno o, en los días de sol, en el jardín.

Nos montamos en las bicicletas. Nubes púrpuras al este, se acerca la tormenta, se escuchan los primeros truenos a lo lejos. Cae la noche, pero aún queda un último halo de luz. El perfil de Lesya es ya evidente. Hebras grises recorren su pelo castaño, casi rojo, haciéndola aún más bonita.

Final 2: diarios de febrero en Kyiv

¿Qué haría tu bien si no existiera el mal y qué aspecto tendría la tierra si desaparecieran las sombras? (Conversación entre Voland, el diablo, y Leví Mateo, en *El maestro y Margarita*, de Bulgákov).
—¡Las autoridades locales no están haciendo nada para preparar a la población [de una invasión]!
—Pero usted es concejal, es decir: autoridad local, ¿no? (Discusión pública en Kyiv, finales de enero de 2022).

El otoño ha volado con el inicio de las alertas por otra masiva movilización militar rusa en las fronteras con Ucrania y en Crimea, la segunda en el año tras la de abril, que también hizo saltar las alarmas. Pero esta vez no hay repliegue y los números aumentan: 90 000, 120 000… La inteligencia de Estados Unidos y la británica filtran avisos, cada vez más alarmistas, de que Putin planea una invasión total y un régimen de ocupación, que habrá violaciones masivas de derechos humanos y que los servicios de inteligencia rusos manejan listas de líderes políticos, sociales y religiosos que eliminar, empezando por Zelenskyi. Mucha gente no les cree; recuerdan las mentiras de Irak. Pero otros en la OTAN sí, y bálticos, británicos y estadounidenses empiezan a enviar armamento al país.

Putin lanza un ultimátum a EE. UU. y la OTAN, que debería retirarse a las fronteras de 1997, dar garantías legales a Rusia de no llevar a cabo nuevas ampliaciones y rescindir las promesas a Ucrania y Georgia, so pena de medidas «técnico-militares». Pero de lo que habla más machaconamente es de los «territorios históricos rusos» en el sudeste ucraniano, de «genocidio» en el Donbás, de defenderse ante una Ucrania que estaría adquiriendo armas atómicas y atacaría Crimea nada más entrar en la OTAN, o todo eso a la vez. El verano pasado, en otro de sus pinitos sobre historia, obsesión que se agudiza con su edad, escribe un ensayo sobre la «unidad histórica» entre Ucrania y Rusia. Wilson, Snyder y otros historiadores desmontan el texto, pero da igual: dice que Ucrania como tal no existe. Algunos alertan de sus implicaciones y ven en esta declaración de intenciones una implícita de guerra. Rusia anuncia para febrero nuevos ejercicios militares con la Bielorrusia de un Lukashenko que depende de Putin para su supervivencia política. Los portavoces rusos niegan que vaya a haber invasión y hablan de «histeria» occidental y «rusofobia», mientras la agresividad de los medios oficialistas alcanza decibelios sin parangón.

En esa desconexión con la realidad y reducida empatía que define a muchos de su clase diplomática, el nuevo embajador español en

Moscú tuitea sobre lo europeo de la cultura rusa, con fotos de lápidas de poetas muertos hace tiempo, y aboga en el oficialista *Kommersant* por una visita de Pedro Sánchez. Mientras, al otro lado de la frontera, Nastya se alista como reservista, a la vez que piensa en enviar a su hija al oeste, con su madre; amigos y conocidos se unen a las unidades de defensa territorial *(terroborona)*, formadas por voluntarios civiles u otras organizaciones; Oleksandra habla de hacer acopio de alimentos. Lesya se plantea estas y otras opciones, vive pegada a las noticias y a Facebook, ansiosa día y noche. En una videollamada con Masha, confiesa que se siente algo «quemada». Por momentos, destellos de esa chica risueña y sonriente que conocí en el Donbás: «Los recuerdos de estos años en guerra, incluso algunos de los más bonitos, parecen niebla, borrosos. A veces me despierto por las noches y me pregunto si fueron un sueño… Ahora trabajo en derechos humanos y no discriminación en Ivano-Frankivsk. Los radicales de derechas aquí son pocos, pero activos; nos causan problemas por el foco en LGTBI. Sí, sigo visitando a mi familia al menos una vez al año, al otro lado de la Línea, aunque estos días son más de veinticuatro horas entre trenes, *marshrutkas* y *checkpoints*, a menudo cerrados por la pandemia. Mis padres están muy deprimidos, se sienten en un gueto político. Sigue siendo traumático para ellos. Pongo cara de póker cuando me preguntan por mi trabajo, prefiero cambiar de tema… Amo este país pero sigo menos las noticias. Me pregunto qué voy a hacer con mi propia vida».

Tetiana, la artista y mujer de Lev Skop ha muerto, pese a los esfuerzos por salvarla del cáncer.

Chateo con Kiril, de Mariúpol: «Estamos acostumbrados a la amenaza rusa. No hay pánico, preparados para "encontrarnos" con ellos. Mariúpol, libre 100 %, ¡y nos volveremos a ver!».

Aterrizo en Boryspil a finales de enero, casi una década después de mi llegada. La ciudad está a medio gas por el frío, la ola de omicrón que me impide rencontrarme con amigos como el bueno de Denys, en cuarentena, y el ambiente tenso, pero sigue igual de bonita y majestuosa que siempre. Como volver a casa. De noche, una cortina de nieve cuando camino desde el monasterio de San Miguel hasta la catedral de Sofía; iluminada, sus cúpulas doradas y verdes miran orgullosas al cielo sobre Kyiv. Enfrente, la estatua a Jmelnytski, desafiante con la maza hacia el este, aunque inicialmente se trataba de honrar la unión fraternal entre ambos países. Sería bonito traer aquí en primavera a Sofía, quizá bautizarla… porque a lo mejor no pasa… porque no pasará… ¿Pero y sí? Desazón. Me quito el pensamiento de la cabeza, pero sigue ahí agazapado, como un monstruo informe.

En el monasterio de San Miguel, tras rememorar el padre Sydor su papel en el Maidán, hablamos de la situación política, y de religión.

Tres años atrás llegó un regalo de Navidad de manos del patriarca ecuménico de Constantinopla, Bartolomeo: los *tomos* para la autocefalia. Es decir, los decretos religiosos que establecieron la independencia de la Iglesia ortodoxa ucraniana, tras su unificación por un *Sobor* (consejo religioso), en diciembre de 2018, en esta ciudad. En él, representantes de las tres iglesias ortodoxas aquí, la Iglesia Ortodoxa Autocéfala, la Iglesia Ortodoxa de Ucrania del Patriarcado de Kyiv y la del Patriarcado de Moscú (que contó con pocos delegados), crearon la Iglesia Ortodoxa de Ucrania y eligieron a Epifanio como Metropolitano de Kyiv y Ucrania. Tras varios intentos en el pasado, que fracasaron por choques cismáticos, egos y una encarnizada competición por fieles, esta nueva Iglesia culminaba un anhelo de consolidación nacional mediante la independencia religiosa de Moscú, sobre todo, cuya Iglesia boicoteó el proceso, amenazando a Constantinopla con otro cisma. Nuevo revés para el *russkiy mir* de Putin y la narrativa de unidad ruso-ucraniana en torno al mito sobre un Kyiv medieval como origen de Rusia —el Kyiv del siglo XXI tendrá una Iglesia propia, legalmente separada de Moscú—. En este proceso histórico se implicó Poroshenko, que olió una oportunidad de reavivar su languideciente campaña electoral. De poco le sirvió contribuir a hacer historia y apostar por el eje patria, lengua y religión: ganó por goleada el carismático de Kryvyi Rih, que hizo su propia historia con una hábil campaña en redes, a veces tachada de populista, y que apostó por otros temas —nuevo frente a viejo, eje social, anticorrupción y paz en el Donbás.

«¿Tú sabías que en los noventa Filaret[64] sonó como patriarca de la Iglesia ortodoxa rusa? Pues le rechazaron en Moscú; "un *jojol* no puede ser nuestro patriarca", decían. Son así de racistas. Rusia teme que sin "su" Iglesia pierda aún más la influencia en este país, así que ahora es una lucha por las conciencias, y las parroquias. Tiene un serio problema de historia e identidad. El príncipe Vladímir (Valdemar, originalmente, como vikingos que eran) se bautizó aquí, en Kyiv, pero Rusia como tal solo existe a partir del siglo XVIII, con Pedro el Grande; hasta entonces, era Moscovy. Nos tratan de dividir. Hay gente que discute por religión, y tampoco ayuda la tensión política. Parece que el único problema es Poroshenko, al que [el entorno de Zelenskyi] acusan de intromisión del Estado en la Iglesia, por el *tomos*. Suena a persecución política. Pero tenemos desafíos reales en la frontera y en el Donbás les lavan la cabeza».

Le pregunto si sería posible un pase exprés para bautizar a Sofía, aunque nadie en mi entorno es cristiano ortodoxo. Sydor me mira con cara de «tampoco te pases» y dice que son más flexibles que antes… «pero habría un mínimo de normas religiosas que cumplir».

Me lleva a lo alto del campanario para rememorar cómo fue esa

noche de diciembre de 2013. Hoy el cielo está completamente azul, la nieve se derrite en la calzada de una ciudad que brilla. Cuando salimos del monasterio, Julia, la traductora de español, se emociona: «¡Tengo mala conciencia, Borja! Nací en el 56 y, cuando llegó la independencia, no hicimos nada más. Pensamos que nos llevaríamos bien con nuestros hermanos rusos. ¡Qué ingenuos fuimos! Así que desde el Maidán intento ayudar todo lo que pueda como voluntaria. Mi hijo pasó de manifestarse en las calles a servir en 2014 en el frente en Mariúpol, adonde fue con lo puesto: zapatillas de deporte y cascos de la etapa URSS. Reuní fondos para comprarles un coche para él y su unidad. Cuando le preguntaba por lo que veía con los prismáticos, en las trincheras de enfrente, decía que "son *buriati*[65], mamá", o sea, que no eran milicias prorrusas, sino ejército ruso. De lo que sí estoy orgullosa es de que, por lo menos, hemos criado a esta generación actual».

Su hijo es ahora reservista y si, al final, le llaman a filas, tiene que presentarse en veintidós horas en su unidad de Mariúpol. En los ratos libres anda en moto, su gran pasión. Quedamos en que en mi próxima visita en primavera me lleve a ver talleres.

Sopla un viento gélido otro día que paso junto al muro del Memorial por los militares ucranianos caídos en la guerra, en un lateral de San Miguel. Decido contar cuánto tardaré en recorrerlo, grabando esos miles de rostros en el móvil como a través de la ventana de un tren: un minuto y doce segundos. Apenas termino cuando un tipo enorme, con balaclava, claramente de seguridad, me pide con amabilidad que me aparte. Llega un convoy de coches oficiales y de uno se baja el primer ministro neerlandés para depositar otra corona de flores: otra visita de solidaridad. Cuando llego a la Puerta Dorada, reconstrucción de madera de una de las antiguas puertas de Kyiv, nieva y un músico callejero canta a la acústica «No alarms», de Radiohead.

Kazansky, el bloguero de Donétsk, con quien quedo en una zona de bloques de edificios grises a las afueras, no acaba de ver el escenario de una invasión rusa abierta y a gran escala. La forma de guerra por *proxy* e híbrida es demasiado cómoda para Putin, aunque no tiene duda de que el presidente ruso escalará el conflicto en el Donbás mediante una provocación de falsa bandera. Aunque no lo parezca a primera vista, sí que hay miedo, confiesa Denys, pues «nadie aquí quiere guerra». Habla tranquilo, su discurso es muy articulado, mezcla de inglés y ruso.

«¿El futuro del Donbás? Está destruido: hoy no es realmente ni Rusia ni Ucrania, sino un agujero negro. Los habitantes que confiaron en Moscú y sus promesas han elegido el suicidio. Los acuerdos de Minsk no se pueden aplicar, pues queremos [Rusia y Ucrania] cosas diferentes. Donde Ucrania dice policía [sobre el futuro de las milicias

de las «Repúblicas»], Moscú dice ejército propio».

Como la mayor parte del millón y pico de desplazados del Donbás y Crimea que viven en Járkiv, Kyiv, Poltava, Denys no tiene intención de regresar a su lugar de origen. «Me detendrían, y ya sabes lo que hacen… Además, me gusta esto [Kyiv], y mi mujer e hijos son felices aquí» *[sonríe]*.

Sentsov está seguro de que Putin «hará algo tras esta *dramaturgya*» («teatralidad», en ruso) y que habrá una nueva agresión rusa en el Donbás, «por lo menos», añade. Pero casi nadie quiere creer que Rusia llevará a cabo una invasión total. «No pueden estar tan locos… ¡No puede estar [Putin] tan loco!», es el comentario habitual.

«¿La sociedad? Dividida: muchos no creen que pasará, otros sí. El Gobierno no prepara a la población civil, los refugios aéreos están en mal estado. La mayor parte de la gente no está, de hecho, participando en las maniobras de *terroborona*, aunque sea el foco de la atención mediática en Occidente; es una buena historia, supongo», cuenta Olga, una influyente analista con quien quedo en el Vagabond, de Podil. Ella y otros hablan del frente norte y de un posible ataque ruso desde Bielorrusia, al terminar los Juegos Olímpicos de Invierno en China. Gente del entorno del Gobierno trabaja discretamente en ese y otros escenarios. Mientras Zelenskyi llama a mantener la calma, chocando con EE. UU., la tensión permanente arruina la economía que empezaba a despegar tras la pandemia. Ucrania sabrá defenderse, advierte.

Aséyev elucubra sobre cómo sería una invasión y ocupación completa del país: «necesitarían [los rusos] como un millón de personas de su aparato represivo, policía y Administración. Tenemos una situación muy peligrosa en las fronteras, pero sería demencial [una invasión completa] porque significaría el colapso económico y social de la Rusia de Putin. Muchos ataúdes volverían a Rusia y sus oligarcas y la élite financiera no entenderían por qué están perdiendo todos sus bienes y billones al cortarse el Swift. Putin piensa en términos metafísicos e históricos sobre la Gran Rusia: hay un fundamento ideológico que le guía; le dan igual las sanciones y el razonamiento económico. Occidente no entiende que tienen delante a un fascista que piensa en esos términos y no solo en cálculos pragmáticos. No le gustan los comunistas y bolcheviques, habla irónico sobre Lenin y Stalin. El imperio de los zares es la opción ideal en su cabeza: eso no termina en Ucrania, sino que incluye bálticos, Azerbaiyán, Polonia, Bielorrusia *(ya es un* oblast *de Rusia)*. Por eso es importante que Occidente diga “no”.

¿Nosotros? Debemos crear la impresión de que creemos que la amenaza es real, organizar las defensas territoriales, seguir recibiendo asistencia occidental. Los rusos no solo tendrían que atacar con

tanques y aviones: tendrían que entrar en Kyiv, Járkiv, Mariúpol, y matar a toda la gente como yo para lograr el control. No solo hay doscientos cincuenta mil efectivos en el ejército, hay otros tantos voluntarios listos para defender el país, aunque no sean profesionales. Ucrania no es solo un ejército en el frente, sino un ejército en ciudades, con gente lista para morir en su defensa».

La noria, iluminada con colores fluorescentes, parece el corazón de Podil esta noche: cada giro, un latido del barrio, más apagado que el pasado verano. Bajo ella pasan estudiantes en bicicleta, las luces puestas, pedaleando con cuidado sobre la nieve y el hielo. Al fondo, en lo alto, recortada en un cielo púrpura oscuro, casi irreal, la iglesia de San Andrés. Subo por Andreyevski Spusk, el Montmartre de Kyiv, en pleno vendaval de nevada. Eso no parece alterar las ganas de brocantes y vendedores de arte y quincalla soviética y ucraniana de sacar partido a un ambiente casi navideño, con más gente en las calles. El museo-casa de Bulgákov acaba de cerrar. Quizá este país necesitaría que Voland, con su hábito negro, espada ancha y larga, y toda su cohorte demoníaca y liberadora, visitara Moscú otra vez.

Volodya, con quien ceno una de esas noches en el Ostannia Barrikada, tiene problemas para dormir. «¿Y si pasa? ¿Estamos preparados?», pregunta, mirando a las mesas a nuestro alrededor, repletas de periodistas extranjeros atraídos de nuevo por la perspectiva de conflicto en este país, ucranianos políglotas, diplomáticos y jóvenes de visita en Kyiv.

«¿Preparados para una invasión? En casa pensamos que, para cuando ocurra, ya será probablemente tarde. Hemos mirado botiquines y refugios, pero los de Kyiv están en mal estado. *Typical Ukraine!*», dice Kristina, una amiga, entre risas.

Catalina trabaja ahora en una casa de subastas de arte en un barrio fuera del centro. Tan bella como siempre, tiene poco tiempo entre su nuevo trabajo y un programa de entrenamiento al que se ha apuntado. Pasó una depresión por la muerte de su exjefa, la dueña de la galería. Vemos juntos algún vídeo musical sobre *mavkas,* mientras entra gente sin parar. «¿Las malas noticias? Ah, no tengo miedo de ese [Putin]. ¡Todo estará bien! Te estaré esperando en abril para dar un paseo cuando los árboles florezcan. ¡Será muy hermoso!».

Otro final de día voy al centro cultural Dovzhenko, donde hace algunos años vi *Arsenal*, la película del director soviético. Estrenan *Heat Singers*, la película de Nadia Parfán, quien está de paso en Kyiv. La sala está abarrotada de gente joven. Tras la proyección, Nadia responde a un montón de preguntas del público, con la misma naturalidad que en Mallorca, en 2017. Al final del evento, me da un efusivo abrazo. Le suelto a bocajarro las noticias más importantes, que acabo de ser padre y eso, y ella me da un nuevo abrazo por cada

noticia. «¿Entonces sigues “aún” viniendo a este país?», lo piensa y añade «es de por vida, ¿eh?».

Esa noche tomo algo con Alexandra, una amiga de grandes ojos grises y larguísimo pelo rasta. Madre soltera, trabaja en el pujante sector de la informática y nuevas tecnologías, como bastante gente joven hoy aquí. Ella dejó su Donétsk natal en 2014 y se llevó a su hijo. Vamos a nuevos bares de moda en el centro, algunos estilo Cool Kids, llenos todos y donde piden rigurosamente el certificado covid. Estos ucranianos sí se toman en serio la pandemia. «Me fui en 2014 y no me quiero arriesgar: he cogido billetes para Málaga la semana que viene, por si acaso y por mucho que quiera este país. No me hables de la guerra. Creo que es culpa de los oligarcas», dice Aleksandra. Vamos a un bar de salsa repleto de gente, ucranianos y extranjeros pasándolo bien.

Vuelvo a chatear con Kiril, yo aún en Kyiv y él aún en Mariúpol. Si «eso» pasa, él y casi todos mis amigos, amigas y conocidos, son candidatos de esas listas de los servicios de seguridad rusas. Su media línea final: «Todavía esperamos que los terroristas rusos no hagan nada».

El último día amanece gris. Antes de que me recoja el taxi para el aeropuerto de Boryspil, doy una vuelta por una plaza de la Independencia casi vacía. Los últimos años he pasado de largo. Compro algunos broches y pulseras con los colores nacionales a una mujer tras negociar el precio. A pesar de todas las veces que he estado aquí, nunca había subido por las escaleras de la ladera de Instytutksa, por donde fueron decenas de manifestantes otro febrero fatídico. Con cuidado por las placas de hielo, las voy contando en voz alta, en ucraniano: noventa.

[64] Filaret (Myjailo Denysenko) fue, entre otros cargos, patriarca de la Iglesia Ortodoxa de Ucrania del Patriarcado de Kyiv. Es una figura muy polémica en Ucrania por su ambición política —además de intentar gobernar la Iglesia Ortodoxa de Moscú, donde le ganó Aleksii II en 1990, también quiso aparentemente controlar la nueva Iglesia ucraniana, concitando rechazo— y rumores, no muy infundados, sobre sus contactos en el pasado con el KGB.

[65] Por referencia a los buriatos, un pueblo de Siberia, y también término habitual en Ucrania para las unidades militares de buriatos, parte del ejército ruso y que fueron identificadas en Crimea y el Donbás —como los *kadyrovtsy* chechenos de Ramzán Kadyrov, hombre fuerte de Putin en Chechenia y su actual presidente.

Epílogo: wasaps de guerra

Esto es más como 1938/1939. [Putin] dice que este Estado es artificial, igual que Hitler y Stalin sobre Polonia. Lo que hace ese discurso es afirmar tu derecho a destruir ese país. La historia de Putin es esencialmente fascista: agua purificada, bautismo, Valdemar [por cierto, yo me llamo Volodímir]… un mundo que un día estuvo unido y puro, roto por actores externos. Para realizar esa visión, tienes que destruir a la gente que de hecho ha creado la historia real. Pero los ucranianos muestran que existen cada día. Su historia es de existencia (Snyder, marzo de 2022).

21 de febrero

Orquestrado y pregrabado Consejo de Seguridad ruso en el que los participantes son «consultados» por Putin. Un nervioso Serguéi Naryshkin, director del Servicio de Inteligencia Exterior, se sale algo del guion y da su conformidad a «traer» [anexionar] las «Repúblicas Populares» del Donbás a la Federación Rusa, le reprende un impaciente Putin. Esa noche, este lanza primero una larga diatriba antiucraniana, donde presenta a este país como una creación de Lenin, le acusa de querer hacerse con armas nucleares y deja caer que «¿queréis descomunización? No paréis a medio camino. Estamos listos para enseñar a Ucrania lo que descomunización significa realmente». Termina reconociendo la independencia de las «Repúblicas Populares», en contravención al derecho internacional y los acuerdos de Minsk, sin determinar si será en el territorio legal de los oblasts *de Luhánsk y Donétsk [las «Repúblicas» controlan un tercio del mismo]. Decide también el envío de fuerzas rusas en «misión de paz» a los territorios en cuestión en el Donbás.*

22 de febrero

Putin clarifica que el reconocimiento concierne a la totalidad de los oblasts *ucranianos de Luhánsk y Donétsk, lo que tiene implicaciones claras; afirma que los acuerdos de Minsk ya no existen; conmina a Ucrania a desarmarse, rechazar su vía de adhesión a la OTAN, recuperar la neutralidad y reconocer Crimea.*

Noche del 23 de febrero

Peter: «Vamos a pasar el resto de nuestras vidas luchando contra esto.

El resto de su vida [la de Putin], más bien».

Julia: «Me quedo en Kyiv, aunque quizá teníamos que habernos ido. Preocupada por mi hijo. Ayudadnos por favor, lo necesitamos».

Kristrina: «¡A ese *old prick* se le ha ido la olla!»

Masha: «Han reclutado a mi padre en el ejército de las «Repúblicas», ¡mi familia en ese infierno!».

Davidzon: «En Kyiv, con Sean Penn».

24 de febrero

4 a.m.: Putin anuncia una «operación especial» en Ucrania. Empiezan los bombardeos rusos por todo el país.

Sentsov, en Facebook: «Armado y miembro de la defensa territorial de Kyiv, "listo para responder al invasor"».

Oleksandra (llora): «Borja, ¿va la UE a aprobar [la desconexión rusa de] SWIFT?».

Catalina: «¿Sabes cómo se llama el barrio donde estoy? ¡Acuarelas y la calle Felicidad!».

25 de febrero

Denys: «Pues todo va más o menos bien. Parece hasta ahora hijos de puta no son capaces de evaluar de forma correcta nuestras capacidades, espíritu y deseo de vivir vida digna».

Catalina: «Estoy viva ».

Kiril: «Hey, estoy intentando llegar a Úzhorod».

26 de febrero

Denys: «Todo va bien. Tanto país como yo. Los planes de hijos de puta van por culo».

Angelina: «¡No pasarán!».

Taras se alista en las Unidades de Defensa Territorial (Terroborona) de la zona Lviv.

Nastya: «Hola! Tengo poco tiempo. He enviado a mi hija al pueblo de mi madre. Me quedo».

27 de febrero

En Rusia, se instruye a publicaciones y libros de texto a eliminar la palabra

Ucrania. En medios informativos oficialistas se habla de la «antigua Ucrania» y enseñan mapas sobre su partición.

La familia en Sambir apaga las luces y los niños empiezan a dormir en el pasillo.

Denys: «Gracias por las fotos de la manifestación. No imaginas lo que esto significa para mí. ¿Podrías guardar y regalarme ese cartel? *[Denys, eres un grande: no estáis solos]*. Muchas ciudades sufren de los misiles Iskander».

Catalina: mira este vídeo de destrucción junto a mi casa en Kyiv: «Gracias a Dios que no estaba allí».

1 de marzo

Apenas un día después de que Putin confirmara a Macron que no habría bombardeos de objetivos civiles, Rusia bombardea el edificio de la Administración regional de Járkiv, la plaza de la Libertad reducida a escombros.

Un misil impacta en la torre de la televisión pública, en Kyiv (Angelina trabaja ahí, está bien), dañando también Babi Yar.

No quedan chalecos antibalas en Madrid ni Barcelona.

Zhadan: «Es una guerra de aniquilación».

2 de marzo

Bombardean la universidad de Járkiv, una de las primeras del Imperio ruso.

Bombardean Mariúpol. Kiril ya se fue. No sé nada de Maksym.

Irpin destruida. Estuve allí en 2015, me pregunto qué será de Anna, una activista que conocí.

Denys: «Estoy bien, haciendo cosas ilegales por el código penal en los tiempos de paz ¿Podrías relatarme algo sobre Madrid? Como visualización de una ciudad sin guerra, con vida normal».

3 de marzo

Mueren familiares de Marichka, de aquella obra, Balaklava Blues*, en Londres, tras un bombardeo ruso en las afueras de Kyiv.*

Chernihiv, que visité hace años, destrozada.

Denys: «¿En Vallecas todavía piensan que somos nazis?».

4 de marzo

Denys: «Bastante duro en el nivel psicológico. *Ups and downs*. Dice mi novia que si decide convertirse en una refugiada, vivirá en tu apartamento ».

Catalina: «Estoy pensando qué hacer en el futuro. Antes de dejar el apartamento en Kyiv pensé en cocinar carne, filete de pollo descongelado: ahí se quedó en el fregadero, ahora estoy pensando cómo sacarlo de allí. También tuve tres peces dorados. Vivos. Probablemente ya no lo estén. Lo siento. Todavía tengo ventanas abiertas en la planta baja. Después de que disparasen un cohete. Lástima. Todos estos pensamientos indican que estoy en un lugar seguro. Pero lo peor es que nadie sabe cuánto tiempo puede estar así. Gracias a Dios, estoy aquí con mi familia y amigos. Pero dos de mis tías nativas están ahora en Kyiv y no hay posibilidad de sacarlas de allí. Sé que solo tenemos que esperar. ¡Nuestro ejército es irrealmente genial! Pero todos los días los cultivos se destruyen en mi país. La gente se está muriendo, el resto está en constante horror… Sé que tenemos ese destino solo porque somos muy fuertes, pero lo siento mucho por mi pez dorado. Ellos, como el pueblo, no son culpables de nada, fueron encarcelados».

5 de marzo

Catalina: «Puedo ir al extranjero sin ningún problema. Pero no ahora. Y no en condición de refugiado. Realmente no me gustaría tener que hacer eso. Solo puedo hacerlo para salvar mi vida. Pero espero que esto no suceda y Dios me salve aquí. ¡Buenas noches! Gracias».

Nastya: «Gracias por los envíos. Ahora estoy en una unidad de *hospitallers*, voluntarios. No quieren enviar a reservistas con poca formación militar como yo, como carne de cañón al frente, al revés de lo que hacen los rusos con su propia gente».

6 de marzo

Denys: «¡Sí, ya tenemos una base grande de los *memes*! Los gitanos que robaron un tanque ruso. Un oficial del servicio postal estatal movilizado que derribó un avión ruso. Los *gopniki [algo así como macarrillas en Rusia, Ucrania y otros países de la antigua URSS]* de Obolón que quitaron un carro blindado. Una abuela que derribó un dron ruso, utilizando una lata con pepinos».

Myroslava: «Intento no subir esas fotos porque no puedo mirarlas. Es

horrible… Entiendo por qué no pueden cerrar el cielo, pero cuando veo esas cosas pasando a mi país, con civiles, niños, no entiendo cómo es posible quedarse a un lado y no protegerles. Nunca fui una radical, mi familia habla ruso, mi padre nació en Donétsk, pero ahora odio a los rusos con todo mi corazón».

Masha: «Mi padre dijo hace un par de días que estaba bien, no hay conexión con él. Mi madre cumplió cincuenta ayer y se me partió el corazón en pedazos. No pude abrazarla. Rezo porque esto termine y pueda abrazar a mis seres queridos».

7 de marzo

Zhadan informa en Facebook de que las bombas rusas han dañado el edificio Slovo en Járkiv.

Combate aéreo nocturno sobre Kyiv.

Zelenskyi: «Reconstruiremos todo. No tengo miedo de nadie».

Un amigo: «Yesterday air combat over Kyiv. They are still flying. Heroes».

Catalina: «Mi padrino ruso aún no me ha llamado. Mis tías estaban ayer en Kyiv y rescataron mis peces. En esta guerra uno tiene que hacer lo que debe. Yo no puedo matar, pero sí puedo desarrollar la cultura ucraniana».

9 de marzo

Denys: «¿Que qué quiero hacer? Sin cambios. Estoy en Kyiv hasta el fin. Eso puede durar meses, pero hijos de puta tienen pocas posibilidades. Kyiv se está transformando en una fortaleza».

Vlad Davidzon quema su pasaporte ruso.

11 de marzo

Javier Solana en un evento: «Putin quizá no bombardee Kyiv, es la madre de Rusia».

Rusia lleva días bombardeando Kyiv y los suburbios; menos mal que la defensa antiaérea ucraniana aún funciona.

12 de marzo

Volodymyr: «[Kyiv] está muy tranquilo y surrealista. La ciudad es una

fortaleza. Difícil conseguir medicinas. Estoy de voluntario para el ejército y ciudadanos».

Ukr Zaliznytsia trabaja a destajo para arreglar las vías ferroviarias y para que, en palabras de sus responsables, «los trenes ucranianos sigan llegando y saliendo a la hora».

15 de marzo

El Stari Hem de Járkiv, donde tomé cañas con Zhadan aquel verano, ya no existe tras un bombardeo ruso. Paso un buen rato viendo la foto de Zhadan, Mariya y yo, en ese bar.

Post en Facebook de Sentsov: «Escribo poco, ando muy ocupado. El agresor quiere destruir Ucrania y su pueblo. ¡Todos a las armas! A unirse al ejército, a las unidades de defensa, donad sangre, ayudad al frente, resistid en la retaguardia del agresor. ¡Muerte al ocupante! ¡Gloria a Ucrania!». *Le escribo un mensaje por si él o su familia necesitan ayuda, me da las gracias.*

16 de marzo

El Tribunal Internacional de Justicia emite una orden provisional conminando a Rusia a detener el ataque contra Ucrania y añade no tener evidencia de que Ucrania esté cometiendo un genocidio en el Donbás. Rusia no se presenta en la vista y niega la jurisdicción de la Corte, alegando que la justificación para la «operación militar especial» es la defensa de Rusia y no el genocidio.

18 de marzo

Misiles rusos bombardean el aeropuerto de Lviv.

Davidzon en Odesa, recién aterrizado de Nueva York; ha sumado a Ethan Hawke para proyectos en Ucrania.

Denys: «Todo va aceptable. Hace unos días cerca de la casa de mis padres cayeron los restos de un misil ruso. Impactaron una casa vecinal, la que podía ver desde la ventana de mi exhabitación. No puedo imaginar la escala de destrucción, especialmente en Kyiv, sin tener defensa antiaérea».

21 de marzo

Borys Romanchenko, otro superviviente del Holocausto (Buchenwald, Peenemünde, Dora y Bergen-Belsen) que muere en los bombardeos rusos, este en Járkiv. Sobrevivió a Hitler, no a Putin.

Más informaciones sobre deportaciones de población (incluida «filtración» de elementos, como en el periodo de Stalin) de Mariúpol a Rusia. Rusia lanza un ultimátum sobre la ciudad. Los ucranianos no se rinden.

22 de marzo

Denys: «Últimamente hay mucho ruido en mi barrio. Hace unos días sentí el movimiento de una pared en mi apartamento. Literalmente. Después de una explosión. Vivimos en una de las plantas más altas y toda la parte superior del edificio se movió. Nuestros vecinos salieron después de esto. Puedo [ir a otro sitio], pero no pienso que sea mejor».

Sentsov: «Ya sé utilizar lanzagranadas anticarro; espero con ganas a los invitados».

26 de marzo

Oleksandra: «Soldados rusos están buscando comida en el barrio de los suburbios de Kyiv, donde compramos el apartamento».

Otro ataque con misiles contra instalaciones en Lviv.

Denys: «Vivo en tu barrio preferido de Kyiv [Podil]. Los bombardeos cortaron el suministro de electricidad en todo mi barrio. Por eso tampoco teníamos el suministro de agua. Vivimos en el apartamento de mi amiga, en el corazón de Podil».

29 de marzo

Detenciones de alcaldes y líderes de la sociedad civil en ciudades y pueblos ocupados.

Contrataques de Ucrania devuelven a su control núcleos cerca de Kyiv, como Irpin, ahora ruinas, y de Járkiv.

3 de abril

Un artículo en la agencia de noticias oficialista rusa, Ria Novost, aboga por la «reducación» de toda la población ucraniana «adherida al régimen nazi» de Kyiv y la «desucranización del territorio», acabando con el

«componente étnico artificial en las poblaciones de las históricas Nueva y Pequeña Rusia».

4 de abril

Bucha.

5 de abril

Catalina: «Quiero trabajar en el arte, pero en Ucrania la prioridad ahora es sobrevivir. Incluso los pintores que conozco están en esas condiciones. Intento motivarme, me levanto con ganas de hacer algo, pero luego veo las imágenes de Bucha y me paso dos días conmocionada».

6 de abril

Denys: «Te paso una foto vieja, de 2020. La vista de mi exhabitación en la casa de mis padres. Hace tres semanas al edificio de la izquierda, el más alto, cayeron los restos de un misil ruso. Ese edificio que tiene una parte naranja de la pared. Nada nuevo o especial, solo la he encontrado entre mis fotos viejas».

Misil ruso contra la estación de Kramatorsk, repleta de gente huyendo. Por lo menos cincuenta muertos.

12 de abril

Olena: «¿Para qué me voy a ir? Aquí soy de más ayuda. En el hospital de Rudky estamos haciendo formación para atender a víctimas de armas químicas; en el de Sambir, de armas nucleares».

14 de abril

Zhadan gana el primer Premio a la Libertad de la fundación que publica el FAZ alemán. Le proponen a Premio Nobel de Literatura. Le envío un wasap de felicitación y responde «djakuju!» (*«gracias», en ucraniano).*

15 de abril

Denys: «Todo bien. Kyiv está volviendo a ser la ciudad en paz. Aunque después de la operación ctrl + z *[meme del hundimiento, atribuido a los ucranianos, del buque insignia ruso Moskva, parte de la Operación Especial Z]*, los rusos amenazan reempezar los bombardeos. Estamos esperando ».

16 de abril

Consigo por fin encontrar un chaleco antibalas nivel IV.

Oleksandra: «A Taras le van a enviar al frente, pero no a Volyn, como esperábamos, sino al Donbás. Solo espera que lleguen sus papeles de Mykolaiv. Apenas tiene formación militar».

Angelina: «Estoy bien, gracias. Trabajo, trabajo. Kyiv está bien por ahora, miles regresan, la ciudad vuelve a la vida… bueno, quiero decir, con todo».

21 de abril

Últimos focos de resistencia ucraniana en Azovstahl, la planta que vi años atrás en Mariúpol, ciudad que ya no existe, arrasada por los rusos. Otra Grozny.

22 de abril

La ONU confirma crímenes de guerra rusos en Bucha. Por lo menos cincuenta civiles ejecutados de forma sumaria.

23 de abril

Catalina: «No sé cómo empezar una nueva vida. En qué país. Qué hacer… o, mejor dicho, se me ocurrieron muchas opciones, pero no puedo elegir y comenzar algo. Estoy confundida. Vi una choza y me enamoré. ¿Sabes qué es *mazanka*? Una choza típica ucraniana hecha de arcilla».

25 de abril

Denys: «Es mi noticia, estoy en la Guardia Nacional, pero no te puedo

decir dónde. Es un lugar bastante tranquilo. No soy héroe . Estoy aquí solo para defender mi país. No tengo conocimientos ni experiencia. Me los darán. Luego podré hacer las tareas que corresponden a mi nivel. Nada más. Hago lo que puedo hacer. No quiero ser *harmatne miasa [algo así como "carne de cañón"]*».

Masha: «Estoy normal, gracias. La última vez que hablé con mi familia fue hace dos semanas. Se rieron en mi cara cuando les dije que Kramatorsk lo ha bombardeado el ejército ruso y que Rusia está cometiendo genocidio contra la nación ucraniana. Piensan que todo esto es Ucrania disparando a su propia gente, que es una guerra de oligarcas. Y mi familia no cree mis palabras».

30 de abril

Catalina: «No podía pensar hace pocos años que un día estaría en el mismo estado que nuestras visitas de Donétsk y Luhánsk. He leído tu texto sobre la galería. Muy hermoso, pero todo es como de otra vida. Como si yo fuera diferente. Realmente espero que algún día este descuido y alegría regresen a nosotros, todos los ucranianos. Luego miré a la gente de Donétsk y Luhánsk que venían a mí y me dolió tanto. Comprendí que la guerra cambió mucho a la gente. La gente está perdiendo su tranquilidad. Recuerdo a una mujer de Donétsk mirando la pintura de Klapouj, *Alfombra voladora*, dijo: "Es como un avión derribado, he visto muchos de ellos". Y entonces me asusté, por cómo estaba cambiando la percepción de una persona que veía la guerra. Hay una imagen muy profunda y un significado completamente diferente, sobre un alma que vive en la tierra pero que está constantemente tratando de volar hacia el cielo. Y ella se mantiene aquí no por lo material (piedra), sino por lo espiritual (pájaro)».

Olga: «¿Qué quiero en la vida? Ahora, seguir viva».

2 de mayo

Volodymyr: «Estoy algo más animado, gracias por preguntar. Los primeros días la duda era si el país sobreviviría; ahora sabemos que sí. Pero parece que vamos a perder más territorio: primero Crimea, luego parte del Donbás y ¿ahora qué?, ¿Jersón? Jersón es un sitio especial para mi familia, íbamos ahí de pequeños. Supongo que tuve depresión y sentimiento de culpa: varios amigos míos han ido al frente. Yo sigo de voluntario y eso, pero no tengo formación militar. Soy un filósofo aburrido, supongo. El fin de semana estuve con mi mujer, que es una

fuerza de la naturaleza, en Irpin, Bucha y Hostomel. Irpin y Hostomel están destruidos, Bucha algo mejor, salvo los suburbios, pero ya viste lo que pasó ahí. Kyiv centro está medio vacío pero Brovary, nuestro barrio, y otros vuelven a la normalidad.

Si vienes, bueno, ya sabes: los misiles rusos son como una ruleta. Son actos terroristas, y cada día tenemos uno o dos, hoy en Odesa. ¿Has visto que han nominado a Zhadan al Premio Nobel de Literatura? Tras Bob Dylan, ¿por qué no Zhadan? Es otro fuera de serie: todo el día de voluntario, cuelga fotos sin parar, sigue tocando… Ya es hora de un Premio Nobel ucraniano».

3 de mayo

Lesya: «Han vuelto a atacar con misiles Lviv, ahora también Zakarpatia. Siempre que logras recuperar el equilibrio interno, e incluso volver a sentirte liviana, sin esa pesada carga todo el tiempo… bum, puñetazo en la cara. Voy a hablar con mi hermana, tiene otro ataque nervioso».

8 de mayo

Masha: «¿Pronkin? Yo tampoco sé mucho de él. Sé que llevó a su familia a Vorokhta, a las montañas, y volvió a Druzhkovka. Ya, seguro que está en las listas [de objetivos rusos]».

9 de mayo

Los bombardeos rusos a Azovstahl dañan una base de almacenamiento de decenas de miles de toneladas de hidrógeno concentrado —los lagos verdosos que vi con los ojos del dron del equipo de Kiril y Maksym, ese verano.

17 de mayo

Lesya: «Oleksander, ese excompañero de la revista de que te hablé, ha muerto en Mariúpol. En su último *post* en Facebook, del 6 de mayo, decía que "la vida sigue, también la guerra". Era un chico discreto y callado, siempre agradable y con ganas de ayudar. Probablemente mucha gente no se fijase en él».

29 de mayo

Lesya: «Anoche salió Taras con su unidad en dirección al Donbás».

5 de junio

Cuatro misiles rusos desde el mar Caspio impactan en un centro ferroviario para la reparación de vagones en Darnytsia. Me acuerdo de ese bloque. Masi, el hermano de Mustafá Nayem, abogado de formación, herido de gravedad en el frente. Pierde un ojo, pero sobrevive tras el coma y varias operaciones para sacarle la metralla.

Sentsov: «Ayer fue el peor día de mi vida».

15 de junio

Denys: ¿te has enterado de lo de Román Ratushkyi, el activista de Kyiv? Falleció en combate hace unos días cerca de Izyum. Era uno de los mejores, mi novia le conocía y teníamos amigos comunes. Cumpliría 25 años en semanas. Hombre, no lo puedo creer…

18 de junio

En pueblos al norte, en Chernihiv, organizan fiestas rave *de limpieza de escombros. Muchos son voluntarios de Kyiv, probablemente no pocos de ellos Cool Kids. «Las fiestas tecno y festivales* rave*, eran parte de nuestra vida antes. La echamos de menos, queremos volver a nuestra vida normal, pero nuestra vida normal ahora es ser voluntarias», dice una chica.*

Denys: «¡Qué tiempo tan lindo! *[viendo nuestras fotos en Slovyansk y pueblos de Donétsk]*. Y ahora nuestro ejército defiende Slovyansk. Hay que volver a hacer una foto en el mismo lugar después de nuestra victoria».

Agradecimientos

Mis agradecimientos van en primer lugar a Emilio Sánchez por apostar por este libro y su enorme paciencia durante estos agitados años, por ser un gran editor (poli malo) e incluso amigo. Jorge Freire, mi confesor particular, siempre tuvo fe en un manuscrito leído vía capturas de pantalla de wasap, en tiempos de Agitación. Nadia Khalil leyó a contrarreloj una primera versión en el verano de 2020. Antonio García Maldonado hizo lo propio, con «Reiniciar», de los Hot Deluge, de fondo. Cuando este libro eran notas sueltas en diarios, Javi García Toni y Álvaro Imbernón aceptaron venir conmigo en tren al Donbás directos de la noche de los Cool Kids de Kyiv; aun así seguimos siendo amigos. Años después me ayudaron a definir el título. Dani Gascón me brindó en *Letras Libres* una plataforma para hablar de Ucrania de una manera diferente a la que se estila en España. Algunos de esos ensayos y cuentos primerizos se recogen aquí. A Winged Victory for the Sullen y, en la recta final, los madrileños Havalina me acompañaron en este viaje accidentado de las machacadas carreteras ucranianas a la pantalla de este ordenador. Mis amigas Nataliya y Angelina, valientes periodistas ucranianas, fuente constante de inspiración. Volodymyr Yermolenko me hizo ver por dónde tirar en algunas encrucijadas. Filósofo comprometido, se quedó en Kyiv cuando llegó la oscuridad ese final de febrero, como tantos ucranianos y ucranianas que he conocido a lo largo de la última década. Son los protagonistas de esta historia, de su historia. He aprendido mucho de todos ellos. Tanto, que se convirtieron en mi gente.